

REVELADO

AUTOR MÁS VENDIDO DE USA TODAY

JANE HENRY

Revelado

Un oscuro romance de la mafia con matrimonio concertado

Reyes de la bratva

Libro Tres

Jane Henry

TRADUCIDO POR

Miguel Cruz



Revelado: Un oscuro romance de la mafia con matrimonio concertado

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Índice

Agradecimientos
Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Epílogo

Preestreno
Acerca del Autor

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las personas que ayudaron a darle vida a este libro y a ponerlo en vuestras manos.

• En primer lugar, a The Book Brander Boutique por dar vida a mi visión de Semyon Kopolov en la edición con cubierta alternativa de *Revelado*, así como a Jason O'Bannon por crear la edición con cubierta discreta de *Revelado*.

• A mi increíble editora Steph de KLS Literary Services por tu humor, comentarios y paciencia ayudándome a trabajar en esta historia y en mis interminables preguntas.

• A Becca Mysoor, la «Hada Madrina de la Trama», por sus indispensables aportaciones durante el proceso de escritura de este libro.

• ¡A mi equipo de promoción por vuestro incansable apoyo, ánimo y comentarios!

• Y como siempre, gracias a Jessie y Michael por cubrirme las espaldas y hacer todas esas cosas para que yo pueda centrarme en lo que más me gusta hacer: contar historias.

A mi marido, el Señor Henry, que me recuerda cada día que el amor no consiste en ser iguales: florece en la comprensión, la aceptación y el vernos plenamente el uno al otro. Este héroe, con todas sus peculiaridades, es para ti... y mi chakra sacro te lo agradece.

Sinopsis

Semyon Kopolov.

Espléndido e imponente.

El amor de mi infancia y el mejor amigo de mi hermano.

Le llaman el Rey de Hielo: frío, despiadado, implacable.

Es el motivo por el que mi madre está muerta.

Ahora es mi marido.

Una vez fue mi protector.

El chico que me llevaba en brazos cuando me caía y que juró protegerme de los monstruos.

Hasta que se convirtió en uno.

Obligada a casarme, estoy atrapada con el hombre al que juro que nunca perdonaré.

Pero cuanto más intento escapar, más fuerte caigo.

Mi cuerpo me traiciona y mi corazón susurra mentiras.

Me digo a mí misma que no es el chico al que una vez amé;

sin embargo, me veo obligada a enfrentarme a mi mayor miedo:

me estoy enamorando de mi enemigo.

Capítulo Uno

Semyon

Sacudo la cabeza y salgo del almacén, recibiendo la mordedura implacable del invierno moscovita. Me ajusto más el abrigo y consulto mi reloj.

Detrás de mí, escucho los inconfundibles sonidos de Rodion limpiando el desastre que dejé: el pesado arrastre de un cuerpo por el suelo, el golpe sordo de un arma al caer y su inconfundible silbido despreocupado. Como uno de los putos siete enanitos.

Solo a mi hermano se le ocurriría silbar mientras dirige la brigada de limpieza.

Pero es impecable, fiable y se enorgullece de lo que hace.

No planeaba darle una paliza a nadie justo antes del gran evento benéfico al que debo asistir, pero aquí estamos.

Deslizándome en el asiento del conductor, bajo el espejo para examinarme. Tengo las manos limpias, el traje inmaculado y ni una mota de sangre manchando la tela. Bien.

Mi móvil vibra, con el tono inconfundible de Rafail.

—¿Dónde coño estás?

—Ha llevado más tiempo del que pensaba —contesto mientras aprieto la mandíbula y arranco el motor. El capullo tenía más resistencia de la que esperaba, y no permití que Rodion interviniera. Yo lucho mis propias batallas.

—¿Cómo ha ido?

—Tan bien como cabía esperar. El trabajo está hecho. —Suelto un suspiro y miro la hora. —Tengo diez minutos para llegar elegantemente tarde.

—Bien. —Hay una pausa. Demasiado larga. Sé inmediatamente que algo va mal. No me ha llamado para asegurarse de que me ocupara del trabajo. Rafail sabe más que nadie que no es necesario.

—Rafail, ¿qué ocurre?

Mi hermano mayor y yo somos muy unidos, y lo hemos sido desde que se convirtió en nuestro tutor legal tras la muerte de nuestros padres. Ha gobernado nuestra familia con puño de hierro, y como segundo hijo mayor, soy su mano derecha. No malgastamos palabras ni tiempo explicándonos cosas el uno al otro.

—Tengo malas noticias.

En el fondo, oigo a Polina, su mujer, murmurando con su voz baja y tranquilizadora. Susurra algo en ruso, y Rafail le responde antes de volver a dirigirse a mí.

Aprieto los dientes. Odio llegar tarde a cualquier sitio. Introduzco la dirección en el GPS y pongo la marcha atrás. Rodion llegará por su cuenta.

Cuando Rafail no me lo cuenta de inmediato, mi paciencia empieza a agotarse.

—¿Me lo vas a contar o tú y Polina necesitáis charlar un poco más en la intimidad?

—Semyon —dice Rafail en tono de advertencia. Aguantaría cualquier mierda que le soltara, pero en cuanto meto a su mujer en la conversación, se pone a la defensiva. Es justo.

Pongo primera y salgo a la carretera antes de pisar el acelerador.

—Acabo de partirle los dientes a alguien mientras me aseguraba de no mancharme de sangre esta puta camisa blanca, Rafail. ¿Paciencia? Agotada.

Rafail suspira pesadamente al otro lado de la línea.

—Elizar Borozov fue visto en un avión con destino a Costa Rica hace doce horas. Te la ha jugado. Hemos sufrido emboscadas en dos envíos y han descubierto nuestra casa de seguridad alternativa por su culpa.

Agarro el volante con más fuerza, y una neblina roja me nubla la visión. Eli. Mi puto amigo. El chico con el que crecí. En quien confiaba. Se ha largado, traicionándonos en el proceso.

—¿Estamos seguros de que se ha marchado? —Mi mejor amigo tiene tantos enemigos como yo.

—Sí.

Miro el GPS. Diez minutos. Mi voz se vuelve fría y venenosa.

—Así que esta noche tomaré un avión a Costa Rica.

Ya estoy recorriendo mentalmente las calles.

—No. Quería hablar contigo primero.

—¿De qué hay que hablar? Eli debía darnos los detalles sobre el envío y la filtración de seguridad del puerto a cambio de perdonarle su puta deuda. Eso era literalmente todo lo que tenía que hacer para no acabar en nuestra lista negra. ¿Y ahora me dices que se ha ido? ¿Que ha desaparecido debiéndonos aún cuatro millones?

Este asunto es personal.

Pasábamos todas las tardes junto al arroyo en Zalivka, la ciudad a las afueras de Moscú donde ambos crecimos, tirando piedras y trepando a los árboles, jurando que nada se interpondría jamás entre nosotros.

Fue con él con quien lloré cuando murieron mis padres. De adolescentes, nos comprábamos condones y nos prestábamos las armas. Disparábamos junto al arroyo hasta que Rafail nos pilló y nos dio una paliza a ambos. No paramos; solo fuimos más discretos.

Pero el alcohol llegó con demasiada facilidad. Las mentiras eran más difíciles de detectar. Debería haberlo visto venir.

Le envío un mensaje a Eli y veo cómo queda pendiente antes de que falle la entrega.

Después de todos estos años, después de todo lo que hemos pasado, me *ha traicionado*. A todos nosotros.

Como si su familia pudiera permitírselo.

—El problema es más grave que eso, Semyon. —Mi pulso late fuerte y rápido. Suelto un suspiro mientras él explica. —El padre de Eli no pudo pagarles a los irlandeses, así que puso a su hija como garantía. Si los irlandeses se quedan con ella y la panadería, obtienen acceso al puerto, lo que es peligroso para nosotros.

Sé que a Rafail le importa el puto puerto, pero yo estoy atascado en *Anya.*

Los irlandeses. Los putos *irlandeses.* Nuestros rivales, siempre buscando una oportunidad.

Rafail continúa.

—Cuando no pudo pagar, puso a Anya como avalista del préstamo.

Silencio. Después, un rugido en mis oídos. Mi visión se estrecha. El volante cruje bajo mi agarre.

Anya. Joder.

Golpeo con el puño el salpicadero, y el plástico gime bajo la fuerza. Mi respiración se vuelve brusca y entrecortada. ¿Creen que pueden llevársela? ¿Creen que pueden tocarla siquiera?

Rafail sigue hablando, pero apenas lo oigo. Mi corazón palpita, mi pulso se acelera. Anya, en las sucias manos manchadas de sangre de los putos irlandeses. La destrozarían. La romperían.

Rafail continúa.

—Y a los ojos de los irlandeses...

—Un contrato es un contrato —termino entre dientes.

Los irlandeses han estado dando vueltas como buitres. Si llegan primero a los Borozov y se quedan con la panadería, reclamarán el acceso al puerto... y a Anya.

Anya Borzova. La hermana pequeña de Elizar Borozov.

La chica que solía perseguir luciérnagas junto al arroyo, con el resplandor de estas reflejándose en su cabello salvaje, con su risa haciéndome sonreír cuando el mundo parecía sombrío y sin esperanza. La chica que me miraba con ojos tan grandes y confiados que me partían el corazón. Se sonrojaba furiosamente y huía cada vez que la pillaba mirándome.

La vi crecer de una niña tímida con la cara llena de pecas a una mujer tenaz con demasiada luz, demasiada inocencia para este mundo. La mantuve a distancia.

Tenía que hacerlo.

Estaba prohibida. Intocable. Me dije a mí mismo que era para protegerla, pero la verdad era mucho peor: la deseaba demasiado. Ella no pertenecía a este mundo, mi mundo, y cuanto más se acercaba, más sabía que la arruinaría. Sabía con qué facilidad la corrompería. En mi mente, si seguía siendo la hermana pequeña de mi mejor amigo, se mantendría *a salvo.*

Si tan solo pudiera fingir, si pudiera congelarla en el tiempo, conservarla en mi memoria como la niña inocente que amaba más los libros que a las personas y soñaba con mundos más grandes que el nuestro, quizás permanecería intacta ante esta vida.

Ante mí.

Mi mente rápidamente coloca todo en su sitio como las piezas en un tablero de ajedrez.

—Tenemos una opción, Semyon, pero necesito que estés de acuerdo.

—¿Cuál es? —Maldigo entre dientes, agarrando el volante con más fuerza.

—Liquidamos la deuda de Borozov a cambio de la mano de su hija en matrimonio. —Una pausa. —Es una opción.

Ella nunca podría ser una puta opción.

—Es una cría.

—Lo era cuando la conociste. Ya no. El matrimonio con Anya asegura la panadería y, con ella, el puerto. Fortalece el poder de nuestra familia y deja a los irlandeses sin margen de maniobra.

Niego con la cabeza, agradecido de que no pueda verme ahora mismo. Se supone que debo protegerla, no utilizarla en este juego interminable.

Permanezco en silencio durante largos momentos, incapaz de responder.

Anya. Hermosa, decidida, obstinada y brillante. La recuerdo sentada en el rincón de su habitación con la nariz pecosa arrugada por la concentración, leyendo libro tras libro mientras ignoraba sus tareas, cuando no estaba arriesgando el cuello junto al estúpido arroyo.

Aprieto los dientes mientras Rafail continúa.

—Te casas con ella. Heredas la panadería y se convierte en nuestra. Les quitamos ese peón justo de debajo de las codiciosas manos a los irlandeses y, desde ahí, controlamos las rutas que han estado husmeando. Reforzamos nuestro control sobre la región.

Apenas lo escucho. Solo puedo pensar en Anya.

Casarme con ella.

Una fuerte pulsación de sangre recorre mis sienes mientras mis manos aprietan el volante. Mis dientes rechinan.

—Anya ha crecido, su hermano se ha ganado enemigos, los nuestros y otros, y ella está ahí fuera. —Trago con dificultad. —Sola. Y los irlandeses están a punto de llevársela.

—Sí.

—Llama a su padre —espeto—. Y, Rafail...

—¿Sí?

—Hazle una oferta que no pueda rechazar.

Cuelgo y piso a fondo el acelerador.

Capítulo Dos

Anya

Bostezo tan ampliamente que se me humedecen los ojos y luego me sacudo para despertarme. Me levanté antes de que saliera el sol y me dirigí a la panadería en la oscuridad para descubrir que uno de nuestros hornos estaba averiado y un aviso sobre el aumento del coste de la harina. Ahora Stefan necesita ayuda con sus deberes.

Me palpita la cabeza y mi visión se nubla. El incesante esfuerzo hace que una buena noche de sueño parezca un sueño imposible.

Pero mi familia me necesita.

—No recuerdo cómo hacer esto —admito avergonzada mientras dejo caer el lápiz sobre la mesa. Los números en la página bailan ante mis ojos, burlándose de mí. Una vez fui buena estudiante, lo suficiente como para enorgullecer a mis profesores. A mi madre. Pero ahora, el peso de mantener a flote a la familia ha convertido mi cerebro en papilla.

¿Por qué esto es mucho más difícil que antes?

—Anya. —Suspira Stefan. —¡Tengo que resolver esto! —Sus ojos se empañan con lágrimas contenidas. Suspira de nuevo—. Vamos. Eres lista.

Me inclino y le revuelvo el pelo con una sonrisa irónica.

—Gracias. Vamos a practicar la ortografía y luego volvemos a esto. Quizás se me ocurra algo.

No puedo evitar mirar hacia el salón, más allá del papel pintado que se despega y la pila de platos en el fregadero que todavía no he lavado, donde mi padre está desplomado en una silla con una botella vacía de vodka.

Él no va a ayudar con los deberes esta noche.

—¿Dónde está Eli?

—Quién sabe —murmuro, negando con la cabeza, y me muerdo el labio antes de soltar *¿a quién le importa?* Eli puede irse a la mierda por lo que a mí respecta. Se ha convertido en nada más que una copia más joven de mi padre. Pero no lo digo en voz alta. Stefan lo idolatra.

Stefan cruza los brazos sobre el pecho.

—*Él* sabe cómo hacer esto.

—Bueno, no está aquí —espeto, poniéndome de pie mientras la culpa me carcome. No es culpa suya. Me giro hacia él y le aprieto el hombro. Con solo ocho años, no es su culpa.

Suspiro.

—Lo siento —susurro—. Te traje galletas de la panadería.

Sus ojos se iluminan.

—¿De chocolate?

—Mmm. Sigue trabajando en el resto de los problemas. A veces, tienes que dejar la parte que no puedes resolver y trabajar en lo que sí puedes. —Antes de volverme hacia los platos, cojo la bolsa de papel blanco y la coloco frente a él—. Toma. Quizás esto te ayude a concentrarte.

Sonríe, perdonándome por mi mal genio, mientras saca alegremente una galleta de la bolsa y le da un mordisco enorme, esparciendo migas por todas partes. Suspiro y camino hacia la lavadora. Meteré una carga de ropa y la dejaré funcionando mientras me ocupo de los platos.

Mi padre murmura algo ininteligible. Lo miro con curiosidad. Juraría que oí algo como: «Llévatela».

¿Llevarse a quién?

Los restos de mi paga están sobre la encimera, estirados al límite entre el alquiler, la comida y la ropa para Stefan. Tengo la suerte de que todavía me sirve la ropa antigua de mi madre, pero juro que Stefan crece un centímetro cada día.

Saco la carga de toallas limpias de la secadora y las amontono en un cesto. Respiro hondo y lo suelto. Un momento robado de tranquilidad. Necesito acostar a Stefan pronto para poder irme a la cama yo también. Las cuatro de la mañana llegan demasiado rápido.

¿Dónde está Eli? Dijo que pasaría por la panadería antes del cierre, pero nunca apareció. Últimamente desaparece durante horas, a veces días, y siempre vuelve arrepentido y agotado. Esperaba a medias que estuviera aquí con mi padre, bebiendo vodka, pero el silencio parece más pesado de lo habitual.

Algo va mal. *Muy* mal.

Frunzo el ceño, mirando fijamente el cesto de la ropa. La ropa de Eli está en un cesto aparte ya que no voy a lavarla. Lo aparto cuando algo cae al suelo con un ruido metálico.

Me quedo mirándolo mientras se me eriza el vello de la nuca. Es el móvil de Eli.

Algo no... encaja con esto. Lo recojo, conteniendo la respiración. Eli nunca se deja el móvil.

—¡Anya! ¿Querías la otra galleta?

—Cógela —murmuro distraídamente mientras levanto el móvil.

¿Por qué lo dejó? No tiene ningún sentido...

Introduzco su fecha de nacimiento y veo que cobra vida. Predecible. Frunzo el ceño ante la batería parpadeante, casi agotada, y lo conecto a un cargador en la esquina del pequeño cuarto de la colada.

Hay trece mensajes de texto sin leer y otras tantas llamadas perdidas. Un escalofrío me recorre la columna cuando veo el nombre *Semyon*.

El estómago se me revuelve mientras los recorro. No tiene sentido. Si Eli se ha ido, ¿por qué no ha intentado contactar conmigo? ¿O es porque... no puede?

Miro de nuevo el nombre en la pantalla.

Semyon Kopolov.

El mejor amigo de mi hermano. Mi enemigo mortal. El hombre que destruyó a mi familia y es responsable de la muerte de mi madre.

Mi visión se nubla. Mis dedos tiemblan. No debería abrirlo. Debería lanzar este maldito móvil a través de la habitación y destrozarlo por completo.

Y, sin embargo, conteniendo el aliento, hago clic en los mensajes.

Semyon

Cuatro putos millones. No doy segundas oportunidades. Voy a cobrar.

Semyon

Nos traicionaste. No perdonaré eso.

Semyon

Paga o me llevaré más que la panadería. No te gustará lo que quede.

Me quedo mirando, con el pecho oprimido, asimilando las palabras como un golpe. *¿Más que la panadería?*

¿Qué demonios más podría llevarse? No *tenemos* nada más; solo este apartamento que se cae a pedazos, un negocio en quiebra y a nosotros mismos. Mi corazón late con furia. Semyon *sabía* que Eli no podía devolverle el dinero, y dejó que la situación se descontrolara hasta llegar a este punto.

Lo planeó. Y ahora mi familia está en el punto de mira.

Guardo el móvil en mi bolsillo mientras mi corazón duele. Elizar me cabrea, pero es mi hermano. No tengo ni idea de dónde está, pero por el hecho de que dejó su móvil aquí, solo puedo suponer que huyó.

A menos que esté herido...

La rabia bulle en mis venas. Primero, contra mi hermano por dejarnos en esta situación para empezar. Después, contra Semyon, que permitió que mi hermano acumulara esta cantidad abrumadora de deuda.

No he hablado con Semyon en *años*.

Años.

Pero ahora... puedo encontrarlo. Tengo que encontrarlo. No debería, Dios sabe que no debería, pero el móvil de Eli arde en mi mano como una pistola cargada. Si no hago algo, perderemos lo poco que nos queda. La panadería, el apartamento, el futuro de Stefan... todo perdido. Todo desaparecido.

Le prometí a mi madre que protegería a Stefan sin importar el coste. Fue la última promesa que le hice antes de que muriera.

Respiro temblorosamente y escribo las palabras que sellan mi destino. Levanto el móvil de mi hermano, mis dedos tiemblan mientras tecleo un mensaje para Semyon.

¿Dónde estás?

Capítulo Tres

Anya

Cuando era pequeña, mi madre solía llamarme su luciérnaga. Porque era tan diminuta, prácticamente volaba por la casa o el jardín, haciendo rebotar piedras en el arroyo o trepando a uno de los enormes arces que daban a nuestro patio trasero. Pero si me enfadaba, normalmente con mi hermano mayor o por la injusticia de alguna situación, mi genio *estallaba.*

—Ten cuidado, mi pequeña luciérnaga —me decía después de otra de mis rabietas, pasándome la mano por el pelo—. Un día, ese genio podría meterte en problemas. Y yo no siempre estaré aquí para salvarte.

Su voz aún resuena en mi mente. Cada palabra es un reproche fantasmal mientras me ciño su raído abrigo a los hombros y me enfrento al viento cortante.

Ella ya no está, y le fallé.

Hace tanto frío que siento como si mis fosas nasales estuvieran selladas al respirar; cualquier trozo de piel expuesta duele cuando el viento la toca. Hace años que no tenemos coche, y no tengo dinero para pagarme un taxi. El viento me atraviesa como un cuchillo,

robándome el aire de los pulmones, pero no puede competir con la tormenta en mi pecho.

Cada paso hacia el pub es una batalla: contra el frío, contra el dolor en mis piernas, contra la furia que me desgarra por dentro.

Cada aliento helado es una promesa: *Haré que me escuche.*

Quizás el kilómetro y medio de camino hasta el pub me enfríe el genio.

Su respuesta fue inmediata.

Iron Birch. Ven ahora y ven sola.

Ah, claro que iré sola. ¿A quién más voy a llevar, yo y mi batallón de aliados y mejores amigos? Desde que tuve que dejar la universidad y trabajar en el negocio familiar, mi tiempo con amigos se ha reducido prácticamente a nada. Ophelia es la única que me queda. Y aunque sé que respondería si la llamara a cualquier hora del día, también sé que haría todo lo posible por disuadirme de lo que estoy a punto de hacer.

La rabia y la desesperación son un combustible poderoso.

Tengo que enfrentarme a él.

—Eh, guapa. ¿Necesitas que te lleve? —Tiemblo y mantengo la cabeza gacha, ignorando a un hombre que está parado en un portal. Estoy tan desesperada por entrar en calor que casi considero la idea, pero logro mantener algo de respeto por mí misma.

Miro el número del edificio a mi izquierda. Solo quedan cincuenta más.

—Eh —me grita, pero no me sigue. Acelero el paso.

Para cuando llego al Iron Birch, estoy temblando, despeinada y más enfadada que antes de salir. ¿Cómo se *atreve* él y su estúpida familia a ir contra la mía? ¿Después de todo lo que nos hizo?

¿Cómo se *atreve*?

Empujo la puerta del bar. Se balancea sobre sus bisagras, haciendo sonar la campanilla. El ruido de las conversaciones disminuye, pero cuando la gente del interior ve que solo soy yo, rápidamente se reanuda. Soy bajita y menuda, y no soy alguien que vaya a preocupar a ninguno de ellos. Pero no me importa. Mi madre siempre decía que las cosas buenas vienen en envases pequeños, y Semyon Kopolov está a punto de encontrar la horma de su zapato.

Le odio.

Le odio por arruinar a mi familia. Le odio por arrastrar a mi hermano a la depravación de su mundo, por ignorar las súplicas de mi madre para mantener a mi hermano fuera de todo eso. Le odio por apretar el gatillo que causó la muerte de mi madre.

Y le odio ahora por poner a mi familia en esta situación.

Así que me dirijo directamente al camarero, que me observa con leve curiosidad. Un hombre de unos cincuenta años con pelo corto entrecano sostiene una jarra de cerveza mientras la seca.

—¿Puedo ayudarla?

Me inclino, apoyándome en la brillante barra lacada.

—La Familia Kopolov me está esperando.

Sus brillantes ojos azules se ensanchan mientras procesa mi petición. Inclinándose más hacia mí, baja la voz a un susurro y me hace un gesto para que me acerque.

—¿Está segura de eso? Si está en problemas... Si necesita ayuda...

Me humedezco los labios y trago, completando la frase.

—No habría nada que usted pudiera hacer al respecto. ¿Verdad?

Su respuesta es todo lo que necesito. Suelto un suspiro y parpadeo para contener las lágrimas. No esperaba amabilidad en un momento

como este, y casi me derrumba.

—Dígame dónde están, por favor.

Dejando el vaso sobre la barra, asiente y señala un pasillo detrás de él.

—Por ese pasillo, tercera puerta a la izquierda. —Suelta un suspiro. —Tenga cuidado.

Mi corazón late con fuerza mientras avanzo por el pasillo. La puerta ni siquiera está cerrada; está abierta de par en par para que cualquier tonto pueda ver. Respiro hondo. Evoco una imagen de mi madre y me tomo un momento para pasar la palma de mi mano por la tela del abrigo que una vez llevó, una fugaz ancla para fortalecer mis nervios. Levanto la cabeza. Entro directamente en la guarida del león.

El sonido agudo y sincronizado de armas siendo amartilladas perfora el aire. Parece que todas las armas de la habitación están apuntándome, el frío metal reflejando los ojos despiadados de los hombres que las sostienen.

La propia habitación se siente como un arma cargada, con el peso de la mirada de cada hombre presionándome. Mi corazón late como un tambor de guerra mientras el silencio se alarga. Y entonces lo oigo a él, con su voz lo suficientemente afilada como para cortar diamantes.

—*Bajad las armas*. —Obedecen al instante.

No me estremezco bajo el peso de su mirada. Doy un paso adelante. NO voy a retroceder.

Semyon está sentado a la cabecera de la mesa, con sus ojos azul hielo fijos en los míos. La calidez que recuerdo ha desaparecido y, en su lugar, solo queda un frío penetrante e implacable.

Por un momento, olvido el peligro. Olvido las armas, los hombres, los riesgos y mi cometido. Porque ahí está: el chico que solía

conocer, ahora el hombre al que odio.

¿Cómo puede seguir haciendo que me duela el corazón después de todo lo que ha hecho, después de todo lo que ha pasado?

Olvidé lo hipnotizante que es, cómo su presencia hace que mi corazón se detenga en mi pecho. Cómo mi mente queda en blanco cuando está cerca, justo como ocurría cuando era niña. Por un fugaz momento, vuelvo a ser la niña pequeña junto al arroyo, viéndole disfrutar del calor dorado de un día de verano. Deseaba entonces que me sonriera, pero Semyon nunca sonríe.

Cuando era niña, él era un superhéroe en mi mente. Incluso se parecía a Clark Kent con su pelo negro y ojos azul hielo, tan fríos e implacables como un invierno siberiano. Imaginaba que cuando se quitaba las gafas se convertía en Superman.

Incluso sentado, domina la habitación con un dominio natural. Tiene las mangas remangadas lo justo para revelar antebrazos tatuados, con las líneas oscuras de los tatuajes enroscadas sobre músculo tenso y duro. Cada movimiento es controlado, preciso. Los tatuajes en sus manos son una promesa silenciosa y letal. Parece un hombre que nunca levanta la voz... porque nunca lo necesita.

Levanta una ceja oscura con curiosidad.

—Tú —escupo, con la voz temblorosa de furia—. Tú te sientas aquí en tu trono de mentiras y poder, manipulando a todos los que te rodean para tu propio beneficio. ¿Cómo te *atreves*?

La habitación queda en silencio, con la tensión crepitando como electricidad, finalmente rota por un silbido bajo. Miro para ver al hermano menor de Semyon, Rodion, algunos años mayor que yo, negando con la cabeza. Rodion es el comodín de la familia, definido por su complexión atlética y su encanto, con una sonrisa socarrona perpetua en su rostro.

Es lo opuesto a Semyon en todos los sentidos.

—¿Es ella, hermano? —dice, negando con la cabeza—. Te queda mucho trabajo por delante.

¿De qué demonios está hablando? Semyon niega una vez con la cabeza a Rodion, quien rápidamente se calla. Me giro de nuevo hacia él.

—*Tú* eres la razón por la que mi madre está muerta. Eres la razón por la que mi hermano está ahogado en deudas. Nos arruinaste. —Mi voz tiembla de furia. —¿Y ahora amenazas con quitarnos nuestro único medio de supervivencia? —Estoy temblando de furia mientras la gélida mirada azul de Semyon se posa en mí. Antes de responder, toma un sorbo largo y lento de su bebida.

—Ha pasado tiempo, Anya. Qué agradable verla. Parece que ha olvidado sus modales.

Rodion ahoga una risita, y alguien al fondo transforma una risa en tos.

Lo miro fijamente sin responder. Esperaba ira, indignación, un comentario mordaz... cualquier cosa menos esta indiferencia fría y calculada.

—Permitiré que su falta de respeto quede impune por esta vez —dice fríamente. Levantando una mano, hace un gesto a alguien al fondo, que inmediatamente se apresura a rellenar su bebida—. Si me dice la verdad, por favor. No fue su hermano quien me escribió, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Así que me mintió —afirma, con su voz fría bajando unos cuantos grados. Trago saliva y reprimo un escalofrío.

—No te *mentí*. Te escribí desde el móvil de mi hermano.

—Fingiendo ser él, sabiendo perfectamente que no le habría revelado mi ubicación a usted.

Mi temperamento estalla. La maldita *osadía* de este insensible cabrón.

—¿Porque soy mujer? ¿Porque no merezco estar en presencia de hombres como tú?

—No —dice sin rastro de falsedad. Eso es algo de Semyon: nunca mentía. Hasta un punto excesivo, incluso. A veces dolía que no lo hiciera—. Porque nunca le habría permitido venir sola a un lugar peligroso como este sin compañía. Debería saberlo.

No puedo evitar burlarme de él.

—Como si mi seguridad fuera algo que le importara.

Perdió ese privilegio hace *mucho* tiempo.

Se levanta lentamente. Trago saliva. Semyon es más grande de lo que recordaba, más grande que cuando era un chaval. Más fuerte. Más alto. Incluso desde aquí, puedo ver los músculos tensos de su cuello, la fuerza venosa de sus manos. La habitación queda en silencio mientras se yergue en toda su estatura. Lleva una camisa negra abotonada. Incluso en mi miedo y rabia, mis ojos se sienten atraídos por la forma en que sus mangas remangadas revelan la peligrosa marca de la *bratva*, cada movimiento deliberado como el tañido de una campana de advertencia.

—Verá muy pronto que es mi mayor preocupación.

¿Qué?

No entiendo lo que está diciendo... es incomprensible, irritante. La ira que bullía como lava fundida en mi interior mientras subía hasta aquí estalla, arrasando con toda razón, y el último hilo de autocontrol se rompe, tan frágil como un sedal tensado bajo un gran peso.

De alguna manera me encuentro de pie a centímetros de él, sin ser consciente de cómo llegué aquí, impulsada por la desesperación y la furia. Estoy ciega ante el peligro que me rodea, solo vagamente

consciente de seis hombres fuertes que se ponen en pie y del gesto de la mano de Semyon que los detiene a todos.

—*Tú* —siseo, y un destello de memoria hace que las lágrimas se acumulen en mis ojos. Mi madre, delgada y frágil, suplicando a Semyon en la gastada mesa de mi cocina—. Finges como si te importara algo de mí... como si no le hubieras dado la espalda a mi familia. ¡Como si la muerte de mi madre no fuera culpa tuya!

Clavo mi dedo en su pecho.

Él me lo permite.

—Actúas como si fueras tú quien tiene el control, como si necesitaras el maldito dinero que mi hermano te debe, cuando posees toda esta ciudad y la mitad de Moscú. Actúas tan tranquilo y sereno cuando *yo* conozco la verdad. —Parpadeo, con lágrimas calientes y gruesas rodando por mis mejillas. Las aparto con rabia. —¿Ya has destruido las únicas cosas buenas que me quedaban en este mundo, y planeas llevarte lo último? Eres un *monstruo*, Semyon Kopolov, y los hombres de esta habitación pueden lamer tus malditos pies para conseguir una migaja de tu mesa, pero *yo* recuerdo. —Clavo otro dedo en su pecho, irracionalmente enfadada porque no me detiene. —Recuerdo cuando todavía eras humano.

Algo que no puedo descifrar parpadea tras sus gafas en sus fríos ojos azules. ¿Arrepentimiento? ¿Culpa? No puedo decirlo, y no importa porque todo lo que está ante mí ahora es el monstruo sin corazón que abandonó a mi familia que lo amaba por la despiadada *bratva*.

—Solo digo que yo no voy a lamerle los pies a nadie —murmura Rodion, lo que le gana algunas risitas y un fuerte golpe en la cabeza de un tipo corpulento sentado junto a él que no reconozco.

No puedo dejar de hervir, no puedo dejar de echar humo contra él.

—Vine aquí para decirte —siseo, con la voz quebrándose—, que no importa cuánto poder tengas, no importa lo intocable que te creas, a

mí no me engañas. —Mi labio inferior tiembla, y mi voz baja. —Y te *odio*. ¿Quieres la panadería de mi familia? ¿Quieres entrar y destruir lo que queda de mi familia? Mátame primero, Semyon.

Envuelve su mano alrededor de mi dedo y baja mi mano mientras habla con una voz inquietantemente tranquila.

¿Añadiendo un término de cariño? El *cabrón* es absolutamente condescendiente.

¿Cómo se *atreve*?

Ignoro la cálida sensación de su mano sobre la mía.

—No —siseo porque solo estoy calentando—. He venido a decirte que, por muy intocable que seas, nunca serás más que un cobarde que se aprovecha de los inocentes. Puedes quitarme todo, y aún tendrás que vivir con eso.

Rodion murmura algo entre dientes, pero el tipo sentado a su lado, que ahora veo que es su primo, le golpea de nuevo.

La mirada gélida de Semyon se posa en mí con leve curiosidad.

—¿Ha terminado?

Lo miro fijamente.

—¿Así que no lo niegas? ¿Nada de ello?

La mirada fría en sus ojos es inquebrantable.

—Ahora guardará silencio. Le he dado su turno para hablar, que ha sido más de lo que merecía. Ahora es mi turno.

Unos dedos fuertes me rodean las muñecas, con un agarre inflexible pero controlado, y me inmoviliza ambas manos sin esfuerzo con una sola de las suyas.

Maldición.

Mi pecho se agita, y por mucho que luche contra ello, un calor ondula por mi piel. Puede que sea un monstruo, pero es uno hermoso.

De cerca, resulta abrumador. Cada centímetro de él exuda pura masculinidad alfa y virilidad desenfrenada. La tenue sombra de barba a lo largo de su mandíbula solo acentúa los ángulos de su rostro. Puedo ver que, aunque su mirada es distante, hay un fuego ardiente en las profundidades de sus ojos tras su fortaleza de control.

En segundos, lo asimilo todo: la tela negra de su camisa adhiriéndose a la amplia extensión de su pecho, sus fuertes brazos y torso, la manera en que el calor y el poder irradian de él como un depredador listo para atacar.

Abro la boca para reprenderle de nuevo cuando él toca mis labios con su mano libre. —Dije que es mi turno, pequeña Anya. Ahora estarás callada y me escucharás, y no volverás a hablar a menos que te dé permiso. Si lo haces, te amordazaré y le daré un espectáculo a mis hombres. ¿Entendido?

Abro la boca, indignada, pero él continúa.

—Has entrado aquí sin invitación. Me has faltado al respeto delante de mis hombres. ¿Crees que lo sabes todo sobre mi mundo y quién soy?

Se inclina tan cerca. Miro fijamente sus perfectos dientes blancos que me muestra como un lobo con energía apenas contenida. Mis ojos bajan. Tiene los puños apretados.

Se está conteniendo. Mi corazón late con fuerza.

—Déjame decirte algo, Anya —dice, en voz baja y tranquila—. Primero, un comportamiento como este nunca quedará sin castigo. Has cruzado una línea, y habrá consecuencias.

El miedo araña mi pecho cuando el agarre en mis muñecas se vuelve dolorosamente fuerte. Puedo ver la cicatriz que cruza su mano desde la noche en que mataron a sus padres y él intentó salvarlos.

—Y segundo. Realmente no entiendes nada sobre mi mundo. Pero estás a punto de aprender.

Sacudo la cabeza como si pudiera negarlo y de alguna manera hacerle entrar en razón y caer de rodillas, arrepentido.

¿Qué esperaba realmente de él? No había pensado en eso.

—Llama a Rafail —le espeta a alguien a su izquierda, que se pone de pie de un salto, con el móvil ya en la oreja—. Quiero que sepa lo que voy a hacer a continuación.

Dios mío. Rafail es el *pakhan* de la familia, su hermano mayor, la bestia que gobierna a su familia y Moscú con mano de hierro.

—Solo hay una manera de garantizar la seguridad de tu familia y saldar esta deuda, Anya.

Lo miro fijamente. ¿Así que lo considerará? Puede que haya perdido los estribos y haya irrumpido aquí, pero ¿quizás me ha escuchado? ¿Quizás tiene un poco de humanidad después de todo?

—¿Quiere decir que hay una posibilidad? —pregunto, incapaz de ocultar la esperanza en mi voz.

—¿Una posibilidad de mantener intacto lo que queda de tu familia? —Sus palabras son afiladas, impregnadas de condescendencia que hiere profundamente. Capto el insulto alto y claro, pero me obligo a ignorarlo. Tengo que hacerlo. No tendré una segunda oportunidad.

Asiente, y su mirada es indescifrable.

—Sí. Pero ¿una posibilidad de que tu arrebato y falta de respeto queden impunes? No.

El miedo recorre mi columna vertebral. Mantengo su mirada, pero su expresión permanece pétrea, como una máscara de autoridad

tranquila que hace que mi estómago se retuerza.

Su voz es baja, cada palabra es deliberada y pesada.

—Te casarás conmigo.

Por un momento, mi mundo se inclina. Parpadeo una, dos veces, con mi mente tratando desesperadamente de asimilarlo. Seguramente le he oído mal.

Estoy... aturdida. ¿Casarme con mi enemigo mortal?

—¿Casarme contigo? —Las palabras salen tropezando de mis labios. No tiene sentido. No *puede* tenerlo. ¿Por qué? ¿Por qué diría esto? ¿Por qué querría esto?

No responde de inmediato, y el silencio se alarga. El peso de su mirada y sus palabras me mantienen clavada en el sitio.

¿Dejar a mi hermanito pequeño a merced de mi padre alcohólico y de quien decida aprovecharse de él?

—Yo... —Mi voz flaquea, y me obligo a tragar el nudo que sube por mi garganta. —No puede hablar en serio.

Pero en el fondo, ya conozco la verdad. Semyon Kopolov nunca dice nada que no quiera decir.

—¿Casarme contigo? ¿Entregarme al hombre que destruyó a mi familia él solo? No puedes obligarme. Y no me imagino que quieras casarte con alguien que te odia. —Sacudo la cabeza. —Esto no tiene ningún sentido.

Arrastra perezosamente su mirada por la longitud de mi cuerpo, deteniéndose en mi cuello, bajando hasta donde la chaqueta de mi madre se ha deslizado, revelando la desgastada camiseta que apenas cubre mis hombros. Sin decir palabra, se inclina como si fuera a besarme. Mi corazón se acelera, y estoy tan confundida por mi reacción intuitiva que me quedo helada. Pero no me besa. En su

lugar, cierra los ojos e inhala como si estuviera en presencia de la flor más preciosa del mundo. Lo miro incrédula.

Abre los ojos.

—¿Eres capaz de pagar la deuda o no? —pregunta, y la crueldad en su voz me dice que ya sabe que no puedo.

—Por supuesto que no puedo. —Incluso si le diera cada céntimo de las ganancias de la panadería durante años, nunca podría pagarle.

—Entonces no tienes elección. Tu familia no tiene nada más que ofrecer. —Se inclina, con su tono escalofriante. —No se trata de lo que quieras, Anya. Se trata de supervivencia.

Una voz retumba desde la puerta.

—Una buena solución, hermano. Deja que se gane la seguridad de su familia por las malas. —Me giro para ver a Rafail Kopolov, el más buscado de Moscú y el hermano mayor de Semyon, apoyado casualmente contra el marco de la puerta, con su mirada acerada fija en mí.

Semyon se aclara la garganta. Me vuelvo hacia él.

—Te daré hasta mañana para decidir. Pero que sepas esto. Si te niegas, la sangre de tu hermano y el destino de tu familia estarán en *tus* manos. —Se vuelve hacia Rodion y le hace un gesto con la barbilla. —Llévala a casa.

Capítulo Cuatro

Semyon

—¿No te molesta nada de esto? —Rafail se sienta a mi lado y me sirve otro chupito de vodka.

Frunzo el ceño. Cuando la gente espera una respuesta emocional de mí, intento entender por qué.

—¿Molesto? ¿Por qué?

—Por lo que ella te dijo.

Resoplo y me acabo el chupito que Rafail me ha servido.

—No. Solo me ayuda a entenderla mejor.

—No sabía que vosotros dos teníais tanta historia, Semyon.

Por supuesto que no lo sabe. No es algo que compartiría con nadie. Pero, demonios, no sabía que ella me odiaba tanto como lo hace.

—De pequeño, pasé años en su casa —digo, encogiéndome de hombros—. Era el mejor amigo de su hermano. No sabía que ella siquiera me recordaba.

Es mejor así. No soy alguien hecho para el amor, y su odio hará que nuestro acuerdo sea mucho más fácil... aunque probablemente

llevará tiempo enseñarle a comportarse.

Aun así, sus palabras golpearon el aire a mi alrededor. Catalogué cada movimiento y fluctuación de su voz. La forma en que sus manos temblaban y su barbilla se inclinaba en desafío. La brusca inhalación antes de sus acusaciones. Encajo cada detalle en el marco mental que uso para entender el mundo, y sin embargo... sus emociones tan crudas fueron inesperadas.

Anya. De pie en la puerta, con fuego en los ojos, el desafío grabado en la línea recta de su columna. Han pasado años desde que la vi, pero mi cuerpo reacciona instantáneamente.

Las pecas. La pequeña barbilla obstinada. La boca con la que he soñado, pero juré que nunca tocaría.

Mis dedos se flexionan contra el borde áspero de madera de la mesa, anclándome en la sensación de la madera lacada. Familiar. Sólida.

¿Por qué son tan impredecibles los humanos?

Necesito patrones, lógica, razón y control.

Me pellizco el puente de la nariz y repaso los detalles otra vez.

La forma en que su voz se quebró cuando habló de su madre: un punto de datos. Lo guardo en mi catálogo mental.

El temblor en su tono dejó un calor desconocido e incómodo en mi pecho.

Cuando me apuntó con el dedo, el contacto físico fue desconcertante. Sentí la presión de la punta de su dedo y todavía puedo sentir el punto exacto donde su toque persistió. Normalmente odio la intrusión no invitada, pero se lo permití a Anya.

¿Por qué?

Sus palabras deberían haberme enfadado o puesto a la defensiva, supongo.

Cobarde, monstruo. Odio.

Se repiten en mi cabeza, reverberando, no porque crea que alguna de ellas sea cierta, sino porque *ella* lo cree.

Otra nota.

Interesante.

¿Dijo esas cosas por miedo y desesperación, o realmente cree que son ciertas?

¿Importa?

Lo que sé es que su familia tiene una deuda que pagar, y pretendo cobrarla.

—Puede pensar lo que quiera, Rafail. Sabes que es lo mejor para nuestra familia que me case con ella, y después de ese pequeño arrebato... estoy más comprometido con esto que antes.

Suelta una risa y sacude la cabeza.

—Se equivoca en lo de que eres un cobarde. Eres la persona más valiente que conozco. ¿Pero monstruo? —Se encoge de hombros y me guiña un ojo. —El jurado aún está deliberando sobre eso.

Me encojo de hombros y registro eso también. Puede que esté bromeando. Puede que no. Ninguna de las dos cosas afecta a la verdad: el comportamiento monstruoso es relativo, y cómo uno define a un monstruo está muy influenciado por la emoción.

Las emociones no son funcionales. Nublan el juicio, ralentizan la toma de decisiones y debilitan a las personas. Mi memoria retiene los detalles con facilidad.

Recuerdo a la niña atrevida que nunca cedió, incluso cuando tenía todas las probabilidades en contra. Se mantendría firme, ya fuera contra las burlas de Eli o el tono despectivo de un adulto.

Recuerdo cómo su pelo brillaba a la luz del sol cuando lanzaba piedras en el arroyo. Recuerdo cómo sacaba la lengua mientras practicaba hasta que se ponía el sol, y su madre la regañaba porque no se rendía hasta que lo lograba.

Lo que no me gusta es la imprevisibilidad de sus emociones y el caos que traen. Mi mundo es ordenado y predecible, y no dejaré que ni siquiera la mujer más hermosa que jamás haya conocido cambie eso.

Reproduzco mentalmente cómo se veía de pie ante mí: su pelo castaño rojizo en un moño despeinado, sus ojos color avellana destellando hacia mí. Es mucho más pequeña de lo que recordaba, pero supongo que yo soy más grande ahora. Aun así, su presencia llenó la habitación como una tempestad.

Mi tempestad.

Recuerdo cómo el calor subió por mi pecho y mis manos actuaron por voluntad propia. Ella tiene la capacidad de hacerme comportar de una manera en la que nadie más lo ha logrado.

Llamo a mi hermana Yana. Contesta al primer tono.

—Tenemos que planear una boda. Nada extravagante, Yana. La quiero breve y formal, solo nuestra familia y asociados.

—Eso he oído. ¿Estás seguro? —pregunta, con su voz, como siempre, rezumando sarcasmo—. Porque estaba a punto de reservar el Kremlin y encargar tiaras a juego para todos. Me estás arruinando la idea, Semyon.

—Yana.

—De acuerdo. Me encargo.

Había planificado mi encuentro con Anya con precisión quirúrgica, y su irrupción aquí esta noche arruinó esos planes. Sin embargo, algo en su pasión y furia... Estoy luchando contra el impulso de... sentir.

Y eso es lo que más me asusta de todo.

Capítulo Cinco

Anya

Apenas proceso cómo logro llegar a casa. Realmente no conozco bien a Rodion, el hermano de Semyon. Era joven cuando murieron sus padres, y siempre tuve la impresión de que Rafail lo mantenía cerca de casa. Semyon era el único de su familia que venía a nuestra casa.

Sé que Rodion se casó con una mujer de Estados Unidos. Pero todo el mundo sabe cuándo un hombre de la Bratva Kopolov se casa.

Sospecho que Rodion podría caerme bien si hablara con él; parece el más suave de los tres hermanos, aunque a estas alturas debería saber que mis primeras impresiones de la gente son una *mierda*.

Pero ahora mismo estoy entumecida. No respondo a su charla ni contesto a sus preguntas, y finalmente, deja de hablarme. Es un tipo grande, tan alto como Semyon pero más fornido, así que nadie ni siquiera piensa en molestarnos durante el camino de vuelta. Cuando llegamos a mi casa, sus cejas se alzan sorprendidas antes de que enmascare su expresión.

Lo sé. Es un auténtico cuchitril y probablemente parece aún peor para un hombre rico y poderoso como él.

—¿Necesitas... ayuda para hacer las maletas o algo? —pregunta, con una expresión casi infantil, como si no supiera qué hacer en presencia de una mujer angustiada.

Veo el destello dorado de su alianza y le lanzo una mirada fulminante.

—No he aceptado casarme con tu hermano.

Esta vez, no se molesta en ocultar su reacción.

—Sería un grave error no hacerlo, Anya.

—Eso es lo que tú piensas.

Él niega con la cabeza.

—No lo entiendes. Semyon es frío, lo sé. A veces, me pregunto si realmente es humano. No... siente las cosas como los demás. Pero si te casaras con él, se aseguraría de que tuvieras lo que necesitas. Sé que lo haría.

Me aparto de él para ocultar la cruda emoción en mi pecho.

—¿Qué sabéis tú o tu hermano sobre lo que necesito?

Suspira.

—Serías jodidamente tonta si no aceptas su oferta.

Por supuesto que voy a aceptar su oferta. ¿Tengo otra opción real? Solo que no quiero darle la satisfacción de ceder tan rápido cuando ni siquiera he tenido la oportunidad de procesarlo por mí misma.

Aprieto los dientes, meto la llave en la cerradura tambaleante que Rodion mira de reojo sin molestarse en disimular, y la abro.

—Gracias por acompañarme a casa y por los consejos no solicitados —digo con una sonrisa forzada antes de cerrarle la puerta en la cara, tratando de ignorar lo mucho que se parece a su maldito hermano.

Una cruel jugarreta del universo, hacer que los monstruos sean tan hermosos.

¡Joder!

Apoyo la frente contra la fría puerta para calmar el temblor. No funciona. Aprieto las manos en puños para detener las lágrimas que *vendrán* ahora que estoy sola. No ayuda. Me derrumbo en el suelo y me dejo llevar por los sollozos. Sacuden mi cuerpo, mis hombros tiemblan, lágrimas profundas y pesadas que siento como si fueran arrancadas directamente de las cuerdas de mi corazón. Me rindo a todos los miedos y la ira que he estado conteniendo durante tanto tiempo.

Estoy furiosa con mi padre por ser un capullo débil que se preocupa más por su próxima botella de licor que por sus propios hijos. Odio a mi hermano por no ser mejor que mi padre, por traicionar a su familia y dejarnos a nuestra suerte cuando podría haber hecho algo mucho mejor.

Solía ser mi mejor amigo.

Extrovertido y encantador, podía conseguir que un candelabro se enamorara de él. Juro que Semyon y yo somos los únicos que vemos en lo que se ha convertido.

Estoy tan enfadada con Semyon por usar la desgracia de mi familia para su propio beneficio personal, por negarse a ceder y a llegar a un acuerdo. Por empujarme al borde de la ruptura.

Un nuevo sollozo se me escapa. Me paso la mano por la nariz mocosa mientras las lágrimas calientes caen al suelo porque me odio a mí misma por la siguiente persona sobre la que se asienta mi ira: mi madre. Estoy enfadada con *ella* por morir y dejarme para soportar esta carga sola.

Lloro hasta que el pozo de dolor, ira y miedo dentro de mí comienza a disiparse. Hasta que mis ojos están hinchados y me pican, mi cabeza se siente dos veces su tamaño normal y me duele, y estoy

demasiado congestionada para respirar por la nariz. Es tolerable cuando el llanto te deja con sensación de alivio, como si se hubiera levantado una presión. Pero cuando terminas un buen llanto y todavía te sientes tan desolada como antes de empezar... no es un buen llanto en absoluto.

Me pongo de pie y miro a mi alrededor. Mi padre está inconsciente en su silla, con un hilo de baba colgando de sus labios. Me alegro. Lo único peor que perder los estribos es perderlos y saber que a él no le importa.

Los platos que dejé siguen amontonados en el fregadero. La luz bajo la puerta de Stefan está apagada.

Cierro los ojos, con un nudo formándose en mi garganta, y busco mi móvil. Con dedos temblorosos, llamo a Ophelia. Salta el buzón de voz.

Dejo el móvil. Nunca me he sentido tan sola en mi vida. Me levanto cuando el móvil empieza a vibrar. Lo cojo, con la esperanza creciendo en mi pecho, y ahogo un sollozo cuando veo el nombre de Ophelia.

Respondo inmediatamente.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —pregunta, con su voz todavía teñida por ese ceceo que ha tratado de corregir durante años.

Dejo escapar un sollozo.

—*No*. —Le cuento todo. Como la buena amiga que es, jadea, grita, maldice y se lamenta en todos los momentos adecuados, y cuando termino, suelta un suspiro tembloroso.

—Dios mío. *Anya*. ¿Qué vas a hacer?

—¿Tengo elección? —pregunto, sorbiendo a través de una nueva oleada de lágrimas—. Pero no puedo dejar a Stefan aquí.

Ophelia está callada por un momento antes de que su voz se anime, llena de su habitual optimismo fuera de lugar. Normalmente me gusta, pero esta noche...

—Escucha, quizás no tengas que casarte realmente con él. Quizás... gana tiempo. Dile que te lo pensarás, y luego tal vez podamos pensar en algo. Puedes... ¡conseguir un abogado! O... quizás puedas llevarte a Stefan, dejar a tu inútil padre, y huir. Cambiar vuestros nombres, mudaros a otro país. ¿Canadá? Nadie os buscaría en Canadá. Hace tanto frío.

Me río entre lágrimas, pero suena amargo y desesperado.

—Amiga, ni siquiera tengo suficiente dinero para el autobús, mucho menos para pasaportes falsos y lo que necesitaría. ¿Y cuánto tiempo podría esconderme de ellos? Él me encontraría antes de que siquiera saliera de la ciudad.

Ella no conocía a Semyon como yo. No sabe lo enfocado que estaba cuando quería algo, lo determinado que se mostraba cuando ponía sus ojos en un objetivo.

Yo sí.

—Puedo... puedo prestarte algo de dinero. Tengo un poco guardado, podría...

—Cariño. Te quiero —digo, tragándome un nuevo sollozo—. Te quiero muchísimo. Pero no. Huir no es una opción.

No puedo decirle que abandonar la panadería que mi madre comenzó me destrozaría. No podría hacerle eso a ella. Yo estaba allí el día que abrió sus puertas. Fui yo quien se sentó en la encimera de la cocina, balanceando los pies, mientras ella me enseñaba cómo fermentar el pan, me mostraba el color perfecto de la mantequilla batida, y cuando me enseñó las complejidades de hacer una hogaza perfecta de pan de masa madre.

Sería como enterrar a mi madre otra vez.

—¿Y si...? ¿Y si finges estar muy enferma? Quizás bajo ese exterior severo, el hombre realmente tiene corazón. —En mi mente, veo sus ojos fríos e inexpresivos.

Ella no tiene ni idea.

—Tal vez si sabe que estás... muriendo de cáncer o algo así, mostrará algo de compasión. ¿Podrías fingirlo?

—Ophelia —digo pacientemente—. Es uno de los hombres más poderosos de Rusia. Lo sabes.

—Por eso creo que tienes agallas de *verdad* —interrumpe.

Uf, ¿pero de qué me han servido las agallas?

Termino:

—...y tendría acceso a médicos que dejarían muy claro que no estoy en mi lecho de muerte. ¿Y entonces qué?

Suspira.

—Cierto. Dios.

Su voz se apaga. Es raro que se quede sin palabras.

—¿Cuánto tiempo te dio?

Miro el reloj roto de la cocina al que le falta medio dígito y entrecierro los ojos.

—Me quedan veintitrés horas.

Conozco lo suficiente a Semyon para saber que lo dijo literalmente.

Su silencio se extiende durante largos momentos antes de que finalmente susurre:

—Anya, lo único que puedo decirte es... yo cuidaré de Stefan. No dejaré que tu padre lo descuide.

Me trago el nudo en la garganta. Stefan puede arreglárselas con mi padre; sé eso al menos, ya que ha tenido suficientes horas sin mí aquí para defenderse por sí mismo. Y aunque mi padre es un imbécil egoísta e inútil, no le hace daño.

—Gracias —susurro. La palabra queda suspendida en el aire entre nosotras—. Tengo que irme.

Quizás pueda dormir un poco, y cuando despierte, el universo me presentará mágicamente las respuestas a mis problemas.

O quizás no.

No puedo huir. Sé que es inútil. El alcance de Semyon es demasiado amplio, y su control es demasiado absoluto.

Eso es exactamente lo que me da miedo.

Me voy a la cama, enterrando mis sueños infantiles de amor verdadero. De libertad. De esperanza.

Solo tengo unas pocas horas antes de tener que despertarme e ir a la panadería.

En mis sueños, casi me ahogo en el pequeño arroyo cerca de mi casa. Grito pidiendo ayuda.

Nadie lo hace.

Despierto, jadeando en busca de aire, con la tenue luz de la mañana filtrándose por mi ventana.

Mi cabeza palpita con dolor. Mi estómago arde con náuseas.

Me tranquilizo con el conocimiento de que mi mayor miedo, no tener a alguien que cuide de Stefan, se aliviará con la ayuda de Ophelia.

—Me casaré con él —murmuro a la habitación vacía. Sacudo la cabeza y hago un juramento—. Pero tendré condiciones. Y él va a vivir arrepintiéndose de haber aceptado esto.

Capítulo Seis

Semyon

—No se pondrá el vestido, Semyon.

Me encuentro frente al espejo ajustándome la corbata. Mi hermana Yana está en el umbral detrás de mí, con su esbelta figura apoyada contra un lado, con los brazos cruzados.

—Lo intenté. —Su tono es cortante, seco. No es lo habitual en ella.

Me giro para mirarla.

—¿Qué demonios lleva puesto entonces?

—Un vestido —dice Yana fríamente, con los labios apretados—. Sencillo. Simple.

Suelto un suspiro mientras me ajusto los puños de la camisa.

—Como si me importara. —Sé que mis palabras son despectivas, y quiero que lo sean. ¿Qué más da lo que lleve? Lo que importa es el acuerdo, la estructura que consolida.

Pero Yana no se mueve, ni siquiera responde. Su silencio parece cargado e intencionado. Catalogo su reacción, como hago con todo, y me giro para mirarla.

¿Por qué me importa el vestido de Anya?

Lo único que llevará puesto *esta noche* es mi anillo.

Aparto la mirada de Yana cuando una incomodidad desconocida presiona contra mi pecho. Anya, la bella y obstinada Anya, va a ser mi esposa, con todo lo que eso conlleva. Ya no podrá huir de mí.

—¿Hay algún problema? —pregunto, mirándola de frente. Mantengo un tono tranquilo, pero directo y calculado. Si hay un problema, lo abordaré, lo solucionaré y seguiré adelante. Como siempre hago.

Los ojos de Yana se entrecierran, y sus brazos se tensan mientras arremete contra mí.

—Mi *problema*, *imbécil*, es que la estás tratando como si fuera una de tus estúpidas piezas de ajedrez que puedes mover a tu antojo por el tablero.

Parpadeo, sorprendido.

—Es porque *lo es*. ¿Has estado leyendo esos libros románticos de los que siempre habla Zoya? ¿Has olvidado quién soy? Este matrimonio es un movimiento estratégico y, sinceramente, creo que tú, precisamente, deberías entenderlo. Si me apuras, estoy siendo considerado con ella.

Su mandíbula se tensa.

—¿Te estás oyendo? No es solo una pieza en un tablero. Es un *ser humano*, Semyon.

Mi mente corre para analizar su reacción, pero las piezas no encajan. Yana no suele actuar así.

—Estoy garantizando la supervivencia de su familia. No es nada personal.

—Exactamente ese es mi *punto* —dice Yana, emitiendo un ruido de disgusto—. ¡Matrimonio! ¿No personal? ¿Nunca has considerado que quizás debería serlo?

¿Qué coño quiere de mí?

Niego con la cabeza.

—¿Qué quieres que haga entonces?

Yana me mira fijamente.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Intenta entenderla. Intenta aportar un mínimo de compasión. Quizás, solo quizás, eres más que la fría sombra de Rafail. —Su voz se hace más baja y suave, al igual que la mirada que me dirige. —*Yo* sé que lo eres. Fuiste la primera persona a quien le conté cuando supe la verdad sobre mí misma. Fuiste quien escuchó cuando estaba confundida y asustada. Fuiste quien me ayudó a tender un puente con Rafail. Sé que en el fondo no eres tan frío como todos dicen. —Niega con la cabeza. —Sé que hay más en ti de lo que todos piensan. Pero, ¿lo sabe ella?

¿Más de lo que... todos piensan?

¿Me importa?

Rafail se acerca después.

—¿De qué iba todo eso?

Hago un sonido de disgusto.

—Una agradable charla el día de la boda sobre compasión y humanidad. Le dije que estaba leyendo demasiadas novelas románticas, y eso no le sentó muy bien.

Rafail resopla y hace un gesto.

—Ella ya está aquí. Me enteré de los detalles de lo que pasó anoche. ¿Tienes un plan?

—¿Para qué?

Se acerca y me ajusta la corbata, lo que es extraño, considerando que nunca hace mierdas así, y yo no habría salido de la habitación si no estuviera ya perfecta.

—Para lo que vas a hacer con ella después de casarte.

Le frunzo el ceño.

—Consumar el matrimonio, obviamente.

Eventualmente. No me interesa un polvo con rabia.

O varios.

—Dios —murmura—. ¿Siempre tienes que ser tan literal?

Lo miro parpadeando y me encojo de hombros.

—Sí.

—Justo a lo que me refiero. —Bajamos las escaleras hacia el pequeño grupo de nuestra familia vestida con atuendos formales, listos para la boda, pero las palabras de Yana resuenan en mi mente... *la fría sombra de Rafail*.

¿No sabe que me caso con Anya porque estoy tan comprometido con la estabilidad de nuestra familia como él?

Rafail continúa.

—Quiero decir... ¿has pensado en lo que viene *después* de la boda?

—Sí. La trasladaré a mi casa. Estableceré sus horarios en la panadería con un guardia armado que la acompañe en todo momento. Revisaré las finanzas de su familia para ver dónde coño se equivocaron y arreglar esa mierda. Dejaré bien claro que ahora es mía.

Rafail asiente.

—Interesante.

Suelto un suspiro. Si la gente simplemente dijera lo que realmente piensa, todo sería más fácil. —¿Por qué?

—Porque, según lo que dijeron los hombres sobre cómo se comportó anoche, parece que tienes trabajo por delante.

—¿En qué sentido?

—Es desafiante como el infierno.

Asiento y reprimo un gruñido. No tengo tiempo para estas mierdas.

—Claro. Enseñarle cuál es su lugar es lo normal. Sería aburrido si no opusiera resistencia.

Rafail no responde al principio, pero finalmente asiente.

—Por supuesto que dirías eso.

Les dije a mis hermanas que lo mantuvieran simple, y me escucharon. El salón de La Cabaña, la gran y extensa casa familiar que heredamos tras la muerte de mis padres, parece intacto. Parece nuestro hogar, no un lugar para eventos.

La comitiva de la boda se reduce a lo esencial: un oficiante que espera junto a la ventana, los guardias armados apostados fuera, visibles a través de los grandes ventanales. La esposa de Rodion, Ember, sostiene su cámara y me saluda con reserva cuando entro. La fotógrafa de la familia tiene buen ojo para los detalles. Le hago una señal con el dedo.

—¿Sí? —dice en voz baja cuando llega hasta mí, intentando mantener nuestra conversación en privado. Una tarea difícil en una familia grande y entrometida como la nuestra. Se coloca un mechón rebelde de su cabello pelirrojo detrás de la oreja y parpadea mirándome, obviamente asustada—. ¿Qué?

—Ninguna de estas fotos se filtra hasta que yo las vea primero. Haz muchas. No se las muestres a nadie.

Su mandíbula se tensa y sus labios se aprietan. También registro eso. Las chicas no están contentas conmigo hoy.

Tal vez estarán jodidamente felices con la estabilidad de nuestra familia y los límites de crédito en sus putas tarjetas.

Rafail permanece estoico y orgulloso junto a su esposa, Polina, la princesa de la Familia Romanova. Su largo cabello rubio cae por su espalda, y sus ojos azul claro se encuentran con los míos con fría indiferencia. Cuando le devuelvo la mirada, ella aparta la suya.

Veo a Anya de pie frente a mí y me detengo en seco. Vino a mí, envuelta en un viejo abrigo, con el pelo recogido descuidadamente. No llevaba maquillaje, pero su furia hacía que sus mejillas se sonrojaran y que sus ojos desprendieran chispas.

Yana dijo la verdad. Anya lleva un vestido sencillo, probablemente prestado o heredado, cuyas líneas modestas no hacen nada para ocultar las suaves curvas debajo. Mi mirada la recorre, notando cómo el escote expone la delicada línea de su clavícula. Su pelo está recogido sin mucho esmero, sin maquillaje ni joyas. Noto cada detalle: la forma en que levanta la barbilla desafiante como si esperara alguna reacción por la manera en que ha llegado.

Siento decepcionarte, Anya. No me importa.

La forma en que mira por encima del hombro a los guardias junto a la puerta. La manera en que sus ojos se encuentran con los de mi hermana pequeña Zoya como si buscara consuelo.

La forma en que no se encuentra con los míos.

La ceremonia es corta y estéril. Votos. Finalmente me fulmina con la mirada, y su tono es venenoso, pero la ignoro como ignoraría a una niña pequeña teniendo una rabieta. Puede tirarse al suelo y golpear con sus puñitos por todo lo que me importa.

Pero la verdad es que... está preciosa cuando está furiosa y completamente inconsciente del poder que tiene en ese momento.

Aprieto la mandíbula, apenas suprimiendo el impulso de agarrarla y mostrarle exactamente lo que significa desafiarme.

Deslizo el anillo en su dedo, con mi pulgar rozando su suave piel. Ella se estremece, y me digo a mí mismo que es porque tiene frío, que no tiene nada que ver conmigo. Quizás ella también siente esto.

Su respiración se entrecorta antes de que pueda evitarlo, un sonido tan suave que podría haberlo imaginado, de no ser por el modo en que sus mejillas se sonrojan. Durante un fugaz segundo, nuestras miradas se encuentran, y la sala y sus huecos aplausos se desvanecen.

Entonces ella retira bruscamente su mano.

Mi corazón late contra mi caja torácica como una advertencia.

Anya es mi esposa.

Es mía.

De pie ante mí con un vestido.

Y me odia profundamente.

Bien. Debería hacerlo. Si supiera cuánto la deseo realmente, saldría corriendo.

—Felicidades —dice con los dientes apretados mientras nos giramos para enfrentar la cámara, tan rígidos el uno junto al otro como recortes de cartón.

—¿Por qué?

—Por ganar el juego —susurra.

—Oh, cariño —le susurro en respuesta—. Es adorable que pienses que el juego ha terminado. Acaba de empezar.

Su brusca inspiración me dice que la he alterado, pero lo disimula rápidamente. Sin embargo, no puede ocultar el rubor que le sube

por el cuello.

Mi mirada recorre la sala en busca de una salida. Dije que no habría recepción para nosotros dos. Pueden festejar toda la noche si quieren, no me importa.

—Por aquí. —Tomo su mano bruscamente con la mía y tiro de ella para que trote y mantenga mi ritmo.

—¿Adónde vamos?

Ember saca fotos, y Rodion observa, con una expresión ilegible en su rostro.

—A casa, Anya.

La arrastro hasta el vestíbulo y camino con determinación hacia la puerta. Nuestros hombres abren las puertas dobles para nosotros y se apartan en medio de formales felicitaciones. Asiento, apenas reconociéndolos.

—¿No tienes chófer? —pregunta cuando la llevo al coche aparcado y esperando junto a la acera—. Pensaba que prácticamente tendrías gente contratada hasta para limpiarte el culo.

No me molesto en responder y solo pulso el mando para desbloquear la puerta cuando Rafail me llama desde atrás.

—Semyon.

Me giro para enfrentarle. Me hace un gesto con la cabeza, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Seguro que no quieres quedarte y al menos tomar una copa?

¿Por qué haría eso? Tengo mis favoritas en mi propia casa.

Niego con la cabeza.

—Esta noche no.

—Felicidades —dice finalmente—. Estaremos en contacto.

Lo estaremos.

Me sorprende oír el clic de una puerta de coche abriéndose detrás de mí. Cuando me giro para mirarla, Anya está abriendo su puta puerta antes de deslizarse en el asiento del pasajero con el ceño fruncido.

Lo dejo pasar esta vez, pero tiene que saber que eso no va a funcionar. Me inclino contra la puerta del coche, invadiendo su espacio y encerrándola.

—No vuelvas a hacer eso nunca, Anya —digo, con voz suave pero impregnada de acero—. O tendremos un problema.

El aire entre nosotros está cargado, eléctrico. Por un segundo, parece confundida cuando una mirada de genuina curiosidad cruza su rostro.

—¿Hacer qué?

¿Realmente no lo sabe?

—Abrir tu propia puerta del coche. Ese es *mi* trabajo. —Bajo la voz. —¿Nos entendemos? Si vuelves a hacerlo, tú y yo tendremos que hablar.

Parpadea, desarmada. Ojalá supiera qué estoy haciendo que hace que me mire así. Por un momento, ha bajado su armadura.

Me gusta eso. Quiero decirle que lo vuelva a hacer, pero no sé por qué lo hizo.

—Vale —susurra finalmente, tragando con dificultad—. Entendido.

Asiento.

—Paciencia. Ten paciencia si estoy ocupado. —Me pregunto si necesita más explicación. —Ahora eres mía.

¿Acaso no conoce las reglas? ¿Las expectativas? Puede odiarme, enfrentarse a mí, desafiarme todo lo que quiera, pero nunca estará

en peligro. Como mía, estará protegida de maneras que ni siquiera imagina. Caminaré por el lado exterior de la acera. Le abriré la puerta del coche. Cuando estemos en público, conoceré cada salida, cada peligro potencial, me fijaré en cada hombre cuya mirada se detenga en ella demasiado tiempo. No tiene que gustarle, pero estará a salvo, tanto si quiere mi protección como si no.

Tengo que recordarme que no creció como yo. Su padre es un borracho cabrón, y su hermano un egoísta imbécil. Ahora, al menos. No siempre fue así.

Recuerdo ver a su madre trabajar hasta la extenuación para mantener a flote aquella pastelería mientras su marido malgastaba sus ganancias.

No. Anya no entiende mis expectativas, pero lo hará.

Cierro la puerta de su coche y ocupo el asiento del conductor. Conducimos en silencio durante los primeros cinco minutos. Soy intensamente consciente de su presencia junto a mí: el sutil crujido de su vestido cuando se mueve, el leve aroma a cítricos y peonías y algo distintivamente *suyo*.

Por primera vez, me permito asumir plenamente que es mi esposa. Despierta algo profundo y primario en mí. Agarro el volante para mantener los pies en la tierra.

—Espera, ¿entonces ya no vives en La Cabaña? Pensaba que viviríamos allí.

—No. Me mudé a mi propio lugar hace unos años, así que ya no vivo allí. Aunque paso mucho tiempo allí. Sigue siendo la casa familiar.

—Oh.

Tiembla en el asiento del copiloto a mi lado, ajustándose más su fino abrigo. Sin pensarlo, alcanzo los controles de temperatura, ajustando la calefacción para ella.

Se da cuenta. Sus labios se entreabren ligeramente, como si quisiera decir algo, pero no lo hace.

Pasa un instante. Extiende la mano para encender la radio del coche, pero le aparto la mano de un manotazo.

—Déjalo.

—Me gusta la música.

—No mientras yo conduzco.

—*No mientras yo conduzco* —resopla, imitándome entre dientes con una voz mezquina y una expresión agria en su rostro. Mi mano sale disparada y agarra su muñeca. El contacto repentino la congela, con su pulso palpitando bajo mis dedos.

¿Tiene miedo? ¿Su padre la lastimó? Lo mataré.

Pero no la suelto.

—¿Disfrutas poniéndome a prueba, Anya? —Mi agarre con una sola mano en el volante se intensifica. —¿Disfrutas probando los límites de mi paciencia, o el sarcasmo es simplemente un talento tuyo?

Ella se burla.

—Si el sarcasmo quemara calorías, estaría delgada como un palillo.

—Gracias a Dios que no es así.

Me lanza una mirada de reojo mientras giro a la izquierda y me dirijo a casa. No estamos lejos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me gusta mi esposa con curvas.

Anya emite un sonido de disgusto, cruza los brazos y se hunde en su asiento.

—¿Acaso sabes mentir?

—Podría aprender cualquier cosa si fuera útil. Mentir es una pérdida de tiempo y energía. —No responde mientras aparco el coche. —Bienvenida a casa.

—Esto nunca será mi hogar, Semyon.

Me giro para mirarla.

—La paciencia no es algo que me haya preocupado por cultivar, Anya. Pero sigue presionando, y podrías ver exactamente lo poco que me queda.

Su respiración se entrecorta, su desafío vacila mientras se inclina hacia mí antes de controlarse y alejarse.

No he terminado.

—No exigiré mucho, pero tu respeto no es negociable.

—¡Respeto! —Se enfurece. —¿*Respeto*? No me das miedo, Semyon. Y el respeto no se exige, se gana.

—Bonito pensamiento. También inexacto.

Abro la puerta de mi coche y hago una pausa, mirando para asegurarme de que no me desobedece y abre su propia maldita puerta. Observo cómo sus dedos agarran la manija, y se vuelve para mirarme.

—¿Eres así de inmadura y mezquina? —Niego con la cabeza, pero no volveré a advertirle. —Si te comportas como una niña, te trataré como tal, Anya.

El color inunda sus mejillas. Abre la boca para protestar, luego la cierra de golpe como si reconsiderara su respuesta. Y cuando salgo del coche, tomándome mi tiempo para caminar hacia su lado, ella se sienta obedientemente, esperándome.

Buena chica.

Abro su puerta, observando cómo sus ojos entrecerrados están fijos en mí. No le gusta someterse a mí. Me pone jodidamente duro saberlo, saber que me veré obligado a castigarla.

El fuego recorre mis venas como lava fundida. No soy un hombre que pueda amar jamás, así que un pensamiento como ese ni siquiera está sobre la mesa. No está en mi química. Lo sé.

¿Pero la lujuria? He estado deseando a Anya desde antes de que fuera correcto, cuando todavía éramos demasiado jóvenes para algo ni remotamente parecido a una relación. Un día parpadeo, y la hermana pequeña de mi mejor amigo ya no era una niña sino una mujer con caderas llenas y curvilíneas, un vientre suave, y unos pechos que rogaban ser sopesados en mi palma, con sus pezones anhelando mi boca y mis dientes.

Observo su delicada mano agarrar el exterior de la puerta mientras se dispone a salir del coche, pero aclaro mi garganta con un *tsk* y un brusco movimiento de cabeza. Sus hermosos ojos me miran entrecerrados.

—Yo no abrí mi puerta —dice con voz tensa mientras ignora mi advertencia y sale del coche.

Cierro el pequeño espacio entre nosotros. Su espalda golpea el lateral del coche. En un rápido movimiento, entrelazo mis dedos alrededor del borde de su garganta, con mi palma mucho más grande que la esbelta columna de su cuello, engulléndola fácilmente. La sostengo allí, apoyada contra mi palma, con su espalda presionada contra la puerta.

—Solo llevamos casados poco tiempo, Anya —susurro en su oído—. Pero nos conocemos desde hace mucho más, ¿no es así?

Su mirada recorre mi mano, mi brazo, y sube hasta mis ojos. Está haciendo todo lo posible por aferrarse a su enfado, pero no puede ocultar el miedo que destella en sus ojos.

—No —susurra. Su respuesta me sorprende.

¿No?

—Conocía a quien creía que eras, Semyon. Pero el chico que conocí hace tiempo que desapareció. No te conozco en absoluto.

Inteligente. Aunque se equivoca. Los hombres como yo no cambian.

Sacudo la cabeza lentamente.

—Lo único que ha cambiado entre nosotros es cómo me ves. Siempre he sido exactamente quien soy. La diferencia ahora es el equilibrio de poder entre nosotros.

—Siempre manipulando las palabras, ¿verdad? —espeta ella, con tono cortante.

—En absoluto. No manipulo nada. No hay necesidad. Digo la verdad sin endulzarla. —Me inclino, susurrándole al oído. —Así que escucha bien, pequeña Anya.

Ella se remueve incómoda. Bien. Quiero que esté incómoda. Cuestionándose. Desequilibrada.

Necesito el control.

—Hiciste tus votos hacia mí en presencia de mi familia para salvar a la tuya. Eso requirió valor, pero no tenías muchas opciones. Te he permitido rebelarte. No he castigado tu falta de respeto. *Todavía*.

Su pulso se agita bajo mi mano, y mi polla cobra vida.

—Pero ahora estamos en *mi* casa. Tengo gente que trabaja para mí. Personal. Hombres bajo mi control que me han jurado lealtad. Aquí, pequeña Anya, no me faltas al respeto. Te prometo que, si lo haces, *te* castigaré. Sé que no te han educado bien sobre las expectativas de mi mundo, así que considera esto tu primera lección.

Flexiono la palma de mi mano y me apoyo en mi antebrazo, encerrándola mientras mantengo su mirada.

Sus ojos ardientes se clavan en los míos, desafiándome de una manera que nadie se ha atrevido jamás. Es más pequeña, frágil, pero se mantiene como si estuviera hecha de hierro y acero. Una auténtica reina por derecho propio.

—¿Y qué significa exactamente eso, Semyon? —Su voz es baja y cortante. —¿Castigarme cómo? ¿Qué más puedes quitarme? —No puede ocultar el temblor de su labio inferior.

Catalogo cada respiración, cada micromovimiento. Me la imagino atada en mi cama, esposada y vulnerable. Me la imagino pataleando sobre mi regazo mientras le enseño modales. Me la imagino gritando mi nombre y suplicando por un orgasmo mientras retengo el placer y la hago ganarse el clímax.

Suspiro y paso mi dedo por la curva de su labio inferior. Está seco, un poco agrietado. Ha trabajado muchas horas en la panadería y ha dejado de lado su autocuidado.

Tomado nota.

—No pareces temerme, pequeña Anya.

Su voz es suave pero su postura inamovible cuando responde.

—¿Qué hay que temer cuando ya lo has perdido todo?

Oh, no ha perdido todo.

—Qué dramática. Esperaba más de ti. —Quito mi mano de su cuello y la coloco al otro lado de su cabeza para que quede encerrada debajo de mí. —Pero olvidas algo.

Ella no pica el anzuelo. No responde. Solo me mira, tratando desesperadamente de ocultar su miedo.

—Yo no sigo las reglas.

Capítulo Siete

Anya

Caminé con dificultad hacia la casa, frotándome los ojos con las palmas de las manos. No quería que nadie me viera llorar. Llorar era un signo de debilidad. Mi madre estaba en el trabajo, acababa de abrir la panadería, y mi padre... esperaba que no estuviera en casa.

El sol se filtraba entre los árboles, medio cegándome porque, a los doce años, todavía era demasiado baja para ver mucho de nada. Solo necesitaba llegar a casa, encontrar una tirita, y estaría bien.

Unas voces venían de la parte trasera de la casa, y las reconocí inmediatamente. Mierda. Era demasiado tarde para darme la vuelta; ya me habían visto. Semyon y Eli. Me giré y me dirigí hacia la puerta principal, pero ellos estaban forcejeando con algo, escondiéndolo bajo un montón de libros. No me importaba lo que fuera: un cigarrillo, una revista obscena, podría haber sido cualquier cosa. Lo único que importaba era que no me vieran.

—¿Anya? —La voz de mi hermano recorrió la corta distancia. No respondí y seguí caminando. Oí a Semyon decir algo a Eli en voz baja, y Eli recogió un montón de cosas y corrió hacia la parte trasera de la casa. Fue Semyon quien vino por mí.

—Anya, ¿qué te has...? —Se quedó helado cuando me vio: las rodillas ensangrentadas, abrasiones en los brazos, lágrimas acumulándose en mis ojos. Aparté la mirada.

Y entonces corrió. Él corrió *hacia mí. Nadie había corrido hacia mí antes.*

—¿Quién te ha hecho esto? —Para entonces yo ya sabía que él formaba parte de la bratva, así que por supuesto Semyon pensó que alguien me había herido.

Negué con la cabeza.

—Nadie me ha hecho esto.

Le dije la verdad, pero pude notar que no me creía por la forma en que sus ojos se oscurecieron con dudas. Su lenguaje corporal hablaba más alto que las palabras.

Tragué saliva, atrapada en la intensidad de su mirada, en la tormenta detrás de esos ojos azul glacial. Parecía que en esos pocos segundos que pasaron entre nosotros estaba sopesando sus opciones. Me quedé mirando, medio congelada en el sitio.

—Vamos a limpiarte. —Se inclinó, acercándose a mí más de lo que jamás había estado, y me tomó en sus brazos sin esfuerzo.

Abrí la boca para protestar, pero estaba tan desconcertada que no salió nada. Este era Semyon. Tan cerca. Tan fuerte e inflexible. Protector.

Su agarre era firme y seguro, pero sorprendentemente suave mientras me llevaba como a una niña; su pecho, firme y cálido bajo mi mejilla. ¿Cuándo se había convertido en esto? Semyon ya no era el chico escuálido que seguía a su hermano mayor, ensombrecido por el dolor y el deber.

Era un hombre ahora. Un hombre de verdad, mayor que yo, ligado al deber y a la familia... y ahora sosteniéndome como si yo importara.

—Semyon... —empecé, pero las palabras murieron en mis labios. Su rostro estaba más cerca de lo que jamás había estado, y la intimidad del momento me desconcertó por completo.

—¿Qué ha pasado, Anya? —preguntó en un susurro peligroso.

—Me he caído —dije, sin encontrar sus ojos.

—¿De qué? —Su voz era un gruñido bajo. Sonaba enfadado. ¿Por qué estaba Semyon enfadado? Yo estaba herida, estaba llorando, estaba sangrando, y pensaba que mi pierna podría estar rota... ¿Y él estaba enfadado?

—De mi bicicleta —le dije honestamente—. Solo fui a dar un paseo por las vías del tren, e iba rápido, y mi bici golpeó una piedra. No sé realmente qué pasó, pero se fue por debajo de mí, y yo solo... —Sorbí, mirando de costado. Él negó suavemente con la cabeza.

—Ahora está todo bien. —Me miró torpemente, como si no supiera qué hacer conmigo, mientras me llevaba al apartamento. Con una determinación caballerosa en sus ojos, me sentó en la mesa de la cocina y apoyó mi pierna, levantando mi tobillo con ternura entre sus grandes manos.

—No está roto —dijo en voz baja—. Probablemente esguinzado. Tendrás que vendarlo.

—¿Dónde ha ido Eli? —No quería que mi hermano estuviera aquí. No quería que se entrometiera entre nosotros. Este momento se sentía privado, especial. Sagrado.

—Tenía que hacer un recado —dijo Semyon, críptico. Ahora era yo quien entrecerraba los ojos.

—Mi madre te pidió que no lo involucraras, Semyon.

Los ojos de Semyon se dispararon hacia los míos antes de que controlara sus facciones.

—No sé de qué estás hablando.

—¡Sabes exactamente de qué estoy hablando!

Negó con la cabeza.

—No tengo nada que ver con esto, Anya. Si solo supieras...

—¿Que eres bratva? ¿Crees que soy tan tonta que no lo sé?

Un músculo se le tensó en la mandíbula.

—No, por supuesto que lo sabes. Quiero decir, si solo supieras lo mucho que estoy intentando sacar a tu hermano de sus problemas... —Se detuvo, su boca cerrándose de golpe como si hubiera dicho demasiado.

¿Qué?

—Ahora, volviendo a tus heridas. Solo voy a preguntarte una vez más. —Sus ojos azules mantenían los míos cautivos, y mi corazón dolía bajo la intensidad. —¿Me estás diciendo la verdad?

Tragué saliva, y por un momento loco y salvaje, imaginé decirle que alguien me había hecho daño. Que sufría acoso. Nadie me había mirado así antes, y satisfacía un extraño deseo en mí que no entendía.

Quería ver cómo respondería.

—Te estoy diciendo la verdad. Me caí.

—Si me estás mintiendo, Anya... —Mi corazón latía como loco. Pero no terminó la frase.

—No lo estoy —dije en voz baja.

Fue entonces cuando noté cómo se había endurecido su mandíbula y cómo la barba incipiente en su barbilla se había oscurecido. De cerca, podía ver el cambio en el color de sus ojos, brillantes a veces, más claros en otras, enmarcados en pestañas oscuras y gruesas que habrían sido casi femeninas en cualquier otro hombre.

Nunca había notado ninguna de esas cosas antes.

Ahora sí.

—No estoy mintiendo —susurré vehementemente—. ¿Y tú?



—No tengo hambre. —Jugueteo con un trozo de pan simple, sin apetito. No he comido y necesito hacerlo, pero la realidad de mi situación y la punzada de pérdida golpea mi estómago.

Es agotador mantener mi enfado hacia él. No soy una persona iracunda. Raramente pierdo los nervios. Mi madre solía decir que tenía la mecha más larga de cualquier persona que hubiera conocido, pero cuando alguien finalmente llegaba al final de ella, que se anduviera con cuidado.

Quizás tenía razón. No quiero pensar en mi madre ahora porque los recuerdos más dolorosos que tengo de ella involucran al hombre, o monstruo, sentado justo al otro lado de la mesa.

Semyon se enorgullece de decir la verdad, sin importar cuán brutal sea, pero me mintió fuera de su casa antes de que entráramos. Dijo que no había cambiado. Eso no podría estar más lejos de la realidad.

Porque yo recuerdo.

Recuerdo tumbarnos junto al arroyo, uno al lado del otro, cuando éramos niños. Fue la única vez que lo vi relajarse, rodeado por el susurro del viento entre los árboles sobre nosotros; con mi hermano lanzando perezosamente su caña de pescar una y otra vez sin conseguir nunca una mordida. Todavía puedo oír el sonido del agua corriendo y los pájaros cantando y revoloteando a nuestro alrededor.

Dice que no ha cambiado, pero sé la verdad: Semyon era un chico en quien confiaba y se convirtió en un hombre que odio.

—Come —dice, empujando una bandeja de comida hacia mí. Como era de esperar, todo en su casa son líneas afiladas y tonos apagados: acero, cristal y madera oscura y barnizada. Todo es frío y preciso. Inmaculado. No hay ni un atisbo de calidez o toque personal a la vista.

Semyon frunce el ceño, observándome. Probablemente intentando decidir si esta es una batalla que merece la pena librar. Finalmente, se encoge de hombros.

—Como quieras.

Quizás él vea esto como una rebelión silenciosa contra su riqueza y control, pero estoy cansada y es tarde.

Stefan ya habrá vuelto del colegio. Siempre me encuentra en la panadería y me cuenta sobre su día, balanceando las piernas mientras se sienta en el mostrador, comiendo desordenadamente cualquier golosina que le deje elegir de los restos del día. Le encanta mirar las bandejas de productos horneados y encontrar los que tienen imperfecciones antes de metérselos en la boca.

Me siento un poco culpable mirando la suntuosa presentación frente a nosotros. El despliegue es un festín de tradición rusa: cuencos de *borscht*, con sus ricas superficies rubí coronadas con nata agria, *pirozhki* dorados rellenos de deliciosos ingredientes, y platos de *blini* con salmón ahumado y caviar.

Stefan daría gritos de alegría con esto y comería hasta no poder meter otro bocado en su boca.

Me duele el corazón.

Miro mi plato, habiendo perdido el poco apetito que tenía.

Ophelia cuidó de Stefan hoy y vigiló la panadería. Galina, nuestra única empleada y la mejor amiga de mi madre, vende nuestros productos con entusiasmo, pero no sabe hornear como yo. Puede

mantener el negocio durante un día, pero tendré que idear un plan para volver.

—Necesito trabajar —digo—. No puedo simplemente quedarme sentada luciendo bonita.

Semyon se encoge de hombros.

—Puedes quedarte sentada luciendo petulante. Te ha funcionado hasta ahora.

—Oh, *vete* a la mierda —espeto antes de poder contenerme. Tan pronto como las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Alguien de su personal detrás de nosotros jadea, y el frío destello en sus ojos me dice que he cruzado una línea.

—¿Perdona?

Abro la boca para responder, pero no sé qué decir.

—Y-yo no quería decir eso.

—¿Ya olvidaste nuestra conversación de afuera?

Mis mejillas se colorean y aparto la mirada.

—Mírame.

Mis ojos vuelan hacia los suyos, fríos y despiadados detrás de sus gafas. Reprimo la necesidad de retorcerme bajo el calor de su mirada.

—Te dije que, si te comportabas como una niña, te trataría como tal. ¿Cómo podrías castigar a una niña que fuera irrespetuosa? —Se inclina hacia adelante antes de dar un sorbo a su bebida. —Te diré lo que Rafail habría hecho. Lo que *hizo*. Sabes todo sobre cómo Rafail se convirtió en nuestro tutor, ¿verdad?

Asiento incómodamente.

—Sí.

—¿Y sabes cómo habría respondido si alguno de nosotros le desobedecía o le faltaba al respeto?

Trago saliva y niego con la cabeza.

—No —digo, cambiando de posición en mi asiento. Hay una conciencia punzante en la habitación ahora, un peso invisible presionando mientras Semyon me observa con sus ojos helados.

Se recuesta en su silla, pero cada movimiento parece calculado. Se siente extraño mirarlo ahora, como visitar a un fantasma que ha venido a perseguirte porque todavía lo veo, todavía lo escucho, todavía imagino al chico que era fuerte y poderoso, el que no temía a nada. Y frente a mí ahora hay un monstruo. Un extraño.

—Rafail creía en lecciones rápidas y memorables. Humillación. Nunca gritaba. Nunca levantaba la voz.

—Suena encantador —murmuro.

—Suena eficaz —contraataca.

Aparto la mirada.

—¿Así que eso es lo que tienes planeado para mí? ¿Si no me comporto, tendrás lecciones «rápidas y memorables»?

Semyon niega con la cabeza, corta un gran trozo de pollo y lo mastica metódicamente antes de responderme.

—En absoluto. Planeo tomarme mi tiempo y disfrutarlo a fondo.

Uf.

—¿Disfrutar castigando a alguien? —Sacudo la cabeza.

Semyon se encoge de hombros. Estoy fijada en sus grandes manos tatuadas desgarrando el pan por la mitad.

—Si se hace bien —dice con un tono de algo oscuro y perverso en su voz—. Puede que tú también lo disfrutes.

Lo miro con la boca abierta, pero no puedo evitar cómo responde mi cuerpo. No me gusta. Lo odio.

Aparto la mirada.

—Incluso si diseñas cualquier castigo que creas que merezco —empiezo. Mi voz vacila por mucho que intento mantener a raya mi temperamento. Desvío la mirada. Parece que ha hecho un movimiento en el tablero y ha puesto el mío en peligro—. No ganarás, Semyon. Solo lograrás que te odie más.

Sorbe su bebida antes de responder.

—Ódiame todo lo que quieras. Pero tu familia está viva gracias a esto.

A pesar de mi ira, no puedo evitar reconocer la verdad en sus palabras. No puedo evitar sentirme confundida por sus motivos.

Sacudo la cabeza.

—No lo entiendo. No tengo nada que ofrecerte.

Sus ojos fríos y duros recorren la longitud de mi sencillo vestido antes de encontrarse con los míos de nuevo.

—Necesito una esposa.

Niego con la cabeza.

—Podrías haber elegido a cualquiera en Zalivka. Eres rico y atractivo. ¿Por qué *yo*?

Por primera vez, parece casi perplejo.

—¿No es obvio?

Parpadeo sorprendida y me meto un trozo de pan en la boca. Niego con la cabeza.

—No quería a cualquiera. No quería una esposa que utilizara a mi familia o mi riqueza para su propio beneficio. No quería a una chica

bonita haciéndose *selfie*s junto a mi piscina con sus uñas perfectamente manicuradas y presumiéndolas, ni a alguien que me engañara buscando el afecto de otro que se lo diera cuando yo sabía perfectamente que no podía dárselo.

Siento como si me hubiera arrojado agua helada encima. Me quedo mirándole fijamente. Él continúa.

—Quería una esposa que dependiera de mí. Quería una esposa que no tuviera más remedio que serme fiel porque el precio de la infidelidad le costaba demasiado. —Tomó otro sorbo de vino. —Quería una esposa que no buscara amor, afecto ni nada más que yo no pudiera dar, pero que estuviera lo suficientemente desesperada como para aceptar lo que sí podía ofrecerle, sin posibilidad de echarse atrás.

Inclinándose hacia delante, su mirada es tan gélida que tiemblo.

—Quería una esposa que supiera que el matrimonio conmigo era para siempre. Y como siempre, Anya... conseguí exactamente lo que quería.

Abro la boca para responderle, para recuperar algún resto de dignidad, pero no sé por dónde empezar.

—Mira. Observa.

Con el ceño fruncido, saca el móvil de su bolsillo y me muestra la pantalla. Con movimientos hábiles, las puntas romas de sus dedos ásperos se deslizan sobre ella. Me quedo mirando, sin estar segura de lo que veo.

—Acércate, Anya.

Me levanto de la silla, vencida por la curiosidad. Me coloco lo suficientemente cerca para ver el móvil, pero no tanto como para que pueda tocarme. Los números se alinean en filas ordenadas en la pantalla.

—Esta es la deuda de tu familia conmigo. —Miro los números, con una sensación enfermiza creciendo en la boca del estómago.

Con unos pocos deslizamientos, la pantalla roja se vuelve blanca. Mis hombros se sienten un poco más ligeros. Dejo escapar un suspiro.

—Y esto —continúa, tocando algunas cosas más con fría precisión, mirando la pantalla con el ceño fruncido—, es lo que he depositado en la cuenta bancaria de tu negocio. He saldado tus deudas pendientes, y el lunes te presentaré a Claude, tu nuevo gerente de negocios. ¿Sabes lo que esto significa, Anya?

Niego con la cabeza lentamente.

—Varias cosas —dice, con voz baja y sus ojos ardiendo en los míos. Ahora no parece frío sino tan ardiente como un horno encendido—. Tu familia ya no está endeudada. Ni conmigo, ni con nadie. Eso sería una responsabilidad que no voy a asumir.

—Gracias —digo en un susurro tentativo mientras le miro fijamente, porque parece lo correcto, aunque sé que esto no es el final.

—No me des las gracias. No hice esto para salvarte. Lo hice porque soy un hombre de negocios y sé que asegurar tu dependencia de mí significará que te quedes. No tienes elección. También significa que ahora soy el cofirmante de tu panadería. El siguiente paso es hacer que tu negocio vuelva a ser rentable.

Un frío temor me recorre la espalda.

Esa era la panadería de mi madre. Se siente como la peor forma de traición saber que ahora es copropietario.

Ódiame todo lo que quieras, pero tu familia está viva gracias a esto.

Guarda su móvil y vuelve a su cena.

—¿Has terminado con tu comida?

—Te he dicho que no tengo hambre.

—Entonces te excuso de la mesa —dice—. No he olvidado tu castigo de antes. Tu habitación está arriba a la izquierda. Ve.

Aparta la mirada, dispensándome.

—¿Me castigas enviándome a mi habitación? —Niego con la cabeza.

¿TU habitación*?*

¿Así que no compartiremos cama?

Con el tenedor levantado hacia su boca, me mira. ¿Por qué tiene cara de ángel vengativo?

—¿Preferirías unos azotes?

Mis mejillas se sonrojan mientras le miro fijamente. Considero la idea de salir con aires de grandeza y dar un portazo, pero eso parece infantil y pueril.

—Soy tu esposa —digo tontamente, como si eso de alguna manera amortiguara el rugido en mis oídos y el vuelco de excitación entre mis piernas. Estoy tan enfadada conmigo misma porque parece que cada vez que hago algún progreso con él, él retoma el control sin apenas esfuerzo.

—¿Y? Sí, eres mi esposa. Parece que tenemos ideas diferentes sobre lo que eso significa.

—Ah, ¿sí? ¿Qué significa para ti? Solo soy una figura decorativa para ti, Semyon.

Noto la dilatación de sus fosas nasales y el destello de sus ojos antes de que vuelva a estar tranquilo y controlado. ¿A qué ha venido eso?

—No, Anya. Te equivocas en eso.

Mis mejillas están ardiendo, mi pulso es irregular. Trago saliva y me enderezo, mientras me recuerdo a mí misma que debo mantenerme firme. Puede que sea mayor y más poderoso, pero no es mi dueño.

Él continúa.

—En mi mundo, eso significa que espero respeto y obediencia. Es trabajo del marido proteger y cuidar de su esposa. Y es tu trabajo permitírmelo —dice como si fuera obvio.

No lo es en *mi* mundo. Cuando no respondo, continúa, con un tono de finalidad en su voz.

—Arriba a la izquierda, Anya. *Ve.*

Me burlo, aunque suena más débil de lo que quisiera.

—¿Obediencia? —repito—. ¿Qué soy, un perro?

—No —dice simplemente. Me pregunto si entiende el sarcasmo. Es tan literal y pragmático que resulta exasperante—. A estas alturas ya habría adiestrado mejor a un perro.

Mis mejillas arden y quiero arremeter contra él, hacer algo, cualquier cosa que lo sorprenda y rompa esa calma absolutamente exasperante e inquebrantable. Pero en lugar de eso, se me hace un nudo en la garganta.

—Eres increíble —susurro.

—Y tú sigues aquí —responde, negando con la cabeza—. ¿Realmente crees que es prudente desafiarme ahora?

Abro la boca y luego la cierro porque no tengo respuesta. ¿Por qué *sigo* aquí de pie cuando podría irme a recomponerme y tener algo de tiempo a solas?

—A tu habitación, Anya —dice, más suavemente esta vez—. No te lo voy a pedir otra vez. Soy un hombre paciente, pero tengo mis límites.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, una promesa y una amenaza a la vez.

Quiero verle perder el control. Quiero verle estallar. Quiero desmontarle tan a fondo como él me desmonta a mí. Odio cómo retuerce mi determinación hasta convertirla en algo peligrosamente cercano a la... sumisión.

Le odio por ello. Me odio a mí misma por ese destello de algo parecido a la esperanza que todavía parpadea en mi pecho.

Arriba de las escaleras. A la izquierda.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. Llego a lo alto de las escaleras y cierro la puerta de un portazo cuando oigo un *ping.*

Levanto la mirada sorprendida al ver mi móvil en una elegante base de carga junto a la cama. Me acerco y compruebo las notificaciones.

Ophelia
Siento molestarte, Anya. Odio tener que hacer esto. No encuentro a Stefan.

Capítulo Ocho

Semyon

Sé en qué segundo decide huir.

El cambio es sutil, como una pieza moviéndose en el tablero de ajedrez. Un leve crujido de las tablas del suelo. Los guardias fuera de su ventana no informan nada porque ella es lo bastante astuta para saber que estarán vigilando.

Doy un sorbo a mi bebida y niego con la cabeza. Quizás cree que me está engañando. Es gracioso cómo piensa que me conoce.

Casi admiro su audacia. Pensé que verme demostrar que ya no tenía deudas cambiaría su forma de ver las cosas, pero por lo visto no.

Abro el sistema de seguridad en mi tableta y miro la pantalla, pasando por las cámaras hasta encontrarla. Quiero ver a dónde irá y por qué. Se mueve con determinación, deslizándose por los pasillos, su expresión es una mezcla de determinación y desesperación. Se seca los ojos y no mira atrás.

¿Qué significa eso? No puede pensar que podrá simplemente escabullirse, ¿verdad? ¿O teme el castigo que le prometí?

Pulso el botón del intercomunicador, avisando a los guardias apostados dentro de la casa.

—Sin interferencias. Dejadla ir.

Hay una pausa al otro lado de la línea. Saben que no deben cuestionarme y saben que no deben responder.

—Sí, señor. Entendido.

Observo cómo se dirige hacia la puerta lateral. Ha encontrado la tarjeta de acceso... predecible. Si hay algo que la caracteriza es su ingenio. No se da cuenta de que la dejé allí intencionadamente. Quería ver qué haría. Casi me decepciona que picara el anzuelo tan fácilmente.

Si realmente quisiera asegurarme de que no huyera, habría sido ridículamente fácil. Pero se puede saber mucho de una persona basándose en dos cosas: cómo reacciona cuando está acorralada y a dónde va cuando tiene la oportunidad de huir. Hasta ahora, he aprendido algunas cosas sobre Anya: es una luchadora. No se desmorona bajo presión. Su orgullo no le permite admitir la derrota. Valora su autonomía.

Casi sonrío para mis adentros. Otros podrían verla como rebelde, pero yo la veo bajo una luz diferente: Anya es un desafío para mí.

Me reajusto la polla, dura como el demonio.

Dios, me encantan los desafíos.

Veo en la pantalla cómo sale al exterior, directamente bajo la lluvia torrencial. Dios, ¿no podía coger un paraguas? Están alineados en el vestíbulo principal.

Estoy a pocos pasos de ella, con las llaves en la mano. Cogeré el Lexus porque es silencioso y oscuro.

Sus pasos se aceleran a medida que se acerca al límite de la propiedad. Abro la puerta lateral que lleva al garaje y me deslizo en

el asiento del conductor, sin dejar de observarla.

Un coche la espera en la calle fuera de la verja. Es difícil ver con la lluvia, pero hago *zoom*: Ophelia. Mira hacia la salida como si esperara a medias que mis guardias la detengan, pero se mantienen al margen según lo ordenado. Las luces traseras desaparecen y se marcha. Espero un momento antes de salir tras ellas.

No las asaltaré; ese no es mi estilo. Las sigo lentamente y me maldigo a mí mismo.

Su amiga conduce como una maldita lunática. Esta será la última vez que mi mujer se suba a un coche con Ophelia al volante.

Me contengo, asegurándome intencionadamente de que no vean que las estoy siguiendo. Quiero ver adónde va.

¿Al trabajo? ¿Está tan preocupada por la panadería que tiene que ir a verla? Es tarde por la noche, y la tienda ya está cerrada, pero asegurarme de que mi negocio esté atendido sería una de las pocas razones por las que *yo* estaría fuera solo de noche, así que es la primera que me viene a la mente.

¿Está intentando escapar? Es una mujer demasiado inteligente para hacer algo así, me dice la razón. Le dejé abundantemente claro que lo mejor para su familia sería que se casara conmigo, y tiene que saber que, si está planeando algo estúpido como una huida, no haré ninguna promesa sobre protegerlos.

No. No creo que esté intentando escapar.

Entonces se me ocurre un pensamiento que me hace apretar el volante con tanta fuerza que mis nudillos se blanquean.

¿Hay un hombre?

Una neblina roja nubla momentáneamente mi visión cuando entretengo ese pensamiento.

Eso tendría sentido. Se ha entregado a otro hombre. Normalmente, haríamos una verificación de antecedentes a una mujer como ella antes de un paso importante como el matrimonio, pero pasé por alto algunos de los métodos más habituales porque razoné que la conocía.

No es así, no realmente. Conocía a la niña que creció junto a mí. No conozco a la mujer que me miró con puñales en medio de mi maldito comedor.

No. No la conozco en absoluto.

¿Y si tiene un amante?

¿Y si ha entregado su corazón a un hombre que no puede tener porque está casada *conmigo*?

No le gustará cuando lo mate, pero su única oportunidad de mantenerlo con vida habría sido mantenerse muy, muy lejos.

Niego con la cabeza. No habría elegido empezar las cosas de esta manera.

Intento aflojar mi agarre en el volante cuando me duelen los antebrazos, pero me está sirviendo de ancla ahora mismo. Respiro por la nariz y exhalo por la boca como Yana me enseñó cuando era más joven. Funciona, a veces.

Ahora no.

Giran bruscamente a la izquierda, y casi me delato cuando tengo que tomar la curva con fuerza para seguirlas. Suelto el acelerador, aunque me cuesta todo mi autocontrol no pisar a fondo y perseguirla. Tomo otra respiración profunda y la suelto lentamente cuando las luces de freno rojas parpadean delante.

Reduzco la velocidad. Afortunadamente, la calle no está muy bien iluminada, y conduzco un coche negro.

Estamos cerca de la casa de su familia. Las sigo a un ritmo constante, manteniéndome lo suficientemente atrás para evitar que me reconozcan o asustarlas. En la oscuridad, no puedo ver bien su rostro, pero las farolas ocasionales la iluminan a través de la ventana. Incluso desde aquí, puedo ver la preocupación escrita en sus facciones.

¿Está preocupada de que la atrape? ¿O preocupada por otra cosa? *Debería* estar preocupada de que la atrape. Si no lo está, no he hecho mi trabajo a conciencia.

Lo solucionaré.

Se mete un dedo en la boca y se muerde la uña. Un hábito nervioso. Es como un pájaro batiendo sus alas contra los barrotes metálicos de una jaula.

Desesperada. Obstinada. Fútil.

¿Qué hay en ella que saca lo peor de mí? La mayoría de las personas me aburren. Se alinean como soldaditos predecibles, y los pocos que no lo hacen, mantienen las cosas ocasionalmente interesantes. Son fáciles de leer, fáciles de entender. Una vez que te propones comprender verdaderamente la naturaleza humana, no es tan difícil como uno podría pensar. A la gente le gusta lo que es preciado para ellos. No les gusta el cambio. No quieren que nadie trastoque el orden establecido y cause demasiada angustia. Aprecian los elogios y el dinero, y una de las formas más sencillas de asegurar su conformidad es darles uno o ambos.

¿Pero Anya? Cada movimiento, cada respiración, cada frase que pronuncia parece una contradicción. Es desafiante pero leal, independiente pero atada a la responsabilidad.

Y luego está la forma en que me mira como si yo fuera el villano de cada historia que ha leído.

Aprieto el volante, con el cuero caliente bajo mi palma. No es admiración, no. Ni atracción ni nada que se parezca remotamente a

la infatuación o al *amor*. No es nada más que curiosidad.

Amor.

Esa palabra que hombres y mujeres por igual lanzan como si fuera confeti. «¡Te quiero!», «Oh, me encanta este chocolate.» «¡Hola, cariño!»

No, no, *no*.

El amor es una debilidad, una responsabilidad, y sé lo que les hace a las personas. Sé cómo vuelve loca a la gente.

Demonios, mira a Rafail, el más severo de nuestra familia, nuestro intrépido líder. En un minuto, gobierna Moscú con precisión militar. Al siguiente, está cortejando noches de insomnio y arrullando por la forma en que su precioso bebé eructó.

Y mi padre... no. No pensaré en eso ahora.

El amor es una puta correa, una atadura, un veneno disfrazado de regalo. Te roba el control, y el control es lo único en lo que confío.

Echo un vistazo al coche de delante y observo cómo Ophelia le dice algo, gesticulando exageradamente, pero Anya solo niega con la cabeza como si estuviera perdida en sus pensamientos. Su mirada está fija en la ventana.

Me pregunto qué estará pensando...

En cuanto me descubro preguntándome eso, me detengo, irritado. No importa lo que esté pensando.

A menos que esté pensando *no debería haber huido de mi marido*, sus pensamientos son irrelevantes.

Esto es un juego. Me siento como un gato jugando con un ratón, dejándolo correr justo hasta que llega a un punto de casi seguridad, antes de golpear su pequeña cola con mi pata y arrastrarlo de vuelta hacia mí, chillando, antes de darme un festín.

Puedes correr, ratoncita.

Corre tan rápido como puedas.

Mi polla palpita y se me seca la boca.

Te atraparé.

Y cuando lo haga...

Su coche se detiene delante. Están bajando.

Espero unas manzanas atrás antes de seguirlas.

Capítulo Nueve

Anya

—¿Estás segura de que nadie nos ha seguido? —le pregunto a Ophelia. No confío en haberme escapado tan fácilmente de Semyon.

No confío en nada que tenga que ver con él.

—Cariño, nadie nos ha seguido. ¿Viste lo rápido y temerariamente que conduje? Eso fue *a propósito*.

Parece realmente ofendida cuando resoplo con una risa.

—*Esta* vez, ¿vale? Así, si alguien nos seguía, lo hemos despistado.

Miro hacia atrás y no veo más que oscuridad absoluta. A estas alturas, me da igual si me ha hecho seguir. Lo único que importa es que Stefan esté a salvo.

En cuanto recibí la noticia de Ophelia, di la voz de alarma al pequeño grupo de amigos íntimos que he hecho en mi barrio. Todos estamos intentando llegar a fin de mes, cada uno navegando por sus propias dificultades mientras nos cubrimos las espaldas.

Lena, la dueña de la tienda de comestibles local con una casa llena de niños y un corazón enorme, fue la primera en responder.

> **Lena**
> Echaré un vistazo. Siento mucho no haberle visto. ¿Es cierto lo que he oído sobre ti? Todo el mundo conoce a alguien, le encontraremos.

Marco, el camarero que conocía a la mitad de los habitantes de la ciudad, servía copas y recopilaba susurros como si fueran moneda corriente.

> **Marco**
> No te preocupes, le encontraremos. Un niño pequeño como él destacaría. Aguanta.

Finalmente, fue Viktor, el barbero cuya tienda estaba junto a la mía, quien me dio una pista.

> **Viktor**
> Creo que le vi en la tienda hace un rato. No hace mucho. Creo que se estaba escondiendo, pero necesitaba un lugar para resguardarse de la lluvia.

Así que nos fuimos a la tienda. Eché un último vistazo a las cortinas de lluvia que caían detrás de nosotras antes de abrir la puerta.

—Si está aquí, voy a sacudirle hasta que le castañeteen los dientes tanto como me castañetean a mí. —Ophelia tiembla, ciñéndose más el jersey empapado alrededor de su curvilínea figura. Ella no le haría daño ni a un pelo de la cabeza de Stefan, pero no la culpo. —¿Y quieres dejar de mirar a tu alrededor como si tu chico de la *bratva* fuera a aparecer como un vampiro y chuparte la sangre? Por Dios.

Niego con la cabeza.

—No sabes cómo es —murmuro, con las manos temblorosas mientras introduzco la llave en la cerradura. Está torcida y helada, así que tardo un minuto entero en poder abrir la puerta y entrar.

Para cualquier otra persona, este lugar parecería vacío. Pero yo conozco las señales reveladoras de un niño escurridizo que tiene

tendencia a meterse en problemas y debilidad por los dulces.

La vitrina de exposición está abierta, y falta una fila de galletas. Nunca dejo la vitrina abierta, y siempre la lleno antes de cerrar por la noche.

Entorno los ojos y miro alrededor de la tienda.

—¿Stefan? —pregunto, encendiendo la linterna de mi móvil. No quiero alertar a nadie fuera de que estamos aquí—. ¿Estás aquí? Cuanto antes confieses, menos problemas tendrás.

No hay respuesta. Pero la puerta de la nevera está ligeramente entreabierta, y un montón de servilletas sigue sobre la superficie de acero de la mesa de amasar.

—Stefan —digo en tono de advertencia.

—¡Eh! —grita Ophelia en la tienda—. Sabemos que estás aquí. ¡No me digas que he arriesgado mi vida secuestrando a tu hermana y conduciendo en medio de una tormenta solo para ponerme como una foca con los rollos de canela de tu hermana y ahogar mi pena en glaseado de vainilla!

Resoplo y niego con la cabeza.

—¿Ahogar tu pena? —articulo sin voz, todavía jadeando por haber entrado corriendo.

Giro la cabeza bruscamente, esforzándome por escuchar. ¿He oído algo? ¿Qué ha sido eso? Examino la tienda, pero no hay señales de movimiento. Aun así, mi hermano es joven y torpe, y sé que está aquí.

—Stefan —le llamo, con voz baja y de advertencia, el tono que uso cuando está en problemas y necesito sonar maternal. Odio cuando me hace hacer esto—. Si no sales... —Me detengo, sin saber con qué amenazarle, porque nunca me gusta hacer amenazas.

Finalmente, la puerta del gran congelador se abre con un crujido.

—¡Stefan! —No puedo evitar el sobresalto en mi voz. Sabe que no puede entrar ahí. Es un congelador viejo, y si la puerta se cierra desde dentro, podría morir congelado. Eso se le ha repetido cien veces. Nunca se le ha permitido entrar ahí.

Apenas pudiendo recuperar el aliento, le agarro por los hombros y le sacudo con fuerza suficiente para hacerle tambalear.

—¿En qué estabas pensando? ¿Cómo puedes escaparte así y en el *congelador*? —Mi voz se quiebra, y el miedo atraviesa mi enfado. —¿No sabes lo que podría haber pasado si no te hubiera encontrado?

—No lo cerré con llave —murmura, levantando la barbilla con falsa valentía. Por un momento, se parece a nuestro hermano mayor; la arrogancia es la misma, eso seguro.

—¿Sabes lo que habría pasado si la persona equivocada te hubiera encontrado? —insisto, con mis palabras saliendo más bruscas de lo que pretendía.

Sus ojos se abren, y la culpa ensombrece su expresión.

—Solo quería venir a buscarte —susurra—. Pensé... pensé que eventualmente volverías aquí. Solo entré en el congelador ahora mismo. No quería que nadie me viera; pensé que podría ser él. Ya sabes, tu nuevo marido.

—Pensaste mal —respondo bruscamente, atrayéndole hacia un fuerte abrazo, sosteniéndole con fuerza por un momento antes de sacudirle de nuevo—. Deberías haberte quedado escondido, y nunca deberías haber entrado a ese congelador. No vuelvas a entrar ahí jamás, Stefan.

La puerta de la tienda suena al abrirse. Momentos después, se oyen pasos pesados. Mi estómago se encoge, apretándose en un nudo.

No necesito darme la vuelta para saber quién es.

La imponente sombra de Semyon se derrama en la luz de la entrada mientras entra. Sus ojos azul hielo arden de furia, y su mandíbula

está apretada. Parece como si hubiera sido esculpido en piedra: su rostro se ve rígido y controlado, con cada línea grabada con precisión. Pero puedo sentir la tormenta bajo su superficie. Apenas está manteniendo su autocontrol.

—¿Creías que podías irte sin decírmelo? —Su voz es baja, tranquila, mucho más peligrosa que si hubiera gritado. Ahora entiendo por qué la gente le teme cuando baja la voz.

Mis instintos rugen y empujo a mi hermano detrás de mí.

—No voy a dejarle aquí —espeto.

Ophelia, de pie detrás de mí, emite un pequeño chillido y maldice en voz baja. Puedo sentir a Stefan temblando mientras se aferra a mi brazo, pero no me muevo.

—Me necesita —digo con firmeza.

La mirada de Semyon va hacia Stefan y luego de nuevo hacia mí, con un destello de algo (¿sorpresa?) cruzando su rostro.

—¿Quién? —pregunta, con un tono más frío que el hielo.

—Stefan. Mi hermano pequeño —respondo, con voz firme a pesar del nudo que se me forma en la garganta—. ¿Quién creías que era?

Por un momento, la expresión de Semyon es indescifrable. Luego habla, tan directo como siempre.

—Pensé que habías venido a buscar a otro hombre.

—¿Otro hombre? ¿De qué estás hablando?

Sus ojos se desvían y, por un instante, creo ver algo parecido a la vergüenza en su expresión. Pero desaparece tan rápido como llegó, reemplazada por la máscara fría y calculadora que siempre me pone los pelos de punta.

—Se te prohibió salir —dice, acercándose, y sus palabras restallan como un látigo—. Y a la primera oportunidad, es lo que hiciste.

—¡Ophelia no pudo encontrar a mi hermano! —protesto.

Semyon se acerca aún más, cruzando los brazos sobre su ancho pecho. Hace un gesto con el dedo; su orden es nítida y precisa.

—Ven aquí —ordena.

Instintivamente doy un paso adelante, pero él niega con la cabeza.

—No, Anya. Tú no.

El pánico crece en mi pecho. Dios mío. ¿Stefan?

Antes de que pueda detenerlo, Stefan sale de detrás de mí, irguiéndose. Hay un destello de arrogancia en su expresión, del mismo tipo que nuestro hermano mayor solía usar como armadura.

Los ojos de Semyon se ensanchan, ligeramente, antes de estrecharse de nuevo.

—¿Y este es...?

—Stefan —respondo rápidamente, dando un paso adelante de forma protectora.

—Sabía que tenías un hermano —dice con frialdad, y su voz es como el acero—. Porque tu otro hermano nos debe cuatro millones, Anya.

—¿No sabías que tenía un hermano menor?

—Mis registros dicen que tu hermano está en un internado, enviado allí por tu tío —dice Semyon, con tono inexpresivo.

—Bueno, quizás sea hora de que actualices tus registros —respondo bruscamente—. Mi hermano no ha estado en ese colegio durante más de dos años, no desde que mi padre se gastó el dinero de la matrícula.

La expresión de Semyon se suaviza, bajando la voz.

—Lo siento —dice en voz baja—. No tenía idea de que tenías un hermano menor en casa. Deberías habérmelo dicho.

Niega con la cabeza, con el más leve rastro de frustración cruzando su rostro.

—Deberías haber acudido a mí —continúa—. Deberías haberme dicho por qué te ibas. Te habría traído aquí a salvo en lugar de... — Hace un gesto vago hacia mí. —Este desastre de situación.

Sus ojos se afilan mientras su voz se endurece.

—Tu vida me pertenece ahora, Anya.

Los ojos de Stefan brillan con desafío mientras da un paso adelante, con sus pequeños puños apretados.

—No puedes ser dueño de la vida de alguien —dice, con voz temblorosa pero firme.

La gélida mirada de Semyon se dirige hacia él, entrecerrándose.

—Cuida tu tono, muchacho —advierte. Instintivamente, atraigo a Stefan más cerca, rodeándolo con mis brazos protectoramente.

—Tiene razón —digo, con voz firme a pesar de la opresión en mi pecho—. No eres mi dueño. No dejaré que Stefan piense que así es como funcionan las cosas, que esto es normal. Le debo más que eso.

Los labios de Semyon se contraen en una sonrisa tenue, casi divertida, mostrando los dientes.

—Ah, ¿no? —murmura, con voz grave.

No sé qué me sorprende más: sus palabras o la certeza con la que las dice. Ni siquiera es una pregunta; lo dice como si fuera un simple hecho. Y, sin embargo, bajo la fría indiferencia de su tono, hay un indicio de algo... algo que no esperaba. Por un fugaz momento, me pregunto si lo he juzgado mal.

Pero entonces, al enderezarse, la máscara vuelve a su lugar. Sus siguientes palabras son cortantes, inflexibles.

—Vas a pagar por esto —dice, sacudiendo la cabeza.

El fuego en mi pecho vuelve a la vida. Su mirada se fija en Stefan, fría y calculadora, como un director evaluando a un estudiante desafiante.

—Pero no tendré cabos sueltos ni responsabilidades. Vendrás con nosotros —dice Semyon a Stefan—. No huirás. No faltarás el respeto a mi familia. Vendrás, y tu hermana te cuidará en nuestra casa. ¿Está claro?

Parpadeo, atónita por sus palabras, con la respiración atascada en mi garganta.

—Espera, ¿Stefan viene con nosotros? —pregunto en voz alta, incapaz de ocultar mi sorpresa.

Ophelia jadea. Semyon y yo la miramos. Nos habíamos olvidado de que estaba allí.

Los ojos azul hielo de Semyon se encuentran con los míos, imperturbables.

—Esto tampoco formaba parte de mi plan —admite—. Pero fue un descuido. Debería haber investigado más a fondo. Y ni siquiera me preguntes por tu padre. —Su labio se curva con desdén. —Ese hombre puede ahogarse en su propia orina por lo que a mí respecta.

—Por mí también —murmuro. Por un breve momento, nuestras miradas se cruzan en una inesperada solidaridad, una conexión fugaz que desaparece casi tan rápido como aparece.

—Solo para que quede claro... ¿él puede vivir con nosotros? —pregunto, con incredulidad en mi voz.

La mirada de Semyon no vacila.

—¿Crees que lo dejaría aquí con ese padre inútil tuyo? —Niega con la cabeza. —Pensé que tu hermano estaba en un colegio. No sabía

que lo habías estado cuidando todo este tiempo. No tolero la debilidad, Anya, pero no soy un monstruo.

Emociones contradictorias se agitan dentro de mí: ira por su arrogancia, confusión por este inesperado acto de bondad, y una inquietante sensación de gratitud. ¿Es esto realmente bondad? ¿O es solo otro movimiento calculado, otra pieza en el tablero de ajedrez que eventualmente conducirá a mi caída?

No...

Semyon no ama. No se ahoga en bondad. Esto es solo otro movimiento para mantenerme ocupada.

¿Mi hermano, Stefan, en esa fría mansión? Sí, puedo asegurarme de que esté bien alimentado, que su ropa no esté raída y que sus calcetines no tengan agujeros. Tendremos luz adecuada para hacer los deberes, y no tendré que preocuparme por que corten la calefacción.

Pero Stefan es testarudo, y temo lo que le sucederá bajo la fría furia de Semyon.

Abro la boca para discutir, pero no sale nada. ¿Qué se supone que debo decir? «No, no quiero que mi hermano esté sometido a tu severidad; prefiero que se muera de hambre o se pregunte si nuestro padre borracho le dará un revés.» No, gracias.

Ophelia mira a Semyon, luego a Stefan, y de nuevo a mí.

—No sé vosotros —dice, metiendo un mechón de pelo detrás de la oreja—, pero creo que esto podría funcionar bastante bien para ambos.

—Definitivamente no —dice Semyon, con voz fría y precisa.

Los ojos de Ophelia se ensanchan. Lo mira, incapaz de ocultar su miedo, y luego rectifica torpemente.

—Oh, no me refería a vosotros dos. Me refería a... ellos. —Hace un gesto entre Stefan y yo. —Esos dos.

Su voz vacila, y ladea la cabeza con una sonrisa forzada.

—Semyon, ¿has probado estos deliciosos productos horneados? —pregunta, señalando exageradamente la vitrina de pasteles medio abierta.

Quiero enterrar la cabeza entre mis manos. Los ojos de Semyon se estrechan hasta convertirse en rendijas, y realmente deja escapar un gruñido bajo, un verdadero gruñido, como un animal.

—Vosotros dos —espeta, señalando a Stefan y a mí—, entrad en el maldito coche que está fuera. —Luego se gira hacia Ophelia. —Y tú, vete a casa. No vuelvas a contactar con mi esposa sin mi permiso.

El rostro de Ophelia se ruboriza de indignación justificada, pero en silencio le imploro que deje de provocarle antes de que estalle.

—Haz lo que dice por ahora, ¿vale? —musito.

—No por ahora —interrumpe Semyon, con voz cortante—. Haced lo que digo. Punto.

Me acerco a Ophelia y susurro:

—Te llamaré más tarde. Gracias.

Ella duda, pero asiente antes de retirarse, murmurando por lo bajo mientras se dirige hacia la puerta.

—No voy a ir con él —dice Stefan obstinadamente, cuadrando sus pequeños hombros mientras mira fijamente a Semyon—. Alguien tiene que estar en casa cuando... cuando Eli vuelva. —Su voz se apaga al final.

—Eli no va a volver —dice Semyon fríamente—. Y se me ha acabado la paciencia. Es de madrugada, Stefan. —La voz de Semyon se suaviza. —¿No tienes colegio mañana?

Stefan se estremece pero no dice nada.

—Tu hermana y yo estableceremos reglas para tu estancia en mi casa. Las discutiremos después de que todos hayamos dormido un poco. Por ahora, recoge tus cosas y ve con Anya al coche.

Cuando ninguno de los dos se mueve, las fosas nasales de Semyon se dilatan. Su voz restalla como un látigo.

—Ahora.

Luego se vuelve hacia Ophelia, con tono glacial.

—Márchate. No quiero volver a verte.

—¡Por el amor de Dios! —estallo, incapaz de contenerme.

Semyon fija su mirada en mí, bajando peligrosamente la voz.

—Si yo fuera tú, me mantendría callada ahora mismo. Estás metida en un buen lío. Te fuiste sin mi permiso, te escabulliste y te subiste a un coche con una conductora imprudente que podría haberte matado.

Ignoro el bufido indignado de Ophelia cuando cierra la puerta de golpe tras ella.

—Me desobedeciste —continúa Semyon, con tono cortante—, y ya te estás metiendo en terreno peligroso.

Semyon se acerca a mí, arrastrando sus dedos por mi muñeca. Su grueso pulgar presiona contra mi pulso, y sus ojos brillan fríamente.

—Tal como pensaba —murmura, catalogando cada una de mis reacciones con inquietante precisión.

Es difícil creer que existan hombres como él. He conocido a hombres como mi hermano: egoístas, imprudentes, encantadores como el demonio. Y hombres como mi padre: egoístas, adictos, demasiado rotos para cuidar de las personas que deberían amar.

Pero Semyon es diferente. Responsable. Al mando. Pero tan frío como un rey de hielo. Y es mi marido.

Tomé la decisión hace mucho tiempo de que nunca me enamoraría. He visto cómo destroza a la gente, cómo destruyó a mi madre. Las mujeres pierden su amor propio con la vana esperanza de ganarse el amor a cambio. Eso nunca seré yo.

Quizás, en cierto modo, casi estoy agradecida. Estar casada con un rey de hielo hace más fácil mantener esa promesa.

—Estás empapada —dice Semyon de repente, negando con la cabeza—. ¿Estabas tan preocupada por la seguridad de tu hermano que no te importó la tuya?

Miro hacia abajo, dándome cuenta solo ahora de que todavía llevo mi viejo vestido descolorido, completamente empapado y pegado a mí. La tela mojada revela más de lo que me gustaría: el contorno oscuro de mis pezones, la curva de mis pechos.

Antes de que pueda moverme, Semyon se quita su abrigo y lo coloca sobre mis hombros.

—Súbete la cremallera —ordena secamente—. Nadie te mira excepto yo. Nadie, Anya.

Mueve la cabeza hacia Stefan.

—¿Has comido?

—He tomado algunas galletas —murmura Stefan.

—Coge una bolsa de papel y empaca algunas cosas para el desayuno —dice Semyon, suavizando ligeramente su tono—. Comerás en casa y por la mañana antes del colegio. —Niega con la cabeza.

Stefan duda frente a la vitrina, y luego pregunta nerviosamente:

—¿Quiere... algo?

El surrealismo del momento casi me hace perder el equilibrio: mi hermano pequeño, mi peligroso marido y yo, juntos en esta extraña y frágil tregua.

Semyon mira la vitrina, y señala.

—Dos de esos —dice, apuntando a un par de *pirozhki*. No busca satisfacer un capricho, sino practicidad. Una comida rápida y sustanciosa, elegida con la misma fría eficiencia que aplica a todo lo demás.

Es un pequeño gesto, pero se siente casi humano.

—Cerrad la tienda cuando salgáis —dice Semyon bruscamente.

Levanto la llave doblada.

—¿En serio? —murmura, poniendo los ojos en blanco—. Olvídalo. Nos ocuparemos de esto mañana. Por ahora, todos necesitamos dormir.

Se inclina, bajando la voz a un susurro.

—Y tú y yo hablaremos de cada detalle de tu desobediencia... cuando lleguemos a casa.

Capítulo Diez

Anya

El cielo se había tornado de un intenso tono grisáceo antes de abrirse, dejando caer la lluvia en furiosos cortinajes que convirtieron el sendero de tierra bajo mis pies en barro. Un relámpago surcó el horizonte, seguido de un estallido de trueno tan fuerte que grité. Estaba empapada hasta los huesos cuando tropecé al entrar en el cobertizo, una vieja estructura destartalada en el límite del bosque, con su techo de metal oxidado y tablones rotos que crujían contra el viento.

Mi respiración era entrecortada mientras luchaba contra el pánico creciente. Odiaba las tormentas. Desde que quedé atrapada en mi habitación siendo niña durante una, me hacían sentir como si el mundo se deshilachara a mi alrededor. El pánico me invadía, y tenía que obligarme a respirar.

Segundos después de haber tropezado al entrar en el cobertizo, una figura se perfiló en la oscuridad, tiró de la puerta para abrirla, y se metió dentro, sin verme.

Me aplasté contra la pared astillada. Semyon. Dios mío.

Semyon estaba justo allí, en el pequeño espacio del cobertizo que no parecía lo suficientemente grande para albergarnos a ambos. Aún no

me había visto y estaba a solo unos metros de distancia, agarrando la parte inferior de su camisa y escurriéndola con movimientos rápidos y eficientes, ofreciéndome una amplia vista de los duros y desnudos planos de su pecho. Mis ojos estaban clavados en su abdomen inferior, en la línea apenas visible de vello oscuro que se hundía en la cintura de su pantalón.

Tragué saliva con dificultad.

—Semyon —susurré, sin querer que se sobresaltara. Su cabeza se alzó bruscamente al oír mi voz, con sus penetrantes ojos azules fijándose en los míos, abiertos por la sorpresa durante un segundo, antes de que su expresión volviera a algo controlado e indescifrable.

El cobertizo era apenas lo suficientemente grande para los dos, y su presencia lo llenaba, firme e inconmovible, como un ancla. Más grande que la vida misma.

Intenté dejar de temblar, rodeándome con mis brazos. La tela de mi vestido se adhería a mí. Ahora que Semyon estaba aquí, tomé conciencia visceral de cada sensación. Las frías gotas de lluvia por mi espalda se sentían pesadas mientras las seguía cayendo entre mis pechos y deslizándose entre mis muslos. Pero no era solo el frío lo que me hacía temblar ahora.

—Anya —dijo, con voz baja y firme, cortando el aullido del viento fuera del frágil cobertizo, como si decir mi nombre en voz alta hiciera más sólida mi presencia aquí. Me encantaba el dulce acento de mi nombre en su voz áspera. Quería grabarlo y reproducirlo en bucle mientras me dormía por la noche—. ¿Qué haces aquí?

Le miré con enfado.

—Lo mismo que tú, obviamente.

Apartó la mirada, quitándose el abrigo con facilidad practicada; sus movimientos, como siempre, eran metódicos, deliberados.

—Estás helada —dijo sin rodeos.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien —mentí, pero mis dientes castañeteaban, traicionándome.

—Tienes los labios azules. —Sin decir otra palabra, su penetrante mirada no abandonó la mía mientras se acercaba. Mi corazón dio un salto, y un pánico excitado me recorrió. ¿Iba a...? No. Me quedé paralizada mientras colocaba su abrigo sobre mis hombros. El exterior todavía estaba húmedo, pero el interior era cálido y suave, y llevaba su aroma. El olor de él era intenso, masculino, como a bosque y limpio. Instantáneamente estaba completamente despierta, con mi sangre calentándose bajo mi piel.

Me aferré a su chaqueta como a un salvavidas.

—Tú también estás empapado —susurré, mirándole, admitiendo demasiado tarde que, efectivamente, estaba congelada.

Su pelo, negro azabache y normalmente meticulosamente arreglado, estaba pegado a su frente, con gotas de lluvia deslizándose por su marcada mandíbula.

Me di cuenta, con una conciencia sobresaltada, de lo mucho que quería lamerlas.

Me sorprendió la rapidez con que mis pensamientos se volvieron sexuales, pero tenía dieciocho años, estaba sola e irrevocablemente enamorada.

—Estoy bien —dijo simplemente, con tono tranquilo, imperturbable. Pero había algo en su manera de estar de pie, con los hombros tensos y sus ojos escaneando el pequeño espacio como si buscara amenazas. No tenía miedo de la tormenta. En mi mente, Semyon no tenía miedo de nada.

Me hundí en el suelo y me ajusté más su abrigo.

—¿Crees que estamos a salvo aquí? —pregunté, con voz apenas por encima de un susurro mientras el trueno retumbaba y los

relámpagos iluminaban el cielo—. Si cae un rayo...

—Tenemos una mejor probabilidad estadística de que eso suceda que de ganar la lotería tres veces seguidas. —Su voz era tranquila, pero había una certeza en ella que me hacía creerle. Algunas personas se burlaban de él por su mente analítica que se aferraba a datos y hechos, pero había algo en ello que no podía explicar que me hacía derretir. —De todos modos —continuó—, las tormentas no duran para siempre.

Me aferré a esa frase y la hice mía.

Las tormentas no duran para siempre.

Tu padre no siempre será un borracho.

Tu hermano no siempre le estará robando.

No siempre tendrás que luchar por conseguir comida para tu hermano menor o mantener la compostura para que tu madre no llore.

En cuanto a Semyon... no siempre tendrás que ser el fuerte, el guardián, el hermano mayor.

Por favor, no seas siempre el hermano mayor.

El aire entre nosotros se sentía cargado, más pesado de lo que debería haber sido, tan eléctrico como los relámpagos fuera del cobertizo.

Su rodilla rozó la mía.

Me pregunté si fue accidental. Pero la chispa que sentí atravesó directamente la tela, y él no se apartó.

Traté de concentrarme en la tormenta: la lluvia golpeando contra el delgado techo, el viento sacudiendo las ramas de los árboles afuera, las nubes moviéndose como soldados preparados para la batalla. Pero no pude evitarlo. Mis ojos estaban pegados a la forma en que el pecho de Semyon subía y bajaba en respiraciones lentas y

constantes, visible bajo su camisa empapada. La manera en que la tela se adhería a su cuerpo, delineando los músculos debajo. Cuando volvió a caer un rayo, iluminó los gloriosos tatuajes dibujados en sus brazos y cuello.

—Gracias —susurré, con voz apenas audible sobre la tormenta. Giró la cabeza y fijó su mirada en la mía. Durante un largo momento, ninguno de los dos habló. El espacio entre nosotros pareció encogerse, y casi olvidé la furiosa tormenta de fuera.

—No es nada —dijo suavemente, sus ojos escrutando los míos.

¿Estaba hablando del abrigo?

No sabía qué decir. Solo le miré fijamente, con la respiración entrecortada. ¿Era mi imaginación, o se estaba inclinando más cerca? No, definitivamente se estaba acercando. Su mano se alzó, apartando un mechón de pelo mojado de mi cara. Su tacto era suave, casi vacilante, pero dejó un rastro de calor innegable a su paso. Mi cuerpo cobró vida, eléctrico.

—Semyon —susurré, como advertencia y súplica a la vez. No sabía qué más decir. Sus ojos descendieron hasta mis labios, y cuando tragó saliva, mi corazón golpeó contra mis costillas. Quizás ya no era solo la hermana pequeña de su mejor amigo.

Quizás no era la única que alimentaba un afecto no correspondido... ¿O era algo más? Quizás no era la única ardiendo por dentro, anhelando estar más cerca, con cada nervio vibrando ante la posibilidad de lo que podría suceder.

—Anya —murmuró él, con voz áspera, casi dolorida—. ¿Estás bien?

No. No estaba bien.

Había salido corriendo hacia la tormenta después de que mi padre me gritara porque tuve la osadía de cuestionar cuánto bebía. Y cuando lanzó su taza de café hasta la otra punta de la habitación, donde se hizo añicos contra la pared, me marché.

Pero no podía contarle eso a Semyon. Sabía que no podía. Haría algo drástico y violento. Mataría a mi padre, probablemente. Y entonces la muerte de mi padre estaría en mis manos.

Mi pulso resonaba en mis oídos mientras él se acercaba más, con su aliento cálido y mentolado. El mundo exterior se inclinó. Podría haberse acabado, y no me hubiese importado. Pero justo cuando sus labios estuvieron a punto de tocar los míos (o eso creía yo) el cobertizo crujió violentamente, con el viento golpeando sus paredes. Ambos miramos hacia la puerta como si esperáramos que Eli nos encontrara.

Di un respingo, y el momento se rompió. Él se apartó, con la mandíbula tensa y una expresión indescifrable.

Mi hermano lo mataría. Ambos lo sabíamos. Bratva o no, Eli lo destruiría absolutamente. Y Semyon perdería al único amigo que tenía.

—Deberíamos esperar a que pase —dijo con voz ronca, como si nada hubiera ocurrido.

Y en mi pequeña mente autocrítica, me dije a mí misma que no era por la tensión entre nosotros. Era yo. Yo era demasiado. Siempre era demasiado. Era yo. Yo era el problema.



Mientras nos acomodamos en el coche, el silencio entre nosotros resulta asfixiante. Stefan se sienta en el asiento trasero, aferrando la bolsa de papel, con sus ojos saltando entre mi... *marido* y yo.

Como era de esperar, Semyon insistió en que me sentara a su lado, y como no me apetecía tentar a la suerte, le dejé abrirme la puerta.

Ahora está sentado en el asiento del conductor, con la mandíbula tensa, irradiando tensión en oleadas. No ha hablado desde que salimos de la tienda, pero sus nudillos blancos por la presión en el

volante me lo dicen todo. Quiero pincharle, provocarle, decir algo que rompa el silencio, pero no lo hago. Todavía no.

—Anya —susurra Stefan desde el asiento trasero.

Los ojos de Semyon se mueven hacia el espejo retrovisor casi imperceptiblemente antes de volver a la carretera. Me giro en mi asiento, inclinándome hacia mi hermano.

—¿Qué pasa? —pregunto suavemente, con una voz más dulce de lo que me siento. Mi estómago se retuerce al mirarlo, todavía sin saber cómo me siento por tenerlo aquí. No está seguro en casa, pero traerlo a este mundo tampoco es mucho mejor. El primer día que confié en Ophelia para que lo vigilara, lo perdió. Concedido, Stefan no lo puso fácil, pero, aun así…

—¿De verdad... nos quedaremos con él? —pregunta Stefan, con voz queda—. ¿Hablas en serio? Todas mis cosas están en casa...

Niego con la cabeza, demasiado cansada para explicar la verdad. Se siente demasiado pesado, demasiado complicado. Miro a Semyon, pero él responde por mí.

—Sí, os quedáis conmigo. Si necesitas tus pertenencias, enviaré a alguien a recogerlas. —Desvía la mirada de la carretera al espejo retrovisor, cruzando la mirada con Stefan. —No voy a dejar que ninguno de los dos salga de mi vista.

Stefan se estremece ante su tono, y yo miro con dureza a Semyon.

—Sería bonito que intentaras no aterrorizarlo —le suelto.

La mirada fría de Semyon se gira hacia mí.

—Si intentara aterrorizarlo, se haría pis encima.

Reprimo un gruñido.

—¿Soy un prisionero? —pregunta Stefan, con voz ligeramente temblorosa.

Semyon no responde, pero veo que la comisura de su boca se contrae en el espejo. Contengo una sonrisa, aunque es más por agotamiento que por diversión.

Inclino la cabeza y miro a Semyon con dulzura, de una manera que sé que le molesta.

—¿Es mi hermano un prisionero, esposo?

—Sí —dice sin dudar—. Si quieres etiquetarlo, ninguno de los dos saldrá sin mi permiso. Ninguno de los dos deambulará libremente por esta casa hasta que sepa que sois de confianza. No permitiré que estropeéis las cosas, dejéis huellas en mi mesa, toquéis cosas que no os pertenecen o me hagáis perder el sueño porque sois impulsivos.

Me cruzo de brazos, haciendo un sonido de disgusto.

—¿Crees que tratándonos así conseguirás que simpaticemos contigo?

Semyon gruñe, con voz peligrosamente baja.

—¿Crees que me importa? ¿Crees que quería salir corriendo en medio de la noche, bajo la lluvia, arrastrando a tu hermano a este lío?

Me estremezco ligeramente ante la crudeza de su voz, pero sus palabras siguen llegando, afiladas y cortantes.

—No —espeta, suavizando su tono solo un poco—. Pero es mi responsabilidad. Yo cuido lo que es mío.

Mi pecho se oprime con sus palabras: *lo que es mío*.

No quiero ser suya. No quiero que Stefan sea su responsabilidad. Pero alguna parte traidora de mí, la parte que está tan malditamente cansada de luchar, se aferra a la palabra responsabilidad como a un salvavidas.

—Bien —digo, cruzándome de brazos—. Pero si piensas que tratándonos así conseguirás que confiemos en ti, te espera una desagradable sorpresa.

Un músculo de su mandíbula se contrae, pero no responde.

Conducimos en silencio. Miro hacia atrás a Stefan, cuyos ojos están cerrados. Está roncando suavemente.

Cuando llegamos a la casa, Semyon aparca y apaga el motor. Me arrodillo en el asiento para sacudir suavemente a Stefan y despertarlo.

—Cariño... hemos llegado a casa.

No se mueve.

—Cuidado con el pie —me ladra Semyon—. Vas a rayar el...

Algo dentro de mí estalla. Planto mi zapato embarrado sobre su inmaculada consola y lo restriego por la superficie.

En un movimiento rápido, su palma golpea contra mi trasero. Se me corta la respiración por la sorpresa.

—¿Qué te dije sobre comportarte como una niña? —espeta, con voz baja y letal.

—¡Eh! —jadeo, con las mejillas ardiendo. Algo oscuro y desconocido se enciende en mi pecho.

Entre mis muslos.

Mi cuerpo me traiciona, acumulando calor en lugares que quiero ignorar. Su mirada me clava en el sitio, su tono no deja lugar a discusión; una promesa de que hay más de donde vino eso.

Oh, Dios.

—Anya, date la vuelta y siéntate correctamente antes de que te dé otra palmada —gruñe—. Y limpia el desastre que has hecho.

Resoplo indignada, pero cojo el pañuelo que me tiende para limpiar la consola. Fue una actitud infantil. Aun así, odio la mirada de suficiencia en su rostro mientras obedezco.

—Necesito despertarlo —murmuro.

—No —dice Semyon con tono cortante—. Es un niño y está agotado. Yo lo llevaré arriba.

Y entonces sale del coche, tomando a Stefan en sus brazos como si no pesara nada. Quiero odiarlo, realmente lo odio, pero la forma en que sostiene a mi hermano, cuidadosa y firme, rompe algo dentro de mí.

Stefan se ve tan pequeño en sus brazos, tan frágil. Siempre ha sido demasiado delgado, sin importar cuánto he intentado alimentarlo. Crece como mala hierba, pero nunca es suficiente.

Semyon lo lleva hacia la casa con la espalda recta y sus movimientos son precisos. Siento un dolor en el pecho nacido del pesar y el alivio, sentimientos opuestos pero que ocupan el mismo espacio de alguna manera.

—Lo pondré en la segunda habitación a la derecha —dice Semyon, con voz fría. Me mira por encima del hombro, con ojos penetrantes y entrecerrados. Su voz baja una octava como si intentara no despertar a mi hermano.

—Cuando subas —murmura—, te quiero esperando en tu dormitorio.

Me quedo mirándolo.

—Quiero que te quites la ropa, Anya.

Me quedo mirando su espalda mientras se aleja antes de lograr llegar de alguna manera a mi habitación.

Semyon es tan frío, tan distante (como una máquina, despiadado y eficiente), pero hoy ha traído a mi hermano pequeño a casa. Ha

llevado a Stefan a esta casa como si fuera algo precioso. Eso no es algo que pueda olvidar.

Antes, cuando entré por primera vez en esta habitación, ni siquiera miré alrededor. Ahora, mientras estoy aquí temblando, me obligo a observar cada detalle.

Va a volver a por mí.

Apenas puedo empezar a procesar todo lo que ha ocurrido en las últimas horas. Es demasiado, demasiado rápido, y cada vez que intento juntar mis temores sobre lo que sucederá después, mis pensamientos se disuelven en el caos.

La habitación en sí es más grande de lo que podría haber imaginado. También es más lujosa de lo que esperaba. Una enorme cama *king-size* domina el centro, cubierta con un pesado edredón de marfil, suave y acogedor. Abundantes almohadas están colocadas ordenadamente contra el cabecero, y la habitación está decorada con plateado pulido y destellos de oro cálido. De alguna manera, se siente simultáneamente impersonal y hermosa.

Esperaba el confinamiento de una prisionera. Pero ¿esto? Esto es cualquier cosa menos eso.

En la esquina hay un gran escritorio blanco, sólido y pesado, junto con una elegante lámpara de pie. En su superficie, accesorios nuevos están dispuestos en perfecto orden: bolígrafos, lápices, incluso un dispensador de cinta adhesiva y tijeras. Mi bolsa descansa vacía junto a la puerta de un armario, un recordatorio incongruente de mi hogar.

Con vacilación, me acerco y empujo la puerta del armario para abrirla. Me quedo sin aliento.

El armario es enorme, un vestidor más grande que toda la habitación de Stefan en casa. Las estanterías recubren las paredes, mostrando filas de zapatos tan impecables que parecen obras de arte. Tacones, botas, zapatos planos, todos ordenados por estilo y

color: negro, *nude* y rojo fusionándose con tonos pastel más suaves y opciones más atrevidas. Vestidos y faldas cuelgan ordenadamente junto a jerséis y abrigos, todo perfectamente organizado. Todo es nuevo, moderno, caro... y de mi talla.

Todo está junto a la ropa de mi madre, en un contraste tan fuerte que hace que mi nariz cosquillee.

Los dos pares de zapatos gastados y las pocas prendas desgastadas que había empacado descansan torpemente en un estante. Mis mejillas arden al verlos. No pertenecen aquí. Son reliquias de una vida más simple, más pobre, una vida que ahora parece estar a un millón de kilómetros de distancia.

Apago el interruptor de la luz de un golpe y doy la espalda a todo. Si cree que puede comprar mi afecto...

No. No ganará.

Pero él dijo que no quiere mi amor. No le importa mi atención. Entonces, ¿qué juego está jugando? No lo perdonaré por lo que ha hecho.

Y sin embargo... cada vez es más difícil aferrarme a mi ira.

Respiro profundamente, deseando que la creciente marea de confusión se calme. Stefan está dormido, a salvo al final del pasillo en otra habitación. Casi puedo imaginar a Semyon acostándolo. No habría dejado la colcha puesta para que se ensuciara; primero le habría quitado los zapatos a Stefan y luego lo habría arropado bien.

¿Lo haría? ¿Tiene ese tipo de ternura en él?

El pánico se apodera de mi pecho. ¿Está mi hermano realmente seguro aquí?

Aparto ese pensamiento y me dirijo a la puerta, probando el picaporte. No cede.

Cerrada con llave.

Oh, Dios.

Giro en redondo, examinando las ventanas por primera vez. También están cerradas, con pesadas barras de acero enmarcando cada cristal. No confía en que no vaya a huir. ¿Y por qué lo haría? Ya demostré que lo haría a la primera oportunidad.

Mi móvil vibra sobre el escritorio, un mensaje ilumina la pantalla. Es Ophelia.

Ophelia
¿Estás bien?

Cojo el móvil, pero dudo. Las frías palabras de Semyon resuenan en mi mente: *No puedes contactar con mi esposa sin mi permiso*.

El sonido de pasos fuera de la puerta interrumpe mis pensamientos. Se me cae el estómago a los pies, y sacudo la cabeza, inundada por la negación.

¿Qué va a hacerme?

Me apresuro, quitándome el vestido mojado y arrojando su chaqueta sobre el montón de ropa descartada. Pero luego me detengo, mirando el montón en el suelo.

¿Qué es peor: desobedecerlo al no desnudarme como ordenó o dejar un desorden en su inmaculada habitación?

Semyon siempre es preciso. Impecable.

Recojo la ropa y la arrojo a un cesto cercano, quitándome el resto de las prendas tan rápido como puedo. Mi mirada se detiene en el espejo ovalado de cuerpo entero en la esquina.

Por un momento, me quedo paralizada, mirando mi reflejo.

Mis mejillas están sonrojadas, mi cabello salvaje cae en suaves ondas sobre mis hombros. Estando desnuda, observo lo que no he visto en años. Mi cuerpo me resulta desconocido, las curvas de mis

pechos llenos y la forma de mis caderas se ven extrañas después de años sin mirar. Mi vientre es suave pero plano, y mis muslos fuertes. Mis manos recorren inconscientemente mis costados.

La voz de Semyon resuena en mi mente: *Me gusta mi esposa con curvas*.

Trago saliva con dificultad y aparto la mirada, envolviéndome con mis brazos. ¿Qué va a hacer?

El picaporte de la puerta hace clic. Mi corazón salta a mi garganta. Me quedo paralizada, con la respiración superficial. Nunca me he sentido más vulnerable en mi vida.

—Bien —dice Semyon, con voz cansada y tensa—. Por una vez has hecho algo que te pedí. —Entra en la habitación y se quita la corbata, aflojándola con su mano grande y gruesa. Lo observo, hipnotizada. Cruzo los brazos sobre mi pecho, pero él solo niega con la cabeza severamente.

—No. No te cubras. Eres mi esposa. Esconderte no sirve de nada.

—Soy tu esposa, pero apenas te conozco.

No responde porque está demasiado ocupado mirándome.

—Eres hermosa —susurra, con voz más suave que antes, como si estuviera probando las palabras en voz alta. Asintiendo, satisfecho, se repite a sí mismo—. Hermosa.

Parpadeo, tomada por sorpresa.

—¿Qué?

Su mirada clínica se detiene en mí.

—Una simple observación, pero es cierta —Es la primera vez que me doy cuenta de que está empapado hasta los huesos como yo lo estaba.

—¿Estás intentando manipularme con cumplidos?

El ceño fruncido indica confusión. ¿Frustración?

—No.

Está de pie ante mí, sin llevar nada más que la camiseta blanca pegada a su piel, metida dentro de un pantalón empapado. Se acerca a mí, y me quedo completamente inmóvil. No sé qué esperar.

—Tienes el pelo mojado —Me aparta el cabello de la cara, no como un gesto de ternura, sino como si necesitara verme los ojos. —¿De dónde has sacado ese vestido?

Trago con dificultad.

—Era de mi madre.

—Eso pensaba —Sin decir palabra, desliza un dedo por mi hombro y a lo largo de mi brazo.

—Tu piel es tan suave —susurra.

Tiemblo.

—¿Tienes frío? —Frunce el ceño.

¿No tiene ni idea de lo que me provoca?

—No. —Mi voz es un susurro ronco.

Me rodea, mirándome como si fuera una obra de arte que intenta comprender.

—¿Conoces la regla de la *bratva*?

Me humedezco los labios.

—¿Cuál?

—Tenemos que consumar nuestro matrimonio.

El calor me invade. Asiento.

—No, pero me lo imaginaba.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque supuse que, si tratas el matrimonio como una transacción, también tratarías... el sexo de la misma manera. Si necesitas estar casado, entonces necesitas tener hijos.

—Chica lista. ¿Eres virgen? —Sus ojos se oscurecen, desafiándome a responder algo que no sea sí.

Me humedezco los labios y asiento.

—Por supuesto que lo soy.

No es mentira. No sé cuándo habría tenido tiempo para otra cosa.

Arrastrando sus nudillos por mi clavícula, susurra:

—Entonces tendré que tomarme mi tiempo contigo.

Lo miro con curiosidad.

—¿*Tú* lo eres?

Niega con la cabeza.

—No. Pero nunca he hecho el amor a una mujer que... me importara.

Oh, Dios.

—¿Por qué no?

—Nunca me tomé la molestia de averiguar cómo o por qué, pero supongo que tiene algo que ver con no tener una conexión emocional. —Se encoge de hombros. —Nosotros la tenemos.

Toda esta conversación me está poniendo nerviosa.

—Yo... yo sé cómo se hace.

—Me lo imagino —dice, con un sonido que casi es una risa—. No me refiero al sexo, Anya. Cualquiera con acceso a internet podría averiguarlo. Quiero decir que sé cómo hacer que lo disfrutes.

Mis pechos se sienten tan pesados, con los pezones tensos.

—¿Quieres una medalla?

Negando con la cabeza, solo se encoge de hombros otra vez.

—No, Anya. Solo tu placer —Se inclina un poco más y presiona muy ligeramente su palma contra mi espalda baja. —Me corresponde a mí dártelo o retenerlo.

Intento sacudir la cabeza.

—Claro. Sí. Tienes un plan, ¿no?

—Mmm, por supuesto —continúa—. Hago todo lo que está en mi poder para humedecerte para que estés lista. Luego me tomo mi tiempo.

Un instante pasa entre nosotros. Me pregunto si puede oír lo rápido que me late el corazón ahora mismo. Me pregunto si yo puedo.

—¿Sabes lo que te gusta? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Quiero decir, soy humana. Sé hacia dónde van mis fantasías cuando estoy dormida.

—Bien. Desafortunadamente, hay un pequeño asunto de tu castigo antes de llegar a tu placer, ¿no es así?

—Si insistes en ser un bárbaro —replico, negándome a que mi voz tiemble.

—¿Bárbaro? —Sus ojos azul hielo insinúan diversión. —No podría estar más lejos de la verdad. Deberías saber a estas alturas que soy civilizado hasta la exageración, Anya. Pero también soy un hombre de palabra. Esta es mi casa, y es importante que mi esposa entienda cómo funcionan las cosas bajo mi techo. ¿No estás de acuerdo?

—Si tú lo dices. —Mi pulso se acelera mientras la tensión sube por mi columna. No me han castigado desde mi infancia. ¿Qué demonios está planeando?

Mencionó unos azotes antes, pero la mirada en sus ojos ahora... Dios, es como si hubiera *esperado* este momento, y ahora está saboreando la tensión antes de descorchar la botella y desatar lo que tenga planeado.

—Seré indulgente contigo esta primera vez —Inclina ligeramente la cabeza, con expresión inescrutable—. Eres mi esposa, después de todo.

—Qué considerado —Mi voz se quiebra bajo la tensión. Observo cómo sus labios se curvan en una sutil sonrisa conocedora. Se aclara la garganta y señala con la barbilla hacia la cama.

—A cuatro patas, Anya. Apóyate en los antebrazos, trasero hacia arriba. Muslos separados. —Se pasa el pulgar por el labio inferior y baja la voz. —No lo pediré dos veces.

Por supuesto, la vulnerabilidad es lo primero que exige. Quiere control sobre mí, quiere asegurarse de que este castigo le excite.

Pero no soy lo suficientemente estúpida como para rechazarlo. No con tanto en juego.

Me muevo hacia la cama, tragándome el miedo, y me coloco como... ha indicado.

Oigo sus pasos acercándose y lo siento aproximarse.

—Buena chica —dice—. Justo así.

Cierro los ojos mientras me invade una oleada de sentimientos que no puedo descifrar.

Odio cómo responde mi cuerpo, cómo el silencio que sigue se estira tenso; un hilo fino a punto de romperse. Cómo siento que me

observa, evaluándome, como un depredador saboreando el momento antes del ataque.

Me pregunto si ve que estoy depilada. Si nota la forma en que tiemblan mis muslos y se bambolea mi vientre. Si le importa que mis uñas de los pies no estén pintadas y mi pelo esté revuelto y despeinado.

La tensión entre nosotros cruje y chisporrotea, saltando chispas. Tiemblo a pesar de mí misma. Mi respiración es superficial.

Cuando no se mueve inmediatamente, el silencio entre nosotros se prolonga.

Cuando su mano roza la curva de mi cadera, apenas un susurro de un toque, las ondas de choque me recorren. Siento su calor, el control deliberado detrás de cada movimiento, y me estremezco.

—Estás temblando —observa, con voz baja y suave, como el filo de un cuchillo—. ¿Tienes miedo, Anya?

Quiero contestarle bruscamente, negarle la satisfacción de ver el efecto que tiene sobre mí. Pero no puedo. No es solo miedo lo que siento, estoy deshecha. Con cada palabra, cada mirada, despoja mis defensas, dejándome vulnerable y expuesta.

—No lo sé —logro decir, con la voz apenas por encima de un susurro.

Siento las lágrimas antes de darme cuenta de que están cayendo. Resbalan silenciosamente por mis mejillas, salpicando mis manos.

Se inclina, con su voz imposiblemente cerca de mi oído, y cuando habla, lo hace más suavemente, casi persuasivo.

—Bien —murmura—. El miedo te mantiene alerta. Pero es la obediencia, Anya, lo que te gana recompensas.

Antes de que pueda procesar sus palabras, su mano cae bruscamente sobre mi trasero desnudo. El sonido es ensordecedor

en el silencio, el escozor se irradia por mi piel, caliente y vivo. Mi respiración se entrecorta, y dejo escapar un gemido ahogado, no por el dolor, sino por la inesperada ola de placer que me recorre.

Mi centro se contrae, y odio la forma en que mi cuerpo reacciona ante él.

—Te mereces mucho más que eso —dice, con la voz convertida en un ronroneo oscuro—. Para recordarte quién está al mando. —Su mano no abandona mi piel. En cambio, sus dedos recorren perezosamente el lugar donde me golpeó, calmando el escozor de una manera que solo empeora el dolor dentro de mí.

—Te ha gustado —dice, y no es una pregunta. Su voz está llena de oscura diversión, y quiero negarlo, luchar contra él, pero no puedo.

Entierro mi cara en la cama, tratando de esconderme de la vergüenza y la vulnerabilidad.

—Mírame.

A regañadientes, encuentro sus ojos.

Son afilados, indescifrables, pero su mirada me quema.

—He dicho que me mires, Anya.

—¿Quieres que pare? —pregunta, con la voz convertida en un peligroso susurro, y sé que no es una pregunta que haga a la ligera. Él no quiere parar. Y una parte de él no quiere continuar sin mi consentimiento.

Oh, Dios.

Trago saliva con dificultad, con la garganta seca, y niego con la cabeza.

—Buena chica —repite.

Mis ojos se cierran involuntariamente al sentir su cálida mano deslizándose entre mis muslos, con sus dedos rozándome donde ya

estoy vergonzosamente húmeda. Jadeo y mis caderas se sacuden involuntariamente ante el contacto.

—Dios mío —gime, con la voz teñida de aprobación—. Estás empapada.

Sus dedos se deslizan sobre mí de nuevo, provocándome, sin darme nunca lo que quiero. Es enloquecedor.

—¿Te gusta esto? —pregunta, con sus labios rozando la curva de mi oreja.

Asiento, incapaz de hablar, con mi cuerpo traicionando cada pizca de resistencia que creía tener.

Riendo suavemente, sus dedos presionan con más fuerza, arrancando un gemido bajo de mi garganta antes de apartarse por completo.

—Entonces quizás este será tu castigo, Anya —dice, irguiéndose en toda su altura—. Desear, pero no tener. Sentir lo que puedo hacerte y saber que es mío para dártelo... o quitártelo.

No sé cómo me siento con esto. Una parte de mí quiere decirle que pare, que no quiero su contacto. Pero no podría hacer eso ahora mismo, aunque lo intentara. Porque *sí* quiero su contacto. Porque he deseado más que esto, más de él, durante tanto tiempo... incluso cuando era incorrecto.

Y ahora soy su esposa.

Intento volver al presente, decirme a mí misma que esto no es lo que necesito, que no es lo que quiero. Pero no funciona. Mi cuerpo está desesperado por alivio. Desesperado por *él*.

¿Por qué siento esta tormenta de emociones, ira, confusión y necesidad, colisionando dentro de mí?

—Esto es por irrumpir en mi despacho y faltarme al respeto delante de mis hombres —gruñe, con la voz baja y peligrosa, antes de que

su mano caiga bruscamente contra la curva completa de mi trasero. Inhalo ante el escozor, pero permanezco en el sitio, inmóvil.

—Eso es. Justo así. —Su voz se suaviza, casi aprobadora. —La marca de mi mano en tu trasero me complace muchísimo, preciosa.

Trago con fuerza, incapaz de detener el escalofrío que me recorre antes de que sus dedos se deslicen por mi humedad, rozando donde más lo deseo.

Mi espalda se arquea instintivamente, con mi cuerpo rindiéndose al placer que me ofrece.

Se siente tan jodidamente bien, *tan* condenadamente bien, que todos mis pensamientos, mi ira y mi orgullo se disuelven en la nada. Todo lo que he conocido o deseado alguna vez podría caber en la cabeza de un alfiler.

—¿Se siente bien? —pregunta, con la voz baja e inquisitiva, como si realmente quisiera saber y estuviera catalogando este momento como cataloga todo lo demás.

—Sí —exhalo en un susurro apagado, con la voz temblorosa.

Acelera sus movimientos, rodeando mi clítoris con precisión, extendiendo mi humedad por cada centímetro de mí. Mi cuerpo se sacude contra su mano, ansiando más.

—¿Y esto? —pregunta, con un tono casi clínico mientras cambia el ritmo.

—Es... demasiado —jadeo, y la sensibilidad me abruma.

Ralentiza, ajustando su ritmo a algo deliberado y constante, arrancando gemidos de mis labios que no puedo contener. El placer me recorre, dominando cada pensamiento racional que pudiera haber tenido.

—Y luego está el asunto de tu huida —dice, con su tono oscureciéndose mientras ralentiza sus movimientos—. Abandonando

mi casa cuando sabías que no lo permitiría.

Antes de que pueda responder, su mano presiona firmemente el centro de mi espalda, inmovilizándome. Luego su palma golpea con fuerza mi trasero; una, dos, tres veces en rápida sucesión, nunca en el mismo lugar. El escozor es agudo, irradiando calor a través de mi piel. Duele como el demonio, pero el dolor solo intensifica el temblor entre mis piernas.

¿Qué me pasa?

—Abre las piernas —gruñe, golpeando suavemente el interior de cada muslo con el dorso de su mano.

Obedezco, abriéndome a él sin dudarlo. Sus dedos se deslizan dentro de mí, gruesos y deliberados, acariciando mi lugar más sensible. Oh, *joder, sí, por favor*.

—¿Cómo se siente eso, Anya? —pregunta, con la voz baja y áspera en mi oído.

—Muy bien —respiro, y mi voz es un susurro apenas audible.

—Dime que vas a obedecerme —ordena, con su tono sin dejar lugar a discusión.

—Sí —jadeo, cambiando al ruso instintivamente—. Te obedeceré.

Me recompensa con otra caricia perfecta de sus dedos.

—Dime que nunca volverás a salir de esta casa sin mi permiso —gruñe, hundiendo más dedos dentro de mí ahora, con sus movimientos implacables y precisos. Mi respiración se entrecorta y mis músculos se tensan mientras el placer se enrosca dentro de mí, listo para estallar.

—¡No lo haré! —grito—. ¡No me iré de nuevo sin tu permiso!

—Eso es lo que significa casarse con la *bratva* —dice, con un tono más frío ahora—. Me obedecerás. No aceptaré nada menos.

Retira sus dedos antes de que su mano caiga una última vez, una bofetada seca que me hace gritar.

—Tienes mucho que aprender, Anya. ¿Está claro, preciosa?

La palabra «preciosa» envía una oleada de calidez por mi pecho.

Mi esposa.

Preciosa.

—Te he preguntado si está claro, Anya.

—Sí —susurro, con la voz temblorosa—. Cristalino.

—Bien. —Su tono se suaviza, pero la orden permanece. Le deseo, por mucho que intente resistirme. —Porque quiero que recuerdes esta noche. Estoy siendo suave contigo, Anya. Te mereces mi cinturón por lo que has hecho. Si vuelves a hacer algo así, no podrás sentarte en una puta semana. ¿Está claro?

—Sí —susurro de nuevo antes de poder contenerme—. Sí, señor.

Su gruñido de aprobación hace que mi cuerpo se derrita como caramelo caliente.

—Abre las piernas, nena. Córrete en mi mano —murmura, con voz grave en mi oído mientras me acaricia de nuevo, implacable y preciso. Sus dedos me elevan más y más, encontrando mi clítoris, extendiendo mi humedad caliente, y cuando finalmente me deshago, es como si un rayo me atravesara, dejando mi cuerpo tembloroso y sin fuerzas.

Vagamente soy consciente de que se mueve detrás de mí, del sonido de sus gemidos bajos mientras saca su polla y la masturba. Mi respiración se entrecorta cuando me tenso, pensando que va a tomarme. Observo, medio embriagada, cómo acaricia y bombea su polla endurecida, trazando un dedo sobre mi trasero caliente, entre mis piernas.

Con un gemido, su semilla caliente salpica mi espalda, marcándome de la forma más posesiva e íntima. Ahoga otro gemido, y siento cómo una sonrisa maliciosa curva mis labios.

Yo le he hecho esto. Yo. He hecho que el hielo se rompa.

El pensamiento envía otra oleada de placer por mi cuerpo mientras me desplomo en la cama, apenas capaz de moverme.

—Túmbate boca abajo —dice en voz baja.

Demasiado cansada para discutir, obedezco. Me limpia con su propia camiseta empapada, un acto tan sucio y posesivo que me provoca un escalofrío por la columna.

Mis ojos se vuelven pesados.

Se inclina y me da un suave beso en la mejilla.

—Duerme un poco, Anya. Tenemos mucho trabajo por delante.

El clic de la puerta al cerrarse suena cuando cierro los ojos y empiezo a quedarme dormida, pero un segundo después, mis ojos se abren de golpe cuando escucho una serie de clics.

No solo cerró la puerta. Me encerró.

Capítulo Once

Semyon

Tenía once años cuando aprendí el verdadero significado del miedo. No ese tipo superficial que hace que te dé un vuelco el estómago cuando te pillan escapándote, o la ligera angustia en un callejón oscuro, o al enfrentarte a alguien más grande que tú. Miedo que araña tus entrañas y te deja inmóvil. Miedo que quema tu pecho como ácido, haciendo difícil respirar.

Estoy sentado en mi habitación y le doy otro sorbo al whisky. Bebo demasiado; lo sé, pero a veces es lo único que me mantiene con los pies en la tierra.

Cierro los ojos y los recuerdos se abalanzan sobre mí, tan vívidos como el día que ocurrió.

—¡Vete!

La voz de Rafail es aguda, cortando el caos como un látigo. Puedo verle, con solo dieciocho años. Todavía puedo sentir cómo me empuja con un brazo mientras recoge a Zoya con el otro y la arroja a mis brazos, prácticamente empujándonos a un pequeño armario en la parte trasera de la casa, ese minúsculo en el que nadie miraría jamás.

Recuerdo que grité, incluso mientras apretaba la cabeza de Zoya contra mi pecho con tanta fuerza que no podía ver nada.

—¡No, Rafail! —Mis pies se clavaban en la madera. —Papá está ahí fuera... Mamá...

Rafail no me dejó terminar. Su agarre era como el hierro cuando me empujó al armario junto con Zoya, con la desesperación llevándole al límite.

—¿Qué coño he dicho? Métete ahí. Ahora. ¡Mantenlos a salvo!

La puerta se cerró de golpe, y él sacó su pistola. Incluso entonces, Rafail era una fuerza a tener en cuenta: se alzaba sobre todos nosotros, alto e imponente, con apenas dieciocho años. Pensé que era inquebrantable, intocable. Pero a través de la rendija de la puerta del armario, pude ver el leve temblor en su mano mientras agarraba su arma.

—¿Qué está pasando? —susurró Zoya—. Semyon...

Solo tenía seis años, demasiado joven para entender. Demasiado joven para saber por qué nuestro padre de repente nos gritó que corriéramos cuando los gritos de fuera se convirtieron en disparos. Demasiado joven para saber por qué los gritos de mamá se cortaron en seco y acabaron en un gorgoteo.

Negué con la cabeza, incapaz de comprender el horror de todo aquello. Pero lo entendía todo. El sabor metálico de la sangre que flotaba en el aire. El gemido bajo de mi padre mientras intentaba inútilmente arrastrarse hacia un lugar seguro. Y el odio absoluto y la furia del hombre que acabó con todo: el amante de mi madre, que venía a llevarse lo que decía que era suyo.

—Pensabas que podrías escapar de mí, ¿verdad? —se burló, y su voz se deslizó a través de las paredes—. Pensabas que no la encontraría. Pensabas que no la recuperaría.

Su voz me ponía la piel de gallina.

Me sobresalté cuando sonó otro disparo, seguido del repugnante golpe de un cuerpo pesado contra el suelo.

Rafail apretó ese gatillo. Si nuestros enemigos se daban cuenta de que había sido él, si había más de ellos...

Rafail nos había dicho que nos quedáramos aquí, pasara lo que pasara, pero tenía que ayudar.

—Quedaos aquí —gruñí a los más pequeños. Miré fijamente a Rodion, audaz y temerario, y puse todas las amenazas que jamás le había hecho en mi orden—. No os mováis ni un puto centímetro. Asegúrate de que se queden aquí, o te daré una paliza.

Dudó un segundo como si estuviera sopesando si acudir en su ayuda merecía una paliza, pero finalmente asintió.

Me escabullí, sin ser visto por nadie. Rafail estaba de pie sobre el cuerpo sin vida del hombre al que había disparado: el hombre que todos sabíamos que era el amante de mi madre. Pero era demasiado tarde. Mi padre se estaba desangrando en el suelo de la cocina, y su piel estaba pálida mientras alargaba la mano hacia Rafail.

—Mantenlos unidos —dijo en voz baja—. A nuestra familia.

Por el rabillo del ojo, vi a alguien abalanzarse sobre Rafail.

Me moví sin pensar. Cogí el cuchillo de carnicero del mostrador de la cocina y lo lancé con todas mis fuerzas. Supe en el momento en que impactó, supe que lo haría. Habíamos practicado, una y otra vez, Eli y yo junto al arroyo, lanzando cuchillos a la corteza de los árboles. Cada vez, imaginaba que era mi enemigo en la orilla.

Alguien me agarró por detrás. Un metal frío cortó mi piel mientras me apartaba, y el dolor explotó en mi mano cuando fallaron su objetivo.

Rafail saltó del suelo, con su mano temblando mientras apuntaba con la pistola y apretaba el gatillo.

Golpe sordo.

Otro cuerpo.

Los dos nos quedamos allí, respirando pesadamente en medio de la sangrienta escena, con los ojos de mi padre ahora vacíos mientras nuestros enemigos mortales se desangraban en el suelo de nuestra cocina.

Miré fijamente a Rafail. Su cara estaba pálida y salpicada de carmesí. Sus manos temblaban mientras bajaba el arma, se agachaba y tomaba el pulso de mi padre.

Sus ojos se clavaron en los míos con una ferocidad que me atravesó por completo.

—Ahora estáis a salvo —dijo Rafail, con voz apenas más alta que un susurro.

Pero no era cierto. No era cierto entonces, ni lo es ahora. Nada de aquella noche había sido seguro. Nada volvería a ser seguro jamás.

Me sirvo otra copa y le doy un sorbo, dando la bienvenida al familiar ardor. Enciendo el monitor, situado junto a mi cama, y miro a Stefan durmiendo en una habitación y a Anya en la de al lado.

Respiro hondo, dejo que llene mis pulmones, y luego lo exhalo lentamente.

Están a salvo.

No quería esta responsabilidad, pero ahora es mía, y nada, *nada*, me convencerá jamás de permitir que mi familia esté en peligro de nuevo.

Mañana, voy a por la panadería. Mañana, dejamos brutalmente claro que ella me pertenece, que nadie se apoderará del negocio de su familia. Mañana, dejamos claro que he dado el paso que necesitaba para mantener a mi familia a salvo.

Miro a la mujer que duerme, la mujer que me odia, la mujer que me culpa por la ruina de su familia, y sacudo la cabeza.

Sin importar el coste.

Capítulo Doce

Anya

La habitación en penumbra apestaba a humo de cigarrillo y alcohol, con un leve matiz de sudor y el murmullo de voces puntuado por el tintineo de monedas y vasos. Odiaba este lugar. Odiaba este lugar y a la gente que lo frecuentaba aún más, pero, sobre todo, odiaba que mi hermano estuviera sentado en el centro, con una sonrisa en la cara mientras lanzaba otro puñado de dinero que no tenía y que probablemente había robado.

Me quedé cerca de la puerta, con el pecho oprimido por la angustia. Cuando le seguí hasta aquí, no tenía ni idea de dónde acabaría. Solo quería hacerle entrar en razón.

Pero ahora, contemplando la escena frente a mí, me sentía paralizada. El lugar apestaba a peligro. Y Eli no iba a escucharme. Estaba demasiado metido, borracho de adrenalina y de cualquier ilusión de invencibilidad que estuviera persiguiendo.

El sonido de una silla arrastrándose por el suelo me hizo dar un respingo. Se me cortó la respiración cuando le vi. Semyon. Se movía como una sombra, notable incluso a distancia ya que era el único que llevaba gafas.

Parecía fuera de lugar, con su camisa impecable y planchada y su traje entre las otras camisas manchadas de sudor y chaquetas de cuero. Se veía elegante e intocable entre una sala llena de hombres mayores con barrigas prominentes, papadas pesadas y entradas en el pelo.

Semyon era un rey entre hombres. Aparté la mirada por un momento, sin confiar en mi pulso acelerado.

Había tenido un pequeño enamoramiento hacia él desde que tenía uso de razón. No ayudaba que el habitual murmullo de conversación vacilase cuando los hombres notaban su presencia. La forma en que le mostraban deferencia y hablaban con respeto y más que un poco de miedo. Era simplemente así de poderoso.

Otros podrían decir que era porque pertenecía a la bratva que el miedo palpable le seguía como su sombra. Pero yo sabía que no era así. Sabía que Semyon tenía una manera de captar la atención de todos en la sala.

Parte de ello era *su aura de bratva mezclada con Superman. Pero no era solo su aspecto, sino cómo se comportaba, ese aire de que le importaba una mierda todo aquello que podía hacer llorar a una mujer. Porque, ¿quién no querría a un hombre así de su lado? ¿Alguien que no se detendría ante nada para protegerla?*

Incluso a los veintiún años, se comportaba con una autoridad escalofriante que desmentía su edad. Observé cómo caminaba directamente a la mesa de mi hermano, entrecerrando sus ojos azules.

—Eli —espetó, con su voz cortando la habitación como una cuchilla —. Ven aquí.

Prácticamente corrí hacia él; la necesidad de obedecer su orden se sentía primaria. Sobrenatural.

Eli levantó la mirada, perezoso, sonriendo con suficiencia.

—Vaya, mira quién ha decidido honrarnos con su presencia. ¿Vienes a unirte a la diversión?

—He dicho que vengas aquí, joder —gruñó Semyon—. Ahora.

Mi hermano tuvo la osadía de reírse, recostándose en su silla.

—Relájate. Es solo un juego amistoso. ¿Cuál es tu puto problema?

Semyon ni se inmutó. La única señal de que las palabras de mi hermano le habían afectado fue un leve temblor en sus dedos. Era más fuerte que Eli. Más poderoso.

—No es tu dinero el que estás apostando. Y lo sabes.

Los otros hombres en la mesa comenzaron a moverse incómodos, mirando entre Semyon y Eli. Uno por uno, observé cómo murmuraban excusas y desaparecían en los rincones llenos de humo de la sala, sin querer verse atrapados en las consecuencias de la Bratva Kopolov.

De Semyon.

Semyon se apoyó en sus antebrazos, amenazante. Le observé, incapaz de respirar.

—Vas a coger tu dinero y te vas a largar de una puta vez. O te las verás conmigo. No con Rafail. Conmigo.

No pude evitarlo: contuve la respiración. Nunca le había oído sonar así; tan frío, tan distante. Semyon era un hombre de palabra, y odiaría ver lo que significaba «vérselas con él».

—¿Crees que te tengo miedo? —escupió mi hermano.

Semyon inclinó ligeramente la cabeza, y su mirada fue gélida e inquebrantable.

—Deberías tenerlo.

Jadeé. Mi respiración se aceleró, y mis manos se tornaron sudorosas. Observé cómo los dos hombres se enfrentaban cara a cara, con el aire entre ellos cargado. Luego, sin decir palabra, mi hermano agarró su abrigo y pasó furiosamente junto a Semyon. Semyon no le vio marcharse. En cambio, giró ligeramente la cabeza, con sus ojos recorriendo la sala hasta posarse en mí.

Me quedé paralizada.

Mi corazón se detuvo. No podía respirar. No podía moverme. No podía pensar.

No quería que me viera allí. No necesitaba que me dijeran que no aprobaría mi presencia. Pero el peso de su mirada me clavó en el sitio, y por un momento, pensé que algo brilló en su expresión: ¿reconocimiento?

¿Era eso... miedo?

Luego, una ira inconfundible.

Me di la vuelta y eché a correr.

—¡Anya! —Su voz resonó con fuerza detrás de mí.

Corrí con más fuerza.



Lo primero que noto al abrir los ojos es la tenue luz matutina que se filtra por las cortinas. Me incorporo de un salto en la cama. Nunca duermo hasta tan tarde, hasta que el sol está realmente alto en el cielo.

Stefan.

Aparto las sábanas y corro hacia la puerta. Recuerdo que la cerró con llave anoche, pero ahora, cuando giro la manilla, se abre.

¿Me imaginé que la había cerrado?

Mi pulso se acelera mientras miro alrededor de la habitación. Me miro a mí misma y me doy cuenta de que no llevo nada puesto. Necesito vestirme. Trago saliva con dificultad, escaneando el espacio, recordando el armario masivo y ridículamente grande. Busco hasta que encuentro un suave albornoz rosa colgado en una esquina cerca del baño. Probablemente tendré que agradecérselo a una de sus hermanas más tarde.

Me lo pongo, me lo ajusto a la cintura, y salgo corriendo rápidamente para comprobar cómo está Stefan. Siento como si hubiera abandonado a mi hermano pequeño a los lobos. Se me revuelve el estómago. ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho Semyon? ¿Qué haría?

Me trajo aquí anoche para mantener a Stefan a salvo. No le haría daño... ¿verdad? Pero Semyon tiene reglas implacables, y Stefan es un niño salvaje e imprudente.

Corro por el pasillo, y mis pies descalzos golpean la madera mientras abro de golpe la puerta de Stefan. La cama está deshecha, y las sábanas arrugadas y apartadas como si se hubiera marchado con prisa. Su ropa de anoche está tirada en un montón en el suelo, desordenada y descuidada, como siempre la deja. Solo es un niño pequeño.

¿En qué he metido a mi hermano?

Mi pecho se tensa cuando oigo voces abajo. Respiro profundamente y exhalo lentamente. Tengo que mantener la calma. ¿Por qué estoy entrando en pánico?

¿Quizá porque mi *vida entera* estuvo en riesgo? Me obligaron a casarme con un hombre al que odio, y ahora mi hermano pequeño está metido en todo esto. Sí, no es gran cosa.

Pongo los ojos en blanco mirando al cielo. Ojalá Ophelia estuviera aquí.

Bajo las escaleras. Desde aquí, puedo ver la enorme extensión de su casa: elegante, moderna e imposiblemente grande, como algo sacado de una revista. Pero la imagen que me recibe me deja paralizada.

Stefan está sentado al otro lado de la puerta abierta, balanceando las piernas bajo la mesa, bebiendo algo de una taza. Semyon está sentado frente a él.

Me duele el corazón porque Stefan parece... feliz. A salvo.

Dios mío. No sabía lo mucho que me había aferrado a algún tipo de esperanza, y aquí está. Con un gran coste personal, pero aquí está, a pesar de todo.

Ambos levantan la mirada cuando me acerco, Stefan me saluda con una mano mientras sostiene su té con la otra. Y Semyon… mi frío y aterrador marido.

Excepto que... no parece tan aterrador ahora.

En lugar de su perfecto traje, lleva una camiseta blanca lisa y pantalones de pijama grises. Una barba incipiente ensombrece su mandíbula. Su pelo oscuro está ligeramente despeinado, y sus gafas descansan en la punta de su nariz, dándole un aspecto casi más suave.

Superman descansando.

No. De ninguna manera. No puede hacer esto. No puede sentarse aquí, jugando a las damas con Stefan, desayunando como si fuera un hombre domesticado que realmente se preocupa. Que realmente tiene corazón.

—Buenos días —digo, pero mi voz suena más afilada y fría de lo que pretendía.

Los penetrantes ojos azules de Semyon se clavan en los míos. Por un momento, la intensidad de esa mirada me roba el aliento, y recuerdo los detalles de anoche; cada uno de ellos. Sus manos. Su

voz. Su promesa de que consumaríamos nuestro matrimonio. El dolor y el calor que pintó sobre mi trasero.

No, está mal pensar en esto con mi hermano sentado justo ahí. *Dios.*

Y ahora aquí está, pareciendo un hombre completamente diferente, como si de alguna manera me hubiera imaginado al monstruo despiadado en mis sueños.

¿Me está manipulando psicológicamente?

—Es tarde —le digo—. Se supone que debo estar en la panadería.

Con un asentimiento, explica, con voz firme:

—He tomado una decisión. Han pasado muchas cosas en muy poco tiempo. La panadería está cerrada por hoy y seguirá cerrada durante el fin de semana mientras decidimos qué hacer con ella.

Abro la boca para protestar. No *cerramos* la panadería.

Pero él continúa:

—Tengo razones para eso, Anya. No las cuestiones —dice en voz baja, con un tono de calma, pero autoritario.

Vacilo, queriendo escucharlo todo antes de responder.

—Y Stefan tiene que ir al colegio...

—Stefan se quedará en casa hoy. El lunes, todo volverá a la normalidad. Tenemos mucho que revisar.

—¿Qué? —pregunto, dejando ver mi confusión—. ¿Sin colegio? Pero él...

—Has oído lo que he dicho —espeta, volviendo a mirar el tablero de damas.

Stefan sonríe con malicia.

—Si él dice que me quedo en casa sin ir al colegio, me quedo en casa sin ir al colegio —dice, con un tono lleno de picardía—. Quizá me quede en casa todos los viernes, y no puedes obligarme a ir.

Antes de que pueda responder, la voz de Semyon restalla como un látigo.

—Stefan.

Mi hermano se queda paralizado y su sonrisa desaparece mientras mira a Semyon con ojos abiertos de par en par.

—Esa es tu hermana —dice Semyon, con un tono bajo y peligroso—. Y mi esposa. No le vuelvas a hablar así. ¿Me he explicado con claridad?

Stefan traga saliva y asiente.

—Sí, señor.

¿Sí, señor? ¿Qué? ¿Qué le ha pasado a mi hermano y quién está en su lugar?

Parpadeo, aturdida hasta el silencio. Nunca he visto a nadie corregir la actitud de Stefan; ni siquiera yo. Y el hecho de que provenga de Semyon hace que se sienta aún más surrealista.

Pero Semyon no ha terminado.

—Pide perdón.

Stefan traga saliva con dificultad.

—Lo siento.

—Está bien.

Asiento mientras mis ojos se desvían hacia el tablero de damas. Stefan tiene el ceño fruncido con concentración mientras mira las piezas, aparentemente olvidando lo que acaba de suceder. Semyon

se recuesta, casi relajado, aunque su concentración es afilada como una navaja.

Todo es... extraño.

Ese es el hombre que me encerró en mi habitación anoche. El hombre que me azotó y me amenazó. El hombre con el que he discutido a cada paso porque lo odio profundamente.

¿Y ahora está sentado aquí, enseñando a mi hermano a jugar a las damas, y actuando como si realmente le importara?

¿Me he despertado en una realidad alternativa o qué?

No me fío. No confío en él. Pero mi estómago gruñe, y necesito desesperadamente una buena taza de café, así que sigo adelante y decido que voy a tomar las cosas como vengan.

Tengo que acercarme más a Semyon para llegar al café. Cuadro los hombros e intento no pensar en el hecho de que estoy desnuda bajo esta bata.

A medida que me acerco a él, recuerdo la forma en que me tocó. Su bajo y masculino murmullo de deseo. La sensación de tenerlo cerca y saber, en lo más profundo de mis huesos, lo mucho que me deseaba.

Mi cuerpo se calienta. Lo miro de reojo, esperando que siga concentrado en el juego, pero no hay suerte. Sus ojos me recorren con mi bata como si me estuviera desnudando mentalmente.

El calor se desliza por mi piel.

Cuando era más joven, habría dado cualquier cosa en el mundo para que me mirara así. ¿Pero ahora?

Ahora, no sé cómo me siento al respecto.

Me quedo de pie junto a la encimera de la cocina y miro la máquina de café que tengo delante. Nunca he visto nada igual. Parece una

especie de nave espacial: un solo tirón de todas esas campanas y silbatos, y podría lanzarme directamente a la atmósfera.

Me giro para ver a Semyon observándome.

—¿Tomas café? —pregunta.

—Sí, me encanta el café.

—Pero no sabes usar eso.

Suelto un suspiro.

—Soy algo anticuada. Uso, ya sabes, una prensa francesa. Es mi forma favorita.

Por supuesto, tiene sentido que él tenga este tipo de artilugio: inmaculado, preciso e innecesariamente excelente.

—Vuelvo enseguida —le dice a Stefan—. Tú quédate ahí. Este juego no ha terminado. —Hay un pequeño toque juguetón en su voz, pero sigue impregnada de autoridad.

Stefan permanece quieto, dándole un gran mordisco a su pastel. Las migas se esparcen sobre la mesa y me dedica una sonrisa con la boca llena.

No recuerdo la última vez que mi hermano sonrió.

Me pongo frente a la máquina de café, diciéndome a mí misma que *puedo hacer cosas difíciles*. Puedo resolver esto.

Antes de que tenga la oportunidad, Semyon se acerca.

—Usas estas cápsulas aquí —dice.

Está de pie detrás de mí. Puedo sentir el calor de su pecho presionado contra mi espalda, y Dios, *huele tan bien*. Cierro los ojos mientras el calor inunda mi pecho. Estamos tan cerca. Solo sentir su calidez junto a mí y su aroma me está volviendo loca...

—¿Ves? —dice, con voz baja y casi seductora. ¿O me lo estoy imaginando? —Las marrones son de espresso, y las negras de café. Las pones aquí y presionas este botón.

—¿Tengo que indicarle qué tamaño de taza quiero, o...?

—No. Cada una está calibrada para la cantidad exacta con la presión adecuada. Los espressos serán más pequeños, el café más grande. ¿Cómo tomas el café?

—Con nata, leche, lo que sea.

—No «lo que sea»—dice, alcanzando una taza de cristal transparente y colocándola bajo la cafetera—. Te pregunté qué te gusta, no qué toleras.

Mi corazón late con fuerza.

—Nata. Me gusta con nata y tres azucarillos. ¿Cómo te gusta a ti? —pregunto, porque me parece lo educado.

Sus labios casi esbozan una sonrisa. Casi.

—Nata, tres azucarillos.

¿Se está burlando de mí? Entrecierro los ojos mirándole, pero él solo se encoge de hombros.

—No miento, Anya.

No creo que pudiera, aunque lo intentara.

Observo cómo la máquina burbujea y hace ruido, llenando el aire con el fragante aroma del café. Él toma la taza terminada, vierte nata y tres azucarillos, remueve, y la sostiene entre sus manos, mirándola fijamente antes de entregármela.

—Gracias —susurro, preguntándome a medias si solo le estoy agradeciendo por el café.

Con un asentimiento, se prepara otra taza, y Stefan pide té. Le gusta fingir que es mayor, pero aún no está preparado para el café.

—Por supuesto. Ahora mismo.

Pulso el botón del hervidor eléctrico y observo cómo Semyon limpia todo con precisión. Las cápsulas van a un cubo de reciclaje etiquetado. Coge un paño del fregadero, limpia unas gotas de café de la encimera, dobla el paño cuidadosamente y lo devuelve a su lugar. Regresa la nata a la nevera (inmaculada y perfectamente ordenada, por supuesto) y coloca el azucarero exactamente en su sitio junto a la leche.

Observo, medio hipnotizada, intentando no pensar en lo que tiene que ocurrir entre nosotros.

¿Cómo puede alguien tan guapo ser tan frío?

¿Será como tener sexo con uno de esos vampiros?

Dios mío. Sexo. No puedo pensar en eso. Necesito hablar con Ophelia.

Ya.

Trago saliva mientras el hervidor burbujea y el vapor sisea detrás de mí. Está listo.

—Aquí, déjame tu taza.

Coloco una bolsita de té en la taza de Stefan y vierto el agua hirviendo. Pero no estoy concentrada, y la taza se resbala, salpicando el agua hirviendo sobre mi mano.

—¡Mierda! —grito, apartándome bruscamente y acunando mi mano. Corro al fregadero, abro el agua fría, siseando mientras la quemadura escuece. Antes de que pueda coger una toalla o pensar con claridad, Semyon está ahí, justo en mi espacio.

—Déjame ver —dice con brusquedad, en voz baja.

—Está bien. —Agarro mi muñeca con más fuerza.

—Anya. —Su voz tiene ese filo otra vez: tranquila, implacable. No una pregunta sino una orden.

Extiendo mi mano, temblando. No quiero que me toque otra vez, pero no puedo detenerle. Sus grandes dedos callosos toman mi muñeca con una sorprendente delicadeza, volteándola para inspeccionar la piel roja e irritada.

—No deberías ser tan descuidada —me regaña, con los ojos fijos en la quemadura mientras guía mi mano bajo el agua fría.

—Gracias por el consejo —replico, con sarcasmo en mi voz temblorosa porque duele muchísimo. Pero suena más débil de lo que pretendía.

Él no responde. En su lugar, coge un paño limpio, lo moja con agua fría y lo presiona contra mi muñeca. Siseo al contacto, pero su agarre no vacila.

—Te saldrán ampollas si no lo enfrías rápidamente —dice, con la voz más áspera ahora.

Le miro, sorprendida por la línea tensa de su mandíbula y la forma en que frunce el ceño. Evita mi mirada, concentrándose por completo en mi lesión, pero la tensión en sus hombros delata algo más.

Semyon no se ve frío ahora mismo. No está contento, pero tampoco furioso. Tampoco está distante. Solo está... ahí. Sólido. Presente.

Algo dentro de mí se rompe entonces. Ha pasado tanto tiempo desde que tuve otro adulto en quien apoyarme, aparte de Ophelia.

Mi respiración se entrecorta cuando su pulgar roza el interior de mi muñeca; un toque leve, pero envía calor subiendo por mi brazo que no tiene nada que ver con la quemadura. Me odio a mí misma por derretirme bajo su delicadeza.

—Hay un botiquín en la despensa —dice, rompiendo el momento mientras se aleja—. Voy a buscarlo. Mantén ese paño contra la piel.

Cuando regresa, despliega un kit perfectamente organizado, saca un pequeño sobre de crema para quemaduras y murmura:

—Déjame ver.

Se coloca frente a mí, masculino, fuerte, tan al mando.

Le muestro mi muñeca y me estremezco cuando extiende la crema antes de sacar una gasa y vendarla cuidadosamente.

—Déjalo así hasta que te diga que te lo quites.

Por un momento, solo asiento. No quiero discutir con él.

—¿Anya? ¿Estás bien? —pregunta Stefan desde el otro lado de la habitación.

—Estoy bien —digo, forzando una sonrisa—. Tienes que tener cuidado con las cosas calientes.

Semyon gruñe por lo bajo, pero vuelve a la mesa. Le observo y deseo poder hacerle regresar.

Stefan mueve una ficha de damas y salta sobre una de Semyon.

—Voy a ganarte —dice con una sonrisa.

Semyon pone los ojos en blanco.

—Me gustaría verte intentarlo. —En el siguiente movimiento, salta sobre cuatro fichas de Stefan y las recoge en su mano.

La cara de Stefan se descompone.

Tomo mi café y un plato de pasteles y me acerco a ellos, poniendo los ojos en blanco.

—Oh sí, Semyon Kopolov, el máximo tirano de las damas. Aplastando los sueños de los niños, de a un rey a la vez.

El comentario se me escapa antes de poder detenerme, pero para mi sorpresa, Semyon se ríe.

Es suave, apenas audible, pero está ahí: una risa queda que retumba en su pecho. Sus labios se curvan en una sonrisa genuina.

Me quedo paralizada, con la taza a medio camino de mis labios.

Pensaba que había olvidado cómo reír. Se ve... diferente. Las líneas afiladas de su rostro se suavizan y la fría máscara desaparece momentáneamente.

Por un instante, veo al chico con el que crecí. El chico que amaba. El chico que me rompió el corazón.

Y por una razón que no puedo explicar, quiero verlo de nuevo.

El pensamiento me golpea como un puñetazo en el estómago. ¿Qué me pasa?

Hundo mi cara en el café, intentando recuperar el control. Todavía tengo recuerdos tan vívidos. Me pregunto si él también los tiene.

—Siempre debes asegurarte de observar a tu oponente —le dice Semyon a Stefan. Casi he olvidado que es el segundo mayor de su familia, ahora con dos hermanas menores. Adopta este papel con bastante naturalidad, y me encanta eso. Pero no puedo olvidar quién es o qué quiere. Ahora mismo, mi hermano está a salvo, y tomé la decisión que debía para mantener a mi familia unida. Supongo que... él también.

Doy un mordisco al pastel y bebo el café.

—Dios mío, este café está delicioso.

—Es una infusión de alta calidad. Granos etíopes.

—Bueno, tendré que presentarte la cafetera francesa —le digo—. ¿Sabes que nuestras recetas más populares en la panadería son siempre las más sencillas?

¿Por qué le estoy contando esto, como si le importara?

—Lo sé. Tenemos una hoja de cálculo que repasaremos más tarde cuando lo hablemos con tu nuevo gerente de negocio.

Lo miro sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero crear un catálogo detallado —dice Semyon, con voz firme pero concentrada—. Inventario, márgenes de beneficio, los artículos que generan más ingresos.

Parpadeo, momentáneamente desconcertada. ¿Está hablando realmente de las operaciones de la panadería? Pensaba que solo le interesaba la ubicación, que era solo otro activo estratégico para él. Pero está hablando de márgenes de beneficio como si estuviera genuinamente... involucrado.

Su mirada se desvía hacia el café en su mano.

—Si sabes qué producto genera más beneficios, puedes optimizar la producción y reducir el desperdicio. Los ajustes adecuados podrían aumentar los ingresos al menos un treinta por ciento.

Me inclino ligeramente hacia delante, intrigada a mi pesar.

—Has pensado mucho en esto.

—Por supuesto —responde, con expresión neutra—. Es un negocio. Cada detalle importa. —Inclina la cabeza. —¿Qué? —pregunta cuando me pilla mirándolo, y es la primera vez que parece sentir curiosidad por mi proceso de pensamiento.

Niego con la cabeza.

—Nada.

Afortunadamente, Stefan es ajeno a la tensión entre nosotros dos y hace su movimiento en el tablero con entusiasmo sin pestañear.

Semyon niega con la cabeza, levanta su ficha y salta fácilmente sobre dos fichas de Stefan.

El rostro de Stefan se desanima, y Semyon se inclina hacia él.

—No. Este juego no ha terminado. Y aunque lo estuviera, debes saber que no voy a ponértelo fácil. Tu hermana puede burlarse de mí todo lo que quiera, pero nunca te dejaré ganar una partida. Cuando ganes, sabrás que has ganado de manera limpia.

Por alguna razón, siento como si me estuviera hablando a mí.

Continúan jugando mientras la lengua de mi hermano pequeño asoma por su boca en señal de concentración.

—¿Estás molesta porque estuve indagando en tus finanzas? —pregunta Semyon con genuina curiosidad.

Stefan lo mira y luego a mí antes de volver a concentrarse en el tablero.

—Supongo que no consideré el hecho de que realmente te importara la panadería. Pensaba que solo querías la ubicación.

—Sí, me interesa la ubicación, pero dirigir un negocio próspero frente a uno que apenas sobrevive definitivamente será beneficioso para ambos. Mi primo Matvei ayudará, ya que este es su ámbito.

Frunzo el ceño. No conozco a Matvei.

Aprieto los labios y lo fulmino con la mirada porque, ¿cómo se atreve a insultarme así?

—Pareces molesta. —Frunce el ceño. —¿Estás molesta? ¿Por qué?

Es tan metódico con sus interacciones humanas como lo es preparando café.

Dios mío. Por supuesto, siempre he sabido esto de él.

—Ese es mi negocio. Mi madre lo empezó. Y me estás insultando.

—¿Qué he dicho que sea insultante? —pregunta, completamente ajeno.

—Te estás burlando de cómo el negocio está fracasando.

—No me burlo de nada. He constatado un hecho, Anya. Guárdate la fiesta de autocompasión para cuando realmente importe. Ahora mismo, voy a entrar y salvar la panadería de tu familia. ¿Quieres eso o no?

No, no lo quiero, joder, no si significa que estoy en deuda con él, pero no digo eso.

—Sigue siendo mi panadería.

Stefan mira con furia a Semyon.

—Sigue siendo nuestra panadería —repite.

Ay, no. Mi corazón late con fuerza.

Semyon dirige su mirada fría a mi hermano, quien no se inmuta, pero se retuerce un poco.

—Excelente. —Se recuesta en su silla, con sus fríos ojos azules afilados. —Entonces, ¿por qué no me dices qué producto de la panadería es el más rentable? ¿Cuál es el retorno de inversión en vuestra línea básica de productos? ¿Los costes estimados de gastos generales? ¿Mano de obra, ingredientes? ¿Sois rentables o estáis operando con déficit? ¿Habéis visto un crecimiento lineal?

Stefan se queda paralizado, abriendo y cerrando la boca como un pez que jadea buscando aire. Parece como si Semyon estuviera hablando un idioma extranjero porque, por supuesto, lo está haciendo.

—Dirigir un negocio no se trata de conjeturas. Se trata de control. Precisión. Sin eso, estás jugando con tu sustento.

Me cruzo de brazos mientras Semyon se pone en pie. Mira el tablero, levanta su ficha y, en un último movimiento, barre el resto de las

fichas de Stefan hacia su palma.

—La próxima vez, presta atención —dice, mientras el rostro de Stefan se desanima—. Guarda las piezas, por favor —dice en voz baja—. Después de llevar tus platos al fregadero.

Siento que mis cejas se levantan ligeramente porque nunca hago que Stefan ponga los platos en el fregadero, recoja sus juguetes o haga algo más que sus deberes. Miro fijamente a Stefan.

¿He estado mimando demasiado a mi hermano pequeño?

Stefan se levanta, lleva su plato al lavavajillas y medio lo arroja dentro.

Uy, uy.

Observo cómo Semyon cruza los brazos sobre el pecho. Una parte de mí desea que se quedara así, medio humano, con la ropa arrugada, pero sé que en cuanto se afeite y se ponga su traje, volverá a ser frío y calculador.

—Inténtalo de nuevo —dice con voz baja y severa—. Ven aquí, te mostraré cómo hacerlo.

Stefan me mira asombrado. Me encojo de hombros y señalo hacia el lavavajillas.

Stefan lo intenta de nuevo, y Semyon lo considera aceptable, pero cuando mi hermano intenta irse, Semyon lo detiene.

—Todavía no. ¿No te pedí que guardaras ese juego?

Observo cómo Stefan adopta esa mirada que conozco demasiado bien.

¿Va a rebelarse?

Observo cómo lanza las fichas dentro de la caja. Los labios de Semyon se curvan ligeramente.

—Puedes hacerlo mejor que eso, pero lo dejaré pasar por ahora porque necesitas ir a tu habitación y hacer lo que te he dicho.

Hundo la cara en mi taza de café.

Y entonces sucede. Stefan estalla. Mira a Semyon con un ceño fruncido que nubla su visión.

—Tú no eres mi jefe —dice, pero lo hace en voz baja, como si quisiera desafiar a Semyon, pero no estuviera del todo seguro de hasta dónde puede llegar.

Oh, no.

Bajo la taza de café y doy un paso hacia Stefan por instinto.

—Estás viviendo en mi casa —dice Semyon con naturalidad—. Estoy casado con tu hermana, y según la ley *bratva*, eso significa que estoy al mando. —Baja la voz. —¿Entendido?

Stefan mira alrededor y abre la boca para protestar. Lo miro horrorizada. *No.*

—¿No tienes personal de servicio? ¿Gente que limpie o algo?

Semyon asiente secamente.

—Los tengo. Pero los niños esperan que las criadas limpien tras ellos. Los *hombres* cuidan de sus pertenencias y su hogar por costumbre. ¿Quieres ser un hombre o un niño?

Quiero recordarle que solo tiene ocho años, pero no intervengo. Todavía no.

Semyon continúa.

—Iré a comprobar, y si no has hecho tu cama y ordenado adecuadamente, habrá consecuencias.

Lo miro, horrorizada. ¿Está *amenazando* a mi hermano?

—Ve —dice, señalando hacia la puerta. Stefan sale corriendo.

Lo miro fijamente, sin palabras. Hay un destello de diversión en sus penetrantes ojos azules mientras se acerca a mí.

—Estará bien. Confía en mí, yo lo sé.

Él fue medio criado por su hermano mayor, y tengo la sensación de que la desobediencia y la falta de respeto tampoco se toleraban en esa casa.

—No intervine porque estaba de acuerdo contigo *esta vez* —digo con un ceño de advertencia. Semyon se encoge de hombros y se acerca, tomando mi muñeca en su mano, con un tacto sorprendentemente suave. Sus dedos trazan un camino hasta mi codo, y la piel se me pone de gallina en el brazo como si despertara de un largo letargo. Cuando llega a mi hombro, lo aprieta suavemente. Me estremezco.

—Ven conmigo —dice, con voz baja y aterciopelada. Hay urgencia en sus palabras, y recuerdo por millonésima vez: *este es Semyon.*

El mismo chico por el que suspiraba, el que me hacía derretirme. En quien no puedo confiar.

Me quedo inmóvil, mirándole. Antes de que pueda responder, me hace un gesto con el dedo.

—Tú. Arriba.

Es sorprendente que quiera dejar los platos del desayuno en la mesa, pero parece urgente.

Se me corta la respiración. Estar a solas con él es *peligroso.*

Mi corazón retumba en mi pecho cuando me sigue y me empuja dentro antes de dar un portazo y cerrar con llave.

Dios mío.

Lo miro fijamente cuando acorta la distancia entre nosotros, agarra mi barbilla y levanta mi rostro.

—Me vuelves loco, Anya —susurra con voz ronca, con sus ojos clavados en los míos. Miro en las profundidades de ese azul glacial mientras se apoya en su antebrazo, encerrándome.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Parece que está en guerra consigo mismo.

—Te deseo tanto, joder. —Maldiciendo en voz baja, murmura en ruso.

Trago saliva.

—¿Odias desearme?

Su voz es un gruñido bajo lleno de arrepentimiento.

—No. Odio que voy a arruinarte.

Abro la boca para protestar, aunque no tengo ni idea de qué voy a decir, cuando su boca choca contra la mía. No es suave; es arrollador, como si estuviera vertiendo cada palabra y sentimiento no expresados en el beso. Sus manos se enredan en mi pelo. Ahogo un gemido al sentir lo bien que se siente cuando tira de él.

Mis manos encuentran la amplia extensión de sus hombros, con los músculos tensos y poderosos. Mis brazos rodean su cuello. Lo atraigo más cerca para que no haya distancia entre nosotros.

El suelo parece moverse bajo mis pies. Mi bata de seda se afloja mientras sus manos recorren mis costados. Empujo contra su pecho, incapaz de detenerlo porque *necesito* sentirlo. Necesito que me marque, que me reclame, que me señale con su tacto para que cuando despierte sola en la cama y recuerde que *Semyon Kopolov* es mi marido, pueda convencerme de que esto es real.

—Ya no puedo luchar contra ti —susurro, con voz temblorosa—. Quizá no quiero hacerlo.

Siento que he entrado en el mundo adulto, admitiendo que lo deseo. Quiero sentir su toque ardiente por todo mi cuerpo. Quiero que me

haga temblar bajo él. Quiero sentirlo *dentro* de mí.

Él gime cuando mis labios rozan su piel, y alcanzo la cintura de su pantalón. Sus dedos se tensan en mi pelo, una maldición en voz baja escapa de sus labios mientras me mira.

—Eres tan hermosa —susurra—. Todo mi mundo estaba ordenado perfectamente en una caja, en fila. Y entonces llegaste tú y lo hiciste añicos.

—Qué romántico.

Gime otra vez, y se siente como una victoria. Roza su boca contra la mía. Vacilante, alcanzo sus gafas y suavemente las empujo hacia arriba para poder acariciar su mejilla sin obstáculos. Acuno su mandíbula, disfrutando de cómo su barba incipiente pincha mi palma.

Me devuelve el beso.

—Te necesito —susurra—. Tengo que tenerte, Anya. Me temo que, si espero mucho más, no podré ser tan suave contigo como necesitas para tu primera vez.

Mi corazón duele mientras se forma un nudo en mi garganta. Está mostrando una faceta de sí mismo que podría traspasar todas las fortalezas que he construido.

—Yo también te necesito —susurro.

Entonces me está levantando. Mis piernas rodean su torso y su miembro grueso presiona contra mi sexo desnudo. Mi bata de seda no hace nada para ocultarme de él. Me está besando como si necesitara de mí para respirar de nuevo, y yo le devuelvo el beso.

Semyon me desea.

Me desea tanto. Me tumba, tomándose un momento para mirarme, y puedo ver que le gusta lo que ve.

Apoyándose en un codo, explora la longitud de mi cuerpo con un toque que roza la adoración, dejando piel de gallina y calor a su paso, una contradicción que se siente tan correcta. Pasando sus dedos por mi pelo, tira de él otra vez, antes de besar mi sien y besar mis labios. Me inhala mientras desciende por mi cuerpo hasta llegar a mis pechos.

Todo en mí se eleva para encontrarse con él: mis esperanzas, mis sueños, *mi cuerpo.*

Mis pechos se sienten pesados y llenos, y el calor se acumula entre mis piernas cuando lame uno de los pezones endurecidos y pasa su pulgar por el otro.

—¿Te gusta eso? —susurra, con el ceño fruncido de curiosidad.

Este es Semyon. Catalogando. Tomando nota.

No puedo hacer las paces con el hecho de que este es el chico que amaba, el que pensé que odiaría para siempre. Y ahora me estoy entregando a él. Pero eso fue entonces, y esto es ahora.

—Sí, me gusta. —Le tiro del pelo. —Hazlo otra vez.

Su mano chasquea sobre la redondez de mi trasero.

—Pídelo con educación.

Oh, Dios.

—Hazlo otra vez, por favor. Por favor, Semyon.

—Mejor.

Recorre la longitud de mi cuerpo hasta llegar entre mis piernas.

—Abre las piernas.

Dejo que mis piernas se separen, dándole acceso a mi calor húmedo. Gimo cuando unos dedos gruesos encuentran mis pliegues, y él mismo ahoga un gemido.

—Jodidamente preciosa —exhala.

Vamos a hacer esto.

Tenemos que hacerlo.

Gimo cuando sus labios rozan mi piel. Está a punto de besar mi vientre cuando su móvil vibra en la mesita de noche; un sonido agudo y discordante que rompe el momento.

Todo el cuerpo de Semyon se tensa y sus dedos se flexionan contra mi muslo mientras su mirada se desvía hacia el móvil.

—Es Rafail.

—Ignóralo —suplico, tirando de él otra vez, pero ya sé que no puede. Su expresión se ensombrece.

—Tengo que contestar —me dice—. Es la ley. *Joder*.

Aprieto los puños ante su ausencia y me doy la vuelta cuando contesta al móvil, enfadada porque mis ojos se nublan con lágrimas.

—Sí —gruñe al teléfono. La calma momentánea se hace añicos cuando Semyon maldice, volviendo sus ojos hacia los míos. Sea lo que sea que Rafail acaba de decirle, también me afecta a mí.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Estás seguro?

Me levanto rápidamente, alarmada. Ya me dirijo al armario para vestirme.

—¿Qué ocurre? —pregunto, con voz temblorosa.

Se vuelve hacia mí, con su rostro convertido nuevamente en una máscara de hielo.

—Que Eli se marche puede ser más complicado de lo que parece.

Capítulo Trece

Semyon

Pateé una piedra suelta en la orilla del arroyo, viéndola caer al agua con un fuerte chapoteo. Era como el ruido interminable que vivía en mi cabeza estos días después de la muerte de mis padres: demasiado alto, imposible de ignorar. Yo prosperaba con la rutina, la estructura, la previsibilidad, y los últimos meses tras sus muertes habían sido todo menos eso.

Rafail había tomado las riendas, el guardián de mis hermanos, y como el segundo mayor, yo ayudaba. Zoya, la pequeña, era quien más sufría. Yana libraba sus propias batallas, diferentes a las del resto, y Rafail... él lo mantenía todo unido. ¿Yo? Yo era el que luchaba.

Venía aquí a pensar, a alejarme de las constantes puyas de Rafail sobre que todos teníamos que espabilar si queríamos seguir a salvo y con él. Estaba aterrorizado de que alguno de nosotros la fastidiara y él perdiera la tutela. Algunos días, sentía que el frágil hilo que mantenía unida a nuestra familia estaba a punto de romperse.

Necesitábamos espacio. Yo necesitaba reagruparme. Y sabía que no tenía las herramientas que otros tenían. A menudo no captaba las señales sociales, no entendía las emociones como los demás, y

cuando mi mundo se desmoronaba porque algo cambiaba, la gente no entendía que se sentía como si las placas de la tierra se desplazaran, provocando mi propio terremoto personal.

Nunca lo entendían. Cuando mi mundo era predecible y ordenado, el ruido en mi cabeza disminuía.

Aquí, junto al arroyo, había silencio. Este era el lugar donde Anya y Eli eran mis amigos, donde podía decirles la verdad. Donde podía ser un niño por una vez.

Pero ya no lo era. Eso terminó el día que murieron mis padres.

Escuché suaves sollozos detrás de mí.

Cuando me giré, la vi de inmediato: una cosita pequeña y desgarbada con pelo alborotado y ojos que parecían aún más grandes cuando lloraba. Anya. La hermana pequeña de Eli y mi amiga. Estaba sentada en el suelo y aún no me había visto, mientras abrazaba sus rodillas contra el pecho. Eli debería estar con ella.

—Anya, ¿qué haces aquí fuera?

Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía. Ella levantó la mirada bruscamente, sorbió la nariz y murmuró algo que no pude oír. Suspiré, caminando para agacharme frente a ella. Las emociones siempre eran un desafío para mí, y se complicaba aún más cuando se trataba de chicas.

—Anya, ¿qué pasa? —pregunté, intentando suavizar mi tono, aunque no era algo que se me diera muy bien.

Finalmente, levantó la cabeza, y su rostro surcado de lágrimas se encontró con el mío con frustración.

—Eli dijo que me vería aquí. Dijo que me enseñaría a hacer rebotar piedras.

Aunque no podía leer bien a las personas, sabía que mentía. Alguien había hecho algo o dicho algo... Esto no era por hacer rebotar

piedras.

—No creo que esto vaya realmente de hacer rebotar piedras, ¿verdad?

Me miró fijamente, y sus ojos descendieron hasta mi cuello, donde se veía mi primer tatuaje. Algo cambió en su expresión... reconocimiento, quizá.

—De todos modos —continué, superando la tensión—, no necesitas a Eli para eso.

Me miró parpadeando, mientras las lágrimas amainaban.

—¿No?

—Por supuesto que no. —Me levanté, examinando la orilla hasta que encontré algunas piedras planas, y luego le ofrecí una. —Solo necesitas esto... y un poco de práctica.

Dudó antes de coger la piedra, con su pequeña mano rozando la mía.

—¿Cómo lo hago?

—Ven aquí —dije, señalando hacia el agua. Mi voz era áspera, pero la suavicé tanto como pude. No tenía tiempo para esto... Y a Rafail no le gustaría que perdiera el tiempo aquí.

Pero quería mostrarle.

Se levantó de un salto, con sus zapatos demasiado grandes resbalando en la hierba húmeda. Me agaché, mostrándole cómo inclinar el brazo y soltar la piedra correctamente. Luego, con un movimiento de muñeca, la lancé rebotando sobre la superficie: una, dos, tres veces antes de hundirse en las profundidades.

—Guau —susurró, con la boca abierta.

—Tu turno —dije, retrocediendo para darle espacio.

Intentó imitar mis movimientos, frunciendo el ceño en concentración, pero su primer lanzamiento cayó con un fuerte chapoteo. Sin rebotes.

—No así —dije, sonriendo con suficiencia—. Tienes que lanzarla con el ángulo justo. Debe golpear la superficie con la fuerza justa para que rebote en lugar de hundirse.

Y lo hizo. Una y otra y otra vez, lo intentó, terca como siempre, hasta que finalmente, una de sus piedras rebotó una vez. Saltó en el aire, y su risa fue brillante y sin restricciones. Era hermoso. Inestimable. Deseé poder capturar ese sonido y reproducirlo cuando el ruido en mi cabeza fuera demasiado fuerte.

—¿Has visto eso? —dijo, volviéndose hacia mí, con sus ojos iluminados. Por un segundo, pareció mayor de lo que era.

Y por un segundo, olvidé el ruido en mi cabeza. La única voz era... la suya.

—No está mal —dije, permitiéndome una pequeña sonrisa.

Era más fuerte de lo que parecía. Cogió otra piedra y la hizo rebotar de nuevo. Y luego otra.

—No lloraba por Eli —admitió después de un rato.

—Lo sé.

No la miré a los ojos mientras recogía más piedras planas y las sostenía en la palma de mi mano. Había descubierto que a las personas no les gustaba cuando eran vulnerables y las mirabas a los ojos.

—¿Estás lista para contarme de qué se trataba?

Inspiró bruscamente, luego me miró.

—¿Qué harías si te dijera la verdad?

¿Qué haría yo? Qué pregunta tan extraña.

—Escuchar —dije, confundido.

—No... —Apartó la mirada. —Eres demasiado protector a veces. La gente te tiene miedo, Semyon.

Bien. Deben tenerlo. Yo era jodidamente bratva, forjando mi propio camino.

Pero necesitaba saber.

—¿Y tú? ¿Me tienes miedo? —pregunté, con voz baja.

Negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿Miedo de ti?

Tragué saliva, sin estar seguro de si realmente quería escuchar su respuesta.

—A veces —susurró. Luego volvió a mirar al agua—. Y entonces recuerdo quién eres. Solo Semyon. Como un hermano para mí.

Como un hermano para mí. ¿Por qué eso me dolió tanto?

El sonido de voces detrás de nosotros captó su atención. Pareció aterrorizada, con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué tienes miedo? —pregunté, con una ira ardiente creciendo en mis venas. Mis manos se cerraron en puños. Me incliné más cerca, tan cerca que nuestras respiraciones se entremezclaron, y pude ver cómo ella tomaba aire—. ¿Quién te ha hecho daño?

—Son ellos —susurró—. Dios, son ellos. Los chicos del colegio. Malditos acosadores estúpidos.

—Anya. —No me gustaba el miedo en sus ojos. Era demasiado joven, demasiado inocente, demasiado...

—¿Puedes confiar en mí? —le pregunté.

Tomó aire temblorosamente.

—Eres el único *en quien confío.*

El orgullo hinchó mi pecho. Me coloqué detrás de un árbol cuando dos chicos aparecieron por la esquina.

—¿Te vistió tu madre con esos harapos? —se burló uno, señalando su ropa.

—Creo que los sacó del cubo de basura. —El otro se rio, señalando sus zapatillas desgastadas.

Apreté los puños con tanta fuerza que me dolieron los nudillos.

—¡Callaos! —espetó ella, con voz fuerte y desafiante, pero ellos solo se rieron más fuerte.

No iba a permitir que esto sucediera.

Salí de las sombras.

—¿Disculpad? ¿Queréis repetirme eso?

Mi voz cortó sus risas, y se quedaron paralizados.

Di un paso adelante, con mis ojos fijándose en el líder del grupo.

—Solo estábamos bromeando —dijo, con voz temblorosa mientras retrocedía un paso.

—¿Sí? —Me costó esfuerzo mantener mi voz calmada, evitar destruirlo aquí mismo delante de todos. Los humanos eran mucho más frágiles de lo que creían. Yo sabía exactamente dónde golpear para hacer que su sangre fluyera en riachuelos, empapando la tierra mientras suplicaba clemencia. —No parece que ella se esté riendo. Si estáis bromeando, sed más graciosos.

Sus ojos se movían entre Anya y yo. Yo era alto para mi edad, ya desarrollado, delgado y fuerte por el entrenamiento bajo la atenta mirada de Rafail.

Y a diferencia de la mayoría, no me importaba derramar sangre de quien fuera.

—No queríamos decir nada —murmuró el chico.

Accioné el resorte de la navaja que tenía en la mano, y la hoja saltó. El grupo se dispersó, murmurando excusas mientras huían.

—Entonces largaos de aquí —dije fríamente, con una voz que no dejaba lugar a discusión—. Si os volvéis a burlar de ella, os las veréis conmigo.

Una parte de mí esperaba que lo hicieran. Les había advertido claramente.

—Semyon —dijo ella con voz pequeña—. A eso me refería. No puedes simplemente amenazarlos con un arma.

La miré a los ojos.

—No fue una amenaza, Anya.

Tragó saliva y abrió la boca como si fuera a protestar, pero luego simplemente terminó en voz baja:

—Gracias.

—Siempre que alguien te amenace, Anya. En cualquier momento. Vienes y me lo dices.

~

Así que quizás no me gusta la idea de que mi esposa esté en la panadería sin mí. Incluso con un guardia. Ella no es la esposa de *ellos*. Yo soy quien mejor la vigilará.

Así que instalo mi portátil en la esquina de la tienda y la observo mientras trabaja. Intento concentrarme. Pero ¿cómo demonios se supone que voy a revisar datos encriptados e intentar identificar la fuente del correo electrónico que recibió mientras Anya está aquí?

Se mueve por el espacio con confianza, atándose el delantal con destreza. La harina cubre sus dedos mientras prepara la masa. Tararea suavemente mientras la amasa. Un mechón rebelde se escapa de su moño. Adorable.

Joder. Tengo que concentrarme.

Ella sigue tarareando, perdida en su propio mundo. Debería estar más centrado en asuntos más urgentes, pero cuando los clientes empiezan a entrar, a la mierda. Ignoro el portátil y me limito a sorber una taza de café.

Tengo que asegurarme de que la traten bien. A mi esposa. Empaqueta algunos panecillos para una anciana que habla extensamente sobre las dolencias de su perro. Anya escucha con paciencia, incluso cuando la señora comienza a repetirse. Le da un dulce gratis a una niña pequeña en un carrito después de que su madre compre un café. La pequeña rubia agita sus deditos regordetes hacia Anya en señal de agradecimiento. Un empresario de mediana edad con traje se queja sobre el aumento del precio del té, pero cuando aclaro mi garganta, le da las gracias y se marcha.

Llega un cliente tras otro. Hoy, solo está Anya atendiendo la caja, pero parece agotada al mediodía.

—Hora de descanso —le digo, apagando mi portátil—. Toma un descanso para comer.

Su mandíbula se tensa mientras me mira y aclara su garganta.

—Yo no tomo descansos para comer.

Finjo sorpresa, arqueando las cejas. Sé que no toma descansos. Lo sé todo sobre ella. Trabaja hasta los huesos y descuida sus propias necesidades, como si agotarse hasta el límite finalmente le demostrara lo que nadie más ha podido.

—¿Me estás diciendo que no cuidas de mi esposa?

Parpadeando, abre la boca como para protestar, luego la cierra rápidamente. Con un suspiro, mira hacia una tableta y desliza el dedo. Cierro mi portátil y me uno a ella.

—He pedido comida. Llegará pronto. Un descanso rápido, y luego de vuelta al trabajo, si te hace sentir mejor.

—Bien —dice distraídamente, mirando la tableta.

—¿Qué ocurre?

Con un encogimiento de hombros, al principio no responde, pero no me pierdo la forma en que le tiembla el labio inferior. Luego, en un susurro, como si no confiara en su voz, dice:

—Alguien dejó una... reseña muy mala.

Me acerco. No me impide tomar la tableta de sus manos. Mi mirada recorre las palabras rápidamente.

Sobrevalorado. Mediocre. Poco original. Dedícate a otra cosa, cariño. Obviamente la pastelería no es lo tuyo.

En un instante, memorizo el nombre adjunto a la reseña. El idiota ni siquiera se molestó en usar un seudónimo.

Los ojos de Anya brillan, pero está tratando de contener las lágrimas. Odio eso. Odio que algo tan insignificante como una reseña anónima pueda afectarla tanto. Mis dedos se aprietan alrededor del borde de la tableta, y luego la dejo sobre la mesa.

Antes de que pueda moverse, paso mi pulgar por su mejilla y limpio la lágrima.

—¿Quién lo escribió? —Mi voz está desprovista de emoción.

—No importa —murmura, apartando la mirada.

Alguien llama a la puerta. Ha llegado el pedido.

Sí que *importa*. Y no lo olvido.

Capítulo Catorce

Anya

Corrí por las calles, con el pulso acelerado. El aire frío me mordía la piel. No debería haber venido, pero no tenía a nadie más a quien acudir. Eli estaba en problemas, y después de todo, después de cómo Semyon me besó, imaginé que algo entre nosotros había cambiado.

Rodion me dijo que lo encontraría en el Wolf and Moon, un pub local.

El lugar estaba tenuemente iluminado y abarrotado. Me llevó unos minutos encontrarlo. Y cuando lo hice, se me cayó el alma a los pies. Estaba sentado en la esquina del fondo, como si formara parte de las sombras. Pero no estaba solo.

Tenía una belleza cruel que me robó el aliento: pómulos afilados, labios rojo oscuro y una figura de diosa. Me sentí como una niña con mi ropa gastada, el pelo despeinado y las manchas de harina en mi camiseta de la panadería. Se inclinó cerca de Semyon. Sus dedos manicurados trazaban la botella, pero toda su atención estaba en él.

Por supuesto que sí. Él era el hombre más atractivo y poderoso de todo el lugar, todo fuerza, poder e indiferencia. No reaccionó ante

ella, sino que permaneció perfectamente inmóvil, con su expresión indescifrable. Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Anya?

Di un paso adelante, olvidando el motivo de mi recado mientras miraba fijamente a sus ojos y veía algo desconocido en su mirada: miedo. Miró de mí a la mujer y de vuelta. Abrí la boca, preparada para suplicar su ayuda. Eli estaba en problemas.

Pero la mujer siguió su línea de visión y me vio. Sus labios se curvaron con desdén.

—¿Quién es esa?

Tragué saliva. Él mantuvo mi mirada y parpadeó lentamente detrás de sus gafas antes de hablar finalmente. Sus fosas nasales se dilataron; negó con la cabeza y articuló con los labios «Vete a casa» antes de volver su atención a su cita.

—Nadie —dijo—. No es nadie.



En cuestión de días, hemos establecido una rutina. A Semyon le gusta la previsibilidad. Se podría poner un reloj en hora con él.

Viene conmigo a la panadería, se sienta en la esquina y trabaja; a veces atiende llamadas en la trastienda. Incluso atiende el mostrador cuando necesito tomarme un descanso. Y siempre, siempre me obliga a tomar un descanso para comer.

Stefan se nos une después de la escuela, donde nos cuenta cada detalle de su día y toma un tentempié antes de que Semyon le pregunte sobre sus estudios y cómo le tratan sus compañeros de clase.

Pero bajo la apariencia de normalidad... me pregunto cuándo hará algún movimiento, cuándo volverá a tocarme. Pero ha sido

cuidadoso y considerado.

Recuerdo lo que dijo sobre consumar nuestro matrimonio. Pero, ¿cómo podemos hacer eso cuando él está en una habitación y yo en otra?

Una parte de mí quiere esa validación, quiere saber que realmente se preocupa por mí, que realmente me encuentra *atractiva*.

Así que cuando sus hermanas me invitan a tomar algo con ellas, aprovecho la oportunidad de escaparme. Es decir, no estoy *realmente* escapándome. Tenemos guardaespaldas, por supuesto. Pero cuando veo el letrero brillante sobre la puerta con iluminación fluorescente, mi corazón da un vuelco.

Wolf and Moon.

Uf. Recuerdo este lugar tan claramente.

Yana se sienta orgullosamente donde normalmente estaría su hermano, con un brillo en los ojos y un bulto a su lado que me dice que está esperando a que alguien se meta con nosotras.

El bar está ruidoso y bullicioso, pero me dejo hundir en el caos. En un mundo de acontecimientos perfectamente ordenados, se siente bien soltarse un poco, dejar que el ardor del alcohol suavice los bordes de mi frustración. Yana bebe como si el vodka fuera agua, con sus ojos afilados escaneando la sala. Ember, la esposa de Rodion, se ríe a su lado, relajada y tranquila.

—¿Cómo te está tratando la vida de casada? —pregunta de repente, echando la cabeza hacia atrás para tomarse otro chupito. La pregunta es casi demasiado casual. Tengo la clara sensación de que están de mi lado, pero quieren asegurarse de que estoy bien.

Fuerzo una sonrisa.

—Bien.

Yana sonríe con tristeza.

—Mentirosa.

—Vamos, venga —dice Ember, dándole un codazo juguetón. Su pelo rojo está recogido en un moño despeinado, y sus ojos son brillantes —. Déjala disfrutar de su noche. No quiere hablar de tu hermano emocionalmente atrofiado.

Me río, pero es forzado. Porque recuerdo una noche como esta, hace años, solo que yo era una chica y Semyon me rompió el corazón.

—Lo siento, Anya —dice Zoya, negando con la cabeza—. Sé que va a llevar tiempo. Él no es... Semyon está tan impulsado por el deber que de alguna manera olvida que las personas de su vida son, de hecho... bueno, personas.

Niego con la cabeza y ahogo mis penas en otra copa, envidiando la alta tolerancia de Yana al licor, la calma de Zoya y el feliz matrimonio de Ember. Estoy decidida a demostrar mi valía. Me bebo un chupito. Una copa de vino. Otra bebida, seguida de otra, hasta que el recuerdo del pasado se difumina y me río junto con las demás.

Hasta que *él* aparece en la puerta.

—Tu marido está aquí —dice Ember, demasiado pronto, con los ojos brillantes—. Me aseguraré de traerte esos libros cuando nos veamos. —Ember me ha prometido algunas lecturas para entretenerme en la próxima cena familiar.

Me despido de todas con un abrazo y me tomo mi tiempo para ir o, más exactamente, medio tambalearme hasta donde espera mi marido.

Me besa la mejilla. Me aparto, el recuerdo de la noche que me hizo daño está vívido. Me alejo de él, casi tropezando.

—Anya. ¿Cuánto has bebido?

Me encojo de hombros.

—He perdido la cuenta.

Y que te jodan.

Me lleva casi cargando hasta el coche, aparta mi mano cuando intento abrir mi propia puerta con el ceño fruncido, y luego abrocha mi cinturón de seguridad. El cuero frío se siente bien contra mi piel acalorada. Y aun así... quiero llorar.

El viaje es silencioso al principio, demasiado silencioso. El calor del alcohol hace que mis mejillas se sientan demasiado calientes.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí. Son una compañía excelente. —Espero que oigas la nota de sarcasmo en mi voz. —*Ellas* me abrazan.

Miro por la ventana. No me importa si sueno como una niña. Las luces parecen demasiado brillantes, y mis emociones están demasiado cerca de la superficie.

—A diferencia de algunas personas que conozco —susurro. Mi voz suena arrastrada, pero corta el silencio.

—¿Perdona? —exhala. Cuando le miro, sus nudillos están blancos sobre el volante—. Estás borracha, Anya. No vamos a tener esta conversación ahora.

—Ah, ¿no? —pregunto, con una risa sin alegría. Quiero romper su implacable control con todas mis putas fuerzas—. ¿Y qué? No puedo decir la verdad. Ni siquiera me miras la mitad del tiempo. Soy... no soy nadie, ¿recuerdas?

Se tensa a mi lado.

—Así que *de eso* se trata.

No, Semyon. No se trata de eso. Se trata de que has arruinado mi vida. Se trata de que finges que no soy nada para ti cuando nuestro pasado dice algo diferente. Se trata de que duermes en otra cama como si yo fuera a contaminar la tuya, cuidándome en todas las formas que quieres y en ninguna de las que importan.

Se trata de que me has roto el corazón.

Pero no le digo nada.

—No sabes quién era ella, Anya. Te habría destruido.

Miro por la ventana y niego con la cabeza. No confío en mí misma para hablar.

El coche da un pequeño tirón cuando frena sin previo aviso y los neumáticos chirrían contra el pavimento. En un instante, se gira hacia mí, con sus ojos azules ardiendo. Parpadea lentamente. Trago saliva, pero parece un sorbo. El lento parpadeo detrás de las gafas...

—¿Crees que no te deseo? —su voz es queda. Peligrosa—. ¿Crees que no lo siento cada segundo que estás cerca de mí?

Se me corta la respiración. El aire entre nosotros es denso. Cargado.

—No soy nadie —susurro.

No sé cómo llego ahí, pero estoy en su regazo, a horcajadas sobre él. Tiene las manos enredadas en mi pelo. Me echa la cabeza hacia atrás. Estoy instantáneamente sobria.

—Me mantengo alejado de ti porque si no lo hago, no podré parar. —Su aliento es cálido contra mi piel.

Mi corazón late tan rápido que me mareo. Nunca me ha mirado así antes... como si estuviera desmoronándose. Como si por una vez en su vida, no pudiera controlarme.

Susurro:

—Me rompiste el corazón, Semyon. ¿Lo sabías? Yo te *amaba*. —Mi voz tiembla, cruda y dolorida. —Y miraste a una desconocida, alguien más guapa, mayor, más poderosa de lo que yo era, alguien que era todo lo que yo no era, y le dijiste que yo no era *nada* para ti.

Una lágrima caliente se desliza por mi mejilla, luego otra. Parpadeo, pero siguen cayendo, gruesas e imparables. Mi respiración se estremece.

—Y tú... tú eras mi mundo.

—Anya. —Su voz se quiebra, áspera con algo que no puedo nombrar.

—Y cuando mi madre te suplicó que detuvieras a Eli, que le sacaras del peligro en el que estaba, no lo hiciste. No la ayudaste ese día, Semyon, y podrías haberlo hecho.

Apoyo la cabeza en su hombro. Intento contenerlo, pero no puedo. Un sollozo se desgarra de mi garganta, y no puedo detenerlo. Gimo, jadeando contra el peso de todo lo que perdí, todo lo que he cargado. Lloro por mi madre. Lloro por la chica que una vez fui. Lloro como si mi corazón se estuviera haciendo pedazos otra vez. Quizás lo está. Quizás una parte de mí siempre será esa chica, la que amaba demasiado profundamente y solo quería que alguien la amara a ella.

Me agarra por los hombros, obligándome a mirarlo.

—Escúchame. Estoy harto de encubrir a todos los demás. Tu hermano tomó decisiones terribles, y yo lo encubrí, joder. Intervine, una y otra vez, hasta que no pude detener la marea. Eli estaba demasiado hundido. Lo intenté, Anya, incluso a costa mía. Cuando me viste huyendo... Joder, Anya. Por favor, confía en mí. Por favor, confía en que hice lo que pude.

Le miro fijamente. Semyon no es un hombre bueno, pero no miente. Me había permitido creer que podría haber evitado que mi madre muriera, que podría haber detenido la caída de Eli. ¿Y si todo este tiempo he estado equivocada?

—¿Y ese día en el bar? *Anya.* No era una mujer cualquiera sino Carolina Korchev. Una depredadora. En los círculos de la *bratva*, era un tiburón nadando en sangre, criada en la violencia, entrenada para manipular. Quería control. Me quería *a mí*. Te habría hecho sufrir,

Anya. Te habría hecho daño, y yo temía no poder evitarlo. *Ella* no es nadie, Anya. Pero lo siento. Siento mucho haberte herido.

Sus labios se encuentran con los míos mientras me atrae hacia él. Saboreo la sal de mis lágrimas antes de que me suelte y me abrace contra su pecho. Lloro hasta que llega la calma después de la tormenta. Tengo los ojos hinchados y la cara inflamada. Me duele parpadear.

—¿Entonces por qué no me deseas?

—*Bozhe, Anya.* —Exhala, y su voz es áspera, casi quebrada. —*Chyort voz'mi, ty menya svedesh' s uma.*

¿Lo estoy volviendo... loco? ¿*Yo*?

—¿Entonces por qué sigues apartándome? —susurro.

Tomando mi barbilla en su mano, lleva mi mirada a la suya.

—Escúchame, Anya. He hecho todo lo posible para protegerte. Te deseo. Te deseo más de lo que he deseado nada en mi vida. Cuando descubrí que los irlandeses estaban llegando, yo...

¿Los irlandeses?

Niega con la cabeza y aprieta la mandíbula; su voz es firme, pero sus ojos están ardiendo.

—Estás borracha, cariño. Voy a subirte en brazos. Te daré agua y una bebida que prepararé para ti, y luego te meteré en la cama.

Se inclina y me besa en la mejilla.

—Y cuando estés sobria, Anya, retomaremos esta conversación.

Le dejo llevarme arriba.

Bajar las sábanas.

Desvestirme y ayudarme a prepararme para dormir.

Me bebo el agua que me da y tomo los medicamentos, antes de cerrar los ojos y dormir.

Capítulo Quince

Semyon

Estoy de pie en medio del gran salón de nuestra finca familiar. Esta casa, irónicamente apodada «La Cabaña», bulle de actividad mientras nuestra familia se reúne. Mi mirada se desvía hacia Anya, que charla con Ember, la esposa de Rodion. Están sentadas en un sofá de dos plazas, lo bastante separadas para mantener la cortesía, pero no pierdo detalle de cada movimiento. Anya mantiene la espalda recta; sus ojos se desvían hacia mí de vez en cuando, pero su sonrisa hacia Ember es genuina. Es una sonrisa aliviada. Ember no es como el resto de nosotros. No nació en la mafia y apenas entiende este mundo. Pero es leal a mi hermano, y eso es suficiente.

Anoche acosté a Anya. Le hice beber agua con electrolitos y tomar analgésicos. Durmió profundamente, y justo cuando iba a hablar con ella, Stefan se despertó para desayunar y Rafail llamó.

—Tenemos información sobre Eli.

He esperado tanto por mi esposa. Pero no esperaré mucho más.

Rafail camina de un lado a otro junto a la ventana, con las manos hundidas en los bolsillos, vestido como siempre con un traje a medida. Su esposa, Polina, está sentada cerca, desplazándose por una tableta con Yana, mi hermana. Cuando Anya y yo llegamos

antes, los saludos fueron rápidos; solo pequeños gestos y sonrisas, pero noté cómo su calidez llegaba a Anya. Zoya, mi hermana menor, inmediatamente tomó a Stefan bajo su protección.

—Estoy horneando galletas en la cocina —dijo Zoya con una gran sonrisa, agachándose al nivel de Stefan—. ¿Quieres ayudar?

Stefan me miró pidiendo permiso. Le di un pequeño asentimiento.

Bien. Está aprendiendo.

Después de revisar su habitación y comprobar lo bien que había seguido mis instrucciones, le dije que había hecho un buen trabajo. Su carita se iluminó con orgullo.

Anya no pertenece aquí. Es fuego en un mundo de hielo. Así que mientras estoy bien con que Stefan siga a Zoya a la cocina, hago que Anya se quede donde pueda verla.

Siempre dentro de mi campo de visión. Nunca olvidaré cómo me miró cuando me dijo que le había roto el corazón.

Se lo compensaré.

Rafail se vuelve hacia mí, con expresión sombría.

—Los Morozov exigen un pago —dice—. Y hay rumores de que los irlandeses están presionando en nuestro territorio.

Los irlandeses. Dios mío. En los últimos años, los irlandeses han crecido en fuerza y número, controlando toda la costa este de Irlanda, pero fortaleciendo sus conexiones en Boston. Sus tentáculos se extienden profundamente en los bajos fondos de Europa y Norteamérica, y todos nosotros lo sabemos perfectamente.

—¿Qué significa eso para nosotros? —pregunta Polina.

—Significa —digo, acercándome a Anya—, que todos deben estar controlados. Significa que nuestros enemigos explotarán cualquier debilidad. —Por un breve instante, casi llamo a Zoya para que vuelva

con nosotros, para asegurarme de que ella y Stefan no hayan ido a la cocina directamente a una trampa.

Me vuelvo hacia Rafail.

—¿Y qué hay de Elizar?

Puedo sentir los ojos de Anya clavados en mí. Ojalá confiara en mí como lo hacía cuando éramos más jóvenes.

Llegaremos a eso.

Antes de que pueda responder, la puerta principal se abre de golpe. Mi tío y mi tía entran a grandes zancadas; su presencia es un recordatorio inmediato de la podredumbre que a veces infecta incluso a las familias más cercanas. La mirada de Eduard se estrecha sobre Anya, e Irma entra en una ola de cabello rubio y perfume.

Su hijo Matvei entra detrás de ellos. Él y su hermano Gleb crecieron junto a nosotros. Fuerte, confiable e inquebrantable en el apoyo a nuestra familia, ha sido un dolor de cabeza que su familia nuclear carezca de la misma lealtad.

De hombros anchos, con una intensidad silenciosa, Matvei conoce los entresijos de la vida *bratva* mejor que la mayoría.

Matvei me hace un gesto con la cabeza.

—Semyon, tenemos que hablar —dice en voz baja—. Más tarde.

Mi abuelo me mira desde el otro lado de la habitación. Está sentado en un sillón, y cuando me guiña un ojo, no estoy seguro de lo que significa. El lenguaje corporal sutil nunca ha sido mi fuerte.

—Esta es una situación delicada —dice mi abuelo, posando su sabia mirada en Anya—. Protegemos a los nuestros.

—Siempre —gruñe Rafail, irguiéndose en toda su estatura, con los puños apretados—. Matvei, muéstranos lo que encontraste. —Unas imágenes granuladas llenan la pantalla plana en la pared.

Eli. Su rostro está ensangrentado y roto, su nariz tiene un ángulo extraño y se le ven laceraciones rojas en la piel expuesta.

Algo se tensa en mi pecho.

Eli era mi amigo.

Me casé con su hermana.

Pensamos que nos traicionó. La tomé a ella como pago. Y ahora...

Me acerco a Anya y apoyo mi mano en la parte posterior de su cuello. No estoy seguro de lo que se supone que debo lograr, pero he visto a Rafail hacerlo, y siempre parecía ayudar.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunto—. ¿Fue plantado? ¿Alguien te lo envió?

—A mi bandeja de entrada —responde Rafail.

La grabación continúa. Un par de manos envuelven cinta adhesiva alrededor de la boca de Eli y lo empujan dentro del maletero de un coche.

—No entiendo —dice Anya, con la voz quebrada—. ¿Qué significa esto? Alguien que me lo explique. —Sus ojos se encuentran con los míos mientras susurra un nombre. —*Semyon*.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho. Solo tiene que decir mi nombre en ese tono, bordeado de desesperación, y haré cualquier cosa, joder, cualquier cosa por ella.

—Significa que hemos estado operando bajo la suposición de que tu hermano huyó —digo en voz baja—. Pero no lo hizo. Se lo llevaron. Esto es un mensaje.

—O una trampa —dice Matvei, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho. Es leal a nuestra familia hasta la médula, constantemente cuestionando motivos y verdades.

—¿Por qué? —exige ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué él? Se metió en tantos problemas con tanta gente. Ni siquiera puedo decirte cuántas amenazas llegaron a nuestra puerta...

Aplana la palma contra su pecho. Mis dedos en su cuello se tensan.

Si tan solo lo hubiera sabido. Si tan solo hubiera prestado atención.

—No lo sabía —digo suavemente, con voz firme.

—Yo tampoco. Sabía que estaba apostando, pero pensé que había huido. Por eso, yo... pensé que había dejado su móvil atrás para evitar que lo rastrearan.

Yana se toca la barbilla pensativamente.

—O quizás estaba planeando huir. Pero alguien llegó a él primero.

—Espera —dice Anya, entrecerrando los ojos en la pantalla—. Vuelve atrás. En los primeros segundos, hay algo que pensé que era solo un borrón, pero... quiero verlo más de cerca. Por favor.

Yana rebobina.

—Mira más de cerca —dice Anya mientras Yana amplía la imagen—. ¿Puedes ampliar más?

Un destello de una mano cruza la pantalla, una imagen fugaz casi demasiado rápida para notarla. Pero cuando Yana pausa el fotograma y hace *zoom*, lo vemos claramente: un tatuaje de trébol con una gota de sangre debajo.

—Los irlandeses —dice Rafail, sacudiendo la cabeza—. Lo sabía.

—Fuiste tú quien trajo esta inmundicia a nuestra familia —dice Eduard, estrechando los ojos al mirarme—. No son *bratva*. No son familia. Y ahora, por esta mierda, nuestra familia está en riesgo. —Señala con un dedo iracundo a Anya. —Ella...

—*Basta*.

No suelo levantar la voz con Eduard ni con nadie, pero dejo que mis ojos recorran la habitación, asegurándome de que todas las miradas estén fijas en mí.

Nadie jamás hará que mi esposa se sienta menos de nuevo.

Nadie.

—No me importa con quién estuviera asociada Anya antes de que hiciéramos nuestros votos. No me importa a quién apreciéis, dónde están vuestras lealtades, a quién cuestionéis o qué penséis que está ocurriendo aquí. Pero quiero dejar algo muy, muy claro. —Entrecierro los ojos, con mi voz fría y afilada como el acero. —Anya es mi esposa. *Mi esposa*. Y la trataréis con el mismo respeto que le debéis a cualquiera en esta familia... no, incluso más, porque ella ha renunciado a más para ser mi esposa que cualquiera de vosotros por vuestros roles. Ella no nació en este mundo, y lo sabéis.

Anya me observa, con los ojos grandes y dulces. Algo dentro de mí duele.

Los ojos de Irma se encienden con indignación, sus labios se aprietan en una línea tensa y exangüe, pero es lo suficientemente inteligente como para no provocarme. No ahora.

Eduard está furioso, pero no habla. Continúo.

—La llevaré de vuelta a su casa y examinaremos todo lo que dejó su hermano.

Rafail asiente, con su mirada recorriendo la habitación.

—Una semana. Durante ese tiempo, seguiremos con la vida como si todo fuera normal. Pero nadie, joder, *nadie*, irá a ninguna parte sin un guardia. Sin riesgos innecesarios. Todos estaremos bajo observación en caso de que necesitemos seguir a alguien, y todos volveremos aquí cada noche para cenar.

Le miro con sorpresa. Lo último que quiero hacer es traer a Stefan y Anya de vuelta aquí para cenar cada noche. Pero antes de que

pueda expresar mi protesta, Rafail levanta una mano.

—El estrés como este destrozará nuestra familia, Semyon. —Rafail fija su mirada penetrante en Rodion. —Sabes esto tan bien como yo. Y nuestra familia ha pasado por demasiado como para arriesgarse a romperse ahora.

Rodion sonríe con desdén.

—¿También vas a revisar nuestros deberes? ¿Nos haces venir a cenar en familia como un padre?

—Cuidado, Rodion, o eso es exactamente lo que haré —espeta Rafail.

Rodion, a pesar de ser uno de los hombres más despiadados de nuestro grupo, guarda silencio, aunque hay un brillo de humor en sus ojos.

—Y asegúrate de incluir a Vadka —añade Rafail. Vadka, el mejor amigo de Rafail, es leal a la Bratva Kopolov hasta la médula, pero tiene necesidades más apremiantes en lo que respecta a la familia. Sin parentesco de sangre, Vadka está casado y tiene un hijo, y ya no pasa tanto tiempo con nosotros como antes. Siempre es el primero en irse a casa.

Aunque su situación ha cambiado, su lealtad hacia nosotros *no*.

Pero Eduard e Irma, que permanecen callados, son otra historia. Su hijo menor Gleb nos traicionó y pagó el precio máximo, y aunque Matvei se mantiene firme con nosotros, no confío en sus padres ni por un segundo.

—Excelente —dice el abuelo con una risa seca, y sus ojos brillan al mirar a Anya. Ha aprendido el arte de no permitir que la intensidad y el estrés de los altibajos de la vida en la *bratva* le roben la luz de sus ojos.

—Espero con ganas volver a reunirnos así. —Se gira hacia mi esposa. —Anya, querida, si vamos a cenar juntos todas las noches,

como en los viejos tiempos, ¿traerás algunos de esos deliciosos bollos que solía hacer tu madre? ¿Todavía los haces?

Sus ojos brillan con una emoción casi infantil.

Anya no puede ocultar el peso de todo lo que hemos discutido presionándola, pero sonríe benévolamente a mi abuelo.

—Hago *de todo* lo que mi madre me enseñó —dice cálidamente—. Traeré lo que usted quiera.

La máscara estoica de Rafail se agrieta ligeramente, con una leve sonrisa tirando de sus labios. Se pasa una mano por la barba de su mandíbula.

—¿*Lo que sea*?

—Lo que sea —confirma Anya con un asentimiento—. ¿Tienes algún favorito, Rafail?

—Tiene un lugar especial en su corazón para el *medovik* —dice Polina.

—Oh, sí, la tarta de miel de mi madre es famosa. Trajimos una muestra ayer, pero podemos traer más pronto. A Semyon pareció gustarle. —Sonrío.

Las cejas de Rafail se alzan.

—¿Me estás diciendo que Semyon comió... *pasteles*?

Rodion silba. Me paso el dedo por la garganta para decirles que se callen de una vez, pero previsiblemente me ignoran.

Anya me mira con expresión desconcertada.

—¿No?

—Un pastel. Para desayunar. —Rafail sacude la cabeza como si ella acabara de anunciar que compramos un unicornio de mascota con una melena púrpura.

Anya parece perpleja.

—¿Cuál es el problema?

Para ella, son solo pasteles. Para mis hermanos, es algo completamente diferente.

—En realidad no pasa nada —le explica Rafail—. Es solo que Semyon es una criatura de hábitos. No le he visto comer nada que no sea un desayuno con macronutrientes perfectos, incluyendo cincuenta y cinco gramos de proteína, desde que tenía dieciocho años. ¿Días de trampa? Semyon *no los tiene*.

¿Por qué siguen con esto?

—No tenía idea de que esto fuera tan revelador. Puedo cambiar de opinión.

Rodion resopla.

—Aparentemente, por el coñ...

—Termina esa frase —le advierto oscuramente. Le patearé el culo aquí mismo, ahora mismo, y haré que se disculpe con mi esposa delante de todos. Cierra la boca y niega con la cabeza, girándose hacia Anya.

—Lo siento, no es por ti. Es solo... —Hace una pausa. —No, definitivamente es por ti, pero no lo digo con mala intención.

Anya me mira fijamente. Me encojo de hombros.

Mi abuelo se levanta, inestable sobre sus piernas.

—Si me disculpáis, necesito una siesta —dice, saliendo—. Ha sido un placer conocerte, querida, y estoy deseando pasar más tiempo juntos.

Todos comienzan a dispersarse.

Polina junta las manos bajo su barbilla.

—¿Tienes algún pastel al estilo estadounidense? —Polina vivió en Nueva York, donde reside la Familia Romanov.

Anya asiente.

—Tenemos tarta de queso al estilo de Nueva York, que es particularmente popular.

—Oh —suspira Polina. Anya me sonríe tímidamente.

Tomo la mano de Anya.

—Tenemos trabajo que hacer. Vamos a ver cómo está Stefan. —Me giro hacia los demás. —A las seis.

Solo quedamos Anya y yo. Algo acaba de ocurrir en tan poco tiempo, y no estoy seguro de cómo me siento. Esas emociones no suelen venir a mi mente habitualmente.

—Así que tenemos que ir a mi casa —dice, mordiéndose el labio.

No quiero volver a su casa. Quiero llevarla a *nuestro* hogar, tumbarla y mostrarle con todo detalle cuánto significa para mí. Pero el deber llama.

Mis manos se tensan. Hay algunas cosas que tengo que controlar en el mundo, a mi alcance, para hacer feliz a mi mujer. Odio la idea de llevarla de vuelta a ese cuchitril plagado de recuerdos negativos.

—Iremos juntos y haremos que sea una visita breve. Pero sí.

—Tenemos que encontrar a Eli —dice atropelladamente—. Quiero que esto termine lo antes posible. Si él no tiene la culpa, Semyon... Dios...

Asiento en señal de acuerdo.

—Cuanto antes vayamos, mejor —. Es probable que la casa de su familia esté vigilada. Soy muy consciente de que esto podría ser una trampa.

—¿Estará bien Stefan aquí durante un rato? Mi padre no estará en casa si nos vamos ahora.

—Por supuesto que sí. Confío en mis hermanos con mi vida.

Ella asiente, toma aire profundamente y lo suelta despacio.

—Hagámoslo.

Capítulo Dieciséis

Anya

Estoy de pie en la impresionante cocina de la Familia Kopolov, adoptando el tono más severo que puedo, que no le llega ni a la suela de los zapatos a la de Semyon.

—Stefan, tienes que escuchar a Zoya y a cualquier otra persona de aquí —le digo, aterrorizada de que mi hermano vaya a hacer algo imprudente y los Kopolov no se lo tomen muy bien. Sé cómo es Rafail. Dios, sé cómo es Semyon.

—Estará bien —dice Zoya con una sonrisa—. ¿Verdad? Haremos palomitas y veremos una película.

Stefan le lanza una mirada de reojo.

—¿Ves superhéroes?

—Me encantan los superhéroes. Spider-Man es mi favorito.

Por supuesto que le gustaría Spider-Man con su forma de menospreciarse y su torpe timidez adolescente. Me encanta eso. Le dirijo a Zoya una pequeña sonrisa.

—El mío es Superman.

Si Semyon entiende la referencia, no lo demuestra.

No me gusta separarme de Stefan. Hemos pasado por tanto en tan poco tiempo, y me preocupa lo que le vaya a hacer. Pero entonces lo veo con Zoya, y lo veo sonreír. Cuando miro a Semyon, hay algo en la forma firme en que nos observa a todos que me proporciona un pequeño consuelo.

—¿Adónde vas? —pregunta Stefan, con sus ojos moviéndose entre Semyon y yo—. ¿Con mi hermana?

Mi corazón. Mi pequeño y feroz protector. Semyon le dedica una leve sonrisa torcida, casi una sonrisa completa.

—Tenemos que encontrar información, y creemos que parte de lo que necesitamos está en vuestra casa. ¿Hay algo que quieras que te traigamos mientras estamos allí?

—¿Vais a volver a casa con ella? Yo también voy.

Oh, Stefan.

Niego con la cabeza.

—No puedes. No es seguro ahora mismo. Tienes que quedarte aquí donde estás protegido.

—Si no es seguro para mí, ¿por qué es seguro para *ti*?

Stefan tiene ese brillo en los ojos, el que siempre tiene cuando quiere pelear y se mete en problemas. Semyon da un paso adelante y se inclina para que él y mi hermano estén al mismo nivel.

—Tu hermana está a salvo porque está conmigo.

Y lo siento en mis huesos, grabado en mi corazón. Lo dice en serio. Cada palabra. Se me forma un nudo en la garganta, y no estoy segura si es por la protección de mi hermano o... de mi marido.

Solía sentirme segura con él. Pero luego cambió. ¿O no?

Y por primera vez, me pregunto... Quizás la que cambió fui *yo*.

Quizás fueron nuestras circunstancias. Porque ahora mismo, de pie en la cocina con el chico que amé a mi lado, me pregunto si hay una pequeña parte de mi corazón que todavía le quiere. Después de todos estos años.

—Vamos —dice Semyon, alcanzando mi mano y entrelazando nuestros dedos. Nuestras palmas se encuentran. Tengo que tomar aire.

—Semyon, si se han llevado a Eli...

—Sí, lo sé —dice Semyon con ironía—. Si sobrevive a esto, me matará.

No puedo evitar sonreír.

—¿Recuerdas aquella vez?

—La vez que nos encontró empapados en el cobertizo. Lo único que intentaba era mantenerte caliente. —Niega con la cabeza. —Sí, lo recuerdo.

Pensé que Eli iba a *matar* a Semyon. Nunca lo había visto golpear a nadie antes, pero le propinó un derechazo directo a la mandíbula de Semyon.

Y yo sabía que Semyon podía pelear; lo había visto en acción, y la forma despiadada y calculadora en que se movía me daba pesadillas. Pero con Eli, ni siquiera levantó una mano para defenderse.

Mi hermano no le creyó. Le grité que se detuviera y arrastré a Eli lejos de Semyon.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Eli.

¿Hacerme daño? Claro que me había hecho daño. Pero no de una forma que mi hermano pudiera entender.

—Hablamos de eso en más de una ocasión —dice Semyon con una sonrisa irónica mientras salimos. Nunca sonríe realmente de una manera que le llegue a los ojos. Siempre vigilante. Siempre distante.

—¿En serio? —le pregunto con curiosidad.

—Sí.

Semyon abre la puerta del coche. Alcanzo la manilla del coche por costumbre, sin procesar lo que estoy haciendo, cuando un gruñido bajo me hace detenerme en seco.

Oh. Claro. No abro mi propia puerta cuando él está cerca.

Alcanza la puerta para abrirla.

—Por poco, Anya —me advierte—. ¿De verdad quieres tener esa conversación si me desobedeces?

Me remuevo mientras un delicioso hilo de necesidad me atraviesa.

Me estoy acostumbrando a esto.

—¿Qué tienes que buscar en tu casa? —me pregunta, cambiando de tema mientras se desliza en el asiento del conductor. Su coche está impecable, inmaculadamente limpio, sin una mota de polvo. Lo noto todo. La forma en que arranca de inmediato, el depósito está lleno, no hay luces parpadeantes en el salpicadero que indiquen que necesita revisión.

No sé por qué me centro en estos detalles ahora. Siento que son importantes.

—Espero que podamos acceder a su ordenador y al móvil que dejó atrás. Mi padre estará fuera.

La mandíbula de Semyon se tensa mientras se incorpora a la carretera y comienza a acelerar.

—Conocí a tu padre antes de que fuera alcohólico. Lo conocí cuando estaba sobrio.

Miro por la ventana.

—Sí. Yo también.

No hablamos durante unos largos minutos.

—¿A qué hora suele volver a casa?

—Más tarde.

Miro el reloj. Probablemente tengamos dos horas. Mis nervios aumentan a medida que nos acercamos a casa... no. No es casa. Ya no vivo allí. Eso me proporciona cierto alivio.

No quiero que Semyon vea la mierda en la que crecí. No es nada que no haya visto antes, pero ahora que estoy casada y sé cómo es *su* casa, me avergüenzo.

—Te estás retorciendo las manos, Anya. —No estoy segura de si espera una respuesta cuando su gran mano se posa en mi rodilla y me da un suave apretón.

No me di cuenta de cómo estaba dando golpecitos nerviosos con la rodilla, aclarándome la garganta y tirando de un mechón de mi pelo. ¿Realmente él también se fijó en esas cosas?

Su mano se desliza lentamente por mi muslo, flexionándose. Recuerdo el beso de antes. Recuerdo que, cuando era niña, habría hecho cualquier cosa por tener así la atención de Semyon. Por que me tocara.

—Me besaste una vez —digo en voz baja.

—Joder —maldice.

Parpadeo sorprendida.

—¿Qué?

—Anya, cariño, me contuve tantas malditas veces —dice, negando con la cabeza.

Quiero que lo vuelva a decir.

—Estaba obsesionado contigo, pero eras demasiado joven para mí, y mi mundo era demasiado peligroso.

Lo miro de reojo y muevo su mano más arriba por mi pierna.

—¿Y ahora tengo la edad suficiente?

—Sí, nena, y eres tan jodidamente peligrosa como yo.

Nena.

¿*Yo*? ¿Peligrosa? Dirige su mirada hacia mí, esos hermosos ojos azules escondidos tras sus gafas.

—¿Te parezco el tipo de persona que exagera?

Pum.

Mi corazón.

Me distraigo con mi móvil cuando me llega un mensaje de Ophelia.

Ophelia
Eh, ¿sabes que el otro día recibiste esa mala crítica de la que me hablaste?

Sí

Semyon no fue el único con quien lloré.

Ophelia
Entonceeeees, ¿has oído lo que le pasó?

Oh no. Le echo una mirada de reojo a Semyon antes de responder.

¿No?

Ophelia

Está con el cuerpo escayolado, Anya. ¿¿Y esa pequeña librería al otro lado de la ciudad que te dio esa crítica tan brillante?? Han publicado hoy en redes sociales que alguien ha hecho una enorme donación anónima.

Entrecierro los ojos mirando a Semyon.

—Semyon —digo en tono de advertencia.

—¿Mmm?

Trago saliva.

—¿Le diste una paliza al capullo que me dejó esa crítica terrible?

—Bueno, no *directamente...*

—¡Semyon!

Frunce el ceño, con una arruga una arruga entre sus cejas.

—Nadie trata así a mi mujer, Anya —dice, como si ese fuera el orden natural de las cosas. Para él, quizás lo sea.

No. No quizás.

Estoy callada durante largos minutos.

—Y todo este tiempo —digo en un susurro—, pensé que me odiabas.

—¿*Odiarte*? ¿Estás de coña? —Niega con la cabeza. —Estoy medio tentado de parar este coche ahora mismo solo para ponerte sobre mis rodillas por eso.

Me quedo mirándole. Sus ojos se desvían hacia el lado de la carretera, como si buscara un lugar para aparcar. Mi pulso se acelera. La tensión entre nosotros es palpable.

—Eh. Dejemos eso para más tarde —susurro—. Tenemos trabajo que hacer. Además, ahora estoy... sobria.

—Lo sé. —Observo cómo respira profundamente por la nariz y exhala de nuevo. Finalmente, asiente.

—No te odio y nunca lo he hecho. Me distancié porque no quería hacerte daño. —Su voz se vuelve más baja. —Hay una diferencia.

En silencio, giramos hacia mi calle. Aparca el coche.

—Ahora, nena, acabemos con esto para que pueda llevarte de vuelta a casa conmigo.

Me giro hacia él y dejo caer mi cabeza en su hombro.

Nadie trata así a mi mujer.

Al principio, se queda inmóvil como si no recordara qué hacer.

Luego abre sus brazos. Escondo mi cabeza en el hueco de su cuello, y sus brazos me rodean.

—¿Te gusta eso, Anya? ¿Se siente bien? Si es así, necesito saberlo. Necesito aprender a... consolarte. —Su voz baja hasta convertirse en un medio gruñido mientras me acerca más, estrechando sus brazos. —Ven aquí.

Parpadeo para contener las lágrimas calientes, y mi voz es un susurro tembloroso.

—Sí. Me gusta esto. —Sonrío. —Lo estás haciendo genial. Igual que la otra noche.

Desliza su mano por toda la longitud de mi espalda, dejando un rastro de escalofríos.

—A mí también me gusta. —Suena casi sorprendido.

El momento parece frágil, como un sueño del que tengo miedo despertar. Contengo las lágrimas y me incorporo.

Tenemos trabajo que hacer.

—Hagamos esto.

—Sí —dice en un susurro ronco—. Vamos. Pero podemos volver a esto cuando quieras.

No puedo evitarlo. Me inclino y beso su mejilla pinchosa y con barba incipiente antes de volver a mi asiento y dejar que venga a abrirme la puerta.

Entonces recuerdo que vamos a mi casa, y lo mucho que odio que esté aquí conmigo.

Cuando Semyon mira alrededor de mi apartamento, siento que algo se tensa en mi estómago. No es la primera vez que ha estado aquí, pero me pregunto si ha olvidado...

—Has hecho un trabajo precioso aquí, Anya. Recuerdo cómo era al crecer, y puedo ver que has puesto tu toque en todas partes.

Podría ser por las hormonas, pero creo que esa podría ser una de las cosas más bonitas que alguien me ha dicho jamás. Hay muy pocas personas en este mundo que conocen tu historia: tus hermanos, tus padres, un amigo de la infancia. Pero Semyon... él es uno de ellos. Él lo sabe. Es una de las razones por las que nunca he podido confiar en él.

—Gracias —digo, dándole la espalda para que no vea las lágrimas brillando en mis ojos. ¿Qué me pasa? Soy un desastre emocional.

—Recuerdo cada detalle de este lugar, y puedo ver lo duro que has trabajado.

Ni siquiera sé si Semyon tiene idea de lo que me está diciendo o cómo me está haciendo sentir. Es tan distante, tan clínico.

No creo que vea las cosas como las ven otras personas, y joder, si eso no es una de las cosas que más amo de él.

—Su móvil está en mi dormitorio.

Semyon frunce el ceño y se mete las manos en los bolsillos, pero no responde. Me sigue, observando cada detalle como si estuviera

inspeccionando el lugar.

Cuando llego a la habitación, abro mi cajón superior lleno de lo que mi madre habría llamado mis «indecibles». Lo abro y hurgo entre el suave satén y encaje en tonos rosa, blanco y negro... una de las pocas cosas que *no* pertenecían a mi madre. Todas estas son *mías*.

Me gusta llevar ropa interior y sujetadores sexys; me hacen sentir guapa, especial, casi como si tuviera un pequeño secreto que nadie más conoce. La familia de Ophelia tiene un negocio de ropa, y cuando rebajaban artículos, ella me incluía. Yo elegía algo aquí y allá, y su padre los intercambiaba por hogazas de pan y magdalenas.

—Está justo... —Es entonces cuando veo a Semyon mirando fijamente. Me quedo paralizada a mitad de frase y le dirijo una mirada curiosa. —¿Qué?

—Me retracto —dice en un susurro ronco.

—¿De qué te retractas?

—Te dije que no trajeras tu ropa. Ese cajón... Joder, vacíalo. Quiero verte con cada una de esas prendas cuando volvamos a casa.

Me quedo mirándole, con la mano hundida en el cajón de lencería de seda y satén.

¿Habla en serio?

—De acuerdo...

—¿Tienes el móvil? —pregunta, con voz tensa. Mira alrededor de mi infantil dormitorio, que no ha cambiado mucho desde que me conocía. Todavía tengo la destartalada estantería con mis libros favoritos, el edredón rosa descolorido y los muebles de segunda mano que mi madre pintó de blanco. Una habitación congelada en el tiempo.

—Está aquí —digo, preguntándome por qué de repente se ha puesto rígido, con una mirada asesina—. ¿Qué te pasa?

Mi pulso se acelera con la intensidad de su mirada.

—¿Que qué me pasa? —gruñe—. Si no me sacas de aquí, voy a... — Se muerde las palabras y sacude la cabeza. —Te he deseado durante tanto maldito tiempo. Me he contenido, Anya, y no sé cuánta contención me queda.

Parpadeo, con sus palabras enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

—¿Tú... me has deseado?

Sus ojos se encuentran con los míos, y por un momento, un solo momento, los años entre nosotros desaparecen. Es solo Semyon, el amor platónico de mi infancia, y yo soy solo la hermana de su mejor amigo.

—Siempre —susurra—. Pero no como lo hago *ahora*. No cuando eras demasiado joven. Lo enterré, mantuve la distancia. Te mantuve a salvo. Pero ahora no hay ninguna maldita razón para que no te tumbe en esa cama rosa y te arruine.

Lo miro fijamente, nuestra misión olvidada. Mi odio hacia él es un recuerdo lejano. Miro al único hombre que he amado jamás y digo lo que sé que romperá su autocontrol tan estrictamente mantenido.

—Hazlo.

Una emoción me recorre cuando él estalla. Me levanta en sus brazos, y mis piernas le rodean la cintura, mis brazos alrededor de sus hombros. Su grueso miembro pulsa entre mis piernas, y mi sexo palpita. Lo deseo tanto, incluso mientras temo cómo se sentirá.

Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

—Vi cómo se te cayó la cara cuando entramos aquí. Hoy será el último día que oscurezcas estas puertas. Pero quiero que tu último

recuerdo de este lugar sea uno que aprecies, Anya. Uno que quede grabado en tu memoria y borre todos los anteriores.

Parpadeo para contener las lágrimas. Soy un desastre. Mis brazos rodean su cuello.

—Semyon, ya lo has hecho.

Sus ojos se encuentran con los míos, y esta vez, no están fríos sino envueltos en llamas.

—Desnúdate, nena, y abre las piernas. Quiero saborearte.

Con manos temblorosas y el corazón acelerado, me quito la ropa. Sus manos se encuentran con las mías, ayudándome. Impaciente. Mi necesidad crece.

—Manos a los lados, Anya. —Separa mis rodillas con las suyas.

Hago lo que dice obedientemente a pesar de mi corazón acelerado. Se quita las gafas. Las dobla. Las coloca junto a mi pierna en la cama. Se hunde en el suelo y coloca mis piernas sobre sus hombros.

Dios mío.

Lo próximo que sé es que tiene los ojos cerrados y está inhalando mi fragancia con un gemido como si fuera a perder el autocontrol. Algo sobre mi estoico, posesivo y completamente controlador marido perdiendo la cabeza solo con mi olor me hace querer llorar.

Planta un beso en mi sexo, y mis caderas se sacuden. Sus ojos se encuentran con los míos con un destello travieso, manteniendo mi mirada mientras la punta de su lengua se hunde entre mis pliegues.

Oh. Dios. *Mío*.

Nunca he sentido nada como esto en mi vida. Me siento vulnerable y excitada y tan malditamente húmeda. Quiero más de él, pero al mismo tiempo, quiero esconderme.

Lame de nuevo con la parte plana de su lengua. El sonido de sus gemidos llena la habitación.

Haciendo una pausa, lame mi muslo interior.

—Me vuelves jodidamente loco —gruñe—. *Nadie* me hace perder el control excepto tú, Anya. *Solo tú*. —Su lengua encuentra mi clítoris mientras traza mi entrada con sus dedos. —*Khristos* —dice con un gemido—. Estás tan jodidamente mojada. Esto es lo que quiero, amor. Quiero que estés húmeda para mí antes de tomarte. Necesito asegurarme de que estás lista para mí.

Mi cabeza cae hacia atrás, y me pierdo en la sensación de nuevo. Lame a lo largo de mi hendidura, separa mis piernas y mete su lengua en mi centro. Me retuerzo mientras un delicioso calor me recorre. Gimo, dejándome llevar, perdida en el placer que solo Semyon puede dar.

Dios mío, se siente *tan bien*. Mis ojos se desvían hacia la estantería, todavía llena de los libros que leía cuando era pequeña.

Sé entonces que tiene razón. Mi recuerdo de este lugar nunca será el mismo. Estaré cambiada para siempre por Semyon, por lo que estamos haciendo en mi colcha rosa pálido en mi terrible apartamento que no guarda más que malos recuerdos para mí.

Recordaré esto.

Nosotros.

Estoy tan excitada que cada caricia de su lengua me empuja más cerca del límite.

—¿Cómo se siente? —pregunta, y me doy cuenta entonces de que *quiere* dirección.

—Sí —susurro cuando succiona, y cuando es demasiado, paso mis dedos por su pelo—. Oh, suave. Sí, sí, así.

La parte plana de su lengua presiona antes de succionar de nuevo y rodear mi clítoris.

Puedo sentir el primer espasmo de placer llegando, mi necesidad aumentando, mi capacidad para mantener el autocontrol desapareciendo.

—Córrete en mi boca, nena. —Su aliento caliente marca mis muslos internos. —Córrete en mi lengua. Quiero escucharte. Déjate ir, Anya.

Mis caderas se sacuden, mi respiración es un gemido, un grito que no reconozco escapa de mis labios, y entonces me corro. Mi clímax es tan intenso que me deja sin fuerzas, y el placer destroza cada célula de mi cuerpo. Mi visión se nubla, mi pulso se acelera y unas oleadas eléctricas de placer me recorren borrando todo lo demás.

Me lame a la perfección, y cuando termina, y yo me derrumbo sobre la cama medio exhausta, se pasa el dorso de la mano por la boca y encuentra mi mirada con una perversa y poco habitual sonrisa que hace que mi corazón aletee en mi pecho.

—Te ha gustado —dice con evidente orgullo.

—Mmmpff —es todo lo que puedo decir. Soy incapaz de articular palabras.

Lo observo aturdida mientras se desabrocha el cinturón y lo saca por las trabillas. Luego desabrocha sus pantalones y los baja, liberando su grueso miembro.

Lo deseo tanto dentro de mí que prácticamente estoy salivando.

Un aleteo nervioso me recorre el pecho. Nunca había visto a un hombre tan de cerca, no así. Ophelia y yo nos hemos reído con vídeos e imágenes y cosas que leíamos en internet, pero esto... esto está a otro nivel.

Todavía lleva su camiseta, pero se adhiere a los planos de sus músculos como si el tejido lo adorara igual que yo.

—Intentaré ir despacio contigo —comienza.

—Por favor, no lo hagas —digo en un susurro—. Por favor.

—Joder —gruñe antes de apoyar su peso sobre mí y presionar la cabeza de su hinchado miembro contra mi empapado centro. Contengo la respiración, pero él solo niega con la cabeza—. Respira, Anya —dice, inclinando su boca hacia mi cuello y besándome allí. Me río porque me hace cosquillas, pero aun así me humedece—. Abre las piernas. Relájate. No te tenses; no puedes tensarte.

Su voz es tan suave y gentil que resulta difícil imaginar por qué odiaba al hombre que consideraba tan frío.

Desliza la cabeza de su miembro dentro de mí, y dejo escapar un gemido.

—¿Te ha dolido? —pregunta, temblando por el esfuerzo de contenerse.

Niego con la cabeza.

—Un poco.

—Muy bien, nena —susurra en mi oído—. Déjame hacerlo mejor.

La primera embestida trae tanto dolor como placer. *Tanto placer.*

Demasiado. Demasiado bueno.

Mi pulso se acelera. No estaba preparada para lo que se siente. Mis brazos rodean su cuello. Se queda quieto dentro de mí, con las paredes de mi sexo abrazando su miembro.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja en mi oído.

Asiento.

—Estoy muy bien —susurro de vuelta—. Pero tienes que moverte, o podría morir.

Haría cualquier cosa por ver la comisura de su boca curvarse hacia arriba otra vez así. Esa sonrisa fugaz se siente como una victoria. Mi frío estratega desarmado. Me complace, retrocediendo antes de empujar de nuevo; un ritmo lento y deliberado que me hace gemir mientras el placer se despliega dentro de mí.

Cada movimiento me arrastra más profundamente mientras embiste, construyendo un ritmo de placer y dolor.

—Anya —susurra.

Mis uñas se clavan en sus hombros mientras mi mundo se hace añicos en brillantes fragmentos. Mi clímax me ciega, me abruma, me destruye. Él empuja dentro de mí, derramando su caliente semilla con un gemido mientras nos corremos juntos.

Su frente se encuentra con la mía. Nuestras respiraciones se mezclan, y nuestros dedos se entrelazan.

Un destello de vulnerabilidad brilla en sus ojos antes de que lo disimule con un parpadeo, pero lo veo. Lo saboreo. Lo valoro.

El hombre escondido bajo la fachada fría... cicatrizado, cargado, pero tan capaz de lo que le aterra más que cualquier enemigo jamás podría.

Con un beso en mi hombro, me envuelve en la manta rosa.

Una puerta se abre fuera de la habitación.

—Aquí dentro.

Capítulo Diecisiete

Semyon

Anya entra en pánico y se sujeta el edredón rosa con más fuerza.

—Mi padre —sisea—. ¡Semyon!

—Vístete —le digo, sacando una pistola. Abro la puerta de su dormitorio y la cierro tras de mí.

Es un lugar pequeño, así que me encuentro de inmediato frente a Lazar, el padre de Anya. No ha venido solo.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñe Lazar—. Kopolov. Pensé que darte a mi hija era suficiente.

—Anya y yo vinimos a recoger algunas de sus pertenencias. —Clavo mi fría mirada en sus socios: un hombre bajo, mayor, con barriga, cuyas papadas se balancean cuando se gira para mirar a Lazar. El otro es calvo, delgado y frágil, salvo por la fría promesa de su mirada. Se apoya en un bastón y nos observa con leve curiosidad, como quien examina a un animal atrapado. Detrás de ellos hay fornidos guardaespaldas apostados, todos armados.

Me importa una mierda. Sé exactamente cómo podría acabar con todos ellos. Escaneo la habitación y analizo las salidas, los guardias y

las armas que llevo encima y las que tengo a mano. Mis instintos se agudizan. Mataría hasta al último de ellos para sacar a mi esposa de aquí ilesa.

El del bastón sería el primero en caer. El cabrón parece tener ya un pie en el infierno. Rápido y fácil: un disparo en la rodilla lo dejaría incapacitado al instante. ¿El barrigudo? Lento. No duraría ni diez segundos en una pelea. Los guardias podrían ser un problema, pero por la forma en que están encorvados y sostienen sus armas con dejadez, puedo decir que, aunque estén armados, son descuidados. Sus posturas son demasiado relajadas, sus miradas desenfocadas. Probablemente drogados. Atacaría rápido, desarmaría al más cercano y usaría su arma para eliminar al otro antes de que supieran qué los había golpeado.

Mis manos se crispan a los costados. Podría protegerla. La protegería, sin importar cuánta sangre tuviera que derramar en el proceso.

Si llegara a eso. Más vale que no. Tiene tanto derecho como cualquiera a estar aquí. Me pregunto si lo habrá oído. No sabe que él arregló su matrimonio mucho antes de que yo le diera la ilusión de consentimiento.

—¿Nos has tendido una trampa? —exige el hombre del bastón, fulminando a Lazar con la mirada.

—Por supuesto que no. No tenía idea de que estarían aquí.

Respiro hondo y me yergo.

—Está diciendo la verdad. Vinimos a recoger algunas pertenencias de Anya.

No tenemos ni idea de quién estuvo involucrado en el supuesto secuestro de Eli. Por lo que sé, podría haber sido cosa de Lazar. Ciertamente parece considerar a sus hijos como moneda de cambio.

La puerta del dormitorio se abre y Anya sale completamente vestida, con el pelo recogido en un pulcro moño en la nuca, elegante y serena. Nadie diría que acabo de tomar su virginidad sobre el suave edredón rosa.

Me gustaba cómo se veía envuelta en él, mi regalito particular.

—¿Qué coño estás tramando? —le gruñe Lazar. Me giro para enfrentarlo, con la sangre hirviendo en mis venas.

—Vuelve a hablarle así a mi esposa y te arrancaré la lengua.

Nadie se mueve.

La voz de Lazar es un peligroso siseo.

—¿Te atreves a entrar en mi casa y amenazarme?

¿Por qué todo el mundo piensa siempre que es una amenaza?

Inclino la cabeza.

—¿Te atreves a hablarle con falta de respeto a una reina de la Bratva Kopolov?

Da un paso hacia mí, pero chasqueo la lengua y niego con la cabeza. Desde que he mencionado *reina de la Bratva Kopolov*, ninguno de los otros hombres se mueve. Estoy en mi pleno derecho de castigarlo por su falta de respeto, y su interferencia podría desatar una guerra. Cada movimiento es cuidadoso, calculado.

Uno de los guardias se hace crujir los nudillos y se acerca.

—Ponle un dedo encima —advierto, con voz mortalmente tranquila, incluso mientras mentalmente estoy apretando el gatillo—. Y te cortaré la puta mano.

La habitación queda en silencio. Bien. Saben que no voy de farol.

—Ahora, ¿hay alguna razón por la que estéis aquí? —Mantengo mi pistola apuntando hacia ellos.

—Tenía trabajo que hacer aquí.

—¿Trabajo? —dice Anya, negando con la cabeza—. No hay nada aquí en lo que tengas que trabajar. ¿Por qué no te largas y nos dejas terminar? Entonces tú y tus secuaces podéis hacer lo que queráis aquí. —Mantiene la cabeza alta. —Stefan y yo no volveremos, así que por fin podrás vivir en la inmundicia, como has intentado que hagamos nosotros.

Él da un paso hacia ella con la mano levantada.

—¿Crees que solo porque estás casada, puedes...?

En segundos tengo su camisa en mi puño, con su aliento rancio en mi cara mientras empujo su cuerpo huesudo contra la pared, con un golpe escalofriante. Me inclino y muestro los dientes, conteniéndome con esfuerzo.

—Caminaría sobre fuego por tu hija. Iría al infierno y ardería por ella. No hay nada que no haría por esa mujer, y si eso significa meterte bajo tierra para asegurarme de que nunca más te tema, lo haré. —Dejo escapar un suspiro, con el pulso agitado.

—La única razón por la que sigues respirando… —Hago una pausa, dejando que mis palabras calen. —Es porque no quiero que ella me culpe por la muerte de sus dos padres.

Anya emite un sonido como un gemido detrás de mí.

Un hombre en el pasillo entra como para intervenir.

—¡Semyon! —grita Anya detrás de mí. Alguien me agarra por detrás, pero rápidamente me libero y derribo al guardia de un solo puñetazo. Otro carga desde atrás, y mi bota golpea su pecho con una patada bien dirigida. Cae como una piedra.

Antes de que alguien más pueda moverse, agarro al hombre del bastón y lo atraigo hacia mí, presionando mi pistola contra su sien. La habitación queda mortalmente silenciosa. Mi suposición de que era el cabecilla es acertada.

—¿Creéis que podéis entrar aquí y hacer esta mierda? —siseo, con voz baja pero letal. Mi mirada recorre a los hombres restantes—. Deberíais haber sabido que era mejor no hacerlo. Tocadme, y comenzamos una puta guerra. ¿Por qué? —Señalo con la barbilla a Lazar. —¿Por este cabrón?

El hombre que tengo agarrado está temblando ahora, y su bastón está deslizándose de su mano. Ni siquiera se atreve a mirarme a los ojos.

—Diles lo que pasa cuando la gente se mete conmigo —gruño.

Su respiración se entrecorta.

—No sabíamos... No sabíamos...

—¿No? —Presiono el cañón de la pistola con más fuerza contra su sien. —Ahora lo sabéis.

La tensión flota en el aire como una navaja. Un movimiento en falso y estarán acabados. Será su fin.

—Saca a tu gente de aquí cojones —ordeno—. Antes de que me des una razón para terminar con esto.

—Sí, sí, por supuesto —dice, asintiendo—. Nos vamos ahora. ¡Todo el mundo fuera!

Ante mi mirada fulminante, se dan prisa en obedecer. No bajo la pistola hasta que el último de ellos sale por la puerta.

Anya me mira fijamente cuando se han ido, con el labio inferior tembloroso.

—Bueno, eso ha sido intenso.

Le dedico una sonrisa sombría.

—Bienvenida a mi mundo, reina. Vámonos. ¿Tienes empaquetados los aparatos electrónicos?

Ella asiente sin decir palabra.

—Sí. En una bolsa en la habitación.

Suelto un suspiro y saco mi móvil para darle a Rafail una rápida actualización. Guardo la pistola.

Por ahora.

—Si necesitas algo más, cógelo ahora. Ah, y… ¿Anya?

Ella se detiene, con los ojos muy abiertos mientras me mira con algo parecido a un nuevo respeto. ¿O es miedo?

—Nos llevamos ese edredón rosa a casa.

Capítulo Dieciocho

Anya

Matvei nos recibe en la cocina cuando regresamos a The Cove. Está sentado a la mesa, mojando unas galletas grandes en un vaso de leche frente a Stefan, que le imita. Sus ojos están muy abiertos mientras observa al hombre enorme y obviamente poderoso sentado frente a él. Imagino que Stefan siente que ha conocido a un superhéroe de carne y hueso.

Ja. Si él supiera.

Pero algo en la mirada salvaje de Matvei me hace poner la mano sobre el hombro de Stefan.

Matvei sonríe con suficiencia. No me hace sentir mejor.

—¿Encontraste lo que necesitabas? —pregunta Matvei a Semyon.

—Eso y un pequeño bonus extra —dice Semyon con una sonrisa irónica. Me estremezco, quedándome paralizada ante la idea de que Stefan sepa lo que ocurrió con mi padre allí.

Todavía puedo sentir la presión en mi corazón cuando Semyon me defendió y prometió hacerle daño a mi padre. Por un momento

deseo que hubiera estado presente cuando mi padre hizo daño a mi madre.

No. Eso habría sido terrible.

Gloriosamente vengativo, pero terrible.

Quizá entonces no habría sentido la necesidad de culparle por la muerte de mi madre. Cierro los ojos cuando un torrente de emociones me ahoga.

A veces siento que perdonarle tan rápido es una traición a mi madre. Pero tal vez estaba equivocada. Quizá juzgué mal.

Semyon mira a Stefan y luego a Matvei.

—Te lo contaré después —. Le entrega el ordenador y el móvil a Matvei, cuyos ojos se iluminan al instante con emoción, sonriendo como un niño al que le han dado su juguete soñado. Matvei se levanta de un salto de la mesa y se apresura hacia un taburete junto a la encimera de la cocina, prácticamente rebotando sobre sus pies. Organiza su equipo con entusiasmo, sin querer perder ni un minuto.

—Hemos estado ocupados —dice Stefan con un suspiro laborioso. Aprieto los labios y asiento con solemnidad—. Me hizo pelar patatas y zanahorias y no me dio galletas hasta que me comí un plato de sopa. —Pone mala cara.

Zoya le sonríe desde la cocina, donde remueve una olla grande.

—Oh, ya lo sé, soy muy mala. Solo pediste repetir por educación, ¿verdad?

Sus ojos brillan mirando a mi hermano, haciendo que me duela el corazón.

Dios, estoy tan tensa.

—Es bueno para ti —le dice Semyon a Stefan mientras mira por encima del hombro de Matvei—. El trabajo manual te pone pelo en el pecho.

Cuando Stefan se echa una mirada disimulada bajo la camisa, reprimo un resoplido.

Matvei mira fijamente la pantalla, con Semyon observando.

—Hijo de p... —Semyon le da un manotazo a Matvei, que se calla rápidamente. Stefan mira con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, sí. Escucha, voy a necesitar mucho más tiempo con esto. Están fuertemente encriptados —dice Matvei, negando con la cabeza—. Pero algo me dice... no. No, no diré nada hasta que esté seguro.

Me quedo mirando, con el estómago hundiéndose hasta los dedos de los pies.

—¿Días? —Me lamo los labios resecos. —Pero si... si mi hermano está en peligro, yo...

—Estoy bien —dice Stefan con una sonrisa, cogiendo otra galleta del plato en medio de la mesa. Oh, gracias a Dios que es lo bastante joven y egocéntrico como para no considerar que *mi hermano* pudiera referirse a alguien que no fuera él. No quiero que sepa nada sobre Eli. No ahora.

Pero por alguna razón, tengo los ojos llorosos y la garganta apretada.

—Anya —dice Semyon suavemente, con sus ojos azul hielo tras las gafas fijos en mí—. Sé que quieres toda la información posible de inmediato. Pero te prometo que no puede estar en peligro inmediato. Si lo están usando como moneda de cambio, necesitarán que esté sano. Puede que esté incómodo durante un tiempo, pero vivirá.

Asiento. Tiene sentido.

Semyon mira el reloj en la pared.

—Cena familiar obligatoria en una hora. —Mirando a Zoya, comienza a remangarse—. ¿En qué puedo ayudar?

Zoya le indica que apile platos y nos pone a Stefan y a mí a preparar la ensalada. Huele delicioso aquí.

Caemos en un silencio cálido y cómodo mientras Zoya remueve y sazona una olla en el fogón. Stefan ayuda a Zoya, y Semyon y yo estamos uno al lado del otro cortando.

Una parte de mí se siente como una traidora por disfrutar de cualquier cosa que ofrezca la Familia Kopolov.

Y otra parte de mí sufre porque he anhelado profundamente el confort familiar de un hogar... justo como este.

Semyon se acerca y se inclina, con su voz baja y suave, con una sonrisa juguetona tirando de la comisura de su boca.

—No sabía que las habilidades culinarias formaban parte de tu extenso currículum. Pensaba que tu talento terminaba con la repostería. ¿Debería preocuparme de que tengas otros talentos con el cuchillo de los que deba tener cuidado?

Arqueo una ceja hacia él.

—Solo si te preocupa ser cortado a la perfección como estas verduras. Soy particularmente hábil usando mandolinas y picadoras. ¿Necesitas una demostración?

—¿Eso es una amenaza o una invitación? —susurra en mi oído, con su voz cargada de esperanza.

—Sí —le susurro en respuesta.

Mis bragas se humedecen. Aprieto los muslos, con una inundación de excitación ante el recuerdo de lo que hicimos en la pequeña cama de mi habitación de infancia. Sus manos en mi pelo, su boca entre mis piernas, su lengua entrando y saliendo con una perfección tentadora.

Oh, Dios.

¿Cómo puedo permitir que el recuerdo del éxtasis absoluto amenace mi lealtad a mi familia?

Semyon se ríe por lo bajo, y un escalofrío me recorre.

—Cuidado, pequeña Anya —dice suavemente, bajando la voz—. Sigue poniéndome a prueba, y puede que tenga algunas cosas que enseñarte también.

Tengo la boca seca, y mi pulso se acelera excitado.

No debería desearlo tanto. Mi hermano está justo ahí. Soy su hermana.

Es Semyon.

Mi marido.

Nuestras manos trabajan en tándem, pero la tensión eléctrica entre nosotros zumba.

—Ahhh. —Matvei niega con la cabeza, con sus dedos volando sobre el teclado. —Ven con papá, hijo de puta.

Semyon le lanza una zanahoria y le da justo en la nuca. Matvei gruñe y murmura una disculpa.

—¡Eh! —Suelto una risita y hago una mueca a la vez. Eso no debió sentirse bien. —Tienes buena puntería.

Sus ojos se encuentran con los míos, y se encoge de hombros.

—Nunca fallo.

Rodion entra y le pregunta a Stefan si quiere jugar a atrapar la pelota mientras los demás ponen la mesa. No puedo distinguir si solo está tratando de ser amable con Stefan o está intentando escaquearse del trabajo.

Mientras los otros sacan la comida y ponen la mesa, el aliento de Semyon es cálido en mi oreja.

—Dime, pequeña Anya. Vamos a cenar con mi familia. ¿Todavía me sientes dentro de ti? ¿Puedes sentir mi semen goteando de tu coño? —Mis ojos se cierran, aislándome del mundo mientras me pierdo en la sensación. —Dímelo, Anya. Porque yo todavía puedo saborearte.

Asiento con la cabeza, con mis mejillas ardiendo de calor.

¿Todavía puedo sentirle? *Joder, claro que sí.*

Todo el mundo parece salir de la nada. La alta y elegante Yana, con su marido notablemente ausente. Me han dicho que hizo prometer a su hermano que no le involucraría en su trabajo. Zoya, revoloteando de la mesa a la cocina hasta que Semyon finalmente pone su mano en su hombro.

—Hay suficiente gente aquí para ayudar a poner esa mesa. Deja de hacerlo todo tú sola.

Me dedica una sonrisa tímida.

—Tiene razón —le digo suavemente. Parece que se agotaría por ellos, y es la más joven. Todavía recuerdo cuando era una niña. ¿Cuántos años tiene ahora? Sé que ha ido a la universidad.

Colocamos la comida en la mesa mientras Matvei habla en voz baja con Semyon, y yo voy al jardín delantero para hacer entrar a Stefan.

—La cena está lista —anuncio.

A una parte de mí no le gusta que tengamos que venir aquí todas las noches mientras Rafail soluciona sus problemas y hace lo que tenga que hacer, pero otra parte se alegra de ver que Stefan tiene una familia. Cena familiar. ¿Cuándo fue la última vez que hicimos eso?

Stefan niega con la cabeza.

—No quiero entrar. No tengo hambre —dice desafiante.

Uf. No quiero tener un enfrentamiento con Stefan ahora mismo.

—Stefan. —Mi voz es una advertencia, justo cuando Semyon aparece detrás de mí.

—No te estaba preguntando. Haz lo que dice tu hermana —dice simplemente, antes de darse la vuelta y alejarse, totalmente seguro de que mi hermano obedecerá. Stefan entra como un colegial regañado al final del recreo.

Es casi irritante lo fácil que le resulta a Semyon hacer que la gente se ponga en orden. Supongo que ese tipo de autoridad surge naturalmente cuando tu reputación hace la mayor parte del trabajo.

Estoy cansada durante la cena, apenas aguantando parte de la conversación. Semyon se sienta a mi lado. Inclinándose, me susurra al oído:

—Pareces agotada, señora Kopolov. Me pregunto por qué.

Mis mejillas se sonrojan y escondo mi cara en una gran copa de vino, lo que definitivamente no ayuda a mi cansancio.

Stefan devora la comida con entusiasmo a pesar de su anterior negativa a admitir que tenía hambre. Cuando su plato está vacío, Semyon le sirve otro sin decir palabra.

Abro la boca para protestar. Nunca come tanto, y siento como si fuéramos una carga para ellos. Semyon pone una mano en mi brazo.

—Hay comida de sobra, Anya —dice en voz baja en mi oído—. No es algo de lo que debas preocuparte aquí. —Asiente hacia Stefan. —Stefan, quita los codos de la mesa, por favor.

Stefan se sienta más erguido, con los ojos muy abiertos. Doy otro sorbo de vino. Nerviosa. Agradecida.

Confundida.

Semyon desliza un brazo por el respaldo de mi silla. Su cercanía me hace sentir hormigueos, especialmente cuando se inclina para

susurrar:

—Nunca olvidaré lo de hoy. Y estoy deseando llevarte a la cama esta noche. Estás tan cansada.

Y luego me besa en la sien.

—Te ayudaré a dormir.

—Seguro que sí —murmuro, con las mejillas sonrojadas. La forma en que su voz roza mi piel es como el fantasma de una promesa. El calor de sus palabras enciende un aleteo desconocido en mi interior.

Poco a poco, el hielo comienza a derretirse.

—Stefan —dice Semyon con una corrección tranquila cuando mi hermano se apoya de nuevo en la mesa con los codos. Le muestra cómo sentarse derecho. Mis mejillas arden de vergüenza. Pero Semyon, tranquilo con su eterna compostura, interviene como si ya hubiera reclamado autoridad sobre mi hermano.

Eso me irrita y me llena de calidez a la vez. No puedo explicarlo.

—Podría haberme encargado de eso —susurro por lo bajo—. No tienes que asumir el control cada vez con él.

Los labios de Semyon se contraen, y sus ojos arden en los míos.

—Lo sé. Por supuesto que puedes —susurra, con su aliento cálido en mi oreja—. Pero disfruto viendo cómo te alteras. Mantiene las cosas... interesantes, ¿no crees?

Me encuentro incapaz de reprimir una pequeña sonrisa. Sabe exactamente cómo provocarme.

—Nos saltaremos el postre. Ya he tenido suficiente de esto de la cena familiar. Quiero llevarte a casa —susurra Semyon—. Le compré a tu hermano una tableta con todos los servicios de *streaming* que pude encontrar. Puede ver lo que quiera. Ha tenido un día completo, ¿no? Comida. Ejercicio. Trabajo duro. Creo que necesita un poco de tiempo libre. —Sus dedos largos y gruesos rozan mi mano. Estoy

obsesionada con los tatuajes que tiene en ellos. ¿Por qué me resultan tan sexy? —¿No crees? —pregunta en voz baja.

Quiero provocarle, ponerle a prueba, seguirle el juego.

—Creo que me gustaría el postre.

Su mirada se oscurece sobre mí.

—Te conseguiré lo que quieras.

—Pero quiero la tarta de doble chocolate que hizo Yana.

—De acuerdo —dice Semyon, pero puedo sentir la tensión que irradia en oleadas, esa energía apenas contenida que hace que mis muslos se contraigan, que me hace querer empujarle hasta que explote. Mmm—. Este es el trato, nena —dice, con voz baja y áspera —. Puedes sentarte aquí y comerte ese postre. Y cuando te lleve a casa, te desnudaré, te tumbaré sobre mis rodillas y pintaré tu precioso culo de rojo para que me sientas cada vez que te sientes durante la próxima puta semana. ¿Cómo suena eso, pequeña Anya?

Mi pulso retumba tan fuerte que apenas oigo mi propia voz cuando susurro:

—Dijiste que tenía opciones. ¿Qué hay detrás de la puerta número dos?

Sus labios se curvan en una sonrisa lenta y peligrosa. Promesas indecentes brillan en ellos; el tipo de cosas que las chicas educadas fingen que no quieren. Me gusta cuando sus ojos se calientan así, en lugar de esa frialdad penetrante que no puedo controlar. ¿A quién quiero engañar? Me gustan todos.

—Puerta número dos —dice en un susurro bajo, con voz ronca—, nos saltamos el postre. Nos lo llevamos. Te despides. Te llevo a casa, te doy el postre y después separo tus muslos y me dejas comer *mi* postre.

Mi pulso se dispara y el calor se acumula en mi vientre. Está muy mal que esté hablando de estas cosas aquí mismo delante de su familia, delante de mi hermano. No es que ninguno de ellos pueda oírle, pero sigue sin estar bien que haya pintado una imagen vívida de él entre mis muslos.

Su mano se mueve del respaldo de mi silla, deslizándose justo por debajo de la mesa, con sus dedos rozando mi muslo. Dios mío. Respiro más pesadamente, y cuando Rafail va a rellenar las copas de vino, levanto la mía hacia él con naturalidad, esperando que no note lo alterada que estoy. Me muevo en mi asiento mientras la mano de Semyon se desplaza a un lugar obsceno en mi muslo. El calor se acumula, y mi sexo palpita. Estoy dividida entre la vergüenza y la necesidad.

—Estás tan guapa cuando estás excitada —susurra Semyon en mi oído—. Ese bonito rubor rosa en tus mejillas...

Miro alrededor. Todos siguen absortos en sus propias conversaciones, aparentemente ajenos a la tensión entre nosotros dos.

—De acuerdo, pero me gusta el postre —susurro—. ¿Podemos comer un poco en casa?

Sus ojos brillan.

—Lo que tú quieras.

Abro la boca para responder, pero Stefan me interrumpe.

—Quiero tarta —dice—. ¿Puedo comer tarta?

Le sonrío y aparto lentamente la mano de Semyon de mí.

—Me encantaría un trozo de tarta.

Los labios de Semyon se tensan.

—Has tomado tu decisión —dice, con voz lo suficientemente baja para que quede entre nosotros dos—. Disfruta de esa tarta mientras

aún puedas sentarte.

Le sonrío, con el corazón acelerado. Recuerdo cuando tenía dieciocho años y era joven e ingenua. Semyon era mayor, poderoso. Nunca pude explicarlo, pero la manera en que se ponía severo conmigo siempre enviaba un calor inexplicable por todo mi cuerpo. Ahora la idea de tenerlo así de nuevo, autoritario, implacable, al mando, hace que la anticipación y los nervios se enrosquen dentro de mí. Mis mejillas se sonrojan mientras me concentro en servir un trozo de tarta a Stefan, aunque soy plenamente consciente de los ojos de Semyon sobre mí. Su mirada se siente como el fantasma de una caricia.

Esta noche será... memorable.

—¿Cuánto tiempo necesitas con el ordenador? —le pregunta Semyon a Matvei.

Él niega con la cabeza.

—Al menos una semana. Hay importantes cortafuegos que romper. He avanzado algo, pero es como la primera grieta de un huevo. Realmente no ha ocurrido nada todavía. Cuanto más logre romper la superficie, más avanzaremos.

—He encontrado información interesante hasta ahora —añade—. Pero dejaré que lo veas más tarde. No quiero decir nada hasta que tenga más.

—Anya —dice Yana con curiosidad, alejando mi atención de Semyon —. Tenemos un evento bastante importante dentro de una semana.

Recuerdo cuando era más joven cómo parecía que Semyon siempre iba de un evento a otro. Vivía a lo grande, y yo estaba tan celosa. Su mundo parecía mucho más amplio que el mío.

—Se espera que todos vayamos elegantes. Zoya y yo vamos a ir de compras para buscar vestidos. ¿Quizás puedas acompañarnos?

Como si supiera exactamente cómo funcionan las cosas aquí, sus ojos se encuentran con los de su hermano. Semyon se recuesta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y sus ojos se entrecierran ligeramente detrás de sus gafas.

—Está bien —dice—. Pero cada una tendréis dos guardias acompañándoos.

Yana abre la boca para protestar, pero Zoya simplemente le mantiene la mirada.

—¿Seis guardias? —dice Yana con incredulidad—. ¿Hablas en serio?

—En serio.

—Semyon tiene razón —añade Rafail, con voz firme—. Estamos al borde de una guerra. No sabemos dónde están las alianzas. No correremos riesgos.

Luego, negando con la cabeza, murmura:

—Tenéis suerte de que os deje salir.

Una guerra... Estamos al borde de una guerra, y mi familia está en el epicentro. Miro a Stefan, comiendo alegremente su tarta con entusiasmo. No tiene ni idea de lo que está en juego, de que Eli podría estar en peligro.

Pero tenemos que mantener las cosas seguras. Por él. Por todos los niños de aquí. Por todas las generaciones futuras.

La mano de Semyon se flexiona sobre mi muslo.

No tengo que hacer esto sola.

Capítulo Diecinueve

Semyon

Tengo planes perversos para mi esposa cuando volvamos a casa, pero tanto ella como Stefan se quedan dormidos durante el trayecto. Están agotados. No me atrevo a despertarla.

Parece más joven cuando duerme, con la arruga entre sus cejas relajada, libre de esa línea de preocupación entre sus ojos. Ojalá pudiera borrársela. Ojalá pudiera hacer que todo fuera mejor.

No sé cómo hacer esto, cómo ser lo que ella necesita. A veces me pregunto si siquiera soy capaz de ello. Las emociones, la conexión... son como un idioma que nunca he aprendido, uno que no puedo comprender. Cada vez que pienso que me estoy acercando, ella se aleja, y acabo preguntándome si estoy destinado a fracasar en esto. Pero no puedo rendirme.

El agotamiento pesa en mi pecho y mis ojos están pesados cuando aparcamos. Siento los párpados como plomo, pero no hay tiempo para descansar. Las respuestas sobre Eli están a nuestro alcance. Si lo han secuestrado, tendremos que encontrarlo, pero eso es solo parte de la batalla. Si descubre que me he llevado a su hermana...

Ya cruzaré ese puente cuando llegue a él.

Ojalá pudiera contarle todas las circunstancias que condujeron a la muerte de su madre. Todavía recuerdo aquella conversación que tuvimos en su cocina cuando golpeó la mesa con su pequeño puño, con la voz temblorosa.

—No puede arrastrarlo a esto —dijo, con los ojos brillantes—. No lo permitiré, Semyon. Sé quién es usted. Sé quién es su familia.

Anya tiene los ojos de su madre.

Lo que ella no sabía era lo profundamente endeudado que él ya estaba. No tenía idea de cuántas conversaciones había tenido yo, suplicando, amenazando, haciendo todo lo posible para mantener a su hermano fuera de los negocios de mi familia. Fuera de los negocios de todos.

Rafail no se involucraría con él solo porque sabía lo que haría a su familia. Pero no éramos la única Bratva fuera de Moscú.

Anya necesitará saber toda la historia eventualmente. Todo lo que recuerda es a su madre suplicándome que mantuviera a su hermano fuera de la *bratva* y a mí dándoles la espalda. Y fue entonces cuando todo se desmoronó. Seis meses después, Eli se ahogaba en deudas. Su madre me confrontó, desesperada, suplicando. Los ánimos se caldearon, y entonces... se desplomó. Un ataque al corazón, así sin más. Sin aviso. No pudimos salvarla.

Ninguno de nosotros pudo.

Anya me culpó. Diablos, yo también me habría culpado a mí mismo.

Ella se despierta y mira alrededor, desorientada. Hay una leve marca en su mejilla donde el cinturón de seguridad presionó contra su piel. Adorable.

—¿Estamos en casa? —pregunta con voz pequeña.

Casa. Lo llamó casa. Una calidez desconocida se extiende por mi pecho.

—Sí, acabamos de llegar. —El silencio se cierne entre nosotros. —Sé lo cansada que estás. Puedo llevarte dentro y volver por Stefan...

Ella niega con la cabeza.

—Puedo caminar. No me siento cómoda dejándolo aquí fuera.

No tiene ni idea de lo estricta que es la seguridad alrededor de mi casa, de lo prácticamente imposible que sería para alguien entrar en mi propiedad, y mucho menos suponer una amenaza real para nosotros. Pero respeto su decisión.

—Subámoslo.

Siento sus ojos sobre mí mientras levanto a Stefan en mis brazos por segunda vez. Me pregunto qué estará pensando. Me pregunto por qué contiene un poco la respiración mientras se apoya contra el coche y me observa.

—¿Por qué no coges el pastel que Zoya nos envió? —Señalo con la barbilla hacia el asiento trasero. Ella me sigue en silencio mientras llevo a Stefan hasta su habitación. Está ordenada desde antes, en un trabajo algo improvisado de un niño pequeño. Pero se esforzó.

Lo acuesto en la cama, y Anya me ayuda a prepararlo para dormir. Le quitamos los zapatos. Trabajamos en silencio. Lo levanto mientras ella abre las sábanas. Nuestras miradas se cruzan sobre el cuerpo dormido de su hermano pequeño mientras vuelvo a acostarlo y ella lo arropa.

Esta mujer va a ser la madre de mis hijos. No podría haber elegido mejor.

Pero ¿tengo *yo* lo que hace falta para amar a un niño? ¿Puedo pensar más allá de mis propias necesidades? Conozco los desafíos a los que me enfrento. Sé quién soy y las voces susurradas que me llaman el Rey de Hielo.

¿Podría realmente amar a otro ser humano?

Miro la forma dormida de su hermano. Apenas lo conozco. No diría que lo quiero... todavía.

Pero ¿podría?

Cerramos la puerta en silencio detrás de nosotros, y la acompaño hasta su dormitorio.

—No quiero dormir en mi cama esta noche —dice con un bostezo, sin mirarme a los ojos.

—Bien —susurro. Alargo la mano hacia ella y la hago volverse hacia mí, luego deslizo mi palma hasta la parte baja de su espalda y la atraigo hacia mí. Beso su frente y entrelazo mis dedos suavemente detrás de su cuello porque parece que le gusta que haga eso—. Porque te quiero en mi cama. Estás cansada ahora. Descansa un poco. Luego hablaremos.

—¿Entonces solo bromeabas sobre castigarme? —pregunta, con los ojos bailando con picardía.

Niego con la cabeza.

—¿Acaso sonaba como si estuviera bromeando?

Mi polla se pone dura al instante ante la idea de tenerla retorciéndose sobre mis rodillas.

Capítulo Veinte

Anya

Un nervioso entusiasmo revolotea en mi vientre.

Se siente como un paso hacia la intimidad, compartir espacio con él. Incluso en mi estado de agotamiento, soy consciente de los detalles, de cómo su habitación es una extensión de su personalidad: estructurada. Minimalista. Meticulosamente organizada. Cada elemento de la habitación es deliberado y preciso, desde la madera de ébano hasta los detalles de acero y cristal. Incluso la ropa de cama de alta calidad en sobrios tonos neutros.

No hay ni un solo toque personal en toda la vasta extensión. La habitación entera es austera, justo como él, pero la iluminación empotrada filtra calidez.

—¿Has trasladado mis cosas aquí? —pregunto con curiosidad cuando observo el cepillo de dientes blanco, el albornoz rosa y las zapatillas que tenía en mi habitación. Le dirijo una mirada curiosa—. Sabías que vendría.

—Esperaba que eventualmente lo hicieras —dice—. Pero no. No son los mismos. Mandé comprar duplicados y los trajeron aquí. —Se encoge de hombros. —Por si querías ir y venir.

Abro la boca para responder, pero olvido lo que iba a decir porque él está... desvistiéndose. Mi mirada se detiene en sus manos tatuadas, cautivada por la forma en que se mueven: firmes. Deliberadas. Hay algo en ellas que hace que mi corazón dé un vuelco en mi pecho. No tenía esos tatuajes cuando era un chico. No, los tatuajes y cicatrices fueron los heraldos de su ascenso al poder, recordatorios de un camino que ha recorrido, moldeado por el dolor y la brutalidad. Esas manos han vivido toda una vida de batallas, y aún no tiene treinta años.

—Prepárate para dormir, Anya. Necesitas descansar. Hemos tenido un día largo.

Siento como si hubiera tenido un *mes* largo.

¿Año?

¿Vida?

Pero tiene razón. Necesito dormir un poco.

Se quita la camisa, luego la dobla antes de colocarla en un cesto con la ropa sucia. Nunca he visto a nadie doblar la ropa antes de tirarla al cesto, pero es típico de él.

Bien. Si él puede desvestirse delante de mí, yo puedo jugar a ese juego.

Cuando me quito la blusa que era de mi madre, siento como si me estuviera desprendiendo de una parte de quien soy: mi infancia, el recuerdo de mi madre. Elegí algunas de mis prendas favoritas entre la ropa que quedaba en el armario antes de abandonar mi antiguo hogar. Esta blusa... aún recuerdo que la llevaba el día que abrimos la panadería. Me la quito por la cabeza y, solo para complacerle (y ver si se da cuenta), la doblo antes de ponerla en el cesto.

Su mirada se vuelve ardiente.

—Me voy a quedar con eso.

—Por supuesto que sí.

Me doy la vuelta, fingiendo que no he visto cómo su deseo se enciende y su miembro tensa sus pantalones. *Ja.*

A continuación, la cremallera de mi falda. La bajo lentamente, con la espalda hacia él. Es anticuada, lo sé, pero también era de mi madre, así que la amo.

La echo de menos. La echo tanto de menos. Hago una bola con la falda y la lanzo al cesto.

Él se estremece.

¿Fue por el movimiento repentino o por la ropa hecha una bola? No es de extrañar que una de las primeras cosas que le enseñó a Stefan fuera a limpiar su habitación.

Me quedo de pie frente a él, vistiendo solo mis bragas y sujetador; prendas bonitas y bien ajustadas que él obviamente está imaginando quitar.

Trago saliva con dificultad.

—No tenemos tiempo para esto —dice en un gruñido bajo.

—¿Para prepararnos para dormir? —pregunto inocentemente. Estoy tan cansada. Mis ojos se sienten pesados, pero la adrenalina corre por mis venas, recordándome lo que ocurrió hoy—. ¿Tienes que ir a algún sitio?

Entrecierra los ojos mirándome y se lame los labios.

—Sabes a lo que me refiero. Estoy intentando ser responsable, Anya, y no follarte cada minuto del día como deseo. Pero créeme cuando te digo que estoy lejos de haber exorcizado ese demonio.

Una emoción me recorre. Mis pezones se endurecen.

—Puedo ayudar con eso. —Se me hace agua la boca cuando miro los duros planos de sus músculos, los impresionantes tatuajes.

Cuando doy un paso más cerca, su mirada de Superman me clava en el sitio.

No debería hacer esto. Pero cuando llego hasta él, y desliza su mano por la parte baja de mi espalda antes de agarrarme el trasero, olvido por qué.

Sus grandes y ásperas palmas agarran mi trasero, y deslizo una pierna hacia arriba, anclándome sobre su cadera. Cuando entierra su boca en mi nuca, mi cabeza cae hacia atrás y jadeo en busca de aire. Lame mi piel con la parte plana de su lengua, y mi clítoris palpita con el recuerdo de dónde colocó su boca antes.

Echo mis brazos alrededor de su cuello y aprieto, necesitando más presión y menos, más lengua y boca... más, más...

Succiona mi cuello y muerde mi clavícula. Gimo de placer. Acariciando mi sexo, presiona con la palma de su mano. Me froto contra él, tan cerca del clímax. Me siento como una adolescente. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—En la cama —dice con voz ronca—. Quítate eso y ponte a cuatro patas. Agárrate al cabecero, Anya.

Oh, Dios. Eso me pondrá vulnerable. Expuesta.

¿No es esto lo que quería?

Obedientemente me quito el sujetador y las bragas, me arrastro sobre la cama y agarro el cabecero. Separo las piernas, consciente de que él se acerca por detrás.

—Sé que probablemente estés adolorida de antes —susurra.

Me encojo de hombros, sin querer admitir que lo estoy. ¿Dónde ha ido mi sentido de autopreservación?

Lentamente se quita las gafas y las dobla. Oh, Dios, ya he aprendido que eso significa que va a ponerse manos a la obra.

—Eso no significa que no pueda meter mis dedos en ti y follarte con ellos mientras lamo tu coño otra vez, ¿verdad?

Mi pulso se dispara. Niego con la cabeza, con la boca seca.

—Supongo que no —digo, conteniendo una risita.

—Pero primero, tu castigo, Anya.

—Espera un momento, yo...

Sujeta mi espalda baja con la palma mientras levanta la otra y la estampa en la parte más carnosa de mi trasero. Me tenso, pero el dolor rápidamente se transforma en placer, y ya siento un calor húmedo creciendo entre mis piernas.

—Te gusta cuando te castigo.

El calor inunda mi centro. Dejo escapar un suave y desesperado gemido.

—Tengo tantas ganas de follarme este coño. Pero no ahora. Necesitas tiempo para sanar. No te haré daño, Anya. —Me da otra palmada fuerte en el culo. —Excepto para hacer esto.

—Estoy bien... —gimoteo, lo que me gana otra fuerte nalgada.

—No. Te haré llegar al orgasmo, nena, pero con mis dedos. —Reprimo un grito cuando se inclina, muerde el lugar donde me ha dado la palmada y luego lo lame.

—Con el tiempo, te tomaré aquí —dice Semyon, presionando su pulgar contra mi ano. Dios mío. *Definitivamente* no estoy preparada para eso—. Necesito que te acostumbres poco a poco. Lo haré —promete—. Ábrete para mí, nena. Quiero saborearte otra vez. Quiero enterrar mi nariz en tu coño y lamerte hasta que grites.

Yo también quiero eso.

Hago lo que me dice, y él se coloca debajo de mí. Mi agarre en la barra de hierro de su cama hace que mis nudillos se pongan

blancos. Jadeo en busca de aire cuando lame mi clítoris y mete sus dedos en el calor húmedo de mi sexo.

Hay un atisbo de dolor al principio antes de que lo haga mejor, moviendo sus dedos dentro y fuera de mí. Sé que encuentra el punto exacto cuando una ola de placer hace que mi clítoris palpite. Utiliza el más ligero roce de sus dientes en mi carne sensible, provocando, lamiendo y chupando antes de apartar su boca, agarrar mi trasero con sus manos y decir en un susurro ronco:

—Si te alejas de mí, te castigaré llevándote al límite y dejándote así. ¿Es eso lo que quieres, pequeña Anya?

Niego con la cabeza, con la boca seca. Le quiero a *él*. Lo quiero *todo*.

Lame mi clítoris y hunde sus dedos dentro de mí. Mis caderas se sacuden, mi cuerpo cabalga la tensión, pero no muevo las manos.

—Buena chica —gruñe—. Esa es mi buena chica.

Bombea sus gruesos dedos dentro y fuera, con su pulgar jugando con mi ano antes de rozar mi clítoris con su lengua.

—Por Dios, sabes a gloria. —Gime, y luego hunde su lengua en mi centro, follándome con ella. Se siente tan bien. No quiero que pare, pero ya puedo sentir cómo me precipito hacia el clímax: rápido, sin control.

—Suplícame. Suplícame que te coma el coño hasta que te corras en mi cara —gruñe entre mis piernas—. *Suplícame*, Anya.

—Por favor —Mi voz es un susurro ronco. —Por favor...

Permanece inmóvil debajo de mí, todavía sosteniendo mi trasero en su palma.

—Puedes hacerlo mejor —dice con un gruñido bajo y provocador—. Sé que puedes. ¿Verdad que sí, nena?

—S-Semyon... hazme correrme —suplico, esforzándome más—. Te deseo tanto. Por favor.

—Mejor. Vas por buen camino.

Bombea dentro de mí otra vez con los dedos, profundamente. Llego al clímax, apretándome con fuerza a su alrededor. Mi clítoris palpita, y me estoy corriendo tan fuerte que no puedo respirar. Sacudo mis caderas contra su boca, deleitándome con la sensación de dientes, barba incipiente y lengua: áspera, suave, perfecta. Lame y succiona hasta que estoy agotada, completamente exhausta de placer. Me derrumbo en la cama, extenuada, mientras él se acuesta a mi lado, todavía duro.

—Te quiero dentro de mí otra vez —susurro.

—Ahora no —dice. El rechazo se instala pesadamente en mi pecho, pero asiento. Necesito ser buena. Puedo hacer esto.

Pero no se siente bien. Me gusta tenerlo dentro de mí. Me gusta saber que me desea, que me necesita. Anhelo sentirme llena por él otra vez.

Siempre he recordado su voz como fría, y sus ojos como distantes. Pero cuando se aparta de mí ahora, su rostro está torturado. Mi visión se nubla por el agotamiento.

—Duerme, Anya. Es hora de dormir.

Mis ojos están cerrados, pero sigo despierta mientras le siento moverse por la habitación. Desvistiéndome. Cepillándome el pelo. Un paño caliente entre mis piernas. Me sumo en el sueño.

~

La habitación está oscura, pero es familiar.

—Semyon, por favor.

Las palabras arañan mi pecho. Mi cara palidece cuando de repente la veo. Mi madre. Está de pie, jadeando. Voy hacia ella, pero no puedo alcanzarla. No. No, no es así como murió. ¿Por qué está aquí ahora? ¿Por qué está pasando esto?

Intento alcanzarla, pero cuanto más intento llegar a ella, más lejos se aleja. Semyon está en la puerta, negando con la cabeza.

—¡Ayúdala! —grito—. ¡Ayúdala!

Se agarra el pecho y cae sobre la mesa, gritándome.

—Anya... cuida de todos. Vigila a tus hermanos.

Se cae de la silla al suelo. Grito a Semyon de nuevo, pero él no ayuda. Se da la vuelta y se aleja sin mirar atrás.



Me despierto empapada en sudor frío, con el corazón acelerado. Escruto la habitación en pánico. Me lleva un minuto recordar dónde estoy.

Frío. Austero. Negro y acero.

La habitación de Semyon.

Mi marido.

Estoy sola.

Cierro los ojos mientras las lágrimas se acumulan y se desbordan.

—Lo siento, mamá. Lo intenté.

Aprieto los ojos, deseando que llegue el sueño, pero ahora estoy completamente despierta. Me pregunto adónde ha ido Semyon. El recuerdo de nuestro encuentro amoroso anterior está ensombrecido por todo lo que ha pasado.

Mi mente corre, encajando piezas y recuerdos.

Durante años me he dicho que Semyon podría haber evitado la caída de Eli en la ruina. Mi madre le suplicó que ayudara. Si Eli no hubiera caído, mi madre nunca habría muerto. Ella nunca habría...

Sacudo la cabeza. *No puedo pensar en eso ahora. No puedo.*

Semyon dice que no fue culpa suya. Me aferré a mi odio durante años, dejé que me envenenara. Supuró e hirvió hasta que tuve un verdadero villano a quien culpar por mi miseria.

Pero Semyon no tiene la culpa.

Tengo que confiar en él. Confiar en que lo que Semyon dijo sobre Eli es cierto: que podemos encontrarlo, que podemos traerlo de vuelta. Pero incluso si lo hacemos...

¿Qué ocurre después? Eli ha tomado decisiones terribles. Es peligroso. Pero es mi hermano.

Me quito las sábanas cuando mi estómago gruñe. La cena fue hace mucho tiempo.

No suelo comer mucho por la noche, pero ahora mismo, estoy hambrienta.

Me pongo unas zapatillas esponjosas y salgo del dormitorio, dirigiéndome a la cocina. Sé que tiene que haber algo de comer aquí, aunque apenas me he mudado. Recuerdo lo que dijo Rafail antes sobre controlar sus macros y proteínas. Tiene sentido.

Me detengo en la habitación de Stefan, y cuando echo un vistazo, sigue profundamente dormido. Pero no hay rastro de Semyon.

¿Se ha marchado? ¿Estaba yo tan profundamente dormida que no oí nada? Aparentemente sí.

Llego a la cocina y hago un rápido examen de los armarios. Aunque encuentro cajas de batidos de proteínas ya preparados, y grandes garrafas de proteína en polvo, también encuentro algunas cosas que

no esperaba ver: paquetes de galletas sin abrir. *Crackers* de queso, sin abrir. Varias cajas de refrescos, todas sin abrir. Chocolates envueltos en papel de aluminio.

Sonrío para mis adentros y miro alrededor de la pequeña despensa. ¿Habrá comprado esto para mi hermano y para mí?

Quizás lo hizo una de sus hermanas.

Abro la nevera a continuación y la encuentro bien surtida con abundante comida. Me preparo un sándwich rápido, lo pongo en un platito y me siento en el pequeño rincón de la cocina. Esta habitación es grande y hermosa, pero no parece que se use mucho.

Cuando mi apetito está saciado, quiero encontrar a mi marido.

Mi marido. Todavía no estoy acostumbrada a llamarle así, o incluso a pensar en él de esa manera, pero no puedo evitarlo. Una parte de mí lo disfruta. Mi yo más joven habría dado saltos de alegría.

Coloco mi plato en el lavavajillas, echando las migas sueltas a la basura y limpiando la encimera. Me aseguro de no dejar ningún desorden; sé que Semyon aprecia el orden. Me gusta eso de él, aunque estoy segura de que llegará un día en que su perfeccionismo me saque de quicio. Por ahora, me da una extraña sensación de calma. Las encimeras limpias y despejadas, el brillo intenso de la nevera meticulosamente organizada, el sutil aroma a ropa limpia en el ambiente... todo conlleva un lujo discreto que me hace sentir a gusto. Me hace sentir segura.

No lo encuentro en el salón, en el estudio ni en la biblioteca, lo que sea esa habitación. Medio espero que detrás de una puerta cerrada, voy a encontrar un oscuro secreto, un pasadizo oculto a alguien encadenado, o un mapa de redes subterráneas; no porque este lugar tenga necesariamente un aire de misterio, sino por su amplitud, de una manera que parece englobar algo más de lo que aparenta ser.

—¿No puedes dormir?

Casi grito y salto al darme la vuelta y encontrar a Semyon sentado en una mesa en el rincón de una de las habitaciones grandes.

—Me has asustado.

—Tú me has asustado a *mí*.

Por supuesto, él parece completamente imperturbable, lo que significa que asustarle quizás, *quizás*, le hizo aumentar el ritmo cardíaco un poco.

—Tenía hambre.

—¿Has encontrado algo de comer? —pregunta.

Asiento con la cabeza. No volvemos a hablar. Él baja la mirada hacia el tablero de ajedrez que tiene delante y hace un movimiento en un lado. Tras un momento de contemplación, también hace un movimiento en el otro lado.

¿Está jugando al ajedrez contra sí mismo? ¿Por qué eso de alguna manera parece simbólico?

Me pregunto si mi presencia es bienvenida, pero soy demasiado tímida para preguntar. Así que, en su lugar, me giro como si estuviera a punto de irme, solo para ver qué hará.

—¿Te vas tan pronto? —Sonrío.

Hay algo en el tono de su voz que me recuerda a nuestra infancia; me recuerda quién era. El niño solitario que se vio obligado a convertirse en adulto demasiado pronto.

—No quería molestarte.

—No me estás molestando.

Me acerco a él con mis pies en zapatillas y me deslizo en una silla justo frente a él.

—No sabía que tu casa era un hogar para fantasmas.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre esta casa. O sobre fantasmas —dice, con un atisbo de sonrisa burlona.

Sonrío para mis adentros y le observo.

—Entonces, ¿quién está ganando? ¿Tú o el fantasma?

Sus ojos se apagan, y el rastro de sonrisa desaparece de su rostro.

—El fantasma —dice, en un pequeño susurro—. Siempre el fantasma.

Semyon se inclina hacia delante, con las puntas de los dedos juntas mientras estudia el tablero de ajedrez.

—La clave es pensar varios movimientos por adelantado. Controlar el centro, predecir las respuestas de tu oponente —dice, con voz tranquila pero concentrada.

¿Está hablando del ajedrez?

Me muerdo el labio, observando cómo las piezas se mueven en su mente mientras contempla su próximo movimiento.

—Parece que siempre estás jugando una partida —digo suavemente, trazando con un dedo el borde del tablero—. Incluso cuando no es ajedrez.

Me da una leve sonrisa.

—Quizás la vida no sea tan diferente.

Finjo notar una mota de polvo cerca de la esquina del tablero y la aparto, moviendo casualmente una pieza.

—Quizás le estés dando demasiadas vueltas —le bromeo—. A veces el siguiente movimiento es más simple de lo que esperas.

Sus ojos se dirigen hacia donde mi dedo permanece cerca del caballo, con un destello de comprensión en ellos. Cambia su

posición, con su mirada volviendo rápidamente a la mía, brillante de emoción.

—Brillante. Estás llena de sorpresas —murmura.

—A veces. —Mis mejillas se calientan bajo su mirada fija.

—¿Todavía juegas, Anya?

—No a menudo. Pero sí, he estado jugando desde que me regalaste un tablero de ajedrez. Simplemente nunca tuve el tiempo o suficientes personas interesadas en jugar conmigo.

Sus ojos se encuentran con los míos a través del tablero. Sin palabras, hace un movimiento.

—Jaque mate —digo suavemente.

Me estoy inclinando más cerca de él. Sus ojos están en mí. Quiero que me toque. Que me bese. Pero este momento se siente sagrado, y no sé si quiero romperlo con la energía combustiva que surge cuando nos tocamos.

—Quiero jugar contigo —dice con una voz teñida de tanto calor que no sé si se refiere a mi cuerpo o al tablero de ajedrez.

—¿Existe el ajedrez de *striptease*?

Se ríe a carcajadas. Doy un respingo, sorprendida porque no recuerdo cuándo fue la última vez que le oí reírse así. Toda su cara se ilumina, una transformación absoluta, mientras sus ojos bailan, su boca se curva hacia arriba y me sonríe.

—¿Ajedrez de *striptease*? Está de moda ahora.

Y eso es todo.

El último rastro de hielo alrededor de mi corazón se derrite.

Le hice reír.

Quizá no es frío, el Rey de Hielo del que todos hablan. Quizá solo está roto.

Como yo.

—Pareces preocupada, Anya.

Mira el tablero como si tratara de procesar mis emociones.

—He tenido... emociones contradictorias.

Suelta un suspiro, manteniendo contacto visual conmigo, y finalmente asiente.

—Lo sé.

Mi corazón duele. Semyon *no las ha tenido.*

Abro la boca para hablar cuando de repente se apagan las luces. Quedamos sumidos en una oscuridad completa y absoluta. No tengo mi móvil conmigo ni una linterna.

La voz de Semyon se propaga en la oscuridad.

—Parece que hay un corte de electricidad.

Mi pecho se contrae. No me asusto fácilmente, pero la oscuridad total me desencadena el pánico.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz es temblorosa, vacilante.

—¿Tienes miedo, Anya? —Suena sorprendido.

—No me gusta estar a oscuras —digo en un susurro, sin confiar en mi voz completa. Podría llorar—. Stefan...

—...está durmiendo —termina por mí, completamente tranquilo—. Está bien. Subiremos a verlo si eso te hace sentir mejor. Pero primero, vamos a buscar una linterna o una vela —dice en voz baja. Me recuerda al hermano mayor que protegió a sus hermanas de tantas cosas—. Antes de ver a tu hermano, vamos a asegurar todas nuestras salidas para comprobar que esto no sea algo intencionado.

Si alguien vino aquí y cortó la electricidad...

—Y entonces —dice con calma, levantándose. Puedo oír cómo se mueve su ropa y siento dedos cálidos en mi mano—, daremos un paseo, comprobaremos algunas cosas e iremos a dormir... después de que esté seguro de que no estamos siendo saboteados.

Si estuviera en casa y se fuera la luz, encendería velas y pondría cara valiente para mi hermano. Pero nunca tendría que preocuparme por que alguien entrara en mi casa o de ser atacada.

Pero ahora soy *bratva*.

—Tengo velas en todas las habitaciones de esta casa y un generador eléctrico, pero no voy a activar el generador todavía. Sería demasiado fácil desaparecer para cualquiera que nos haya atacado. Así que echemos un vistazo.

Habla con tanta calma, sin dudar, como si fuera algo rutinario. No sé cómo se orienta por la habitación en la oscuridad, pero probablemente ayuda que esté libre de desorden y que su memoria sea perfecta.

Le sigo, agarrando su mano. Oigo el sonido de una cerilla, y la luz de una vela parpadea frente a él.

—Pareces un fantasma —le susurro.

—Quizá lo sea —susurra de vuelta.

La comisura de mis labios se curva hacia arriba. Toma la vela y la coloca sobre una superficie plana para iluminar la habitación antes de sacar linternas y entregarme una.

Las encendemos, y él camina metódicamente hacia las diferentes salidas. Espero a medias que continúe habitación por habitación, pero por supuesto, tiene un plan mucho más simple. Me lleva hasta una mesa, toca una pantalla, y en diez segundos aparecen veinticinco vistas diferentes de los puntos de acceso a su finca. Pulsa un botón y aparecen zonas azules, amarillas y rojas.

—¿Qué es eso? —le susurro.

—Escáneres térmicos. Me muestra si hay presencia de otro cuerpo aquí. ¿Ves esto?

Señala la pantalla inferior derecha. Entrecierro los ojos y me acerco para mirar mejor.

—Stefan —dice—. Sí —se responde a sí mismo—. Es rojo, lo que indica temperatura corporal. Así que, o bien —continúa metódicamente—, una criatura de sangre fría ha entrado en mi propiedad, alguien tiene la capacidad de bloquear su temperatura corporal, o simplemente es un corte de electricidad. Vamos a acostarnos.

Apaga la vela y me entrega otra linterna.

—Pondré esta junto a Stefan. Si esto continúa mucho más, se pondrá en marcha el generador.

Mi agotamiento vuelve a hacerse presente. Quiero dormir, pero me siento extraña; la adrenalina todavía corre por mis venas, aunque mis ojos se cierran de cansancio y fatiga. Me pregunto qué piensa en momentos como este. Parece tan natural para él asumir el papel de protector, estar listo para defenderme a mí y a mi hermano. Igual que defendió a sus hermanas antes.

—Zoya siempre le tuvo miedo a la oscuridad —dice, y no puedo distinguir en la oscuridad si está sonriendo.

—¿De verdad?

—Tenía miedo de muchas cosas —dice, apoyando su mano en la parte baja de mi espalda mientras subimos las escaleras. No le digo que creo que todavía lo tiene.

En el dormitorio, nos dirigimos hacia la derecha, comprobamos que Stefan está bien y él desliza la linterna sobre la mesita de noche. Stefan sigue durmiendo felizmente, ajeno al corte de electricidad.

Me alegro por él.

Mientras nos dirigimos a su dormitorio (¿nuestro dormitorio?), las luces vuelven a parpadear. Es tarde por la noche, así que no hay muchas encendidas, pero hay algunas.

—Bueno, eso no ha tardado mucho —le digo—. ¿Es el generador?

Él niega con la cabeza.

—No, debe haber sido el tiempo.

Me alegro de que haya vuelto la luz porque habría perdido la oportunidad de admirarlo a él, sus tatuajes y los músculos endurecidos de su cuerpo. Me meto en la cama y subo el grueso edredón hasta la barbilla. Lo observo mientras se desviste y se prepara para acostarse. Luego se mete en la cama a mi lado.

—Ven aquí —dice en un suave susurro, y levanta el brazo.

Me acerco con vacilación, deslizándome bajo su brazo y apoyando mi cabeza contra su pecho. Me envuelve en un abrazo seguro, protegiéndome y reconfortándome. Coloco mi mano sobre su abdomen, dejándola reposar en su pecho, y cierro los ojos. La niña pequeña que hay en mí está *gritando de emoción.*

—Esto se siente bien —susurro. No puedo olvidar lo que dijo antes y lo que ha pasado, pero puedo disfrutar de este tierno consuelo mientras dure, sabiendo que estamos a salvo. Incluso sabiendo que, si alguien intentara emboscarnos, él lo tendría bajo control. Me acurruco, y él me abraza más fuerte.

—No voy a poder dormir así —dice con un gruñido.

—¿Eres sensible a los cuerpos de otras personas? ¿Al movimiento? ¿A qué?

—No —dice, con voz baja y áspera—. Pero si te acuestas a mi lado, me pondré duro como una piedra y querré clavarte en esta cama y hacerte mía una y otra vez. Y créeme, lo haré. No lo dudes. Pero

ahora mismo, necesito que duermas un poco. —Su mirada se oscurece. —Te dije que quiero cuidar de ese precioso coño... deja que descanse antes de destrozarte de nuevo.

Me aclaro la garganta.

—Si intentabas excitarme, lo has conseguido.

—Mujer —dice con un pequeño gruñido, girándome suavemente y abrazándome por detrás. La sensación de su gruesa erección contra mi trasero me hace sonreír. Pero cuando cierro los ojos, el sueño se siente demasiado cercano. Me acurruco bajo la manta, con la cabeza sobre la almohada. Nunca he dormido en una cama tan grande, tan cómoda, con sábanas tan lujosas. Echo un vistazo a su mano, extendida sobre mi vientre, y noto una gruesa cicatriz justo al lado de los tatuajes.

—¿De dónde te salió eso? —pregunto con un bostezo, mientras mis ojos ya comienzan a cerrarse.

—De una pelea.

Cuando no ofrece más explicación, le doy un codazo juguetón en las costillas.

—Obviamente. ¿Cuál?

—¿Recuerdas aquella vez junto al arroyo? ¿Cuando estabas llorando?

Abro los ojos. No esperaba que admitiera que la cicatriz tuviera algo que ver *conmigo*.

—Sí, lo recuerdo vívidamente. ¿Por qué?

—Fueron a por ti otra vez, pero tú no lo sabías porque estabas en la escuela. Yo sí. Los seguí. Los vigilé. Un día, uno de ellos hizo una amenaza contra ti.

Trago saliva con dificultad.

—Me aseguré de que no volviera a ocurrir.

Mi corazón late más deprisa. ¿Qué significa eso?

—¿Los mataste?

—No *aquella* vez.

Él hizo eso. Está admitiendo que mató a alguien. Dios mío.

—Duerme un poco, Anya. Preguntaste, te respondí. Ahora la discusión ha terminado. Quiero que descanses.

Miro fijamente a la oscuridad. Mi hermano está a salvo. Mi familia lo está, por ahora. Confío en Semyon...

¿No es así?

Capítulo Veintiuno

Semyon

Los días pasan, y Matvei no se siente más cerca de conseguir la verdad que antes. Anya se está impacientando; puedo notarlo por la forma en que cuestiona las cosas. Vamos a cenar como un reloj a las seis cada tarde, y parece como si ella y su hermano siempre hubieran estado aquí. Se ha hecho íntima amiga de Zoya, y habla con mi familia como si los conociera.

Aunque sí los conoce, ¿verdad? Mi hermosa esposa.

Se acerca el baile de los Romanov. Son famosos por organizar estos eventos benéficos en Nueva York, pero ahora que Polina está instalada en Moscú, justo en las afueras de Moscú, y su madre pasa tanto tiempo aquí, han decidido extender sus bailes también a Moscú. Es un evento benéfico, en realidad, típicamente una subasta de arte que genera varios millones que donan a la caridad. Mantiene a los Romanov en buena posición, y por asociación, a nosotros.

Así que he accedido, a regañadientes, a permitir que Anya vaya de compras con mis hermanas. Estoy en el bar con Matvei, Rodion y Rafail, junto con el amigo de Rafail, Vadka.

—¿Estás embarazado ya? —pregunta Rafail, justo cuando le indica a la camarera que traiga otro chupito de vodka.

—Por supuesto que no —le digo—. ¿Qué clase de frase absurda es esa? Los hombres no se quedan embarazados.

—Pero deberían —dice la camarera, con las manos apoyadas sobre la barra. La reconozco de algún sitio, pero no es hasta que Vadka habla que sé exactamente de dónde.

—¿Y por qué? —pregunta él, inclinando la cabeza a un lado.

La camarera, Ruth, es la cuñada de Vadka. Él está casado con su hermana. Con un mechón de pelo negro corto y ojos que te atraviesan, es memorable. Una mujer de carácter. Y hay rumores interesantes que circulan sobre su lealtad y brutalidad.

—Porque vosotros, los hombres, deberíais compartir la carga —dice de forma pragmática—. Es una absoluta vergüenza que la evolución no haya llegado al punto en que también tengáis hijos.

—Tenemos hijos —le digo, dando un metódico sorbo a mi cerveza—. ¿De qué demonios estás hablando?

—No los lleváis dentro. No tenéis que lidiar con estrías, sangre y pechos caídos.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—...Y los dolores del parto y los pezones que gotean. —Levanta las manos al aire. —He visto lo que las mujeres pasan. Es una mierda.

Y con eso, golpea la botella de vodka sobre la barra.

—Podéis serviros vuestro maldito vodka vosotros mismos.

—¿A qué viene eso? —le pregunto a Vadka.

Él niega con la cabeza.

—Quién sabe. Es realmente inofensiva. En realidad, no, para nada *inofensiva* —dice en voz baja, sacudiendo la cabeza—. Si estás en su lado bueno.

Rodion frunce el ceño.

—¿Es que odia a los hombres?

—No la culparía si lo hiciera —digo, tomando otro sorbo de mi cerveza—. Somos un poco capullos.

—Habla por ti mismo —dice Rafail, golpeándome la espalda.

—Tú definitivamente eres un capullo —le dice Matvei—. Escuchad, odio desenterrar el pasado, pero revisando estos archivos informáticos, me he encontrado con algunas cosas —dice de forma críptica.

—¿Como qué? —le pregunto.

—Todos recordáis que Anissa traicionó a nuestro intrépido líder —dice Matvei, señalando con la barbilla hacia Rafail, quien gruñe en su vaso.

—Acabó bien para mí —dice Rafail—. Conseguí a mi esposa en lugar de esa traidora.

Los ojos de Matvei se estrechan.

—Y esa traidora aún nos traicionó, ¿no es así?

—No se suponía que buscaras esa información —dice Rodion, negando con la cabeza—. Se suponía que debías hackear el ordenador para obtener información sobre el secuestro, o supuesto secuestro, lo que sea.

—Lo sé —dice Matvei—. ¿Y qué pasaría si os dijera que las dos cosas están intrínsecamente entrelazadas?

—Joder —murmuro entre dientes—. ¿Quieres decir que...?

—No quiero insinuar nada. Quiero deciros exactamente lo que es. Esto es lo que he descubierto. —Baja la voz. —Los irlandeses están muy involucrados.

Me inclino hacia delante, con el estómago hecho un nudo. No se suponía que descubriera información sobre nadie más en el ordenador de Eli.

—¿Cuánta implicación?

Niega con la cabeza.

—Han estado trabajando en las sombras durante un tiempo. *Ellos* eran los únicos que presionaban para asegurar el control de la ubicación de la panadería —explica—. No se trataba de las propiedades, ya lo sabemos; era todo sobre el posicionamiento. Sabían exactamente dónde atacar.

Sacudo la cabeza.

—¿Y Anissa?

Rafail se tensa. Hace unos años, fue plantado en el altar, y no hemos podido localizar a la mujer que lo traicionó. Rafail no lo investigó después de casarse con Polina, pero ella ha sido un cabo suelto desde entonces.

—Está jugando a dos bandas. Investigué las comunicaciones: ha estado reuniéndose en secreto con los líderes irlandeses. Los irlandeses le ofrecieron una salida. Protección, seguridad financiera... cualquier cosa para evitar que se casara con Rafail. Sabían que el matrimonio nos fortalecería, que unificaría facciones clave y bloquearía su influencia. ¿Toda esa historia de «miedo escénico en el altar»? Mentira.

Procesamos todo esto en silencio. Sacudo la cabeza.

—Pero hay más. Eli está metido más profundo de lo que esperaba. Su deuda no fue al azar, Semyon, sino parte de su plan. Debe dinero a intereses conectados con los irlandeses y, a cambio, les ha estado proporcionando información. Recuerda, él tenía acceso de primera mano a la panadería.

Mierda.

No quiero contarle nada de esto a Anya.

—¿Traicionó a su propia familia?

Matvei suspira.

—Sí. Probablemente pensó que solo estaba ganando tiempo, que podría ser más listo que ellos. Pero los irlandeses no juegan. Lo utilizaron.

—¿Y tienes pruebas de todo esto?

—Casi. —Matvei frunce el ceño, con la tensión apretando sus rasgos. —Todavía estoy descifrando el último cortafuegos, pero esto es malo. Lo han orquestado todo para fracturarnos desde dentro.

Un frío silencio se instala entre nosotros. Los irlandeses han jugado a largo plazo.

—Seguiré investigando. Pero estad preparados. Cuando todo esto llegue a su punto álgido... se pondrá sangriento.

—Bueno, caballeros —dice Vadka, poniéndose de pie—. Con esta nota tan alegre, prometí a mi mujer que me encargaría de acostar a los niños esta noche, así que tengo que irme.

Paga su cuenta y se marcha.

Por esto nunca quise involucrarme con una mujer, tener una familia, enamorarme. Solo puedo pensar en la seguridad de Anya. Estoy distraído, con mi lealtad dividida.

—Eso es un desarrollo interesante —murmuro. Rafail gruñe. Rodion se hace crujir los nudillos. Matvei mira fijamente una tableta como si intentara decidir su próximo movimiento en un juego.

Mi móvil vibra con un mensaje. Inmediatamente lo escondo para que nadie más pueda verlo.

Sonrío al ver una foto de mi hermosa esposa con un vestido azul que abraza sus curvas en todos los lugares correctos. Cuando se da la

vuelta en la segunda imagen, su espalda está completamente al descubierto. Dios. No puede llevar eso en público.

Escribo un mensaje y lo envío:

> Puedes llevar eso en el dormitorio, pero te daré unos azotes si lo llevas en público.

Ella responde con un emoji sonrojado, y yo niego con la cabeza.

Luego llega otra foto, esta *aún peor* que las dos primeras. Hay una tira de tela roja que cruza sus pechos, dejando expuesta la curva inferior, y el resto está cubierto por tela transparente. El vestido le llega hasta la mitad de los muslos.

—Alguien está distraído —dice Rodion con ese mismo tono burlón—. ¿Tu mujer te está enviando fotos desnuda?

—Repite eso, y te lanzo a través de esta barra —espeto.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, solo estoy bromeando. Relájate.

—No se va a relajar si sigues hablando de su mujer desnuda —dice Rafail, dándole un golpe a Rodion en un lado de la cabeza—. Igual que tú no lo harías si alguien hablara de *tu* mujer de la misma manera.

Rodion se encoge de hombros.

—Se te nota en la cara. ¿Cómo explicas si no la forma en que te ves ahora? Un segundo estás feliz, prácticamente sonriendo al móvil; al siguiente, pareces querer lanzarlo contra la pared.

—Quizás me ha enseñado fotos de vestidos que quiere llevar a la gala —le espeto—. Así que cierra la puta boca.

—Vaya, ella *realmente* ha derretido al Rey de Hielo —murmura Rodion. Le gruño, lo que hace que el labio de Rafail tiemble y Rodion

palidezca. Ha recibido más de una buena paliza mía y sabe que está jodidamente cerca de otra.

—Abre la boca otra vez —le advierto, entrecerrando los ojos—. Tú, maldito...

—Chicos, chicos —dice Rafail—. Ya basta. Rodion, pide disculpas. —Las fosas nasales de Rodion se dilatan. No le gusta que le dejen en evidencia delante de todos.

—Lo siento, ¿vale?

—Semyon. —Rafail continúa regañándonos como si fuéramos putos adolescentes otra vez. —Pide disculpas por tomarte las cosas demasiado en serio.

—Ni de puta coña. Estaba hablando de mi mujer de forma irrespetuosa. Como si fuera a permitírselo. Le rompería los dientes.

Matvei silba suavemente.

—Vaya. Tienes razón, Rodion. Semyon realmente ha cambiado, ¿eh?

—¿Qué? ¿De qué coño estáis hablando?

—Tienes sentimientos por ella —dice Matvei, mirándome con los ojos muy abiertos, con la mandíbula caída—. *Tú*, Semyon, el original Rey de Hielo, incapaz de tener sentimientos por nadie. Pensábamos que eras un psicópata.

—¿Quién dice que no lo sea? —Me encojo de hombros.

—No importa —dice Rafail, mirándome con curiosidad en su rostro —. *Deberías* amar a tu esposa. Eso fortalecerá vuestro vínculo. Es bueno para ti —añade—. Yo amo a Polina.

Me siento más erguido, mirando alrededor de la sala.

¿El amor es bueno para mí? ¿La amo?

—Dios mío. La amo.

Las palabras se sienten extrañas pero correctas.

—¿Qué significa amar a alguien? —pregunto, mirándolos a todos—. Quiero saberlo. Decidme. ¿Qué significa amar a alguien?

—¿Cómo es posible que alguien tan jodidamente brillante no lo sepa? —pregunta Rodion—. Por fin sé algo que él no sabe. Tío, cuando amas a alguien, harías cualquier cosa por esa persona. Darías tu vida por ella, la protegerías. Cuando estás lejos, ocupa cada pensamiento en tu mente. No te sientes tú mismo otra vez hasta que estás con ella. Y cuando lo estás, te conviertes de nuevo en tu ser completo.

—Un momento con toda esa mierda —dice Matvei.

Rafail le lanza una mirada furiosa, pero Matvei asiente.

—Estoy de acuerdo. Nunca he amado a una mujer, pero he amado a mi hermana. —Sus ojos se suavizan, mirando a la distancia. —Nadie como ella. —Su hermana fue asesinada en una guerra brutal hace diez años. Hizo todo lo que pudo para salvarla, pero no pudo. Su hermana era mi prima, y todos lamentamos su pérdida.

—Amaba a Gleb hasta que se convirtió en un traidor —añade Matvei —. Y a mi padre y madre, los cabrones.

—Siguen siendo familia —responde Rafail—. Y somos leales a la familia.

Matvei es leal hasta la médula.

—El amor no es un sentimiento —dice Rafail—. No es solo algo en tu pecho o corazón. Es lo que haces. Si amas a alguien, haces cualquier cosa por esa persona. —Su voz baja, y sus ojos se oscurecen. —Cualquier cosa.

La camarera le mira con curiosidad, sirve otro chupito de vodka y se lo entrega.

—Bien dicho. Declararé una tregua momentánea —dice con un guiño antes de volver a atender la barra.

—No estábamos peleando, pero vale —dice Matvei, cogiendo la copa gratis. Le gusta una buena bebida gratis.

Amor.

Joder.

La amo.

—Parece que acabas de ver un fantasma —dice Rafail con una sonrisa—. Joder, hermano, ¿no sabías que la amabas?

Niego con la cabeza.

—Sabía que la protegería, que le era devoto y que creía cada palabra que dije en mis votos. Pero, ¿amor? No, no sabía... no sabía que era capaz de amar.

—No eres capaz de amar —se burla Rafail—. Estabas persiguiendo el amor cuando tenías cinco años, siempre intentando mirar bajo una falda y encontrar a alguien que se dedicara a ti. Entonces, un día, tu mundo entero se detuvo en seco.

Llega otro mensaje de Anya. Miro mi móvil.

> **Anya**
> ¿Qué te parece este?

Miro la pantalla. Lleva un suave vestido color champán que abraza cada curva, pero cubre cada centímetro de su cuerpo. Tiene una hermosa y pequeña estola sobre los hombros.

> **Anya**
> Este es el que llevaría en público.

Su mensaje llega acompañado de un emoji guiñando el ojo y una foto. Un segundo mensaje sigue casi instantáneamente. Luego llega

una segunda foto. En esta se ha quitado la estola.

Anya
Y esto es lo que pasa cuando te la quitas.

Mis labios se curvan en una sonrisa poco habitual. El calor se agita en mi pecho mientras me levanto de la silla, con el móvil en la mano. Mi voz se endurece.

—Amo a mi mujer, cabrones. Me voy a casa.

Las risas resuenan en la habitación, pero Matvei está extrañamente callado. Frunce el ceño mirando su pantalla, con los ojos entrecerrados en concentración.

—Espera.

—¿Qué? —Me siento impaciente. Necesito verla *ahora*.

Matvei suelta un suspiro, con los hombros rígidos.

—Algo... no encaja. Pero necesito comprobar una cosa más primero. —Sacude la cabeza. —Nos estamos acercando a la verdad, pero necesitaré tiempo para confirmarlo.

Mi sangre se hiela. Algo va mal. Busco la ubicación de Anya en mi móvil, con el pulgar suspendido sobre la pantalla.

—¿Cuánto tiempo?

—Pronto. Con suerte mañana.

El nudo en mi pecho se aprieta. Anya está esperando. Está preocupada por su hermano, y sé perfectamente lo frágil que es la paz entre nosotros. La otra bota está a punto de caer.

Capítulo Veintidós

Anya

Estaba sentada en el portal de nuestra casa en ruinas, con la barbilla apoyada en las rodillas, intentando no llorar. Los dieciocho años no deberían sentirse así. Los dieciocho deberían ser especiales, significativos. Debería haber habido tarta y velas, mis dulces favoritos de la tienda local, y quizás un libro para el que hubiera estado ahorrando.

Llevaba semanas planeando mi cumpleaños, incluso había ahorrado algo de dinero haciendo recados por el barrio. Pero ahora había desaparecido. Mi hermano Eli lo encontró escondido bajo mi almohada, un lugar realmente estúpido para esconder dinero. Se lo llevó, como siempre hacía cuando necesitaba dinero rápido para sus apuestas.

Me sentía estúpida por esperar que este año fuera diferente.

El sol del atardecer colgaba bajo en el cielo, proyectando largas sombras sobre la calle. Mi madre lo intentó, de verdad, pero olvidaba las fechas tan a menudo que dudaba que incluso recordara que era mi cumpleaños. Y, de todos modos, hoy estaba trabajando.

Me dije a mí misma que no me importaba, pero la opresión en el pecho decía lo contrario. Es solo un día, me dije. Solo un día como

cualquier otro. Y ahora tengo dieciocho años.

Ophelia intentó hacerlo especial, pero se metió en problemas en el colegio, y su madre la castigó. Me pasó una nota en clase que decía: «¡Feliz cumpleaños! Tus tetas se ven mucho más grandes hoy.»

Me hizo reír y sonreírle, pero más tarde, me encontré secretamente mirándome los pechos en el espejo, preguntándome si realmente se veían más grandes.

Me dije a mí misma que no me importaba que nadie más me prestara atención hoy. Sin regalos, sin celebración, nada. Mi estómago rugió, y me abracé fuerte a mis piernas, fingiendo que era simplemente otro día normal.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que no oí los pasos hasta que estuvieron justo delante de mí.

—Anya.

Parpadeé, sobresaltada, y levanté la mirada para ver a Semyon allí de pie. Sostenía una sencilla caja blanca de pastelería en una mano y un paquete envuelto en papel brillante en la otra.

Parecía tan fuera de lugar contra la pintura descascarillada y el pavimento agrietado de mi mundo. Incluso vestido de manera informal (una sencilla camiseta negra que se ajustaba a su figura delgada y musculosa y unos vaqueros oscuros) irradiaba una presencia que me hacía sentir pequeña e insegura. No era como los chicos de mi clase, los que tartamudeaban al hablar, se burlaban de mí o me tomaban el pelo por mis tetas. No.

Semyon era un hombre.

Veintidós frente a mis dieciocho. Pero no era solo su edad. Había sido un hombre durante mucho tiempo ya.

Había rumores sobre él: cómo mataba para la bratva cuando solo tenía dieciséis años, cómo era temido en las calles de la ciudad. Tan temido.

Pero no por mí. Yo no le temía. Todavía veía al niño pequeño que me había enseñado a hacer rebotar piedras en el arroyo. El frío ejecutor de la bratva era solo un papel que interpretaba, no quien era realmente.

Al menos, eso me decía a mí misma.

—Semyon —dije suavemente, con una voz más pequeña de lo que pretendía. Esperaba que no pudiera notar que había estado llorando.

—Hola. —Dejó la caja de pastelería y el paquete envuelto en el portal a mi lado. Mi corazón comenzó a latir más rápido.

No podía estar aquí para... ¿Lo sabía?

—Zoya me dijo que era tu cumpleaños —dijo simplemente, bajando para sentarse a mi lado.

Se reclinó con las piernas estiradas. Sus tatuajes eran visibles bajo las mangas de su camiseta: tinta oscura, patrones intrincados que se arremolinaban por sus antebrazos. De repente me sentí cohibida.

Demasiado joven.

—No pensé que alguien lo supiera —dije.

—Ella presta atención a esas cosas —dijo, con un tono neutral.

—Eh, ¿qué hay en la caja? —pregunté, desviando rápidamente la conversación.

—Una tarta —dijo, como si fuera obvio—. De chocolate.

Mi corazón se encogió.

—¿Zoya también te dijo que me gustaba el chocolate? —bromeé, mordiéndome el labio mientras el calor me subía a las mejillas.

Sus labios se crisparon.

—No. Todo el mundo sabe que te encanta el chocolate.

No todo el mundo. Mi padre no lo sabría. Ni siquiera estaba segura de que Eli lo supiera. Mi madre podría haberlo sabido, pero solo en un buen día.

Pero, ¿Semyon? Semyon lo sabía.

Abrió la tapa de la caja, revelando una sencilla tarta de chocolate con remolinos de glaseado desordenados. No había velas ni decoraciones, solo la palabra Anya *garabateada en la parte superior con letras blancas torcidas.*

—No es nada elegante —dijo, encogiéndose de hombros.

—Es preciosa. —Suspiré, con la garganta apretada. Me mordí el labio para contener las lágrimas. —No tenías que hacer esto.

Se volvió hacia mí entonces, con sus penetrantes ojos azules suavizándose.

—Por supuesto que sí. Eres mi amiga.

Amiga. La palabra me golpeó como un martillo.

No quería ser su amiga. Quería ser algo más. Pero solo era la hermana pequeña de su mejor amigo.

Colocó el paquete envuelto a mi lado.

—Ábrelo.

Deslicé un dedo bajo el papel, despegándolo con cuidado. Dentro había un tablero de ajedrez; no uno barato de la tienda de la esquina, sino un hermoso juego pulido con piezas intrincadamente talladas.

—Es precioso —susurré, pasándome rápidamente la mano por los ojos para que no me viera.

—¿Juegas? —preguntó, con voz casual, aunque podía notar que ya sabía la respuesta.

—Un poco —admití.

—Bien —dijo, colocando las piezas allí mismo en el portal—. Porque no voy a ser blando contigo.

—Quizás soy mejor de lo que piensas —le respondí, bromeando.

Me miró, con la mirada suave.

—Quizás lo seas, Anya.

Jugamos durante horas, dando bocados al pastel directamente de la caja mientras movíamos las piezas de un lado a otro del tablero. Perdí todas las partidas, pero no me importaba. No hablaba mucho, pero no hacía falta. Simplemente tenerlo allí, pasando tiempo conmigo, prestándome atención... Era suficiente.

Cuando el aire se volvió frío, finalmente se levantó, doblando el papel de regalo en pequeños cuadrados meticulosos.

—Tengo que volver a casa —dijo—. Rafail me esperaba hace una hora.

—Espero que no estés en problemas —dije, con una pequeña sonrisa.

Soltó una risa ahogada.

—Definitivamente estoy en problemas. Pero ha merecido la pena.

Por un momento, se quedó allí, con la mirada indescifrable. Mi corazón latía con fuerza y se me cortó la respiración. ¿Iba a... besarme?

Me dije a mí misma que no, por supuesto que no. Solo era una chica para él.

Pero entonces sus dedos rozaron mi mandíbula, levantando mi barbilla muy ligeramente. Contuve la respiración. Sus ojos azul hielo escrutaron los míos, con un destello de duda en sus profundidades.

Y entonces, antes de que pudiera dudar, antes de que mi mente pudiera adelantarse a mi cuerpo, me besó.

Fue breve, más una pregunta que una respuesta. Sus labios apenas se presionaron contra los míos, permaneciendo solo un latido antes de apartarse. Su voz sonaba ronca cuando habló.

—Feliz cumpleaños, Anya.

Y luego se marchó.

Antes de que viniera, quería un libro, un regalo, atención... ahora quería mucho más.

Después de que se marchara, me quedé sentada allí durante mucho tiempo, mirando el tablero de ajedrez y el pastel que quedaba. Pasé el dedo por el glaseado y lo lamí.

Estaba delicioso.

Mi corazón se sentía pleno, y mis ojos ardían con lágrimas.

Fue el mejor cumpleaños que había tenido nunca.



—¿Qué te ha dicho? —pregunta Yana, con ojos brillantes. Pongo los ojos en blanco. Conoce a su hermano.

Zoya pone cara de burla y levanta la palma de la mano.

—Escucha, en realidad no quiero detalles, ¿vale? Si se está poniendo sexy o coqueto o lo que sea... —Hace una mueca. —Dios mío. No puedo creer que esté diciendo esto sobre *Semyon*. ¿Qué le has hecho a mi hermano?

Una mejor pregunta sería, ¿qué me ha hecho su hermano a *mí*?

—Bueno... —digo, tratando de pensar cómo expresarlo sin contarle demasiado—. Definitivamente tiene opiniones fuertes sobre algunos

vestidos.

Yana sonríe.

—Por supuesto que las tiene. Entonces, ¿el rojo con el escote bajo?

—No, no lo creo. —No puedo evitar sonreír. Lo que no les digo es que tengo la sensación de que, si llevara ese vestido en público, mi trasero igualaría el tono de ese vestido.

¿Es eso algo malo?

—Me alegro tanto de que se casara contigo —dice Yana en voz baja —. Encajas perfectamente en nuestra familia, Anya. —Sonríe. —No mucha gente sabe lo que pasó con mi familia. Tú sí. Y no has sido más que comprensiva. Gracias. —Se inclina hacia delante y me da un beso en la mejilla.

Mi pecho se oprime.

—Por supuesto, claro.

Echo de menos a Eli.

Echo de menos a mi madre.

No echo de menos a mi padre porque destruyó todo lo bueno que había entre nosotros, pero extraño quién era antes.

Pero incluso cuando mi familia estaba unida, no tenía hermanas.

Y ahora las tengo.

—Creo que deberíamos comprar estos para Stefan —dice Zoya con una sonrisa, señalando una caja de coches teledirigidos. Agradezco el cambio de tema antes de llorar como un bebé. Puede que esté un poco sensible—. Por favor. Sería perfecto. Ya me imagino cómo correrían por la casa perfecta de Semyon.

—O estos —dice Yana, cogiendo una caja de bloques con formas que parecen castillos y dragones—. Le encanta construir cosas.

Imagina la cara que pondría al construir su propia fortaleza.

Siento un poco de picor en la garganta y aparto la mirada, asintiendo porque cambiar de tema no ha ayudado. Temo que, si hablo ahora mismo, voy a quedar hecha un mar de lágrimas delante de las dos.

Ya no soy la única que se preocupa por mi hermanito.

Yana hojea la ropa en las perchas, sin mirarme a los ojos.

—Sabes que Semyon no es... Tiene algunos retos, Anya. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento lentamente.

—Eso no significa que no *sienta* como el resto de nosotros —dice Yana—. Simplemente no siempre sabe cómo expresarlo.

—Lo sé. Se esfuerza mucho, ¿verdad? —Le he observado. Sé que cataloga todo como un científico, que le lleva tiempo procesar las reacciones o emociones. Pero me encanta que se esfuerce tanto.

—Por supuesto. Y me encanta que sepas eso de él. —Yana sonríe. —¿Sabes que el día que se casó contigo, le regañé?

—¿En serio?

—Sí. Le dije que no te tratara como una pieza de ajedrez en su juego. Y lo decía en serio. —Yana recoge todas nuestras compras en sus brazos y se dirige a la caja. —Rafail pagará por esto —dice con un guiño.

Asiento, agradecida.

—¿Qué dijo él?

Se ríe a carcajadas.

—Bueno, ¿en ese momento? Dijo que no era personal. —Resopla. —No te equivoques, *puede* ser un imbécil.

—¿Quién puede?

Semyon está detrás de nosotras, con las manos en las caderas. Mi corazón se derrite un poco. Es tan guapo, tan protector, todo ceñudo y como un Superman. La chica que nos estaba atendiendo se pone nerviosa cuando él cruza los brazos, mostrando sus musculosos antebrazos.

—Quizás no deberías meterte en nuestra conversación porque no tiene nada que ver contigo —dice Yana.

—Sí —añade Zoya, pero se sonroja intensamente cuando él le dirige una mirada severa.

—Quizás lo que tenéis que decirle a mi mujer tiene *todo* que ver conmigo. —Pero no puedo distinguir si sus ojos detrás de sus gafas están brillando. —Anya, voy a hacer que las chicas lleven estos paquetes a casa. Tú y yo tenemos trabajo que hacer con la pastelería.

Se inclina y me besa en la mejilla, entrelazando sus dedos con los míos. Zoya se queda boquiabierta. Yana sonríe.

Cuando miro afuera, me doy cuenta de que hay un coche esperando junto a la acera, con el motor ronroneando suavemente.

Les hago un gesto con la mano.

—Adiós, chicas.

Ellas se despiden y observan mientras camino de la mano con él. Soy muy consciente de las miradas de toda la gente a nuestro alrededor. Zalivka es una pequeña ciudad obrera a las afueras de Moscú. Todo el mundo sabe quién es la Familia Kopolov. Eso significa que también saben quién soy yo.

—He terminado de revisar las finanzas de tu negocio —dice Semyon, mientras me abre la puerta del coche. A estas alturas, ya sé que ni siquiera debo intentar abrirla yo misma—. Estoy bastante seguro de

que podemos sacarlo de números rojos, pero tendrás que hacer algunos cambios.

Habla y habla sobre cifras, distribución y maquinaria industrial, pero lo único en lo que puedo pensar es en asegurarme de que el lugar especial de mi madre, que ella creó con sus propias manos, no se hunda.

Asiento con la cabeza, procesando la información.

Se desliza en el asiento del conductor, cierra la puerta y comienza a conducir hacia la panadería.

—Escucha, Semyon, entiendo todo esto, pero necesito asegurarme de que esto no se convierta en una empresa de producción industrial, sin importar cuánto dinero genere. Esto es importante para mí. Quiero mantenerlo pequeño.

—Así será —promete.

—Pero seamos sinceros. Querías esta ubicación. Me querías a mí porque quieres acceso a la panadería.

Algo tira de mi pecho; una sensación incómoda que no logro identificar.

—Honraremos lo que tu madre comenzó, Anya —promete—. Tienes mi palabra.

No esperaba esta oleada de emoción al llegar aquí. Dios, soy un desastre hoy. El recuerdo de Semyon trayéndome mi primera tarta de cumpleaños, mi madre con los brazos hundidos hasta los codos en un cuenco de harina para pan, Eli robando una galleta de una bandeja tan caliente que se quemó los dedos... Todo me golpea con la fuerza de un tornado, y lo reprimo. Estamos aquí por una razón.

Semyon echa un vistazo rápido y evaluador al lugar.

—Necesitas nuevos electrodomésticos. Esos son una mierda. —Me quedo mirando los aparatos por los que mi madre se sacrificó tanto.

Él continúa como si no me acabara de dar un puñetazo en el estómago. —Nuevo suelo, nuevas encimeras. Todo jodidamente nuevo. No me extraña que no estéis vendiendo tan bien.

—Oye. —Mis manos están ancladas en mis caderas, pero él no lo nota porque ya está dentro del congelador.

—Y esto es un maldito peligro. Joder, Anya, si tú o Stefan os quedarais atrapados aquí...

Lo ignoro, sintiendo cómo el calor sube por mi pecho. Recuerdo lo que Zoya y Yana me dijeron: Él no entiende el impacto que sus palabras tienen en los demás. Hay que decírselo. Entiendo esto, pero aun así...

—Dijiste que abriremos las puertas en el horario habitual mañana, ¿verdad? —le pregunto.

—Sí —dice desde las profundidades de la despensa—. Dios, esto también es un peligro para la seguridad.

Sale sosteniendo una bolsa enorme de azúcar equilibrada en un hombro y una bandeja de suministros para hornear en la mano.

—¿Quién apiló bolsas de veinte kilos una encima de otra así? —Deja el azúcar con un golpe seco, cogiendo un frasco enorme de canela que estaba tambaleándose al borde del colapso. —¿Y por qué está esto encima de las bolsas? Un movimiento en falso, y esto se convierte en una nube, ¿y sabes que en realidad podrías ahogarte con la canela?

Entrecierra los ojos mientras empuja con el pie un recipiente medio abierto.

—En serio, podrías perder una extremidad ahí atrás.

No sabe lo que está diciendo, me recuerdo a mí misma. No entiende que me lo estoy tomando personalmente, y me estoy tomando cada maldita palabra personalmente. Me lo recuerdo de nuevo. Me recojo el pelo en un moño despeinado y me ato un delantal, y para cuando

regresa a mí, estoy con los brazos hundidos hasta los codos en harina.

—¿Qué demonios estás haciendo, Anya?

—Acabas de decirme que abrimos por la mañana —le digo—. Obviamente, si vamos a abrir por la mañana, necesito tener algunas cosas preparadas para hornear. Y tengo que llegar aquí antes de que salga el sol; sabes eso, ¿verdad?

—No si yo te digo que no. No lo harás —espeta, entrando en mi espacio. Los dos estamos en extremos tan opuestos ahora mismo: yo, alterada y cubierta de harina, y él, como si acabara de salir de un catálogo de moda masculina. Es guapísimo y frío, y quiero lanzarle esta masa y despeinarle su pelo perfecto.

—¿Así es como vas a jugar? ¿Serás amable durante un par de días, un par de semanas, y luego de repente, simplemente vas a estallar e intentar controlarme? —Suelto un suspiro. —¡No soy un peón en uno de tus juegos de ajedrez, Semyon! No puedes simplemente descartarme antes de que alguien más diga jaque mate. Deberías saberlo.

Se detiene. Me mira como si estuviera desconcertado. ¿De verdad no tiene idea de cómo me sentiría al verlo irrumpir aquí y criticar *mi* panadería, la que he mantenido a duras penas?

—¿De qué coño estás hablando?

Lo miro, incrédula, tratando de recordarme a mí misma que él no comprende, pero es un adulto. *Debería* saber exactamente qué pasa.

—Me has oído. He dicho que no soy uno de tus peones. —Incluso mientras lo digo, una parte de mí desea que se imponga porque quiero sentirlo. Quiero que me empuje contra la pared y recupere el control. Quiero su mano alrededor de mi garganta, un recordatorio de lo que puede hacerme. Lo quiero todo, y no entiendo por qué quiero tantas cosas contradictorias a la vez.

Está demasiado cerca de mí. Hay una atracción magnética que nos une a los dos, una a la que no puedo resistirme más que él.

—¿Es así? —dice, con las manos en las caderas—. ¿Quieres que te deje en paz, que deje de controlar las cosas? Quieres que me vaya y te deje con esto, ¿no es así? Dime, Anya. ¿Cómo te fue antes con eso?

Mis mejillas se sonrojan mientras aprieto los labios en una fina línea.

—Dime que me vaya, y te dejaré aquí mismo para que hagas lo que sea que necesites hacer con ese maldito pan.

No puede ocultar el desprecio en su voz, y yo no puedo ocultar el calor que sube por mi pecho.

—Pensaba que te gustaba cuando tomaba el control —dice, con una sonrisa presumida que me dan ganas de abofetearlo.

—No con todo. —No puedo eliminar el tono petulante de mi voz, pero él debería saber esto. No me importa si necesita que le expliquen las cosas. Esto es decencia básica. Esta era la casa de mi familia. Mi madre empezó con esto.

—Tiene mucho sentido —dice, con escalofriante precisión—. Llevar la panadería a la ruina. Cerrar el negocio. Es una excelente manera de honrar a tu madre.

Oh, la *arrogancia*. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, hago exactamente lo que imaginé: lanzo la masa de pan directamente a su hermoso rostro. Golpeo justo en el centro con una precisión que hace que mi corazón dé un vuelco en mi pecho. Diana perfecta.

Semyon observa la masa que cae al suelo con un chapoteo antes de agacharse para recogerla. La tira a la basura y luego se lava las manos lentamente mientras mi corazón late con un ritmo frenético en mi pecho, y finjo que no acabo de arrojarle comida a la cara como una niña.

—¿Crees que tu obstinado orgullo te va a salvar? —pregunta, con sus ojos destellando fuego azul hacia mí—. Preferirías cerrar las puertas de la panadería antes que admitir que necesitas ayuda, ¿verdad?

Se acerca sigilosamente. Me mantengo firme mientras mi ritmo cardíaco se dispara. Me aferro a mi delantal, con mis dedos agarrando los bordes como si, de alguna manera, este fino trozo de tela fuera a salvarme de él.

Nada me salvará de él. Ni mi orgullo. Ni mi familia. Ni mi lengua afilada o mi ingenio. *Nada*.

Da un paso hacia delante, acorralándome contra la mesa de trabajo.

—Quizás no tendría que hacerlo si no me atraparas. —La petulancia en mi tono se ha suavizado, pero sigo inquieta, aun hirviendo de rabia. Sin embargo, en el fondo, no puedo negarlo: tiene razón. *Me gusta* cuando toma el control. He estado aferrándome al control durante tanto tiempo, agarrándome a él como a un salvavidas.

Pero ahora... se está volviendo jodidamente pesado.

—No es mi control lo que odias —dice con una convicción tan tranquila que casi me estremece—. Tienes miedo, Anya. Admítelo.

Lo empujo, con mis palmas presionando con fuerza a ambos lados de sus anchos hombros. Es un gesto que pretende decir no, alejarlo, pero no se mueve ni un centímetro. Sus ojos se oscurecen mientras sus fuertes dedos envuelven mis muñecas como esposas de acero. Antes de que pueda procesarlo, me hace girar, y mi espalda golpea la fría puerta de acero del congelador. Se me corta la respiración.

Me quedo quieta, sin querer darle la satisfacción de saber lo que me provoca. Pero cuando su boca encuentra mi cuello y baja besando hasta mi clavícula, hundiendo sus dientes en mi piel sensible, me estremezco. Es como un castigo, un recordatorio de lo fácilmente que puede dominarme.

La harina cubre nuestra ropa mientras nos entregamos el uno al otro. Me besa, y yo le devuelvo el beso, enfadada y ardiendo, pero una parte de mí admite que no puedo hacer esto sola. No quiero hacerlo. Sé que tiene razón.

—Puede que tengas razón, aunque seas un cabrón al respecto —admito entre dientes apretados.

—Y tú puede que tengas razón, aunque seas una mocosa. —Tira de mi pelo y agarra mi trasero con fuerza antes de levantarme, girarse y deslizarme sobre la superficie de acero de la mesa de trabajo. Me pierdo en él. Estoy tirando de su camisa, ansiosa por poner mis palmas en los duros planos de su estómago mientras él desabrocha y baja mis pantalones.

—Deja el delantal —dice en un susurro bajo—. Quiero tener la visión de tus piernas abiertas para mí, de tu cabeza inclinada hacia atrás mientras te corres, cada vez que ponga un pie en esta maldita panadería.

Mis mejillas se calientan, y le sonrío con suficiencia.

—Eso es tan jodidamente sucio.

Levanta un hombro.

—¿Y?

Tiemblo cuando sus dedos se aprietan alrededor de mis caderas, fijándome en el sitio.

—Te gusta lo sucio, Anya. Simplemente no quieres admitirlo todavía.

Estoy medio tentada de apartarlo, de abofetearlo, pero la verdad es que ya estoy completamente húmeda, deseándolo. Sus manos se deslizan por mis caderas, ásperas y deliberadas, empujando mi delantal hacia arriba hasta que se amontona alrededor de mi cintura. El aire fresco toca mi piel.

Arqueo la espalda, empujando contra él. Gime profundamente en su garganta, un sonido que va directo entre mis piernas; luego, cubre mi coño con la palma de su mano, presionando justo donde más lo necesito. Encuentro su mirada. Esta vez, no aparto la vista de sus ojos azul hielo.

—¿Aún crees que tienes el control? —Presiona su palma con más fuerza, en círculos. Me muerdo el labio para contener un gemido, anhelando más.

—Quizás lo tenga. —Ni siquiera reconozco mi voz. Es tan baja, tan seductora.

Ahora se está moviendo de nuevo, dejando besos y mordiscos a lo largo de mi mandíbula, con su barba raspando contra mi piel. Aparta mis bragas a un lado, deslizando sus dedos en mi coño húmedo. Me muerdo para contener un jadeo. No se apresura; me está provocando; siempre el estratega, volviéndome loca. Sabe exactamente qué movimientos hacer.

—Quiero que me supliques —susurra oscuramente—. Para cuando termine contigo, olvidarás que alguna vez quisiste tener el control, Anya.

Sus dedos se hunden bajo la tela, y grito suavemente, aferrándome a sus hombros mientras da vueltas y acaricia. Me tiene exactamente donde me quiere. Con él, no se siente como una debilidad. Me siento deseada. Poderosa.

Vuelve a meter sus dedos en mi coño, entrando y saliendo.

—Joder. —Respiro.

Sus labios se curvan en una sonrisa lobuna que hace pulsar mi sexo.

—Te gusta eso, Anya, ¿verdad? Admítelo, te gusta.

Pongo mis manos en la superficie plana de la mesa de acero, abro mis piernas y asiento con la cabeza, haciéndole señas para que se acerque.

—Me encanta. Te deseo, Semyon.

Su control se rompe. Quiero tocarlo, pero me estoy agarrando a la mesa como si me fuera la vida en ello. Me da una especie de poder cuando se desliza entre mis piernas, llevándose los dedos a la boca y lamiéndolos hasta dejarlos limpios. Dios mío.

Ninguno de los dos quiere ceder, pero ahora mismo somos iguales, dando y tomando. Luego su boca está sobre la mía, devorándome, y me pierdo en él. Arrastra mi trasero hasta el borde de la mesa, mantiene mis piernas separadas y se desabrocha el cinturón. Me incorporo, manteniéndome erguida mientras alcanzo su cinturón, ayudándolo. No podemos movernos lo suficientemente rápido. Temo que, si no le dejo tomar el control ahora mismo, podría cambiar de opinión, y no puedo hacer eso. No lo haré.

Me hacen falta ambas manos para sacar su gruesa y ardiente polla de los pantalones y deslizarla entre mis piernas. Mi cabeza cae hacia atrás con la primera embestida lenta, la punta de su polla en mi centro.

—*Semyon*.

Se introduce en mí y, esta vez, no duele tanto como antes. Esta vez, se siente tan bien, tan correcto, como si estuviéramos destinados a estar así juntos. Me siento como una mujer. Una mujer de pleno derecho. No la hermanita de Eli. No la hermana del mejor amigo de Semyon.

Anya Kopolova.

Las paredes de mi coño se tensan alrededor de los gruesos bordes de su polla.

—Dime que te gusta —murmura en mi oído.

Me muerdo el labio, sin querer darle la satisfacción. Él se retira casi por completo, y gimo, buscándolo, arqueándome hacia él. Lo quiero de vuelta.

—Dime que quieres esto —susurra—. Dime que jodidamente quieres esto.

—Vale —digo entre dientes—. Quiero esto. Te quiero a ti. Nos quiero a nosotros. Lo quiero todo. Fóllame, Semyon.

—Esa es mi chica —gruñe—. Esa es mi buena chica.

Me embiste de nuevo, y se siente tan jodidamente bien. Juro que cuando su polla golpea el fondo de mi cérvix, siento un estremecimiento en todo el cuerpo. De nuevo, se retira casi por completo antes de deslizarse hacia dentro una y otra vez, construyendo un ritmo con una fricción que me hace querer gritar. Mis dedos se clavan en su espalda, arañando, suplicando, implorando. Es sucio y satisfactorio. Todo lo que puedo pensar es en cuánto más quiero.

Me folla hasta que grito su nombre, hasta que las paredes de mi coño se contraen, y me corro, y *él* se corre dentro de mí, derramando su cálida semilla. Me recuesto, saciada, con mi clítoris aun palpitando cuando él cae de rodillas y se quita las gafas.

Dios mío. Va en serio cuando se las quita.

Mi boca está abierta en un jadeo silencioso mientras arrastra su lengua, dura y plana, sobre mi clítoris. Se siente tan incorrecto, tan sucio.

—Semyon... —Mis dedos agarran el borde de la mesa con los nudillos blancos. Estoy jadeando, gimiendo.

Él no se detiene, sino que me devora, succionándome, y estoy al borde de otro orgasmo. Me corro otra vez, más fuerte, gritando, con mis manos hundiéndose en su pelo, anclándome para sostenerme, chillando. Luego me desplomo sobre la mesa, gastada y exhausta.

Pero él aún no ha terminado.

Observo cómo esboza una sonrisa maliciosa y camina lentamente, completamente vestido, hacia el frigorífico. Estoy demasiado

borracha para preguntar qué coño está haciendo, pero no me fío de esa sonrisa.

Lo abre y saca un bote de nata montada. Normalmente la hago yo misma, pero tenemos esta para emergencias. Estoy sin fuerzas, apenas sosteniéndome en el borde de la mesa, cuando vuelve hacia mí.

¿Cómo puede seguir caminando ahora mismo?

Se arrodilla, me quita el delantal y me limpia. Lo observo mientras gotea una línea de nata sobre la parte superior de mis muslos.

—Hora del postre.

Chupa la nata y lame mi clítoris. Estoy tan sensibilizada, habiéndome corrido hace poco, que mis caderas se sacuden y niego con la cabeza.

—*No*. No, es demasiado.

Pero entonces disminuye su ritmo ligeramente, tocando la punta de su lengua en mi clítoris hinchado y sensible. Con tanta suavidad, tan gentilmente. Y quiero más. Mucho más. Estoy ebria de adrenalina y feromonas. Todo lo que puedo pensar es en *más*.

Lame la nata otra vez, perezosamente, hambrientamente, succionando mi clítoris en su boca y luego empujándome al límite hasta que estoy hinchada, suplicante, necesitada.

—Semyon... ¡No puedo! ¡No puedo! —grito contra el borde de la mesa. Mis muslos tiemblan mientras las réplicas me recorren. Estoy tan sensible que parece que cada caricia de su lengua me atraviesa, pero él es implacable, tomándose su tiempo, saboreando cada centímetro de mí como si fuera el postre más delicioso y decadente que jamás haya probado.

—Sí, puedes —dice, y casi le creo porque está tan seguro, y parece que sabe jodidamente todo—. Y lo harás, Anya.

Dibuja otra línea de nata montada a lo largo del interior de mi otro muslo. La sensación fría me hace estremecer. El contraste de caliente y frío, el placer abrumador, se entremezclan. Mi cabeza cae hacia atrás. Quiero muchísimo más. Quiero que pare. No quiero que pare. Estoy confundida y ansiosa.

Dibuja un patrón con la nata montada, un jodido *patrón* como un entramado sobre mis muslos. Sus ojos se encuentran con los míos con intensidad ardiente mientras arrastra perezosamente su lengua por la nata, lamiéndome. Ahogo un grito cuando su lengua encuentra de nuevo mi clítoris hinchado y sensible.

—Dios... —susurro.

—Buena chica —susurra él, esbozando una sonrisa maliciosa—. ¿Sigues resistiéndote? —Se ríe suavemente.

Niego con la cabeza, mordiéndome el labio mientras otro clímax se forma.

—No puedo hacerlo otra vez. No puedo. Es demasiado.

—Miéntete a ti misma todo lo que quieras, cariño, pero tu cuerpo me dice la verdad.

Su voz es lenta y burlona, llena de conocimiento. Presiona un beso en mi otro muslo antes de sumergirse de nuevo entre mis piernas. Esta vez, no hay escapatoria. Su boca es voraz, hambrienta, alternando entre succiones y suaves caricias, manteniéndome tambaleándome justo al borde. Se está construyendo con más fuerza que antes.

Mis caderas se mueven contra su cara mientras mis dedos se enredan en su pelo, acercándolo más a mí. He perdido todo el control, y no me importa. Ahora mismo, solo hay una cosa que quiero.

Me lleva más y más alto hasta que la presión que se acumula dentro es insoportable.

—Por favor, Semyon —ruego sin vergüenza—. Por favor, no pares.

Él murmura aprobatoriamente contra mi clítoris, con la vibración enviando ondas de choque a través de mí, antes de añadir dos dedos, deslizándose en mi humedad resbaladiza con un ritmo que coincide con las caricias de su lengua. Todo mi cuerpo se tensa cuando sus dedos curvados golpean el punto que me hace gritar.

—Una vez leí un artículo sobre la capacidad de una mujer para tener orgasmos —dice en voz baja contra mi muslo.

Por supuesto que lo hizo.

—Las mujeres que probaron llegaron a sesenta y cinco antes de darlo por terminado —dice con una risa oscura—. No estamos ni cerca de eso, Anya. Y el artículo explicaba cómo las mujeres podrían haber seguido.

—Parece que la evolución acertó en algo —suspiro.

Él se ríe entre dientes, con la voz espesa de deseo.

—Córrete para mí, Anya —Su lengua me roza de nuevo.

Mi cuerpo se arquea sobre la mesa, y me deshago, con un grito desgarrándome la garganta. El mundo se inclina, y todo lo que puedo sentir son oleadas de placer. Él no se detiene hasta que estoy sollozando su nombre.

—Dios, Semyon...

No sé por qué estoy llorando. Se siente como si la mayor liberación y mis mayores miedos estuvieran enredados en un nudo apretado, y cada vez que me hace llegar al orgasmo, algo se afloja.

Finalmente me desplomo contra la mesa, y él se limpia la boca con el dorso de la mano, con sus ojos oscuros de hambre. Sé que está lejos de haber terminado conmigo.

—Todavía no hemos acabado —dice Semyon, con voz áspera. Me atrae hacia sus brazos, levantándome de la mesa. Mis piernas

tiemblan, y me encanta el sonido de su lenta risa—. Te necesito de rodillas, Anya.

Me dejo caer al suelo, ansiosa por devolverle el placer que me ha dado. Está duro otra vez. Paso mis manos por sus muslos. Su cuerpo se tensa, su control se desvanece.

—Anya...

Lo tomo profundamente y succiono, con mi lengua girando alrededor de la sensible parte inferior de su grueso y venoso miembro, duro de nuevo para la segunda ronda. Él gime, con sus manos enredándose en mi pelo mientras guía mis movimientos. Me encanta el poder que tengo sobre él, la forma en que su compostura parece a punto de romperse con el siguiente movimiento de mi lengua.

—Joder —gime con voz desgarrada—. Solo voy a correrme *dentro* de ti.

Hundo mis mejillas y lo tomo más profundo hasta que tiembla. Justo cuando siento que empieza a perder el control, sus caderas se estremecen, y me levanta, me da la vuelta, y me inclina sobre la mesa de trabajo. Sus manos me agarran con posesividad.

—¿Lista para mí otra vez? —gruñe en mi oído.

—Siempre —jadeo, presionando mi espalda contra él.

Con un empujón fuerte, me llena, y ambos gemimos con la sensación. Nuestro placer mutuo es embriagador. Establece un ritmo implacable, encontrándose con mis embestidas y provocando oleadas de placer a través de mí. Ahora que me he corrido una y otra vez, estoy resbaladiza y mojada, y no duele como antes. Apenas recuerdo cuando dolía. Puedo tomarlo completamente, y me encanta.

—Mía —gruñe en mi oído, mordiendo mi hombro mientras embiste dentro de mí.

—Tuya —repito, gritando. Mis uñas arañan la mesa de acero buscando apoyo, sin encontrarlo.

Él extiende su mano para frotar mi clítoris. Estoy tan lista que me corro de nuevo, gritando. He perdido la cuenta de cuántas veces me he corrido, pero mientras él llega al clímax dentro de mí otra vez, me estremezco a su alrededor, placer y éxtasis fundiéndose en uno. Él me sigue, y su liberación es caliente e intensa mientras se derrama dentro de mí. Nos derrumbamos juntos, sin aliento y saciados.

—Si tuviéramos más tiempo...

—Semyon —digo, incrédula.

—Joder, lo haría —dice—. Tenemos que ir a la casa, pero te tendré esta noche, Anya. No quiero que olvides que eres mía.

¿Cómo podría olvidar que soy suya?

Se inclina y besa el lugar sensible que mordió antes.

—Vístete, Anya.

—Estás disfrutando con esto.

—No tanto como tú —me provoca, atrayéndome a su pecho—. Eres *mía*, Anya. Toda tú. Poseo cada respiración, cada orgasmo, cada maldito latido. —Sus ojos azul hielo se clavan en los míos, intensos e implacables. —¿Me entiendes?

Trago saliva, perdida en la intensidad de su mirada.

—Sí —susurro, bajo su poder.

Su semen permanece en mi piel mientras me limpia con el delantal hecho una bola, se inclina, e inhala mi sexo húmedo y crudo.

—Mmm —dice en un susurro bajo y crudo—. Delicioso.

Lame y succiona de nuevo. Esta vez, el orgasmo llega rápidamente tras el último. Estoy jadeando, con mis extremidades impregnadas

de fuego. Mi cabeza cae hacia atrás mientras me corro con un grito. Lentamente, me lame a través de las réplicas de placer hasta que termino.

—Tienes tanta maldita suerte de que falten diez minutos para las seis —dice con un gruñido.

—¡No! ¿Casi las seis? Dios mío. Tengo que prepararme. Tenemos que ir...

—Tranquila, Anya. Ya le envié un mensaje a Rafail diciéndole que llegaríamos unos minutos tarde.

Se pone de pie, me levanta, temblando, y me da una palmada afectuosa en el trasero.

—Límpiate. Tengo que terminar algo de trabajo aquí, y luego tú y yo iremos a cenar.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Me siento medio drogada. Niego con la cabeza y camino hacia el baño cuando algo destella en mi visión periférica. Me doy la vuelta y miro fijamente.

Hay una... cámara. Mirándome directamente.

Yo nunca instalé una cámara.

—¿Semyon?

—¿Mmm? —Está leyendo algo en su móvil con el ceño fruncido.

—¿Cuándo pusiste cámaras de vigilancia aquí?

Él niega con la cabeza mientras un frío miedo me recorre la columna.

—No he tenido tiempo. Todavía no.

—Pero... mira.

Apenas tengo tiempo de reaccionar antes de que el ensordecedor estruendo de un disparo llene la habitación. Grito, con mi corazón

golpeando contra mis costillas mientras unos fragmentos de vidrio y metal retorcido se esparcen por el suelo. La cámara está destrozada, reducida a nada más que pedazos rotos.

El eco del disparo aún permanece mientras él baja el arma, con la furia oscureciendo sus facciones.

—Voy a descubrir quién cojones instaló esto —gruñe, con su voz tensa de rabia—. *Khristos*. —Su mirada arde con un enfoque frío y letal que me hace sentir un escalofrío por la espalda.

Me quedo paralizada, dividida entre el miedo y la admiración, ante todo el peso de su ira en este pequeño espacio entre nosotros.

—Crees que vieron... lo que... Oh, Dios, ¿lo que hicimos?

Por supuesto que lo vieron.

Sus labios se aprietan en una línea delgada.

—Más les vale reproducirlo en bucle porque será lo último que vean antes de que les arranque los malditos ojos.

Cierro los ojos y sofoco un gemido. Esto se me ha ido *muchísimo* de las manos.

Capítulo Veintitrés

Anya

La campanilla sobre la entrada de la panadería suena con tanta fuerza que levanto la mirada, sobresaltada. Conozco ese sonido. Esa ira. *Ese hombre.*

Mi padre irrumpe en la panadería apestando a vodka y sudor, con la cara moteada y enfurecida y los puños cerrados como un hombre preparado para golpear. Me quedo de pie tras el mostrador, con mis dedos aferrándose al borde de la encimera. Cada día que vengo aquí, Semyon me sigue como una sombra, pero ahora mismo está en la trastienda, descargando las últimas entregas de productos horneados. Resulta que no le hace mucha gracia que levante los enormes sacos de harina y azúcar.

Stefan está sentado en una mesa, tomando un tentempié y haciendo sus deberes escolares. Se queda paralizado, con la mano suspendida en el aire sosteniendo un lápiz.

—Stefan —digo en voz baja—. Ve a la trastienda, por favor. —Por suerte, Stefan es mucho mejor escuchando estos días, y rápidamente se escabulle detrás del mostrador hacia la parte de atrás.

Me vuelvo hacia mi padre.

—No eres bienvenido aquí.

Me ignora, por supuesto. Siempre lo hace. Sus ojos inyectados en sangre me miran con desdén.

—¿Crees que eres demasiado buena para mí ahora? ¿Jugando a ser princesa con tu marido? Me *debes* algo.

Me mantengo firme.

—No te debo nada. Tienes que irte.

—Y una mierda me voy. —Pasa por mi lado y empuja la puerta batiente hacia la trastienda. Sé exactamente adónde va: a la caja fuerte que está escondida en la parte de atrás. ¿He cambiado ya ese código?

Lo sigo.

—Te he dicho que te vayas.

No hay rastro de Semyon, aunque la puerta trasera está parcialmente abierta. Stefan, sin embargo, está de pie frente a nosotros, con los pies plantados en el suelo y las manos en las caderas.

—Ha dicho que te vayas —dice valientemente, aunque su pequeña voz tiembla.

—Stefan...

—Anya ha dicho que te *vayas* —repite Stefan. Mi padre lo ignora, lo aparta de un empujón y abre el armario donde está la caja fuerte.

—Ni se te ocurra...

—¡No! —grita Stefan, agarrando el brazo de mi padre.

Oh, no.

Mi padre se lo quita de encima y agarra a Stefan con demasiada fuerza. Stefan se estremece y grita mientras mi padre gruñe:

—Pequeño mocoso respondón, igual que tu hermana. Esta panadería era mía. —Zarandea a Stefan, levantándolo del suelo, mientras alza la palma de la mano.

—¡No! —grito.

El momento siguiente es un borrón de movimiento y sonido. El crujido agudo de un cuerpo golpeando la pared. Stefan cae al suelo, corriendo hacia mí, mientras Semyon agarra el cuello de la camisa de mi padre y lo estampa contra la pared, con sus dedos flexionándose como si estuviera decidiendo cuántos huesos va a romper. Su rostro está tallado en hielo.

—¿Te ha hecho daño, Anya?

Niego con la cabeza. Mi voz tiembla.

—No.

—¿Stefan?

Stefan niega con la cabeza.

—Me agarró del brazo, pero estoy bien.

—Vuelve a ponerles las manos encima a cualquiera de los dos —dice con voz grave—, y te romperé todos los malditos huesos del cuerpo. Lentamente.

Los ojos de mi padre se abren de miedo.

—No te atreverías...

—Me atrevería. Y lo disfrutaría muchísimo. —Todavía agarrando la camisa de mi padre, lo conduce hasta la puerta trasera con fría autoridad. —No quiero volver a verte nunca más. —Abre la puerta de una patada y empuja a mi padre hacia el frío amargo, cerrando la puerta de golpe antes de volverse hacia nosotros.

Stefan va hacia él primero. Yo me quedo mirando, aturdida.

—Le dije que la dejara en paz —le cuenta Stefan a Semyon—. Tal y como tú me dijiste.

Dios mío. *Tal y como tú me dijiste*. ¿Le dijo a mi hermano pequeño que me protegiera?

—Lo has hecho bien —dice Semyon, revolviéndole el pelo a Stefan. Sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Anya?

—No me ha tocado —susurro. Todavía me siento vulnerable y conmocionada, pero entonces, en el siguiente suspiro, ocurre algo que me derrite el corazón. La mano de Semyon se extiende hacia Stefan, con la palma hacia arriba. Sin palabras.

Los pequeños dedos de Stefan se curvan alrededor de los más grandes de Semyon. Cogiendo su mano. Parpadeo para contener las lágrimas.

La voz de Semyon es más suave cuando dice:

—Vamos a casa. Alguien tiene una excursión mañana. —¿Cómo he podido olvidarlo por completo? Tomo la otra mano de Semyon. Y se siente... correcto. Bien.

Beso la mejilla de Semyon.

—Gracias.

Él me devuelve el beso.

—Siento que haya pasado esto.

Cerramos la panadería, y cuando Stefan va a buscar su mochila, me vuelvo hacia Semyon. Sin decir palabra, él me atrae hacia sí. Entierro la cabeza en su pecho y dejo que me abrace.

—Quería hacerle daño —susurro—. Pero Stefan...

—Yo también. Y fue *solo* por Stefan que no lo estampé contra esa maldita pared. Pero se le han acabado las advertencias, cariño.

Asiento. Bien. Ya no nos dejaremos amedrentar por él.

—Mañana, Stefan va al museo.

—Y nosotros vamos a lo de los Romanov.

Se siente como estar esperando a que caiga la siguiente bomba. Pero me sumerjo en la sensación de lo mundano y predecible cuando vamos a casa. Stefan mostrándome cómo Zoya le enseñó a picar zanahorias, Semyon hirviendo agua para la pasta mientras yo pongo la mesa. No hablamos de mi padre.

Semyon está de pie junto al fregadero con las mangas arremangadas, enjuagando una taza de café por tercera vez. Es tan metódico y siempre así: tranquilo, controlado, completamente relajado y, de alguna manera... más blando ahora.

Stefan sube a ducharse después de cenar, y yo me siento a la mesa de la cocina con mi portátil. Hay que pagar las facturas de la panadería. El móvil de Semyon vibra sobre la encimera, la pantalla se ilumina con un nombre que no reconozco. Él mira y asiente.

—Voy a atender esta llamada en el despacho. Puede que tarde un rato. Te acostaste *demasiado* tarde anoche, Anya. Arréglalo esta noche, ¿vale?

Se va antes de que pueda responder, mientras una calidez inunda mi pecho.

Así es ahora. Cómodo. Familiar. No hago preguntas sobre lo que hace, a menos que me afecten directamente, y por suerte la mayor parte del tiempo no es así.

Me permito exhalar la tensión del día. No he tenido tiempo de procesar realmente lo que ha pasado, pero aún puedo sentir los hombros a la altura de las orejas. Abro mi programa de contabilidad y me preparo para encontrar los avisos rojos parpadeantes de las facturas que suelen estar vencidas.

Excepto que... están pagadas. Todas y cada una. No solo las del mes, sino por completo.

Semyon.

Me tiemblan las manos mientras reviso mis correos, desplazándome rápidamente para ver lo que necesito, cuando noto un correo del colegio. *Mierda.* La autorización para la excursión vencía hoy, y yo...

Transporte asegurado. Formularios de permiso recibidos. Recuerde enviar las tasas en un sobre con su estudiante.

Niego con la cabeza. Sé que yo no hice esto. Miro hacia la puerta de la cocina, desconcertada.

¿Habrá sido Semyon...?

Trago saliva y cierro mi portátil.

Cuido lo que es mío.

Soy suya. De Semyon Kopolov. Camino como en trance hacia donde cuelga la mochila de Stefan en el gancho junto a la puerta principal. Sonrío para mis adentros al recordar las veces que la arrojaba y dejaba que cayera con un golpe seco, y mi marido le recordaba tranquilamente que ese no era el lugar donde debía estar su mochila antes de hacerle intentarlo de nuevo. Está aprendiendo.

Abro la cremallera de la mochila, esperando encontrar el caos habitual de papeles arrugados y envoltorios de tentempiés vacíos, pero en su lugar... todo está en su lugar. Ordenado. Y justo ahí, en el bolsillo delantero, hay un sobre blanco, etiquetado con la característica caligrafía inclinada y firme de Semyon.

Tasas - Stefan Borozov

Mi corazón se tambalea mientras lo vuelvo a guardar y cierro la mochila. ¿Qué es ese abrigo que cuelga junto a la mochila? Hago una rápida comprobación. Es un abrigo de invierno de alta gama, azul brillante, de la talla de Stefan.

Cierro los ojos, con un nudo en la garganta. Estoy tan acostumbrada a hacer todo sola. Siempre siendo la que lleva el control de los detalles, la que planifica y hace malabarismos, la que rasca lo suficiente para hacer normal la infancia de mi hermano. ¿Quién iba a pensar que de todas las cosas que este hombre podría hacer para desarmarme, sería esto? No solo su peligroso tacto o sus besos robados, la forma en que posee mi cuerpo y me reclama como su esposa. No... Ayudarme a soportar la carga mental.

Por supuesto que lo haría. Semyon es un hermano mayor, la mano derecha de Rafail. Prácticamente crio a Rodion, Yana y Zoya junto a él. Encargarse de las cosas es lo que él hace.

Apago la luz de la cocina, decidida a encontrarle. Puede que me haya recordado que debo dormir esta noche, pero necesito darle las gracias. En persona. A fondo.

La puerta de su despacho está entreabierta, y su voz es baja y ronca mientras atiende una llamada telefónica. Apenas escucho una palabra de lo que dice. Él me mira, con su expresión indescifrable pero teñida de sorpresa cuando cierro la puerta con llave y, tranquila y lentamente, comienzo a desvestirme.

Niega con la cabeza y se muerde el labio; lo más adorable que le he visto hacer nunca. Mis vaqueros caen al suelo formando un charco alrededor de mis pies. Mi camiseta después, seguida de mis bragas y sujetador. Incluso me suelto el moño despeinado y lanzo la goma del pelo al suelo con mi ropa. No habla. Su mandíbula se tensa, su garganta trabaja, y prácticamente puedo sentir el calor que emana de él cuando mi camisa golpea el suelo.

—Anya —dice suavemente. Advirtiéndome.

Presiono mi dedo contra mis labios.

—Shhh.

Me acerco a él, completamente desnuda. Empuja su silla hacia atrás y pulsa *silencio* mientras alguien parlotea sobre ubicaciones,

números y horarios, algo sobre Dublín y Cork. Me deslizo sobre su regazo y beso su mejilla.

—Gracias —le susurro al oído.

—No estoy seguro de por qué —gime—. Pero de nada.

Beso su mandíbula, bajando por su cuello hasta donde tiene la camisa desabotonada en la parte superior. Lamo su clavícula. Mis dedos se enredan en su pelo, con las uñas arañando su cuero cabelludo.

Sin preámbulos y con un gemido ahogado, desliza dos dedos dentro de mí, curvándolos justo como debe ser. Un delicioso estremecimiento me recorre.

Se pone de pie sin avisar y golpea su móvil.

—Tengo que irme. —El móvil cae al suelo mientras se desabrocha el cinturón en un movimiento fluido, y en el siguiente instante, lo siento presionando contra mí: grueso, duro, ya goteando dentro de mí.

—¿Quieres mi polla, Anya? —pregunta—. ¿Es por eso que has venido aquí?

—Siempre quiero tu polla —digo con un medio gemido, anhelándole, arqueando mi espalda para decirle sin palabras que me tome—. *Siempre*.

Entra en mí con una estocada brutal y vívida, quitándome el aliento. Me folla con embestidas implacables, con su agarre dejando moretones en mis muslos y sus dientes en mi garganta.

—Eres tan jodidamente perfecta. Eres todo.

Su ritmo se entrecorta mientras se estrella contra mí. Mi placer me recorre mientras lo monto. Desliza un pulgar sobre mi clítoris y mis caderas se elevan. Estoy jadeando, corriéndome.

—Jodidamente preciosa —gruñe mientras se corre dentro de mí. Nos derrumbamos juntos, desordenados y sin aliento, cubiertos de sudor y enredados. Su frente descansa contra la mía.

—Dime que eres mía, Anya. Quiero oírtelo decir.

—Soy tuya, Semyon. —Y por fin se siente correcto.

—No creas que puedes salirte con la tuya interrumpiendo mis llamadas telefónicas —dice con una palmada a medias en mi trasero desnudo.

Resoplo y le guiño un ojo.

—Lo que tú digas.

Capítulo Veinticuatro

Semyon

El gran salón de la mansión Romanov resplandece. Unas lámparas de cristal cuelgan como constelaciones, y los espejos con bordes dorados iluminan a todos los presentes. Algunos podrían pensar que los espejos con bordes dorados son solo para presumir, pero yo sé que le dan a Mikhail Romanov y a sus hermanos un mejor punto de observación alrededor de las columnas de mármol en este enorme lugar. Los espejos son útiles: te dan un segundo par de ojos.

Lo que la gente no sabe sobre mis gafas...

El aire vibra con conversaciones en murmullos, risas suaves y el tintineo de las copas de champán. Desde que conozco a los Romanov, han sido famosos por celebrar estas galas. Aquí, la gente finge que somos civilizados por un rato.

Las odio totalmente.

En cierto modo, me recuerdan a los grandes bailes que se celebraban en épocas pasadas, de ese tipo en el que la tensión bullía bajo cada reverencia y cortesía educada, donde los motivos ocultos y los sentimientos no expresados tenían lugar en la gran sala, llena de gente.

Por supuesto que a Polina, la esposa de Rafail, le encanta. Al fin y al cabo, esta es la casa familiar. Aunque creció en Nueva York, sus raíces están firmemente plantadas en los círculos elitistas de Moscú. Mis hermanas también adoran los bailes; son una oportunidad para arreglarse y socializar, para fingir por un rato que no existe una constante sombra de peligro que nos acecha y nos sigue. Todo el mundo se comporta lo mejor posible en una gala Romanov.

Yo no. No hay necesidad.

Hay tantas personas diferentes aquí, tantas familias distintas, y Anya parece un poco fuera de lugar y confundida. Pero esta noche, ella es lo único en lo que me concentro. Lleva ese vestido color champán que abraza su figura y cae en suaves ondas hasta el suelo. Pero como buena chica, lleva su chal.

Se lo quitaré esta noche.

El color realza su cabello castaño rojizo, recogido en un sofisticado moño, y sus ojos color avellana parecen brillar bajo las luces. Si alguna vez hubo dudas en la mente de alguien de que Anya ha madurado, desaparecerán esta noche. Anya ha terminado de florecer.

Las cabezas giran cuando subimos juntos la escalera, yo a su lado con un traje negro a medida y mi mano descansando suavemente en la parte baja de su espalda.

—Impresionante —murmuro en voz baja.

—Es precioso —dice ella, mirando alrededor—. Me siento como...

—No me refiero al baile, cariño.

Me encanta cómo sus labios se curvan y sus mejillas se sonrojan. Es tan adorable.

—Tú tampoco te ves nada mal —dice con un guiño. Le doy un discreto pellizco en el trasero. Soy el único que sabe que lleva un

vibrador controlado por un mando a distancia que tengo en mi bolsillo. Dijo que soy pervertido y malvado.

No tiene ni puta idea.

Esta noche, soy yo quien debe mantenerse alerta, mantener el control. Pero, ¿Anya? Ella puede perderse por completo, y si de mí depende, acabará gritando mi nombre en nuestra cama antes de que acabe la noche. La quiero tan excitada, tan desesperada por mí, que cuando la lleve a casa, me esté suplicando, rogando que la tome. Que la arruine.

Cada mirada, cada caricia, será una provocación lenta y deliberada hasta que no pueda soportar ni un segundo más sin tenerme dentro.

—¿Está Matvei aquí esta noche?

—Debería estarlo. ¿Por qué?

Con el ceño fruncido, niega con la cabeza.

—No... me fío de él.

Bien. No debería. Pero está a salvo conmigo.

Al entrar en el salón de baile, una figura familiar se acerca. Hablando del rey de Roma. Nos saluda con un educado asentimiento, con sus ojos oscuros recorriendo la sala. Pero hay una corriente subyacente de algo más. Eventos grandes como este atraen a mucha gente de aquí y su atención. Si vamos a recibir alguna noticia sobre la hermana de Polina, será esta noche.

Anya se tensa a mi lado. No la culpo. Estamos bastante seguros de que es un psicópata.

—Buenas noches, Anya —dice Matvei, con su tono suave, distante—. Estás encantadora.

—Ya es suficiente —digo, apartándola de él. Él se ríe, y ella le da las gracias, pero su sonrisa es sencilla y cautelosa. Me dijo que le pone nerviosa. Sabe que es leal a Rafail, y le he explicado que su

hermano Gleb nos traicionó. Matvei es educado en la superficie, pero hay un duro filo bajo su encanto, una silenciosa crueldad de la que ella es muy consciente. Matvei no se detendrá ante nada para demostrar su lealtad.

Una vez dentro, me conducen a un área más privada donde Rafail y Polina ya están tomando copas. Anya se pone tensa cuando se da cuenta de que esto no es una gran multitud sino una pequeña reunión íntima. Hay comida elegante que se sirve en pequeñas bandejas de plata, y las bebidas también se están sirviendo.

—¿Champán, señora? —ofrece un camarero.

Su espalda está tensa y rígida cuando activo el ajuste más bajo del vibrador en mi bolsillo. Sus labios se separan, y sus mejillas se sonrojan mientras me mira, con un destello malicioso en sus preciosos ojos.

—Dos, por favor —dice, cogiendo dos copas de champán de la bandeja y dándome una.

—Te dije que no bebería esta noche —le recuerdo.

—Lo sé —dice con una pequeña sonrisa—. Estás sujetando la segunda para cuando termine la primera. —Da un sorbo. Pulso el botón más alto del vibrador para castigarla por su insolencia. Ella gime suavemente y lo oculta detrás de su copa de champán.

Lo apago cuando termina el champán.

—Semyon —suplica en mi oído.

—¿Sí, nena?

Ella niega con la cabeza mientras Polina se acerca, elegante y grácil con su largo cabello rubio y su vestido plateado.

Charlamos con facilidad con Polina mientras nos presenta a algunas personas más que conoce su familia. Anya bebe lentamente su segunda copa de champán. Me inclino y le susurro al oído.

—¿Qué sentiría si pusiera mis manos entre tus piernas ahora mismo? —Activo el botón.

—Húmedo. —Jadea. —Caliente. *Necesidad*. —Ha perdido la capacidad de hablar más allá de unas pocas sílabas. Contengo una risita y la abrazo.

—Nena —murmuro—. Pon tu cabeza en mi hombro. —Obedece sin dudar.

—¿Estás lista para correrte, Anya?

—Mmm.

—Buena chica. Déjate llevar. Córrete, nena. No hay nadie aquí. —Ella mantiene el control de una reina mientras presiono el botón del vibrador otra vez. Se estremece, con su orgasmo llegando en oleadas. Me río suavemente, atrayéndola a mis brazos como si sus hombros temblorosos fueran de risa y no de un clímax en medio de la sala.

Sonrío para mis adentros. Un punto para mí.

—Buena chica —le susurro con aprobación al oído—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Ah, ¿sí? —me provoca, echando la cabeza hacia atrás y dando otro sorbo de champán. Noto que está un poco tambaleante.

—Sí.

Le quito la copa de la mano y la coloco en una mesa cercana.

—Baila conmigo —digo, suave pero firmemente.

—¿Tú bailas? —pregunta, parpadeando.

—Esta noche, sí.

En silencio, coloca su mano en la mía. La llevo a la pista de baile, donde solo hay otra pareja. La música cambia a algo más lento, más

íntimo. Le rodeo la cintura con el brazo mientras la atraigo hacia mí, con mi otra mano sujetando la suya, firme y cálida. Me encanta la sensación de tenerla aquí contra mí.

—Está lleno de sorpresas, señor —murmura, con voz suave.

Meto la mano en el bolsillo y saco una pequeña caja.

—Aún no has visto nada. Esto es para ti.

Ella mira mi palma.

—Pero ya estamos casados, señor Kopolov. Eso no puede ser… ¿Un anillo?

—Lo sé. Ábrelo y mira qué es.

Abre la caja con una sonrisa pícara y mira con curiosidad la llave que hay dentro.

—¿Qué es esto?

—La llave de tu nueva pastelería.

—¿*Nueva pastelería*?

—Te dije que confiaras en mí. Créeme, te encantará cuando esté terminada. Mantendremos todos los electrodomésticos de tu madre, cada cosa hermosa que instaló allí. Las únicas novedades serán cerraduras industriales en las puertas, una nevera mucho más grande y un congelador diferente al que tendrás acceso. Aunque he mantenido intencionadamente el original. —Me encojo de hombros. —Podría ser útil.

Nos movemos entre la multitud. Anya mantiene una postura rígida, con sus dedos rozando el borde de su chal como un escudo. Cada vez se me da mejor leerla y saber lo que necesita. No la culpo por estar nerviosa en un lugar lleno de gente, especialmente cuando está como pez fuera del agua. Aunque no debería estar nerviosa. Está conmigo.

—Estás frunciendo el ceño. —Sus ojos se encuentran con los míos, curiosos.

—Puedo ver que crees que tienes algo que temer aquí. Pero no es así. No conmigo. —Deslizo mis dedos por la nuca de ella y le doy un suave apretón.

Sin decir palabra, se acerca más a mí, respira hondo y asiente, regalándome la más pequeña de las sonrisas. Es todo lo que necesito.

Necesitamos un poco de aire fresco. Me dirijo hacia el bar exterior.

—No siento que pertenezca a este lugar —me susurra al oído.

—Te entiendo perfectamente. Nunca siento que pertenezco a ningún sitio. —Pensaba que estaba mejorando en leerla, pero no entiendo completamente la ternura en sus ojos cuando me mira y me aprieta la mano.

Me inclino más cerca.

—Voy a protegerte, Anya. Siempre lo haré. Pero eres más fuerte de lo que crees. —Coloco un dedo bajo su barbilla y llevo su mirada a la mía. —No olvides quién eres. Si fuera por mí, se inclinarían ante ti cuando entraras.

Algún día, lo harán. Joder, lo harán.

—Kopolov.

Mi atención se agudiza cuando le veo: Oleg Makarov. Impredecible. Uno de los aliados menores de la Familia Romanov aquí en Moscú, pero aún peligroso. Irradia un aire de autoridad, con su mirada centrándose en Anya.

—Ha pasado tiempo, Semyon —dice con suavidad, antes de girarse hacia Anya—. ¿Y quién es esta? ¿Tu encantadora mujercita?

Cabrón.

Anya se altera a mi lado, inmediatamente en guardia. Makarov es despiadado e impredecible, y no confío en él.

Sus ojos se entrecierran de inmediato sobre ella, y su voz baja de tono. No quiero que lo toque, pero cuando él extiende su mano hacia ella, ella le extiende la suya y se la estrecha sin piedad.

—Sí. Anya Kopolov. Su «mujercita». —Enfatiza las palabras, y me encanta que lo haga.

Él entrecierra los ojos.

—Vaya, ¿no eres tú la valiente?

—¿Y tú eres…? —insiste ella, imperturbable. El orgullo surge en mi pecho.

Sus ojos destellan con diversión; un hombre como Oleg disfruta cruzando límites, especialmente con personas como Anya, que no están curtidas en su mundo. Se ríe, inclinándose demasiado cerca para mi gusto.

—Alguien con quien no querrás cabrear —termina, mostrando los dientes.

—No veo qué tiene de valiente decir mi propio nombre —dice ella con una sonrisa fría. Una parte de mí quiere animarla. *Así se hace*. Otra parte de mí quiere empujarla detrás de mí para protegerla.

—Cuidado, chica —murmura—. En nuestro mundo, a algunas personas no les gusta una mujer descarada.

Bien, ya es suficiente. Me interpongo entre los dos.

—A mí sí me gusta, joder. Ya basta.

El cambio en la atmósfera es inmediato. La máscara educada cae de mi rostro, reemplazada por algo mucho más oscuro. Él se queda paralizado como si sintiera la amenaza entre nosotros, pero como no parece captar la indirecta, quizás sea necesario algo más duro.

—¿Tienes algo que decirle a mi mujer? —susurro—. Sabes que ella y yo nos hicimos votos. También sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Imagino cómo se desarrollará esto: cómo lo cogeré, con mi puño golpeando su mandíbula. Caerá hacia atrás, con su cabeza estrellándose contra el hormigón. Y nadie se moverá. Ni una sola persona pestañeará porque esto no es nada fuera de lo común para mi familia, para esta reunión.

Pero no lo hago. Aún no. Decido comportarme. Por Anya.

Hasta que decide que tiene algo más que decirle.

—Eres su primera esposa, ¿no? Disfrútalo. ¿No sabes lo que hace esta familia con sus esposas? —Su voz provoca de nuevo, esta vez encontrándose con mi mirada. —Estoy decepcionado contigo, Semyon. Habría pensado que ya le habrías enseñado a tu mujer cuál es su lugar.

A Anya se le desencaja la mandíbula.

Me le planto en la cara.

—No creo que sea yo el que deba tener cuidado —le advierto—. Se rumorea que tienes conexiones con los irlandeses. Y están en movimiento. No parece que sea lo mejor para ti joderlo todo, ¿verdad?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dice, pero su fría sonrisa flaquea. Sus afilados incisivos brillan hacia mí—. Te apoderaste de la panadería sin perder tiempo. Parece que también te gusta llevar a tu mujer allí, ¿no?

Mi puño conecta con su mandíbula. Solo me abre el apetito.

—¡Hijo de puta! —gruño, y lo empujo contra una mesa de cristal que se hace añicos al instante. Una lluvia de cristales cae, y Anya grita. Nadie ni siquiera mira en nuestra dirección.

Él se ríe, poniéndose de pie mientras se limpia el labio partido con la manga, manchándose de sangre.

—Lo sabía —murmura—. Eso fue una prueba... y has fallado.

Avanzo hacia él, pero una mano pesada cae sobre mi hombro.

—No lo hagas. —Es Matvei, con sus ojos taladrando los míos. —Es una distracción. Sabes lo que es. Distraerte de *qué* es la verdadera cuestión.

Makarov ha desaparecido.

Anya me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Nadie ni siquiera miró hacia aquí —dice, sacudiendo la cabeza—. Le diste un puñetazo, rompiste la mesa y los cristales, y nadie ni pestañeó. —Me lanza una mirada de reproche. —¿Es así como vosotros los chicos siempre resolvéis las cosas?

Justo cuando parecía que estaba avanzando en comprenderla, me sale con eso.

Matvei suelta una risa.

—Así es como hacemos las cosas, Anya. Cada invitado aquí esta noche está de alguna manera afiliado a una familia que no duda decir las cosas como son. —Sus ojos recorren las salidas. —Quédate cerca de Semyon.

—Vamos a tomar aire fresco —sugiero, alejándome de Matvei hacia una zona pavimentada iluminada por la luz de la luna. Parece funcionar, también, para mis hermanas.

Matvei se aleja de nosotros, pero no paso por alto cómo su mano va hacia su cintura, listo para sacar un arma.

—¿Podemos irnos a casa ya? —Ahí está otra vez. *Casa.*

—Pronto.

No puedo quitarme la sensación de que algo está a punto de suceder, otra pieza del rompecabezas encajando en su lugar.

Camino con Anya. Los senderos del jardín están tenuemente iluminados, con sombras que se extienden por las piedras. Se está tranquilo aquí, con el zumbido distante de la fiesta desvaneciéndose en el fondo.

Algo no va bien. Los pelos de mi nuca se erizan. Inhalo profundamente como si el olor fuera a revelar algo, pero no puedo captarlo. En cambio, noto cómo los ojos de Anya miran a las sombras y el ligero enganche en su respiración.

Dándome la vuelta rápidamente, estoy alerta. La ira desgarra mi pecho. Primero la panadería, ahora esto. En mi visión periférica, noto un movimiento rápido y un destello de metal. Mis instintos se disparan.

—¡Agáchate! —espeto, tirando de ella detrás de mí mientras una figura emerge de la oscuridad. El primer disparo rompe la quietud de la noche.

La empujo al suelo, protegiéndola con mi propio cuerpo mientras suena otro disparo. El dolor explota en mi hombro, pero apenas lo registro, con la adrenalina corriendo por mis venas. Tengo que mantener a Anya a salvo.

La enorme y amenazante figura de Matvei atraviesa la quietud. Aprieta el gatillo. El fuego brota de su arma.

—¿Estás bien?

—Me han dado —digo, con los dientes apretados—. Anya, ¿estás bien?

—Estoy bien. —Su voz está en pánico. —¿Qué ha pasado?

Saco mi arma y disparo. El fuego erupciona de mi pistola y de la de Matvei. Los atacantes se dispersan, retirándose en la noche.

Podría perseguirlos, pero eso dejaría a Anya vulnerable.

—Atrapadlos. ¡Atrapad a esos jodi... atrapadlos! —ladro, con mi voz afilada por la furia. Asiento a Matvei, pero él es una montaña de hombre, construido para la potencia, no la velocidad. Corre tras ellos, disparando mientras corre, pero los cabrones ya están desapareciendo. Los disparos resuenan, pero es demasiado tarde.

Esto no fue un ataque aleatorio. Fue calculado. Diseñado para desorientarnos.

Anya jadea.

—¡Dios mío, Semyon!

Miro hacia abajo para ver sangre derramándose en mi camisa blanca, en el suelo, en mis manos. *Hijo de puta.*

Anya me alcanza, y mi sangre mancha sus dedos, espesa y pegajosa.

—Estoy bien —gruño, escudriñando la oscuridad otra vez en busca de cualquier señal de movimiento. Pero el jardín está silencioso ahora, como un depredador retirándose.

—Mierda. —Sacudo la cabeza. —Matvei tenía razón. ¿Qué coño ha sido eso?

El sonido de tacones anuncia la llegada de mis hermanas. Yana es la primera, con su mirada afilada y letal ya evaluando la situación.

—¿Quién era? ¿Dónde está Matvei?

—La salida sur. —Tengo todo el maldito lugar memorizado. Siempre lo hago. Sé que la salida sur conduce al aparcamiento, protegido solo por setos altos y una cerca de hierro forjado.

Yana no duda; se quita los tacones de una patada y salta, con su figura desapareciendo en la noche. Joder, ojalá hubiera estado ella aquí en lugar de Matvei, ya que es dos veces más rápida.

—¿Estás bien, Anya? —pregunta Zoya, tranquila e imperturbable como siempre. Comprueba el estado de Anya con una mirada rápida. Me encanta que mi hermana se haya ocupado primero de mi esposa, sabiendo que es un objetivo más vulnerable.

—Estoy bien, pero Semyon...

—Ha tenido peores —dice Zoya, después de una rápida evaluación. Pero en la oscuridad, no puedo saber si lo dice solo para aliviar los temores de Anya. Mi visión se nubla.

Anya sacude la cabeza.

—Está sangrando.

Zoya se mantiene serena.

—Nos ocuparemos de él. Los Romanov tendrán médicos.

—Estoy bien —digo, entre dientes apretados. Me siento impotente, derrotado, y eso me cabrea muchísimo. Podrían haber golpeado a Anya. ¿Quién carajo era ese? —No te preocupes por mí.

Pero no puedo ignorar la forma en que Anya me mira, con sus ojos abiertos y brillantes de miedo. Está temblando, y algo me dice que esto es más que miedo. Algo más profundo que llega dentro de mí, apretando como un puño alrededor de mi pecho.

Mi visión se oscurece por los bordes. *Khristos.* Estoy perdiendo sangre.

—Volveré —murmura Zoya, retirándose con su arma desenfundada —. Anya, quédate aquí con él.

—Por supuesto —dice Anya, sacudiendo la cabeza—. Como si fuera a ir a alguna parte. —Sus labios se tuercen en un mohín. Sonreiría si no sintiera que el hombro me fuera a implosionar.

—¿Quién vendría aquí a disparar sin más? —Sacude la cabeza. Se cierne sobre mí, con las manos cerca como si de alguna manera

quisiera anclarme en mi sitio. —Oh, Semyon. —Nuestros dedos se entrelazan, pegajosos por la sangre.

—Alguien con vínculos con los irlandeses. —Las piezas empiezan a encajar. Necesito medicamentos para poder concentrarme, para poder colocarlas todas en su sitio y decir *jaque mate*. —El instinto de Matvei estaba en lo cierto. Era una puta distracción. Rafail y Rodion no están aquí, así que puedo garantizar que estaban en el extremo más alejado de la finca antes de hacer sus movimientos.

Lo que no le digo es que probablemente sabrían que mi instinto sería proteger a Anya, y que Matvei sería demasiado lento para una persecución. Esto estaba calculado.

Anya frunce el ceño.

—Se acercaron lo suficiente para disparar. Vi algo en la muñeca de uno de ellos cuando se dio la vuelta para marcharse, algo que me recordó al vídeo de Eli.

Por supuesto. El símbolo de la facción. El sindicato irlandés no ha sido discreto sobre lo que quiere. Esta noche, finalmente ha hecho su movimiento.

—No puedo creer que nadie esté mirando —susurra Anya—. Estás desangrándote en su patio, Semyon. Sonaron disparos y a nadie le importa. ¿Qué demonios? —Sacude la cabeza, con su voz temblorosa. —¿Cómo es normal esto?

No sé qué puedo decirle para tranquilizarla. Estoy haciendo lo posible por mantenerme consciente.

Pero la emoción cruda en su mirada es algo que me lleva un momento procesar. Nunca la había visto antes. Está temblando, sí, pero hay algo más. Algo más profundo.

¿Qué significa? Tal vez lo he visto antes y nunca me di cuenta.

Por un momento, ninguno de los dos habla. La intensidad de su mirada hace que se me oprima el pecho. El mundo nada ante mí, y

mi cara se siente demasiado caliente, la piel demasiado tirante. *Mierda*.

Le doy una sonrisa sombría.

—La violencia no es suficiente. La vida y la muerte suceden en un abrir y cerrar de ojos en nuestro mundo, y el mundo sigue girando, Anya.

Lentamente, el peso de mis palabras se hunde. Pero puedo sentirlo: su miedo ya no es solo por ella misma. Es por mí.

Matvei regresa, jadeando ligeramente pero compuesto. Se inclina.

—Definitivamente, los irlandeses —confirma, dirigiendo su mirada hacia Anya. Escuchamos mientras nos da más detalles, pero solo es confirmación de lo que ya sabíamos.

Zoya regresa con Mikhail Romanov, el *pakhan* de la Familia Romanov, y alguien que no conozco a su lado, un joven de piel morena vestido completamente de blanco. Su médico, supongo.

—Bien —dice con una sonrisa tensa—. Vamos a llevarte dentro y a curarte.

—No estamos seguros —dice Anya—. Dios, Semyon.

Busco su mano y se la aprieto suavemente.

—Nunca lo estuvimos, Anya.

Yana regresa a nosotros, triunfante y feroz, arrastrando a un rehén atado tras ella. Las cejas de Mikhail se disparan. Anya palidece. El hombre tropieza, con un rastro de sangre goteando de su sien. Yana tiene un puño agarrando la parte trasera de su camisa, y la otra mano empuña una pistola firmemente presionada contra sus costillas. Se mueve como siempre, con gracia letal.

—Atrapé a este cabrón escabulléndose hacia un coche de escape. No pude atrapar a los otros, pero sacaremos respuestas de él.

Me adelanto, ignorando el ardiente dolor en mi hombro. Anya se mueve nerviosa, pero la descarto con un gesto. Ahora estoy en control.

—¿Quién te envió?

—Ya sabes quién —dice arrastrando las palabras, sin molestarse en ocultar su fuerte acento irlandés.

—Tenemos toda la noche —susurra Yana, con una sonrisa maliciosa.

Su mandíbula está tensa y sus ojos entrecerrados mientras escupe en el suelo.

—No sacaréis nada de mí.

Sacudo la cabeza. Este cabrón es responsable de una amenaza contra mi esposa. Me hierve la sangre.

—Ya veremos.

Capítulo Veinticinco

Anya

—Está bien —digo en voz baja, enrollándome un mechón de pelo en el dedo. Me recuerda a cuando era más joven, escondida en el armario de mi madre, enrollando el cable del móvil en mi dedo. De cuando los móviles tenían cable.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ophelia—. Esto es una locura. Es como si de repente estuvieras viviendo en una novela romántica.

—No lo sé. Fue como si nos hubieran tendido una emboscada o algo así. Realmente no sé qué ocurre en estas familias —le digo, negando con la cabeza—. Todo este tiempo, pensaba que Eli estaba relacionado con la mafia. No creía que estuviera completamente involucrado. Pero parece que hay mucho que todavía no entiendo.

Miro de reojo la figura dormida de mi marido. Rechazó los analgésicos, por supuesto, porque tenía que aguantar el dolor por sí mismo. Creo que la verdadera razón es porque tiene un rehén con quien hablar.

El hombre que una vez pareció tan emocionalmente distante se agita en su sueño. Cuando despierta, me mira, busca mi mano y la aprieta.

—¿Qué hora es?

Miro la hora y cubro el micrófono de mi móvil.

—Las seis.

Por supuesto. Semyon es como un reloj. ¿Herida de bala? Un... ¿cómo lo llaman?... *rehén* en algún lugar esperando a que lo interrogue? No importa. La cena con su familia es a las seis.

Desde que Semyon resultó herido, Rafail ha insistido en que nos quedemos en su gran casa familiar. Stefan, por supuesto, está encantado porque Zoya está aquí. Y no nos hemos perdido ni una sola cena desde entonces.

—¿Semyon? —digo, en voz baja—. ¿Quieres bajar a cenar? No tienes que venir sí o sí.

Se incorpora en la cama y deja caer las piernas por un lado.

—Por supuesto que sí.

—Rafail te dijo que te quedaras aquí y descansaras.

—Estoy bien. Es un puto arañazo, Anya.

Pongo los ojos en blanco. Por supuesto que diría eso.

—Tenemos mucho que discutir, y gran parte afecta directamente a tu seguridad —dice, insistente—. Vamos a bajar.

Vuelvo al móvil.

—Tengo que irme.

—Llámame pronto, cielo. Te quiero y te echo mucho de menos. ¿Y cuándo vas a volver a abrir la pastelería?

—Pronto —prometo, pero empieza a sonar como un disco rayado—. Te quiero.

Cuelgo el móvil. Semyon me frunce el ceño, y no estoy segura de por qué.

—Muy bien, si te sientes con fuerzas...

—No iría si no las tuviera —dice con firmeza.

Le aparto un mechón de pelo rebelde de la frente y le ajusto las gafas. Su mirada firme me reconforta, su voz es un gruñido bajo.

—Que necesite un poco de tiempo para recuperarme no significa que haya perdido mi resistencia, mujer.

—Más te vale que no —digo suavemente, bromeando. Me siento a horcajadas sobre su regazo y deslizo mis manos por la amplitud de su duro pecho. No es esta parte de él la que está herida. Me inclino y lo beso, pero solo brevemente. Él odia llegar tarde. *Yo* odio que me digan qué hacer.

Presiono mi palma contra su dura erección mientras sus manos se entrelazan en la parte posterior de mi cuello; una advertencia. Trazo la línea de su miembro, con mi sexo húmedo y necesitado. Me deslizo hacia atrás y me inclino, tocando con mi boca la cabeza de su miembro.

—¿Seguro que no tenemos tiempo? —pregunto, con un maullido—. Te deseo, Semyon.

No puedo evitar soltar una risita ante su maldición gutural mientras agarra mi pelo y tira de mi cabeza hacia arriba.

—Si sigues haciendo eso, me voy a correr en los pantalones. —Niega con la cabeza y se ajusta el miembro. —Es difícil concentrarse quedándome con las ganas. *Dios mío*.

Pero en lugar de empujarme fuera de su regazo, acaricia mi pezón endurecido a través de la fina tela de mi *top*. Gimo y me inclino más cerca. Con un tirón, baja mi *top* y cubre mi pecho con su mano, con su pulgar trazando una línea sobre mi pezón. Mi clítoris palpita.

—Ahí —dice, con una sonrisa satisfecha antes de que sus dientes rocen mi clavícula—. Ahora estamos en paz. —Golpea mi trasero con la palma de su mano. —Ahora baja el culo. Como lleguemos más tarde por tu culpa, me lo cobraré en tu culo después de la cena.

Inclino la cabeza hacia un lado como si lo estuviera considerando.

—*Anya*. —Pero para entonces ya estoy de pie y camino hacia la puerta a su lado.

—Cuanto antes pueda llegar a nuestro rehén, antes podré tener respuestas sobre Eli.

Trago saliva. De repente tengo la boca seca.

—Lo sé.

En la mesa del comedor, Stefan tiene mucho que decir. Está ansioso por contarnos sobre las galletas que hizo con Zoya, lo bien que le fue en la escuela, el nuevo libro que está leyendo, el nuevo nivel que alcanzó en su juego y el perro que él y Zoya quieren tener.

Rafail gruñe ante la mención de un perro, pero Zoya solo se ríe.

En un momento dado, Stefan está tan emocionado que se estira sobre la mesa y vuelca un vaso de leche. La mirada severa de Rafail cae sobre él, y Stefan palidece, pero Semyon endereza el vaso con calma.

—Presta atención, Stefan. Está bien; los accidentes ocurren, pero ocurren menos si tienes cuidado.

Stefan no parece afectado. A su edad, yo habría estado mortificada. Creo que este tipo de ambiente será bueno para él. Zoya lo acompaña fuera para cambiarle la camiseta empapada.

—Vamos a por esos profiteroles que hicimos antes.

—Solía hornear con mi hermana —dice Stefan con petulancia, mirándome—. ¿Cuándo volveremos a la pastelería?

—Pronto —le digo—. Semyon y yo estamos haciendo algunas reformas. Estaremos allí pronto.

Stefan se va, y Zoya le sigue pisándole los talones.

—Tenemos que hablar sobre lo que pasó —dice Rafail en voz baja. Polina clava los ojos en los míos. Semyon dice que ella se siente responsable por lo que pasó porque fue en la finca de su familia. No lo es, por supuesto.

—Tenemos que tomar una decisión —dice Matvei, con voz oscura y su mirada clavándome en mi sitio—. ¿Estamos seguros de que todos los aquí presentes pueden soportar la verdad?

Presiono mis labios en una fina línea. Se refiere a *mí*.

—Creo que todos los aquí presentes entienden perfectamente lo que deben entender —digo con una sonrisa amable.

Semyon asiente, de acuerdo.

—Examinamos las grabaciones —continúa Matvei—. La persona que aparece en el vídeo que conseguimos de la captura de Eli es la misma que Semyon vio durante el ataque y también la que escapó. Parece que no le gusta ser anónimo. Sabremos más cuando interroguemos a nuestro rehén.

—¿Por qué estáis esperando? —Todas las miradas se dirigen a mí.

—Cuanto más débil esté, hambriento y sediento, más fácil será obtener respuestas —responde Semyon en voz baja.

El estómago me da un vuelco.

—¿A quién hemos identificado? —pregunta Rafail, con los ojos afilados y centrados en Matvei.

—Le llaman El Enterrador —dice Matvei—. El hijo de Keenan McCarthy.

—Hijo de puta —susurra Rafail—. Es un tirador letal. Infame.

Tengo la clara sensación de que hay muchas cosas que no están diciendo en voz alta, cosas que pueden o no involucrarme.

Siento la cara caliente, y algo se agita en mi vientre. Pienso en Eli.

¿El Enterrador?

—¿Por qué aparecería de repente y haría esa mierda? —murmura Rodion, sacudiendo la cabeza.

—Los irlandeses quieren que sepamos que están presentes, pero no preparados para una guerra total —dice Matvei—. Al menos no todavía.

—Por supuesto que no —responde Semyon—. Tenemos más aliados aquí que ellos.

Rodion tamborilea con los dedos en la mesa, pensativamente.

—Lo cual me lleva a algo que he estado pensando. En Estados Unidos, me tomé unas copas con uno de los limpiadores del cártel de la Costa Oeste. Mencionó que se había reunido con el don de la mafia italiana de Boston y algunos otros.

Rafail asiente lentamente.

—Vadka me estaba hablando de esto. La Hermandad.

—¿La Hermandad? —pregunto.

—Es un grupo de los seis líderes más poderosos del hampa de Estados Unidos —dice Matvei—. Es extraoficial, pero cuando unen fuerzas, se vuelven imparables.

—¿Tenéis algo parecido? —pregunto.

—Aún no —responde Rafail, con voz cargada de significado—. Pero es el momento.

Interesante.

—¿Cómo se empieza algo así? —pregunto, curiosa. Es alucinante pensar en todas esas personas poderosas en un solo grupo.

—Primero, conseguimos a tu hermano —dice Matvei—. Después, lo interrogamos.

La mano de Semyon se tensa en mi rodilla. *Interrogarlo*.

¿Qué implica eso? ¿Tortura?

Me da vueltas la cabeza. Parpadeo, intentando aclarar mis ideas, pero no resulta muy efectivo. Semyon está demasiado concentrado en la conversación con su familia para darse cuenta. Su agarre en mi rodilla se intensifica.

—¿Estás bien? —me pregunta. Niego con la cabeza.

—Estoy bien —miento.

¿La idea de que Eli esté en manos de alguien llamado El Enterrador? Perdóname si necesito un minuto.

—Vamos a solucionar esto, Anya. Tienes mi palabra —dice Semyon. Pero cuando lo miro, tiene la cara anormalmente pálida. Todavía se está recuperando de una herida de bala, me digo a mí misma, pero...

¿En qué me he metido?

Alcanzo un vaso de agua y, para mi horror, mi mano tiembla y lo derribo, igual que hizo mi hermano pequeño.

—¡Lo siento mucho! —balbuceo, nerviosa. Me levanto de un salto de la mesa y la silla cae al suelo con estrépito. Estoy mareada. La habitación da vueltas.

¿Qué me pasa? Siento que voy a vomitar.

A medida que la conversación se intensifica, la cabeza me palpita. Me siento extraña. El mundo se inclina en los bordes de mi visión, pero lo ignoro. No puedo derrumbarme. No ahora. Hay demasiado...

—Anya.

Semyon está de pie, alargando la mano hacia mí. Es tan extraño porque parece que el suelo está ascendiendo para encontrarse con el techo. Cómo es... Estoy girando, cayendo... y entonces todo se vuelve negro.



—No hay evidencia de envenenamiento —dice alguien sobre mí, con voz grave.

—Tiene fiebre. Si continúa así mucho más, tendremos que llevarla al hospital.

—No, allí no estará segura. —Reconozco la voz de Semyon.

—Tendrás que hacer lo posible para mantenerla bien hidratada y descansada. Parece un virus, pero podría complicarse rápidamente.

Intento abrir los ojos, pero pesan demasiado. Son *demasiado* pesados. Los cierro de nuevo.

Veo a mi madre golpeando la mesa de la cocina con su pequeño puño, suplicando a Semyon, rogando. Los ojos sin vida de mi padre miran al frente, con el rancio hedor a whisky en su aliento. Luego aparece Eli, atado a una silla, ensangrentado y destrozado. Pero cuando miro más de cerca, ya no es él sino Semyon. La sangre brota de la herida en su hombro, salpicando el suelo. Intento gritar, pero no sale ningún sonido.

Luego veo a Stefan jugando fuera. Está construyendo un castillo con los bloques que le compró Yana. Detrás de él, una gran figura tatuada levanta un arma. Intento correr hacia él, pero mis piernas son demasiado lentas. No puedo alcanzarlo.

Jadeo. Despertando. Semyon está sentado en una silla, y su cabeza se ha ladeado. Inspiro bruscamente.

Está dormido.

—¿Semyon?

Mis labios se sienten hinchados y mi boca seca, como si estuviera rellena de algodón. Él se despierta inmediatamente, de repente alerta, con las gafas ligeramente torcidas.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Me sorprende encontrarme en la cama.

—Estoy bien —digo. Eso creo—. ¿Qué me ha pasado?

Semyon se pone de pie y corre hacia mí. Su mano agarra la mía al instante. Me ancla, me calma, a pesar de que mis miedos van en aumento.

—No lo sabemos. Pensamos que podrías haber sido envenenada, pero el médico dice que no hay evidencia de ello. Tienes fiebre, pero el médico dijo que lo más probable es que sea un virus.

Fiebre... de inmediato pensaron en veneno. Lo miro fijamente.

—Estabas inconsciente.

Sacudo la cabeza.

—Tu ropa está hecha un desastre.

Él resopla.

—¿Sí?

—Es solo que... no es habitual en ti.

La voz de Semyon es áspera mientras se inclina más cerca de mí.

—He estado preocupado. —Suspira. Todavía puedo ver su hombro vendado. Después de todo, solo fue una herida superficial, pero sangró como loco y no debe sentirse bien.

—Definitivamente lo ha estado.

Levanto la vista para ver a Zoya de pie en la puerta.

—Ha estado a tu lado sin parar. Has estado perdiendo y recobrando el conocimiento.

—*Zoya.* —Semyon le lanza una mirada, pero ella simplemente niega con la cabeza.

—Ha estado completamente pegado a ti, Anya. Todos hemos estado preocupados.

—Creo que estoy bien —digo, sacudiendo la cabeza, aunque no estoy totalmente segura. Todavía me siento desorientada. Mi estómago ruge.

—¿Tienes hambre? —pregunta Zoya, inclinando la cabeza.

Asiento.

—Definitivamente. ¿Hay alguna novedad que deba saber? —pregunto.

—Ninguna que tenga que ver con Eli —dice Semyon, aunque sus ojos se desvían como si estuviera procesando algo más.

Todo me viene de golpe. La gala. Disparos. Semyon recibió un disparo, y tenía a un hombre al que iba a interrogar. Cenamos, y me desmayé. Lo miro fijamente.

—¿Conseguiste respuestas?

No responde de inmediato, sino que junta las puntas de sus dedos y adopta esa mirada distante que tiene cuando está planeando su próximo movimiento en el tablero de ajedrez. Sus ojos se oscurecen, y su voz se vuelve más grave. A veces me encanta lo intenso que es. A veces me aterroriza.

—Algunas, sí. O Eli está metido en esto con ellos y ha desaparecido para hacernos dudar —dice Semyon—, o están planeando otra cosa.

Semyon mira al vacío, calculador como siempre, pero no puedo deshacerme del peso que oprime mi pecho. ¿Y si Eli no es solo un peón en su juego? ¿Y si también es un jugador? ¿Qué significa eso para nosotros? Le prometí a mi madre que mantendría unida a mi familia, pero ahora mismo, soy yo quien se está desmoronando...

—¿Qué estarían planeando? —Mi voz suena extraña hasta para mí.

—La mejor manera de llegar a nosotros —responde—. Primero, las cámaras en la panadería...

Mi estómago se revuelve y aparto la mirada. Sé exactamente lo que esas cámaras captaron. La idea de que alguien más lo vea...

—Luego los disparos en la gala. El vídeo de Eli. Los irlandeses están en movimiento, eso lo sabemos. También sabemos que la chica que nos traicionó hace años está aliada con ellos. Pero no sabemos cómo encaja Eli en este rompecabezas.

Me recuesto, pensando, mientras Zoya sale a buscar algo de comida y proceso todo esto.

Necesito ser independiente, cuidar de Stefan, pero esa necesidad choca con la creciente atracción que siento por Semyon. Y aunque lucho contra ello, me aterroriza depender de alguien.

Desde donde estoy tumbada en el dormitorio, la mansión parece inquietantemente silenciosa. Las paredes parecen contener la respiración, a la expectativa. Fuera de la puerta, los guardias permanecen como estatuas. Es como vivir dentro de un plan de guerra.

Quiero respuestas. Quiero saber dónde estamos. Quiero saber que Eli está bien y que mi familia está a salvo.

—Hay algo que me preocupa en todo esto —admite Semyon, inclinándose hacia delante hasta apoyar los antebrazos en sus rodillas—. Recuerda, cuando encontremos a tu hermano, él sabrá que me casé contigo.

—Sí, eso no va a sentarle muy bien. —Hago una mueca. —Nunca te lo perdonará.

Todavía puedo verlo yendo directo hacia Semyon hace años en aquel pequeño cobertizo. Han pasado muchas cosas desde entonces, ¿pero eso cambiará lo que siente? ¿Y dónde nos dejará eso?

—Lo sé.

Eli era su único amigo. Me preparo para la siguiente pregunta. Miro a Semyon directamente a los ojos.

—¿Mi padre tuvo algo que ver con esto? —pregunto.

Semyon frunce los labios y niega con la cabeza.

—No cuando aceptó que te casaras conmigo.

Parpadeo, preguntándome si he oído correctamente.

—¿Cómo has dicho?

—No parecía estar involucrado cuando aceptó que te casaras conmigo —repite Semyon, sosteniendo mi mirada—. Si lo hubiera estado, creo que nos habríamos enterado entonces.

Me quedo mirándole fijamente. Mi padre... ¿aceptó dejar que se casara conmigo?

¿Qué?

Todo este tiempo, pensé que era mi elección, que había tomado la decisión de sacrificarme por mi familia, y ahora me dice que... ¿estaba predestinado?

—Dijiste que tenía la opción de casarme contigo —digo, negando con la cabeza. ¿Por qué actúa con tanta naturalidad cuando siento que acaba de lanzarme una bomba? —¿Y ahora me dices que mi padre estaba jugando a este juego todo el tiempo?

—Sí, Anya. Quería que supieras la verdad. —Se pasa una mano por el pelo, haciéndolo sobresalir. Es inquietante; su pelo de punta, junto con su ropa arrugada. —Siento haberte manipulado.

Lo dice tan llanamente como podría disculparse por chocar conmigo en un supermercado lleno de gente.

Todo fue una estratagema para conseguir que me casara con él. Un plan para acceder a la panadería de mi familia, fortificarla y fortalecer a su propia familia.

Su familia siempre es lo primero, ¿no?

Una emoción que no puedo describir crece en mi pecho, pero la reprimo. Tengo que lidiar con el presente. *Ahora.*

Todo fue una mentira. Un plan cuidadosamente orquestado. Yo era conveniente, pero nada más.

Caí en la trampa.

Zoya golpea suavemente la puerta. Semyon está otra vez con su móvil, con el ceño fruncido, mientras mi mundo se derrumba sobre mí.

Las paredes parecen estar demasiado cerca, como si se estuvieran cerrando. Me digo a mí misma que no estoy en mi sano juicio, que hay más en esta historia de lo que parece a simple vista. Me digo que necesito dejar de reaccionar y que debo pensar todo esto detenidamente antes de tomar una decisión.

Me digo a mí misma que importo.

Pero las palabras suenan huecas.

Algo no está bien. Han pasado demasiadas cosas demasiado rápido, y las respuestas solo parecen plantear más preguntas. Pero una cosa está clara: Semyon prácticamente lo admitió. Mi padre estaba involucrado hasta cierto punto, lo bastante como para entregarme antes de que yo supiera que tenía elección.

Y ahora todo lo que creía que era mío se siente como una ilusión.

¿Quién más me ha estado mintiendo? ¿Qué más voy a descubrir después?

Zoya me entrega una bandeja con mi sopa favorita: crema de pollo y arroz, una receta que aprendió de Polina. Junto al cuenco hay pan crujiente y una ensalada sencilla, junto con un gran vaso de agua. Hace unos minutos, estaba muerta de hambre. Ahora no puedo pensar en comer nada, pero si no lo hago, les alarmaré. Así que le doy las gracias y tomo un sorbo de agua y un bocado tentativo de pan.

—Estaba preocupado por ti —dice Semyon con una pequeña sonrisa, ajeno a mi tormento interior. Le aprieto la mano, aunque se me forma un nudo en la garganta. No voy a mirarlo ahora, mi apuesto y despiadado Superman.

—Eh. Anya, ¿estás bien?

Desde la puerta, Rafail está de pie, con las manos en los bolsillos. Parece cansado, vistiendo solo sus pantalones de vestir y una camiseta blanca, sin su omnipresente chaqueta de traje.

No, no estoy bien. Pero solo asiento en silencio.

—Ojalá supiera por qué pasó eso, pero sí, creo que estoy bien.

—Lo sé. Descansa y dinos si necesitas algo. —Me pica la nariz. Es agradable tener a alguien cuidando de *mí,* por una vez.

Rafail mira a Semyon.

—Estamos listos para ti.

La persona a la que tiene que interrogar está esperando abajo, la persona que tiene respuestas, presumiblemente. Pero él duda, con los ojos fijos en mí.

—Ve —le digo y, para mi alivio, mi voz no tiembla esta vez. Siento como si le estuviera diciendo que se vaya en más de un sentido.

Vete... déjame.

Todo ha sido manipulado, moldeado para encajar en el gran diseño de su imperio. ¿Y para qué? Control. La seguridad de mi familia se utilizó como moneda de cambio en su juego.

Las paredes se sienten demasiado cercanas, las mantas demasiado calientes. Intento estabilizar mi respiración, pero lo único que puedo hacer es centrarme en la ropa arrugada y el pelo despeinado de Semyon. El hombre que se ha convertido en mi ancla es ahora el que me desmorona.

Pensó que podría controlarme; otra pieza en su tablero de ajedrez.

Se levanta.

—Anya, descansa. Volveré.

Mis ojos permanecen fijos en el vendaje que envuelve su brazo; un recordatorio de todo lo que ha soportado. Un recordatorio de que es humano. Sé que él también ha pasado por un infierno.

El miedo me carcome. ¿Qué más me ha ocultado?

No puedo permitirme quebrarme ahora.

—¿Anya? —La voz de Zoya corta la bruma. Parpadeo, dándome cuenta de que está frente a mí, preocupada.

—Estoy bien. —Niego con la cabeza, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos. —Necesito aire.

—Por supuesto. —Abre una ventana. Sí, necesito más que eso.

—Avísame si necesitas algo más —dice alegremente—. Stefan ha terminado sus deberes y se ha ido a dormir por esta noche.

—Gracias.

Espero hasta que se ha ido, me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro. Mi mente parece un enredo de recuerdos, promesas y

traición. Mis instintos me dicen que siga a Semyon, que pida respuestas, pero me quedo clavada en el sitio. Y si voy con él, ¿qué encontraré? ¿Realmente necesito verle golpear brutalmente a alguien para interrogarle y obtener respuestas? ¿Realmente necesito ver otra escena sangrienta?

No puedo simplemente irme. Stefan está aquí. Pero tengo que encontrar una salida.

Mi móvil vibra con un mensaje. *Ophelia*.

Ophelia
Tenemos que hablar, Anya. Es urgente.

Le respondo, con el corazón acelerado.

¿Qué ocurre?

Ophelia
Es sobre Eli. Tengo información que debo contarte, pero tiene que ser en secreto. ¿Puedes salir? Te esperaré fuera.

Miro por la ventana donde unos guardias armados vigilan cada salida.

Sí, por supuesto.

Capítulo Veintiséis

Semyon

El sótano es frío y húmedo, iluminado apenas por una sola bombilla parpadeante. Es nuestra versión de mazmorra, pero Rafail es demasiado correcto para cambiarla. Nuestro prisionero, ensangrentado y magullado, está sentado desplomado en la silla, con las muñecas atadas a la espalda. Espero que esté a punto de quebrarse. He tenido un día jodidamente largo.

El sudor cubre su frente, pero mantiene los ojos entreabiertos. Matvei lo ha preparado para mí.

Mi voz es baja y letal. Estoy sin paciencia.

—*Habla*.

El hombre tose, escupiendo sangre al suelo.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad? —Su retorcida sonrisa se forma a pesar del dolor. —Tú también estás jodido, Kopolov.

Sí, eso no está en discusión. Apelar a mi lado humano es una pérdida de tiempo.

Doy un paso lento hacia adelante, con mis manos cerrándose en puños.

Difícilmente esperaba que simplemente abriera la boca y me lo contara todo.

—Tal vez quieras reconsiderar tu enfoque de supervivencia —le advierto.

Se dobla, tosiendo; el sonido es húmedo y desgarrado. Tiene extremidades y costillas rotas. La sangre gotea de la comisura de su boca.

—Oh, ya estoy muerto. Lo sabes. No me jodas.

—Pero tienes familia —digo casualmente, metiendo las manos en mis bolsillos y acercándome. No estoy fanfarroneando, y él lo sabe perfectamente.

Sus ojos se endurecen. Echo un vistazo a las notas que Matvei me dio. Una esposa. Hijos. Me inclino más cerca. No me convertí en quien soy siendo misericordioso.

—Una esposa. Hijos. Que están todos indefensos ahora mismo, abandonados sin nadie que los proteja. —Niego con la cabeza. —¿No es una lástima?

Le golpeo en la mandíbula. El crujido del hueso resuena en el silencio. Me sonríe, con los dientes manchados de sangre.

—Pensabas que podías controlarla, ¿no? —jadea—. La pobre hija del panadero. Pero la broma es para ti, Kopolov. Ella es quien te ha utilizado.

Me quedo helado, con la sangre en mis venas convirtiéndose en hielo. Va a decir cualquier cosa para manipularme, lo sé. Y sin embargo...

—¿De qué coño estás hablando?

—Anya y su hermano —jadea, tosiendo de nuevo. La sangre salpica el suelo—. Te engañaron. Te casaste con ella, te uniste a su familia. Y ahora has entregado el control de tu imperio, lo has atado a su

lealtad, sin siquiera darte cuenta. Eres como todos los demás. Una vergüenza para la *bratva.*

Un rugido crece en mi pecho. Lo agarro por el cuello, lo arranco de la silla y lo estrello contra la pared. Su cabeza se echa hacia atrás, y oigo cómo su respiración se entrecorta por el miedo. Bien.

—Ellos no me utilizaron.

Sonríe con desdén y ríe: un sonido bajo, malvado y escalofriante.

—Oh, ahora te lo estás preguntando, ¿verdad? Te preguntas por qué accedió tan fácilmente. Por qué no has podido encontrar a su hermano. Crees que tienes el control, pero ya lo has perdido. Qué suerte que puedas follarte un coñito rosado y bonito en tu camino al infierno.

Golpeo su cara con mi puño una y otra vez hasta que su cabeza cae hacia un lado y se desploma de rodillas. Le empujo el pecho y lo tiro al suelo, arrodillándome sobre él. Mi respiración sale en bocanadas ásperas y entrecortadas. La rabia nubla mi visión. Miro fijamente su antebrazo: la marca de los irlandeses.

—¿Qué sabes sobre El Enterrador? —gruño, cambiando de tema. Me importa una mierda lo que me cuente sobre mi esposa.

—No te diré nada —gruñe. Sus ojos hundidos arden con desafío. Parece un hombre que ya ha decidido su destino.

Lo agarro por la camisa y lo estrello contra el suelo. Su cabeza golpea el hormigón. Lo golpeo una y otra vez. Tengo muchas armas a mi disposición (cuchillos, herramientas, instrumentos de tortura), pero quiero golpear a alguien. Quiero usarlo como saco de boxeo. Quiero desahogar mi agresividad, mi enfado, mi furia. Pero cada vez que lo golpeo, solo quiero más.

Hay algo que Anya no sabe de mí, ni de nadie en mi familia: lo jodidamente sedientos de sangre que somos. Si lo supiera, nunca habría aceptado esto.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu esposa? —se burla. Lo golpeo de nuevo, esta vez con la fuerza suficiente para que cierre los ojos.

Joder. Ha perdido el conocimiento. Quizás está muerto. Para mí es lo mismo; no voy a sacarle nada ahora.

Me pongo de pie y le pateo las costillas una vez más. El crujido satisfactorio resuena antes de que saque la pistola de mi funda, la amartille y la apriete contra su cráneo. Sus sesos salpican por todas partes. Disparo hasta que su cara es una pulpa sangrienta, su cuerpo irreconocible. Luego me arrodillo junto a él, saco un cuchillo y corto la marca de los irlandeses de su carne.

Me levanto, limpiándome las manos en mis pantalones, y me vuelvo hacia el guardia que me observa. El miedo cruza sus ojos.

—Envuelve eso y envíaselo a los putos irlandeses.

Voy a marcharme.

La siguiente persona que me debe respuestas es mi esposa.

Pero cuando regreso a la habitación, ella no está allí. Su bandeja está intacta, como si no hubiera comido ni una miga.

Un temor frío y familiar se filtra en mis venas.

¿Por qué no se lo preguntas a tu esposa?

¿Me ha traicionado?

Mis mayores temores. Saco mi móvil y marco a Matvei. Contesta de inmediato.

—¿Has visto a Anya?

—No —responde—. ¿Por qué?

—No la encuentro. Haz que todos los hombres disponibles registren los terrenos. *Ahora*.

—Tío, ¿no estarás exagerando? Quizás tienes fiebre y te está afectando la cabeza. Semyon, han sido unos días largos. Joder, tío, duerme un poco.

—¿Te acabo de decir que mi esposa ha desaparecido y me dices que duerma un poco? —Tiene suerte de no estar frente a mí ahora mismo. Le golpearía en la garganta.

Llamo a Zoya a continuación.

—¿Dónde está Anya?

—¿Anya? La última vez que la vi estaba en la cama. Le dije que Stefan se había ido a acostar y pensé que ella también descansaría un poco. La dejé descansando. ¿No está allí?

—No. —Estoy fallando. Por supuesto que lo sabía. ¿Por qué no pensé en eso?

Pero cuando abro las imágenes de vigilancia en mi móvil, están en blanco.

¿Qué coño está pasando?

Intento llamar a Rafail, pero la señal está bloqueada. No puedo hacer una puta llamada. Me veo obligado a vagar por mi casa como si estuviéramos en la maldita Edad Media.

—¡Anya! —grito, con una desesperación imposible de ocultar en mi voz—. ¡Anya!

Hago un inventario mental de quién está en casa. Rodion y Ember han vuelto a su casa. Stefan y Zoya están aquí, la familia de Rafail. Yana.

Ella es la que está más cerca. Pero cuando voy a su puerta y llamo, no hay respuesta.

Joder.

Lo intento de nuevo, pero mientras me giro por el pasillo, una puerta detrás de mí se abre. Yana está de pie en el umbral, con los ojos nublados, vistiendo un chándal y una camiseta.

—¿Semyon? ¿Estás bien?

—No. No encuentro a Anya. Las grabaciones de vigilancia están en blanco y no puedo hacer ninguna llamada.

Yana se despierta al instante.

—Joder —dice, volviéndose para ponerse las botas y cogiendo una pistola de su mesita de noche.

Oigo el golpeteo de sus pasos mientras termina de vestirse. Yo ya estoy corriendo.

Me dirijo fuera, ladrando órdenes a los guardias y haciendo preguntas. Nadie la ha visto. La finca está cerrada en minutos, pero sin nuestra capacidad para comunicarnos...

Si me ha traicionado...

La encontraré, cueste lo que cueste. Tengo que hacerlo.

Capítulo Veintisiete

Anya

Deambulo por los terrenos, avanzando lo más silenciosamente que puedo a través de las zonas con menos probabilidad de estar bajo vigilancia. Zoya me enseñó. Aunque tienen guardias y cámaras por todas partes, la entrada de servicio junto a la cocina, utilizada por el personal y para las entregas, no tiene la misma presencia de guardias que las entradas principales. El perímetro de la valla cerca de la densa vegetación conduce a caminos ocultos que solo Zoya parece conocer. Al parecer, la hermana menor ha tenido motivos para querer privacidad y ha encontrado la manera de conseguirlo.

Ophelia tiene que hablar conmigo, y si tiene algo que ver con mi hermano, no puedo arriesgarme a que la Familia Kopolov lo descubra.

Nunca quise que esto fuera una elección entre mi familia y la suya. Cierro los ojos mientras una oleada de calor me inunda. Necesito mantenerme despierta, sobria y alerta, pero siento que mi fuerza está en su punto más bajo.

Conozco el peligro, pero mi amiga me necesita, y no creo que pueda confiar en mí misma ahora mismo.

Llamo a Ophelia, pero su móvil suena y suena, y no contesta. Le envío un mensaje, pero no hay respuesta.

¿Qué demonios?

Miro fijamente la puerta y mentalmente repaso los movimientos. Sé exactamente cómo salir de aquí si tengo que hacerlo, pero no puedo dejar a mi hermano pequeño. Se me hace un nudo en la garganta.

Acabo de empezar a sentir que tengo una familia.

Le escribo a Ophelia de nuevo.

Estoy aquí. ¿Dónde estás?

¿Por qué Ophelia tiene noticias sobre mi hermano?

—Ahí está ella.

El arrastre de palabras bajo y oscuro, con acento irlandés, detrás de mí me produce escalofríos en la espalda.

Me doy la vuelta para ver a un hombre con máscara, sentado en un banco, y alguien está atado a él. No puedo ver bien con la luz de la luna. Doy un paso adelante.

—¡Ophelia! —grito en la oscuridad, pero el hombre sentado allí niega con la cabeza y se ríe. Su risa me provoca un escalofrío en la columna vertebral.

—¿Qué has hecho con Ophelia? —Pongo acero en mi voz, pero no puedo evitar que tiemble.

—Tu amiga está sana y salva en su cama —dice, con una sonrisa que puedo ver a través de la máscara—. Hizo lo que se le dijo, como una buena chica. A diferencia de otras personas que conozco.

Lo miro fijamente y doy otro paso hacia delante, aunque todo dentro de mí me dice que no lo haga.

—No te preocupes, tu marido no vendrá a buscarte. No tiene ni idea de dónde estás. Probablemente esté corriendo por ahí buscándote. —El hombre se inclina sobre sus antebrazos, con sus ojos encontrándose con los míos.

—Y a tu hermano le va a encantar ver las imágenes que conseguí de la panadería.

Mi estómago se retuerce en nudos.

—Eres repugnante —jadeo, cubriéndome la boca con la mano cuando me doy cuenta de que es mi hermano el que está sentado a su lado. Está inconsciente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

¿Está muerto?

—¿Qué le has hecho a mi hermano?

—Ha sido sedado —dice el hombre arrastrando las palabras. Se ríe —. Lo reconoces, ¿verdad?

Miro incrédula.

¿Por qué está mi hermano aquí?

—Verás, chica —continúa—, tu hermano y tu padre tuvieron mucho más que ver con esto de lo que pensabas, ¿no es así?

Niega con la cabeza.

—Tu padre te entregó tan fácilmente como firmó para deshacerse del anillo de diamantes de tu madre. Es trágico lo que la gente hace por dinero, ¿no crees?

Nos han engañado a todos. A cada uno de nosotros.

—¿Qué quieres de mí? —exijo.

—Oh, solo lo mismo que me dieron tu hermano y tu padre —dice con una sonrisa—. Vas a volver con tu hombre —dice con ese acento arrastrado—. Fingirás que nada de esto ha ocurrido. Entrarás

corriendo y llorando pidiendo ayuda y dirás que tu hermano está aquí. —Se inclina hacia adelante, con sus ojos brillando. —¿Lo harás, chica?

Lo miro sin pestañear. ¿Quiere que espíe?

Me matarán.

—Y luego, cuando te haga preguntas, me das respuestas.

—¡No voy a ser una espía para ti! —Niego con la cabeza. Tiene que haber otra manera.

El hombre chasquea la lengua y saca una pistola. La apunta a la cabeza de mi hermano.

—Es una pena, ¿verdad? —dice—. Habría pensado que tu lealtad estaba con tu familia. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que le prometiste a tu madre?

Mi corazón late tan rápido que me mareo. ¿Quiere que vuelva como si nada hubiera pasado, que espíe a mi marido y luego le dé información a cambio de mi hermano?

¿Por qué tengo que elegir? No sé qué hacer.

Espera.

—¿Cómo sabes qué conversación tuve con mi madre?

—Chica —dice con una sonrisa malvada—, sé mucho más sobre tu familia de lo que crees. Ahora dime. ¿Vas a volver y actuar como espía, y todo será como antes? Me apartaré. Tú me darás lo que necesito, y nadie, ni Eli, ni Stefan, ni siquiera tu precioso marido resultarán heridos.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral. *Todavía*. Nadie resultará herido *todavía*.

—Entonces vuelves con tu hombre. Finges que todo es normal. Debería salirte natural, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Vas a entrar corriendo y decir que Ophelia te envió un mensaje, y cuando saliste aquí, no la encontraste por ninguna parte. ¡Pero sorpresa! Aquí está Eli, el maldito traidor. Ha vuelto para atormentarte. —Inclina la cabeza hacia un lado. —Ahora, ¿tenemos un trato, cariño? —dice arrastrando las palabras.

Agita un dedo en mi dirección.

—Ya puedo ver cómo giran los engranajes. Estás pensando que puedes engañarme, volver adentro y llevarte a tu hermano contigo, ¿verdad? Y que no me responderás.

Saca una tableta y golpea la pantalla con un dedo largo y tatuado.

—¿Pero ves esto, chica? Es tu mejor amiga, durmiendo como un bebé. —Una imagen de Ophelia en la cama, con las manos bajo su barbilla, llena la pantalla. —¿Qué le pasará si sueñas con desafiarme? ¿No crees que soy capaz? Quizá no hayas oído hablar de mi reputación.

Dios mío.

No tengo elección, ¿verdad?

Tengo que volver... Tengo que volver y fingir que todo está bien y luego darle información.

Necesito ganar tiempo para orientarme.

—¿Qué tipo de información quieres? —le pregunto—. No es como si estuviera al tanto de todo...

Se ríe por lo bajo.

—Por supuesto que lo eres. Los Kopolov no son machistas, ¿verdad? Comparten su información libremente tanto con hombres como con mujeres. Es un mérito de Rafail haber enseñado a sus hermanas a luchar.

Cuando no lo niego, vuelve a reírse.

—Usaré a tu linda amiguita para conseguir las indicaciones que necesito. Hackearé su móvil. Recibirás mensajes de texto míos. —Lo miro fijamente. Así que así lo hizo. —Ahora, cariño. ¿Ves este vídeo? —dice.

El primer destello de la pantalla me muestra sobre la mesa de acero en la panadería, con Semyon entre mis piernas.

Mis mejillas se encienden.

—Vamos, vamos —dice, negando con la cabeza y pulsando pausa—. No he visto todo. Soy un caballero, ¿sabes?

Claro que lo es.

—Si aceptas, como una buena chica, borraré esto ahora mismo y cualquier registro que tenga. Ahora, cariño, ¿tenemos un trato?

—¿Qué gano yo con esto?

—¿Tú? —Se pone de pie, sin rastro de humor en su rostro. Extiende las manos; una burla de generosidad. —Te dejaré vivir. Y a tu padre. Y a tus hermanos.

Miro fijamente a la oscuridad, dividida. Tiene que haber una salida. Tiene que haberla.

Quiero gritar. Estoy suplicando en silencio que alguien venga: Semyon, Rafail, Yana, cualquiera. Pero fui yo quien se metió aquí. Yo fui quien se escondió de todos ellos. Y nadie vendrá a salvarme.

Quizás ese sea el quid de la cuestión, ¿no? *Nadie vendrá a salvarme.*

Tengo que salvarme a mí misma. Tengo que salvar a mi familia. Y no voy a traicionar a los Kopolov.

—Tres —dice con una sonrisa malvada, amartillando su pistola.

—Dos.

Silba bajito como si no pudiera esperar para apretar el gatillo y acabar con la vida de mi hermano.

—¡Vale, vale! Haré lo que digas. Por favor, no le hagas daño.

Su risa grave y oscura se desvanece en la noche. Y entonces... se ha ido. Desaparecido. Como si hubiera agitado una varita y se hubiera teletransportado mágicamente.

Estoy sola. Mi hermano está desplomado contra un banco. Y tengo que buscar ayuda.

Corro hacia Eli. Quiero sacudirlo y abrazarlo, pero lo primero que hago es comprobar su pulso para asegurarme de que respira. Mis dedos encuentran su muñeca, y contengo la respiración hasta que el aleteo de su pulso bajo ellos me hace soltar un grito.

—¡Eli! Dios mío, Eli, ¿qué ha pasado?

Si mi madre pudiera verlo ahora...

—Despierta —digo, sacudiéndolo, pero no se mueve—. Por favor, Eli. Por favor, despierta.

Sigue sin reaccionar.

Lo sostengo contra mi pecho, levanto la cara al cielo y grito.

—¡Que alguien me ayude! ¡Ayuda! —grito, con todas mis fuerzas.

Los focos me ciegan, y parpadeo, girando la cabeza hacia un lado. Voces. Pasos pesados.

Los hombres de Semyon vienen corriendo hacia mí.

—¡La encontré! ¿A quién tiene? ¿Qué ocurre?

—¡Semyon, llama a Rafail! ¡Cerrad la puerta!

Mi móvil vibra con un mensaje.

Ophelia

Si les revelas algo, tu amante morirá, junto con tu hermano.

Me doy cuenta, con escalofriante precisión, de que no hay escapatoria.

Sus guardias nos rodean, con las armas en alto.

—¿Quién estaba aquí? —Me rodean en círculo. Me duele el corazón.

—Le dije a Zoya que necesitaba aire fresco. Salí a dar un paseo para despejarme. Alguien gritó mi nombre y me asustó muchísimo. Entonces... —Mi voz se quiebra. —Eli.

Mi hermano ha vuelto. Ha vuelto y está bien. Aún no me he dado espacio para procesar esto.

Tendrán preguntas. Yo también las tengo.

Todavía puedo oír su voz fría y amarga.

—Eli está aquí. Oí a alguien gritar y vine corriendo. Y lo vi. No sé si está vivo —miento. Será mejor que me acostumbre—. Por favor, llevémoslo adentro.

Examino a los hombres y no veo a Semyon. Mi corazón late más rápido. ¿Dónde está? Lo quiero; quiero su presencia fuerte y tranquilizadora, pero al mismo tiempo, temo que, con solo una mirada a sus ojos, él sabrá lo que estoy ocultando.

Capítulo Veintiocho

Semyon

Por una vez, me alegro de que mi hermano sea tan jodidamente autoritario, obligándonos a quedarnos aquí en nuestra casa familiar. Me tranquiliza saber que Stefan está atendido y no nos necesita ni a Anya ni a mí esta noche.

Estamos agotados, los dos.

El silencio en la habitación es ensordecedor mientras nos preparamos para acostarnos. Me quedo junto a la ventana, con los dedos rodeando una copa de cristal con vodka. Necesito algo que me calme y me ayude a dormir.

Esta noche, mi mejor amigo ha vuelto a nosotros, ileso pero peligroso. ¿Quién sabe dónde reside realmente la lealtad de Eli? Esta noche, golpeé a un hombre hasta la muerte para obtener respuestas. Esta noche, vi a mi mujer desplomarse y la atrapé justo antes de que se golpeara la cabeza contra la mesa. La sostuve en mis brazos, ignorando mi propio dolor por la herida de bala, temiendo lo peor.

He experimentado pérdidas tan grandes que a veces temo que hay un vacío cavernoso dentro de mí que nada puede saciar.

Cuando Anya se desplomó, pensé lo peor.

Cuando Anya desapareció, pensé lo peor.

Cuando reveló que Eli estaba a salvo en casa, y gritó pidiendo ayuda... pensé lo peor.

Y ahora, estoy agotado.

Anya está en el pequeño cuarto de baño. Puedo oír el agua correr mientras se toma su tiempo. Imagino que ella también se siente como yo. Exhausta. Cautelosa. Sin certeza de nada... incluyéndome a mí

La ciudad se extiende ante mí a través de la ventana mientras sorbo mi bebida, pero mi mente está fijada en una sola cosa: *Anya*.

La puerta del baño se abre. Está ante mí con unos diminutos pantalones cortos y una camiseta a juego, bostezando. Adorable.

—¿Te encuentras bien?

—Mmm —dice con un asentimiento—. Bien. —Entrecierro los ojos. Definitivamente es una mentira. —¿Y tú?

Se encoge de hombros y camina hacia la cama, con los hombros caídos.

¿Por qué no le preguntas a tu mujer?

—Anya.

—¿Mmm? —Está en la cama de espaldas a mí, encogida, casi como si intentara protegerse.

Empiezo a desvestirme.

—¿Por qué estabas fuera?

—Ya te lo dije, Semyon —dice con un bostezo—. Necesitaba tomar el aire.

Me quito los pantalones y me quedo en calzoncillos antes de unirme a ella en la cama. Me deslizo bajo las sábanas y me acerco a ella, abrazándola por detrás. Es brutalmente honesta cuando está vulnerable, y nada la hace más vulnerable que el sexo.

Mi polla presiona contra su culo. Lo ignoro y coloco mi mano plana sobre su vientre. Mi pulgar roza la parte inferior de su pecho, apenas cubierto con el fino tejido.

—Estoy tan cansada —susurra.

—Yo también. Está bien; solo necesitamos hablar sobre lo de hoy, eso es todo.

—¿Ah, es eso? —dice con una pizca de risa—. ¿Qué parte? ¿La parte en la que me desmayé durante la cena y todavía no sé por qué? ¿O la parte en la que actuaste como si no tuvieras una herida en el hombro y me sostuviste? ¿Quizás la parte en la que te sentaste a mi lado en la cama todo arrugado y desaliñado, antes de hacer cosas probablemente violentas a nuestro prisionero antes de acabar con él? ¿Son esas las partes de las que quieres hablar?

—No.

Ella deja escapar un suspiro.

—Lo sé.

Girándose para mirarme, sus ojos son tan claros como un cielo sin nubes, pero no puede ocultar la pequeña arruga entre sus cejas. Nuestras respiraciones se mezclan.

—Quieres saber más sobre cómo encontré a Eli.

Asiento. Mis ojos quieren cerrarse. Estoy jodidamente cansado.

—Esto es lo que te voy a decir —dice en un susurro—. Te he contado lo que puedo. Quizás Eli pueda contarte más.

La miro fijamente. Quiero sacudirla para sacarle la verdad, pero sé que no funcionará así. He construido toda mi vida alrededor del

control, la estrategia y el cálculo frío, pero nada me preparó para la ira cruda que me invade, sabiendo que hay más en esta historia y ella no me lo contará.

¿Me ha traicionado?

¿Por qué no le preguntas a tu mujer?

Aprieto los dientes.

—Te he dado protección. Estabilidad. Acogí a tu hermano pequeño en mi casa, Anya.

Me mira fijamente y abre la boca; luego la cierra de golpe.

—Lo sé. —Sus bonitos ojos me fulminan. —No has sido el único que ha dado aquí.

Agarro su hombro.

—Mis hermanos no te creen. Matvei piensa que mientes. Es demasiado conveniente. Te desmayas. Desapareces. Acabas en el jardín donde no tenemos grabaciones de vigilancia ni acceso a líneas telefónicas.

Aprieta los dientes y no habla.

Está herida y enfadada. Yo también. No tengo espacio para la suavidad, no cuando prácticamente está admitiendo que es cómplice.

—¿Quieres fingir que simplemente vamos a enterrar esto? —Mi voz es baja, amenazadora.

Soltando un suspiro, me mira fulminante. Ahora estoy completamente despierto.

—Oh, tengo una idea. ¿Por qué no me arrastras a tu sótano y me interrogas? Quizás eso funcione. Si crees que tengo tanto que ocultar, ¿por qué no usas las herramientas a tu disposición? —

Sacude la cabeza. —No confías en mí. No lo has hecho desde el principio, ¿verdad?

Sus ojos destellan con furia.

—No tienes derecho a juzgarme cuando no has hecho más que alejarme —sisea—. Crees que puedes controlarlo todo, incluso a mí.

Exhalo por la nariz, pero mi cuerpo vibra y mi pulso se acelera. Con un movimiento rápido, la inmovilizo debajo de mí, con mis manos presionando sus muñecas. Soy más fuerte que ella, y no puede escapar, pero soy yo el que está en su jodido control. El silencio entre nosotros está cargado de necesidad y furia.

Castigo, posesión e ira se retuercen en uno, y la beso. Tomo su boca. La devoro. Mis labios se encuentran con los suyos mientras saqueo su boca, poseyéndola, mientras sus manos se curvan en mis bíceps. Ignoro la forma en que mi jodido hombro grita de dolor. Ella me devuelve el beso con la misma ferocidad, respondiendo golpe por golpe. Nuestras respiraciones se mezclan, nuestras lenguas bailan. Mi polla palpita, presionada contra ella.

Abro sus piernas con mi rodilla.

—No sé si puedo confiar en ti —gruño en su oído. Mi agarre se aprieta; mis músculos están tensos por la contención. Nunca he querido hacerle daño a Anya. Pero no confío en mí mismo. Si me dejara llevar, podría romperla. No importa lo que haya hecho, no importa si me ha traicionado... Nunca le pondré una mano encima con ira.

—¿No confías en mí? —me echa en cara—. Fuiste tú quien fingió que no tenía opción al casarme contigo cuando todo el tiempo estabas planeando hacerlo con mi padre. No soy *bratva*, Semyon. No me criaron con la expectativa de que me obligarían a casarme. Deberías saberlo.

Me giro sobre mi espalda y coloco sus piernas a ambos lados de mí para que me monte. No voy a hacerle daño, pero sé exactamente

cómo tomar el control. Acaricio sus pezones con el pulgar hasta que su boca se entreabre.

—No eras *bratva* —espeto—. Joder, ahora lo eres.

Le pellizco los pezones. Ella grita. Saco mi polla dura y palpitante de los calzoncillos, le quito los shorts y muevo un pequeño trozo de tela, ese pequeño triángulo que me separa de ella, y encuentro su coño, caliente y húmedo, listo para mí. Condicionada, como una buena chica.

La deslizo sobre mí, levantando sus caderas, y ella se mueve, buscando su propio placer. Sus preciosos ojos me miran con intensidad, con su pelo cayendo sobre su rostro. Sus manos están apoyadas en mi pecho. Duele como el infierno, pero no me importa.

—Eso es *obvio*.

Le doy una fuerte palmada en el culo hasta que sisea. Le doy otra nalgada. Y otra más.

—Pórtate bien —le gruño.

Ella arquea una ceja, con sus hermosos labios fruncidos como un arco.

—No.

La levanto, la pongo de espaldas y la inmovilizo debajo de mí. Tomando sus muñecas con una de mis manos, las sostengo sobre su cabeza.

—Pequeña insolente.

Ella abre la boca para provocarme de nuevo, pero la tomo con la mía. Saqueando. Reclamando. Nuestros labios chocan con nuestras voluntades. Deslizo mi polla hasta su entrada y la embisto hasta el fondo. Ella arquea la espalda y grita. Sus piernas me rodean, y la penetro una y otra vez, con mi liberación aumentando con mi ira.

Anya no tiene nada que perder en este juego, a menos que esté con otro hombre. Bajo mi boca a su oído.

—¿Quién coño es él? —gruño.

—No sé de qué hablas —protesta, pero suena demasiado débil. Demasiado jodidamente débil. Embisto de nuevo, más fuerte, y ella grita: dolor mezclado con placer. Otra vez. Y otra. Y luego me retiro por completo. —Nombres, Anya. Quiero jodidos nombres.

Libero sus muñecas. En lugar de responder, ella se incorpora, agarra la parte posterior de mi cabeza y atrae mi boca a la suya. Me besa, con su lengua jugando con la mía. Desliza una mano por mi pecho. Casi olvido mi pregunta. Casi olvido mi nombre. Agarra mis caderas y me atrae de nuevo dentro de ella. Le doy lo que quiere: otra fuerte embestida, seguida de otra.

—Era virgen cuando te conocí, Semyon. ¿Lo has olvidado? —Huele a margaritas bañadas por el rocío. Gimo.

Quizás sí lo olvidé.

—El hecho de que me preguntes por otro hombre, que pienses que te engañaría... Eres un cabrón —gruñe. La embisto de forma castigadora. Mi piel está resbaladiza de sudor como la suya. Otra vez, embisto. Y otra vez. Ella se arquea hacia mí.

—Entonces, ¿por qué estabas fuera? —Embisto de nuevo, con el placer creciendo. No voy a dejar que se corra. No hasta que tenga las respuestas.

—Porque me apetecía —dice, sus ojos brillando de furia—. Y ahora mi hermano está aquí. ¿Crees que todos en esta casa te han traicionado? ¿Es eso, Semyon? ¿Te acercas demasiado a alguien y es demasiado? ¿No aguantas el calor? ¿Demasiado fuego para ti? Sé cómo va esto. Es como si hubieras olvidado quién soy, por lo que he pasado, como si pensaras que eres más importante que yo.

—Ya he tenido suficiente de esa insolencia.

Agarro la funda de la almohada, la quito de un tirón rápido y le coloco la mordaza alrededor de la boca, atándola fuerte en la parte posterior de su cabeza. Me mira fijamente. Niego con la cabeza.

La embisto de nuevo, y no puedo evitarlo: me encanta cómo sus ojos se vuelven ardientes, y no puede ahogar el sonido de satisfacción profundo en su garganta. Quiere mi polla. Me desea con desesperación. Pero cuando veo sus ojos brillando con lágrimas contenidas, me pregunto. ¿He ido demasiado lejos? Tal vez ha sido fiel durante todo este tiempo. Tal vez dejé que el cabrón en mi cabeza pensara demasiado. Tal vez no confío como debería.

La levanto y la coloco boca abajo en la cama, con las rodillas levantadas, el culo en el aire. La embisto hasta que gime y estoy a punto de correrme yo también antes de quitarle la mordaza. Necesito que hable conmigo.

—Boca abajo —ordeno, con la mano firme en la parte baja de su espalda. Ella se arquea hacia mí; su perfecto culo en forma de corazón lleva la marca de mi mano. Lo muerdo. Ella se estremece y grita, derritiéndose contra mí, una súplica silenciosa por más.

La follo desde atrás.

—¿Tienes algo que decirme, mujer?

—Ya te lo he dicho todo —dice, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, a medio camino del clímax.

La embisto, deleitándome con sus gemidos y el arco elegante de su espalda. Su coño se aprieta a mi alrededor. Embisto de nuevo.

—Si descubro que me traicionaste, Anya... —No termino la frase. No sé cómo. ¿Qué demonios haría si descubriera que me traicionó? Es algo en lo que no puedo pensar. Ella es la única con la que me he permitido ser vulnerable. La única que he deseado.

La única mujer que he amado jamás.

Su cabeza se inclina hacia un lado, y sus ojos permanecen cerrados mientras gime.

—¿Pero está bien que tú me traiciones a *mí*? ¿Que me mientas? ¿Mmm?

Tiene razón. Tiene jodida razón.

—Lo siento —le digo—. Hice lo que creí que tenía que hacer.

Ella grita cuando embisto de nuevo.

—¿Eso va a ser un tema recurrente en nuestro matrimonio?

—No lo sé —le digo con otra embestida—. *¿Lo será, Anya*?

Fui un idiota por ponerla a prueba. Fui un idiota por aprovecharme de ella. He visto a mi familia hacer muchas cosas en nombre de la lealtad y el honor, pero quizás, a veces, el fin no justifica los medios.

La embisto una vez más y estallo.

Ella grita mi nombre y agarra la manta debajo de nosotros, con los nudillos blancos. Mi mano se extiende para acariciarla, y entonces ella se corre. Gritando mi nombre. Atándose a mí.

Es lo más hermoso que he visto jamás.

Capítulo Veintinueve

Anya

Los golpes en la puerta me arrancan del sueño. Mi pulso se acelera. Semyon ya está fuera de la cama, caminando hacia la puerta en calzoncillos.

Pam, pam, pam.

—¿Qué coño? —Abre la puerta de golpe para encontrar a Matvei al otro lado. Puedo saberlo por la manera en que su enorme sombra llena el umbral. Me subo la manta hasta los hombros.

—Eli está despierto y está montando un puto escándalo ahí abajo. Quiere verte.

Semyon asiente.

—Gracias. Voy para allá.

Cierra la puerta y se gira hacia mí.

—Quiero que te quedes aquí mientras hablo con tu hermano.

Ya, claro. Arrojo las sábanas y le lanzo una mirada fulminante.

—Solo porque me hiciste llegar al orgasmo anoche y fui un desastre balbuceante y todo eso, no significa que puedas mantenerme en la

ignorancia, Semyon. No he hecho nada para merecer esto.

Me siento un poco culpable porque la verdad es que sí *lo he hecho*. Aun así, no le he traicionado como él cree. Ni de lejos. Voy a encontrar una manera de sortear a los irlandeses, cueste lo que cueste.

Mi móvil vibra con un mensaje.

Lo ignoro. Podría estar todavía dormida. No hay forma de que tengan cámaras aquí, ¿verdad? Tengo la clara sensación de que la seguridad aquí es máxima.

¿Qué demonios voy a hacer?

Semyon camina para coger sus gafas.

—Justo —admite, finalmente—. De acuerdo, puedes venir, pero yo soy quien dirige esto, Anya.

Pongo los ojos en blanco, pero no dejo que lo vea. Vale. Si eso le hace sentir mejor.

Semyon ya está moviéndose y agarrando sus pantalones, con expresión dura. La habitación es un desastre: nuestra ropa enredada en el suelo, las sábanas arrugadas por nuestros cuerpos, el aire todavía espeso con el olor a sudor y sexo. Pero nada de eso importa ahora.

Me pongo unos pantalones de yoga arrugados y una camiseta (suya, creo), tropezando con mis propios pies en mi prisa por salir por la puerta. Él me agarra del codo para estabilizarme.

Levanto una ceja cuando saca una pistola, la carga y se la mete en el bolsillo.

—¿Necesitas tu pistola? ¿Para hablar con mi hermano?

—Estamos en guerra, Anya. —El ambiente en la habitación se siente pesado, opresivo.

Guerra.

Estamos en guerra, ¿y en dónde me deja eso a mí?

Nunca he visto tantos guardias armados en mi vida. Están apostados en cada puerta, abarrotando los pasillos. Arriba, dijo que estábamos en guerra. Ahora *siento* que estamos en una zona de guerra.

—¿Dónde está? —espeta Semyon al móvil antes de maldecir y colgar. Me toma de la mano, arrastrándome por un pasillo, alrededor de una curva, subiendo unas escaleras, y luego por otro pasillo. Esta casa es un enorme y verdadero laberinto, y no estoy segura de que, si tuviera que navegarlo por mi cuenta, alguna vez pudiera salir.

Finalmente, llegamos al final de un pasillo donde seis hombres armados permanecen de pie, con expresiones sombrías. Al otro lado de la puerta, Eli grita; su voz es áspera, ronca y desesperada. Me pongo rígida. No estoy segura de estar preparada para esto.

—Moveos. —Los hombres se dispersan como hormigas ante la palabra de Semyon.

Respiro hondo. Su mano está en el pomo de la puerta antes de que se gire para mirarme.

—Va a estar furioso. Tengo que interrogarle, Anya. Te dejaré verlo, pero si no es seguro, te sacaré de aquí. Y *no* estarás en la habitación cuando lo interrogue. ¿De acuerdo?

Asiento, con la boca seca.

Él niega con la cabeza.

—Nunca volverías a dejar que te tocara —murmura antes de abrir la puerta. Entramos, y Semyon cierra de golpe la puerta tras él.

Espero ver a mi hermano atado a una cama, pero alguien se ha apiadado de él. No está atado sino caminando de un lado a otro. Su rostro está demacrado, y sus ojos ardiendo. Su ropa cuelga suelta, demasiado suelta, con sus muñecas marcadas por donde estuvo

atado. Desde donde estoy, puedo ver un rojo furioso asomando bajo su cuello.

¿Qué le hicieron?

En cuanto ve a Semyon, Eli se abalanza.

—¿*Joder*, te llevaste a mi hermana? —Su voz es áspera, un gruñido escapando de sus labios mientras se estrella contra Semyon, empujándolo hacia atrás—. ¿Le hiciste daño? ¿Me secuestraron, y lo primero que hiciste fue aprovecharte y robarla?

Sus puños vuelan, desquiciados, como un animal acorralado al ataque. Balancea golpes salvajes, alimentados por la furia, y por un segundo, Semyon lo permite. Semyon, el frío estratega, el hombre que nunca cede el control a nadie, está dejándose golpear... *por mí*. Para darle a Eli el cierre que necesita. Como si mereciera esto por llevarse a la hermana de su mejor amigo.

—¡Eli! —grito—. ¡No! ¡No es así!

Un puñetazo aterriza con fuerza contra la mandíbula de Semyon. Su cabeza se gira bruscamente, pero no se mueve.

—¡Eli! ¡Para! —Mi voz se quiebra. Intento agarrar su brazo, pero ya está balanceando otro golpe.

Semyon se mueve, agarrando la muñeca de Eli sin esfuerzo. Su expresión es tranquila, pero conozco esa mirada fría en sus ojos. Quiero separarlos, hacer que paren, pero no puedo. Semyon empuja a Eli hacia atrás, enviándolo a estrellarse contra una cómoda.

Eli se levanta balanceándose, lanzándose sobre Semyon, con los puños volando. Un rugido desgarra la habitación. Grito cuando se estrellan contra la pared, forcejeando, cuando sus cuerpos colisionan. Un cuadro enmarcado cae de la pared al suelo y el cristal se hace añicos. Al otro lado de la puerta, puños golpean, voces gritan. Ahora sé por qué Semyon cerró esa puerta.

Eli balancea otro golpe pero falla, ya que su puntería es desviada. Semyon lanza un brutal puñetazo al estómago de Eli, pero Eli se recupera rápido. Embiste con el hombro a Semyon, y ambos caen al suelo, con los puños volando. Gruñen y maldicen, rodando mientras se golpean. La sangre salpica el suelo.

Odio esto. Tengo el corazón en la garganta al ver a los dos hombres que amo golpearse así.

—¡Parad! ¡Os vais a matar! —grito.

Ninguno de los dos escucha.

Eli es más pequeño y más débil después del cautiverio, pero lucha como si no tuviera nada que perder.

Y tal vez no lo tenga. Tal vez realmente no lo tenga. Me limpio las lágrimas calientes y gruesas que ruedan por mis mejillas.

Por una vez, Semyon no está en control... no es calculador. *Esto es personal.*

Se estrellan contra una mesita de noche, enviando una lámpara a hacerse añicos en el suelo. Se golpean una y otra vez. Van a matarse. Gruñen y maldicen, peleando sucio, peleando con maldad. Nunca los he visto pelear así, y algo me dice que esto no va a terminar.

Busco frenéticamente por la habitación algo que usar para detenerlos cuando ruedan justo a mis pies. Veo la pistola de Semyon.

La cojo, la amartillo, apunto al techo y aprieto el gatillo. Unos trozos de yeso caen a mis pies; el polvo y los escombros me hacen parpadear y toser. Semyon y Eli se detienen. Semyon se pone inmediatamente de pie, corriendo hacia mí. Su mano tiembla mientras acuna mi cara, con miedo en su mirada normalmente impasible.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —susurro, con la voz entrecortada por la preocupación evidente en sus ojos.

Eli le observa, con los ojos abiertos de par en par.

Semyon tiene un ojo completamente hinchado, el labio ensangrentado, y su herida está sangrando. Ha perdido las gafas en algún momento de la pelea. Parece más joven sin ellas.

Ambos están jadeando, ensangrentados.

—Estoy bien. ¡Sois unos idiotas! —Mis manos están plantadas en mis caderas. —¿No podíais hablar como adultos sensatos?

Semyon respira con dificultad, limpiándose el labio partido.

—¿Has terminado?

Eli respira con dificultad tumbado de espaldas, mirando al techo. Sus ojos se posan en el hombro de Semyon, donde la sangre empapa la tela.

—Dios. ¿Qué te he hecho en el hombro?

—Oh, solo has abierto una *herida de bala* —espeto.

Semyon niega con la cabeza y encoge los hombros como si no fuera nada.

—Estoy bien.

—*Por Dios.* —Sacudo la cabeza, con los nervios completamente destrozados. —En serio. Podríais haberos matado el uno al otro como auténticos imbéciles.

Los ojos de Eli se encuentran con los míos, estrechos y enfadados.

—¿Te ha hecho daño? —Vuelve a mirar a Semyon, con su ira creciendo de nuevo. —Esa es mi jodida hermana, capullo.

—Soy muy consciente de ello —dice Semyon con suavidad—. Y, por supuesto, no le haría daño.

Semyon se burla, pero puedo ver la tensión en sus músculos. Ha mentido. Definitivamente está dolorido.

Eli se incorpora apoyándose en un codo.

—¿Por qué Anya? De entre todas las personas, Semyon, mi *hermana*.

Los ojos de Semyon centellean hacia él.

—Porque no hay otras mujeres para mí, Eli, y nunca las ha habido.

Miro fijamente a Semyon mientras la verdad se abate sobre mí.

Me estaba esperando.

Ha planeado cada movimiento en su vida tal como planea sus movimientos en un tablero de ajedrez. Esperó hasta que creciera, hasta que le necesitara, y tuviera una forma de negociar por mí.

En otro momento y lugar, me habría horrorizado. Pero ahora... ahora veo la verdad.

Semyon Kopolov... me ama.

Eli se estremece. Veo el momento en que la realidad le golpea. Los moratones, las mejillas hundidas. El modo en que sus manos tiemblan. Él también ha pagado su precio.

Me arrodillo frente a él.

—Eli. —Mi labio inferior tiembla. Él alcanza mi mano y la aprieta suavemente.

—Lo siento, Anya —dice, negando con la cabeza—. Siento no haber podido detenerlo, no quería que te vieras mezclada en todo esto.

Le doy una triste sonrisa.

—Lo sé, pero es demasiado tarde para eso. Pensé que te habías ido.

Él se burla.

—¿Irme? Puede que haya tomado algunas malas decisiones, pero ¿realmente crees que os dejaría a ti y a Stefan solos así?

Sí. Sí, realmente lo pensé.

—Quizás sí lo pensé.

Eli niega con la cabeza.

—Me lo merezco. La he cagado. Aun así, deberías haber huido, Anya. Dios santo, mujer. En lugar de eso, te casaste con *él*.

Y por alguna razón que no puedo explicar, siento la necesidad de defender a Semyon.

—No es como si me hubiera casado con el mismísimo diablo.

Semyon arquea una ceja.

—¿Gracias?

Eli suelta un suspiro desgarrado y se sienta, apoyándose contra la pared para sostenerse.

—De nada, por cierto —le dice secamente a Eli—. Y tú y yo no hemos terminado aquí.

Eli levanta las manos, con las palmas hacia arriba.

—No voy a pelear más contigo. —Su mirada recorre la herida del hombro de Semyon. —Y se te están saliendo los puntos, idiota.

Semyon niega con la cabeza.

—No es nada.

—Sí, sí, maldito duro de la *bratva*.

Un momento de silencio se extiende. No se han perdonado, pero ¿nos estamos acercando a un entendimiento?

—¿Ya habéis terminado de daros una paliza o qué? —pregunto severamente, con las manos en las caderas.

—Yo he terminado —dice Semyon irónicamente—. Por ahora. Depende de lo que descubra cuando haga algunas preguntas si continúo o no la bien merecida paliza.

Eli niega con la cabeza.

—Sigue diciéndote eso.

Semyon solo le frunce el ceño.

—¿Vas a decirme quién coño te tenía?

—Como si necesitaras confirmación alguna.

El cuerpo de Semyon se pone rígido.

—Lo sabía. Los putos irlandeses. —Niega con la cabeza. —Aunque no tiene sentido por qué simplemente te traerían de vuelta, a menos que tuvieran algo que ganar con ello.

Eli frunce el ceño.

—Quieren desmantelar toda tu operación desde dentro. Me cogieron porque les debía dinero, pero alguien les pagó.

Semyon frunce el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Sí. No tengo ni idea de quién.

—Sigue sin tener sentido que simplemente te dejaran ir.

—Así que, ¿podemos resolver todo esto más tarde, chicos? Creo que sería muy inteligente ahora mismo que no estuvierais desangrándoos en el suelo mientras tenéis estas discusiones.

Semyon se pone de pie, alzándose sobre Eli.

—Ya te lo dije, Anya. No hemos terminado aquí. —Señala con la cabeza hacia la puerta. —Ve. Iré a verte después de que Eli y yo hablemos.

Abro la boca para protestar, pero su expresión no admite discusión.

—*Ve*.

Eli palidece y traga saliva.

—¿Anya?

Me vuelvo para mirarlo.

Eli me dirige una mirada curiosa antes de soltar una risa.

—Espera. —Mira a Semyon. —¿Recuerdas cuando solíamos jugar al ajedrez? ¿E intentabas hablar conmigo a través de los movimientos?

¿De qué demonios está hablando, y qué tiene que ver eso con nosotros ahora?

—Sí —dice Semyon con un asentimiento—. Lo recuerdo bien.

Eli sonríe.

—Y nadie sabía nunca que teníamos un lenguaje secreto, ¿verdad?

—No.

Sus ojos se dirigen a los míos y me lanza una mirada de complicidad.

—Era conveniente —dice, hablando con Semyon y mirándome a mí —. Una buena manera de hablar entre nosotros en secreto.

Semyon niega con la cabeza.

—Extraño momento para recordar eso, pero de acuerdo.

No. No, no es una hora extraña en absoluto. Es una hora *excelente*.

Dios mío.

Eli, eres un genio.

Capítulo Treinta

Anya

Me tiemblan las manos cuando cojo el móvil y compruebo mis mensajes. Espero no haber esperado demasiado. ¿Cuáles son las reglas sobre esto, de todos modos?

Mi mente da vueltas con la información de Eli. No estaba tan ajeno a lo que ocurrió anoche como yo pensaba. Ahora todo lo que tengo que hacer es jugar seguro con los irlandeses y tener una partida de ajedrez para nada casual con Semyon.

Odio que esté usando el número de Ophelia para llegar a mí. Me pone los pelos de punta ver los mensajes bajo el número de mi mejor amiga.

Ophelia
¿Cómo está tu hermano?

Ya sé cómo van a jugar esto. Se irán metiendo en una conversación como si fuéramos amigos antes de empezar a presionarme. Ya puedo oír el profundo acento irlandés y ver esos ojos despiadados.

Bien

Ophelia
¿Y cómo está tu marido?

Me están poniendo a prueba, buscando una debilidad.

Aburrido. Juega demasiado al ajedrez.

Ophelia
Qué mono. Mantén los oídos abiertos. Estaremos en contacto.

En cuanto se envía el mensaje, tiro el móvil sobre la cama y cierro los ojos con fuerza. ¿Dónde están? ¿Qué están planeando?

Necesito comprobar cómo está Stefan para asegurarme de que se encuentra bien. Camino hacia la cocina, ignorando cada pensamiento que me viene a la mente sobre lo que sea que está pasando entre Eli y Semyon. Ver cómo se golpeaban así fue horrible.

No puedo imaginar cómo sería un interrogatorio.

Encuentro a Zoya en la cocina, deslizando el dedo por la pantalla de su móvil.

—Hola, guapa —dice, con una brillante sonrisa—. Tienes una pinta horrible.

—¿Gracias? —Mi voz suena ronca. Me apoyo contra la encimera, con el peso en el pecho haciendo que sea difícil forzar una sonrisa. —¿Stefan ha ido bien al colegio?

—Sí. Yana lo llevó hoy porque se quedó dormido y perdió el autobús. —Se pone seria. —No le mencionamos nada sobre Eli. Queríamos dejártelo a ti.

Le doy una pequeña sonrisa. Miro hacia la puerta al oír tres pasos: el Abuelo más su bastón. Entra cojeando, con su mano nudosa encima del bastón, vestido con los mismos pantalones planchados y el uniforme de camisa abotonada que siempre lleva.

—Vaya, vaya, si no son las damas más encantadoras de la casa —dice, con un guiño—. Ya vi a Yana esta mañana y le dije lo mismo, así que no penséis que tengo favoritas.

Zoya niega con la cabeza y le sonríe mientras se gira para poner la tetera.

—Has tenido unos días difíciles, según tengo entendido —dice el Abuelo, sacando una silla.

Saco las bolsitas de té mientras Zoya prepara un desayuno sencillo de *kasha*, una papilla caliente servida con mantequilla y miel. Se me hace agua la boca.

Hablamos de cosas sencillas, pero nadie menciona el elefante en la habitación.

Mi móvil vibra con un mensaje. Miro mi móvil como si fuera a morderme.

—¿Estás bien? —pregunta Zoya con preocupación—. Primero parecías que ibas a desmayarte otra vez, y ahora parece que quieres tirar tu móvil por la ventana.

Le doy una sonrisa apagada.

—Estoy bien. Solo necesito comer.

La puerta se abre de golpe, y Matvei entra.

—Hola. —Se prepara una taza de té y se sienta junto al Abuelo. —Anya, ¿sabes dónde está Semyon?

Suelto un suspiro tembloroso.

—Está con Eli.

Las cejas de Matvei se disparan hacia arriba, lo que no me hace sentir precisamente mejor.

—Ah. Vale.

Charla con el Abuelo sobre un partido que vio mientras yo me concentro en comer mi desayuno e ignorar los zumbidos de los mensajes en mi móvil. Justo cuando aparto mi plato, la puerta se abre y Semyon entra con Eli.

Zoya inspira bruscamente.

—Vosotros dos tenéis un aspecto *terrible* —dice, negando con la cabeza. Matvei entorna los ojos hacia Eli, probablemente nada convencido de que debería estar en nuestra presencia sin esposas. El Abuelo simplemente sorbe su té, con los ojos brillando de diversión.

Eli saluda a todos con una sonrisa.

—Sí, me encantaría una ducha, Zoya.

Semyon, como siempre, es una fuerza indescifrable.

—Lo alojaremos en la habitación de invitados del segundo piso, la que está al final del pasillo.

Interesante. La que está más lejos de *nosotros*, muy probablemente.

Zoya asiente.

—Puedo ayudar, Semyon. —Se acerca a Eli. —Vamos, te enseñaré tu habitación. Hay una ducha en suite que puedes usar. —Le lanza una mirada a Semyon. —¿Su... estado?

Semyon suelta un suspiro y se mete las manos en los bolsillos.

—Es un invitado, Zoya.

Dios mío. ¿Iba a encerrarlo o a llamar a un equipo de guardias?

Sí. Sí iba a hacerlo.

Semyon se sienta a mi lado, y le doy un rápido apretón de manos.

—Necesito hablar contigo.

Frunce el ceño mientras se prepara una taza de té.

—En unos minutos, por supuesto.

Aclaro mi garganta.

—Ahora.

Su expresión no cambia, pero un destello de algo ilegible pasa por su rostro.

—Bien.

Semyon me lleva a la despensa y coloca su mano en la parte baja de mi espalda. Me derrito un poco, apoyándome en él.

Nunca olvidaré lo que le dijo a Eli en esa habitación.

Nunca.

Aclaro mi garganta.

—Quiero jugar una partida, por favor.

Una pausa. Sus labios tiemblan con incredulidad.

—Una... partida.

—Sí.

Exhala bruscamente por la nariz, ajustándose las gafas.

No puedo decírselo directamente. Si lo hago, alguien del interior sabrá, me delatará, y todos estaremos jodidos.

Exhala bruscamente por la nariz.

—Anya, no tengo tiempo...

—Es ajedrez. —Mis ojos taladran los suyos. Intento poner todo el peso de lo que necesito decirle detrás de mi mirada. Si no entiende lo que estoy diciendo...

Sus manos se detienen. Me observa en silencio durante un largo minuto, estudiándome como si buscara algo. No le culpo.

—Está bien, si eso es lo que necesitas.

—Lo es.

Inclinándose hacia delante, su voz baja.

—Si juego, me dirás de qué va todo esto, ¿verdad?

Aclaro mi garganta.

—Eventualmente, sí.

El tablero de ajedrez está preparado en el estudio, con las piezas de madera oscura pulidas por el uso intenso. Semyon se sienta frente a mí, y sus dedos apenas tocan sus piezas cuando hace un movimiento. No se apresura ni habla.

Siento como si el tablero de ajedrez entre nosotros fuera un campo de batalla silencioso. Apenas puedo evitar que mis manos tiemblen.

Semyon me observa, con esos ojos azul hielo penetrantes. Calculadores. Está esperando ostensiblemente mi próximo movimiento, pero sé que me está observando. Leyéndome.

Cojo un peón y lo hago rodar entre mis dedos. Tengo la garganta oprimida, los latidos de mi corazón son intensos.

—Siempre subestimas a los peones —empiezo.

Su expresión no cambia, pero me observa muy atentamente.

—Los peones son prescindibles —dice—. Son sacrificios.

Coloco el peón, no con fuerza, no como un ataque, sino a un lado. Fuera de lugar. Obviamente incorrecto.

—No siempre se mueven voluntariamente —susurro.

Sus dedos se quedan inmóviles sobre la mesa. El aire entre nosotros cambia mientras él se sienta más erguido, y yo imito su postura.

Ahora está escuchando.

Deslizo otro peón hacia adelante. Mis manos tiemblan. Mantengo mi expresión neutral.

—Los peones no siempre se mueven como esperas.

Algo oscurece su expresión. Sus dedos se contraen, flotando sobre un caballo, pero no lo mueve.

Deslizo mi mano hacia el cajón que alberga las otras piezas de varios juegos, algunas de colores, algunas negras como estas. Encuentro una pieza verde y la coloco cuidadosamente en el tablero, cubriéndola con mi mano para que solo él la vea.

Él toma un caballo. Pensando. Lo gira entre sus dedos.

—No. Pero solo van donde se les permite.

Un escalofrío recorre mi espalda. Está captando algo, pero no sabe exactamente qué todavía. Podría llorar de alivio.

Muevo otro peón. Es un movimiento débil, demasiado expuesto. Semyon lo nota. Sus ojos se mueven del tablero hacia mí.

—Eso es un error, Anya —murmura.

Trago saliva con dificultad y susurro:

—No si el peón no tiene elección.

Sus dedos se congelan sobre la torre.

Lentamente, mueve su reina, no hacia adelante en ataque, sino lateralmente. Un movimiento defensivo.

—Siempre hay una elección.

Miro el tablero, con el pecho oprimido. Tomo otro peón y lo coloco hacia adelante; y mis palabras son un susurro apresurado.

—No cuando te están vigilando, y cada movimiento que haces pone a los demás en peligro.

Suenan voces detrás de nosotros. Su tía y su tío.

—No puedo creer que después de todo por lo que ha pasado, estén jugando al ajedrez —murmura él, lo suficientemente alto para que lo oigamos. Pongo los ojos en blanco.

Semyon se queda completamente quieto. Mantiene mi mirada. Finalmente, mueve su reina hacia adelante, bloqueando a mi rey.

Una declaración silenciosa. *Nadie te llevará.*

Parpadeo, una lágrima caliente rueda por mi mejilla, y alcanzo su mano. Le doy un apretón.

—Hay demasiado en juego —susurro—. No puedes jugar imprudentemente.

Semyon se mueve en su silla, con los ojos fijos en los míos.

—Y tú no puedes jugar para perder.

Finalmente muevo el caballo; un movimiento audaz, uno que me pone en peligro, pero crea una apertura. Mi corazón martillea.

—Si caigo, el resto del tablero se derrumba —susurro.

Él no parpadea, pero mueve su torre, cortando la escapatoria de mi caballo.

—Entonces no dejaré que caigas.

Le creo. Dios mío, le creo.

Se inclina hacia adelante con una sonrisa escalofriante.

—Por eso ganamos. No más defensa. —Mueve su reina otra vez, un cambio final.

Una preparación. Una trampa.

—Un movimiento más. —Me está observando. —Y estarán en jaque mate.

Mi pecho se oprime, algo caliente e insoportable me inunda. Él entiende. Ya está planeando. Ya está calculando.

Ya se está preparando para la guerra.

Capítulo Treinta Y Uno

Semyon

El aroma a canela y pan recién horneado le da a la panadería una sensación casi nostálgica y hogareña, ocultando la tensión bajo la superficie.

Está en silencio; han vaciado el local para *esta* reunión. Me apoyo contra la vitrina, con el brazo cruzado y expresión neutral. Anya está detrás del mostrador, limpiándose los dedos por centésima vez con un paño de cocina.

Me aclaro la garganta casualmente para llamar su atención.

Los irlandeses no tienen ni idea de dónde se están metiendo. Sé por qué está nerviosa, pero no tiene por qué estarlo. Esto está controlado. Y yo la protejo a *ella*.

Los irlandeses solo creen que tienen el control. No se dan cuenta de que ya los tengo en jaque mate.

—Están en el barrio —murmura Anya, con voz baja.

Asiento con la cabeza.

—Es hora.

Saca su móvil y envía un mensaje. Tengo una aplicación discreta de duplicación de pantalla en el mío, así que nadie sabe que estoy observando.

Anya a Ophelia

Los peces gordos vienen a cerrar un tratado importante. Es hoy. Prepárate.

Pasa una hora completa antes de que la puerta se abra y Cillian O'Rourke entre con seis de sus hombres. Es arrogante, audaz, como si ya supiera qué iba a pasar con todo esto.

Finjo sorpresa.

—O'Rourke. Un placer verte.

Él inclina la cabeza y me dedica una sonrisa, mostrando un diente de oro. Imbécil arrogante.

—Hablando del diablo. Siempre has sido una mierda mintiendo, Kopolov.

Me encojo de hombros. No se equivoca. Nunca le vi el propósito.

Me muevo frente a Anya para protegerla. Lleva un chaleco antibalas, pero me hace sentir mejor saber lo fácilmente que podría atacar y cortarle la garganta.

Cillian me sonríe con suficiencia y hace un pedido. Hay que reconocer que Anya no tiembla al llenarle la taza de té, y yo coloco un rollo de canela en un plato.

—Invita la casa —le digo con un gesto. O'Rourke duda.

—¿Estás rechazando los dulces de mi esposa, O'Rourke? —Niego con la cabeza. —Recuerdo que tu madre solía hornear esas tartas irlandesas de manzana, ¿verdad? Sería una lástima que nunca volvieras a probarlas.

Toma el plato con el ceño fruncido mientras la campanilla sobre la entrada suena y *ellos* entran. No son traficantes de armas extranjeros ni facciones hambrientas de poder de la *bratva* de todo el mundo.

Mi familia.

Vestidos con elegancia. Silenciosos. Disfrazados. Toman asiento, cambiando la atmósfera. Camino hacia la entrada, deslizo el cerrojo y, solo para un efecto dramático, giro el cartel de *Abierto* para que diga *Cerrado*.

Los irlandeses se dan cuenta de que están rodeados un segundo demasiado tarde.

Cillian se estremece, alcanzando su arma. *Maldito aficionado.*

Me muevo primero.

Mi pistola apunta hacia él antes de que tome otro aliento. El disparo retumba en el aire, alcanzando su rodilla. Diana. Cae al suelo, gritando.

La pelea es rápida. Eficiente. Le prometí a Anya que lo sería, que no estropearíamos el bonito suelo nuevo de la panadería ni derramaríamos sangre en las nuevas baldosas.

Rafail se quita el abrigo, moviendo los hombros como si se estuviera calentando para hacer ejercicio, luego agarra una silla y la estrella contra la cara de un bastardo irlandés. El sonido de la madera astillándose apenas se registra antes de que Matvei se mueva, músculo y acero, mientras derriba rápidamente a dos antes de que tengan oportunidad de reaccionar.

Yana y Zoya convierten lo que podría haber sido una emboscada en sumisión inmediata. Una muñeca se rompe, una mandíbula se hace añicos, y la hoja de Zoya presiona contra la carne vulnerable debajo de un ojo. Los irlandeses se arrodillan ante nosotros, desarmados y

sangrando. La sonrisa arrogante de Cillian O'Rourke ha desaparecido.

No más sangre. Nadie muere. Lo planeamos así: una demostración de poder que lleva a la negociación, no a una guerra total.

Cuando termina, los irlandeses están de rodillas. Cillian mira fijamente a Anya.

—Nos tendiste una trampa, pequeña...

—Si le faltas el respeto a mi esposa, te quedarás sin lengua —le advierto. Alcanzo un cuchillo de carnicero y lo empuño. Listo—. Es difícil comer coño sin lengua, O'Rourke, ¿mmm?

Cierra la boca de golpe. No voy de farol.

—Esto no es una competición de meadas, chicos. —Niego con la cabeza. —Ahora —digo en un tono conversacional—. *Hablamos*. Keenan McCarthy no estará muy contento de que vuestro trabajo fuera tan chapucero, ¿verdad?

Su patriarca es bien conocido por su crueldad y métodos meticulosos.

—Vosotros fuisteis los que vinisteis a Moscú. Chantajeasteis a mi esposa e intentasteis tomar lo que no era vuestro. —Sacudo la cabeza. —Lo hacemos a mi manera, o ninguno de vosotros saldrá vivo de aquí.

Silencio.

Luego el sonido de un aplauso lento y deliberado.

Sé quién es antes de verlo. El Enterrador sale de la parte trasera con su característico traje negro a medida. Su presencia cambia la energía de la habitación. Incluso sus hombres están aterrorizados.

—Has ganado esta vez, Kopolov.

El hijo de puta estuvo aquí todo el tiempo. Quería ver qué harían sus hombres. Lo observo cruzar un tobillo sobre la rodilla y sorber de una taza de té.

—Eficiente —murmura, removiendo su té—. Pero no tan limpio como habría esperado, Kopolov.

Le doy una sonrisa irónica y asiento.

Sus labios se curvan, divertidos; su voz es un susurro grave, con un matiz de acero.

—Pero espero que sepas que voy a por tu hermana.

Yana está casada, e incluso él no pisotearía la ley de la *bratva*. Zoya apenas es adulta. Siento que la rabia me atenaza el pecho. No reacciono.

—Ya veremos.

Me guiña un ojo.

—Sí. Ya lo veremos. Ahora, ¿por qué estamos todos aquí, muchachos?

Rafail ladra:

—Armas abajo.

El Enterrador asiente. Obedecen.

Me vuelvo hacia Cillian. Su cara está contorsionada por el dolor.

—Esto ya no se trata solo de derramamiento de sangre. Se trata de poder. Tenéis vuestro territorio, y nosotros el nuestro. Podríamos seguir luchando, pero no necesitamos seguir desangrándonos mutuamente.

El Enterrador asiente, observando a su hombre herido con interés.

—¿Qué hiciste para merecer este castigo, O'Rourke?

La cara de O'Rourke está congestionada de rabia:

—Nada, yo...

—Intentó sacar un arma en nuestra propiedad —termino, negando con la cabeza como un padre decepcionado.

—Sí —asiente su jefe antes de inclinarse hacia su hombre y esposarlo—. ¿Qué te dije sobre sacar armas contra los rusos, muchacho? —Le da una bofetada en la mejilla lo suficientemente fuerte como para dejarle marca—. Has entrado aquí por tu propio pie. ¿Esperabas una fiesta de bienvenida? Debería volarte la otra rótula para darte una lección, ¿mmm? —Con un suspiro, se endereza, dirigiéndome un gesto con la cabeza de «los jóvenes de hoy en día».

Anya permanece estoicamente a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Mi hermosa y valiente esposa.

—Veamos tu propuesta, Kopolov.

Me aclaro la garganta.

—Formamos una alianza inquebrantable. Un nuevo orden. Una nueva forma. Los líderes de cada una de las facciones más poderosas juran no acabar con los demás. Luchamos contra nuestros enemigos juntos.

Él inclina la cabeza. Reflexionando.

—¿Y ganamos?

Inclino la cabeza.

—Supervivencia. Un asiento en la mesa.

Asintiendo lentamente, evalúa a sus hombres.

—Esto podría funcionar a nuestro favor, sí, pero solo bajo las condiciones de una tregua temporal. —Finalmente asiente. —Concedido.

El labio del Sepulturero se curva como si estuviera divertido. Levantando una mano, sus hombres ponen a O'Rourke de pie.

—Aceptaremos este trato. Por ahora. —Abre la puerta, pero se gira y le guiña un ojo a Zoya antes de marcharse. —Nos vemos pronto, cariño.

Le dejo ir, pero ya sé que la próxima vez que nos encontremos, solo uno de nosotros saldrá con vida.

La atraigo hacia mí. Todavía respira. Estamos a salvo... por ahora.

Redactaremos las negociaciones y se las presentaremos a los irlandeses. Tenemos mucho trabajo por delante, pero una tregua temporal nos da tiempo.

Anya me mira fijamente.

—Así que eso ha ido... ¿bien?

Capítulo Treinta Y Dos

Anya

Me cuesta creer que Semyon y Eli estén aquí juntos, charlando sobre chupitos de vodka y no dándose una paliza. Sin embargo, Semyon lleva las de ganar. Es su casa y me tiene a mí.

Eli tiene más color en las mejillas ahora gracias a la buena cocina de Zoya, pero sigue un poco demacrado, con la mirada atormentada.

—Así que es esto —dice, negando con la cabeza y mirando alrededor de la habitación. Al principio, creo que habla de la evidente muestra de riqueza y poder en las líneas limpias de acero y cristal y equipos de vigilancia. Los monitores en la pared de la derecha están en reposo por ahora, pero solo por privacidad. Con un simple movimiento del dedo de Semyon en el teclado, todos cobrarán vida. Eli es observador. Lo sabe.

—Tu hogar —termina, con los ojos fijos en mí—. ¿Y vives aquí, Anya? ¿Stefan también?

Stefan está durmiendo plácidamente, ajeno a todo lo que ha sucedido. Aún no le hemos mostrado a Eli.

Semyon se pone tenso a mi lado, pero pienso antes de hablar. Si pudiera retroceder y decirle a la pequeña Anya que estaría casada

con Semyon Kopolov, que llevaría su anillo y compartiría su cama, y que él sería tan devoto como ella había soñado... querría pellizcarse a sí misma.

—Claro que vivo aquí, Eli. Prometí que lo haría.

Semyon entrelaza sus dedos con los míos y me acerca un poco más antes de girarse hacia mí.

—¿Es eso lo que te mantiene aquí, Anya? —Está calmado como siempre, pero lo conozco lo suficientemente bien a estas alturas para saber cuándo tiene miedo. Le aparece un tic minúsculo, casi imperceptible, junto a los labios, y se queda aún más quieto de lo habitual, con el cuerpo rígido. Evaluando.

Asiento lentamente.

—Nunca faltaría a una promesa —digo, pero estoy bromeando con él. Intento encontrar las palabras adecuadas para decirle lo que realmente siento.

Estoy segura contigo.

Stefan está seguro contigo.

Tenemos un futuro juntos porque nacimos el uno para el otro.

Te quiero.

Pero antes de que pueda expresar mis pensamientos, Eli se aclara la garganta.

—Estaba destinado a ser —admite finalmente, con un suspiro—. Aunque sabes que ella te culpa por la muerte de mamá, ¿verdad?

El aire de la habitación se queda inmóvil. Semyon se gira hacia Eli.

—Quizás sea hora de que le cuentes todo.

Eli da otro sorbo lento a su vodka antes de asentir finalmente. No estoy respirando. Siento la respiración constreñida y tensa. Me he

odiado por desear a Semyon, por ser tan débil que ninguna lógica podía librarme del dolor. De necesitar que él me deseara también.

—Anya, te dejé creer que Semyon era el enemigo —dice Eli, con la voz dolida. Observo la punta roma de su dedo recorrer el borde de su vaso de chupito—. Era más fácil así. Parecía que estarías mejor teniendo un objetivo, alguien a quien culpar por lo que nos pasó.

En la habitación oscurecida iluminada por la luz de la luna, Eli se parece a mi madre. Tiene sus pómulos y la inclinación de su elegante cuello. Trago el nudo que tengo en la garganta. Solo vuelve a subir.

¿Quiero escuchar lo que tiene que decirme? El peso de la mano áspera y cálida de Semyon se posa en mi nuca. Puedo respirar de nuevo.

—Ella le suplicó —susurro—. Le suplicó que no te dejara involucrarte.

Eli niega con la cabeza tristemente.

—Ya era demasiado tarde en ese momento. Nuestra familia estaba endeudada por el juego de papá. Malgastó todo lo que teníamos, e intenté detenerlo. Recurrir a la *bratva* parecía mi única opción.

Los dedos de Semyon se tensan. Apoyo la cabeza en su hombro.

—Semyon intentó disuadirme de esto a diario. Sabía con quién estábamos tratando. Sabía lo fácilmente que las cosas podían joderse. —Eli niega con la cabeza. —No fue culpa de Semyon, Anya. Intentó salvarla el día que murió.

Cierro los ojos. Una lágrima caliente y gruesa rueda por mi mejilla.

—¿Por qué no me contaste toda la historia antes, Semyon?

—No me habrías creído.

Tiene razón. No lo habría hecho. Eli también tiene razón. Era más fácil culpar a Semyon. Ya sentía que me había abandonado cuando

mi familia comenzaba a desmoronarse y la suya comenzaba a crecer en fuerza y número.

—El día que murió —continúa Eli, con la voz quebrándose y los ojos brillantes—, papá estaba ahogado en deudas, y yo estaba tratando de mantenerlo todo estable, vendiendo mi alma a quien pagara más. Ella culpaba a Semyon. Le suplicó que me rescatara, y entonces... su corazón cedió. Semyon y yo estábamos allí. Semyon llamó a los paramédicos... llamó a todos los que conocía... pero era demasiado tarde.

Yo volvía de la panadería cuando la escuché suplicar, con su voz elevándose y disminuyendo entre las otras. Cuando llegué al descansillo de arriba, Semyon me empujó al pasar, con una expresión inescrutable. Eli la sostenía... Ella había colapsado. Grité llamando a Semyon, pero cuando no vino, supe que había huido. Estaba escapando. Y Eli... mintió, diciéndome lo que pensaba que necesitaba escuchar.

Mi corazón duele.

—No quería que te arruinaras como yo —dice Eli, con la voz quebrándose—. Mentí para mantenerte alejada de *él*.

Nos había visto aquel día en el cobertizo. Había visto cómo miraba yo a Semyon. Lo sabía.

—Lo siento, no pude salvarla —dice Semyon en voz baja, con su voz en carne viva, despojada de su habitual acero y hielo—. Te prometo, Anya, que lo intenté.

Semyon no aparta la mirada ni se inmuta, sino que me deja verlo como realmente es: leal y devoto, aferrándose a un silencioso arrepentimiento que ha llevado durante años. Dispuesto a ser el chivo expiatorio.

Durante años, me he imaginado esto de manera diferente: quizás gritaría y me enfurecería contra él, lanzando cosas o incluso dando puñetazos, exigiendo justicia por la madre que perdí. Pero ahora me

siento... vacía. Y más allá de ese pozo de tristeza... un poco esperanzada.

La voz de Semyon es más suave esta vez. Está descubriendo sus sentimientos.

—Solía pensar que necesitar a alguien te hacía débil —admite—. Que el amor era una responsabilidad, que te haría ceder el control. —Suelta una risa ahogada. —Tenía razón, en parte.

—¿Sobre qué? —susurro. Necesito saberlo.

—Que el amor te hace perder el control. Daría cualquier cosa por ti, Anya. Haría cualquier cosa por ti. La idea de perderte... me arrancaría mi propio corazón antes que volver a la vida sin ti. Sin *nosotros*. Y haré cualquier cosa para demostrártelo.

Reprimo un sollozo. Ver a Semyon tan abierto y suplicante me afecta más de lo que podría haber previsto.

—No te amo como mereces —susurra—. Pero te juro por Dios que me despertaré cada día e intentaré una y otra vez hasta que lo haga bien... hasta que no quede duda en tu mente... hasta que *sepas*...

Me dejo caer en él, aferrándome a lo único que siempre ha tenido sentido para mí. Se siente correcto, natural y tan condenadamente perfecto cuando sus brazos me rodean y me sujetan con fuerza.

—Te amo, Semyon. Siempre te he amado, y a veces he odiado sentirlo, pero sigo haciéndolo.

—Y yo te amo a ti.

Cuando me sujeta con más fuerza contra él, me pregunto si no será él quien teme ser abandonado, como siempre me ha pasado a mí.

Levanto la cabeza para mirarle a los ojos.

—Vamos a dejar esto en el pasado junto con todo lo demás que ocurrió. Gracias por decirme la verdad.

Sus dedos buscan los míos.

—Dios —dice Eli con una risa ronca—. Vais a restregármelo en la cara, ¿verdad?

Agarro la camisa de Semyon, la aprieto con el puño, lo atraigo hacia mí y lo beso... fuerte, implacable.

—Respuesta suficiente —dice Eli, maldiciendo por lo bajo—. Buscaos una habitación. Ah, espera. Tenéis toda una casa. Supongo que esa es mi señal para irme a la cama.

Escondo la cabeza en el pecho de Semyon. No quiero separarme de él, ni siquiera por un segundo.

—Tengo tus cosas en la habitación de Stefan —dice Semyon. Le indica a Eli cómo llegar. Me hace gracia: quiere tener a mis dos hermanos bajo estrecha vigilancia.

La casa está en silencio mientras Semyon y yo nos quedamos a solas. Los monitores zumban, esperando una orden. Apoyo la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo constante de sus latidos.

Me siento... más ligera.

Huele a vodka y a humo de leña.

—Gracias —susurro. Quiero continuar, elaborar, pero siento la garganta apretada.

—¿Por qué?

—Por intentar ayudarla. Por perdonar a Eli. Por... casarte conmigo.

Semyon se ríe. Ocurre con más frecuencia ahora, pero nunca deja de hacer que mi corazón se hinche al oír el sonido.

—Si crees que eres la única que se beneficia de esta situación, pequeña Anya... —Cuando coloca su dedo bajo mi barbilla, levanto la mirada hacia él.

—Gracias *a ti* —dice, antes de darme un breve y casto beso.

Le sonrío y repito su pregunta.

—¿Por qué?

Con un suspiro que siento hasta lo más profundo, niega con la cabeza.

—Por enseñarme que soy capaz de amar a alguien. Por perdonarme. Por quererme.

Entrelazo mis dedos con los suyos. Nuestros latidos se sincronizan.

—¿Seguimos en peligro? —pregunto. Todavía puedo oír las palabras del hombre en la panadería.

—Siempre.

—Y Zoya...

—Estará protegida —lo dice con un aire de rotundidad, y me pregunto si no estará un poco en negación respecto a eso. Pero sé lo leal que es. Hará todo lo posible para proteger a sus hermanas.

—¿Y Eli?

—Ha pagado su deuda.

No hago más preguntas. A veces, es mejor no tener todas las respuestas.

—Vamos a la cama, amor.

Voy a ponerme en pie, pero me sorprende levantándome en sus brazos.

—Puedo caminar, Semyon. No tienes que...

—¿Llevar a mi esposa a la cama? —dice con esa voz que hace que mi cuerpo se caldee al instante—. Debo hacerlo. Necesito conservar tus energías.

Mi cabeza cae sobre su hombro. Cierro los ojos y lo dejo ir. Todo. Permito que me lleve. Dejo que me suba al piso de arriba y me tumbe, me quite la ropa, y luego me haga llegar al clímax hasta que se me curven los dedos de los pies y no pueda respirar. Dejo que me reclame. Dejo que se duerma a mi lado en un enredo de extremidades y respiración pausada hasta que la mañana traiga un nuevo día.

Epílogo

Anya

La risa de Stefan resuena por la casa, pura y alegre. Me apoyo en el marco de la puerta del salón, observando cómo Eli lo levanta en un fuerte abrazo, revolviéndole el pelo como solía hacer cuando éramos pequeños.

Me alegra tanto que Stefan haya permanecido ajeno a todo lo ocurrido. Al menos uno de nosotros puede estarlo. Por un fugaz segundo, puedo fingir que somos normales, que nuestra familia no estaba fracturada y rota. Por una vez, me siento... completa.

Stefan habla por los codos, contándole a Eli todo lo que ha pasado mientras él ha estado fuera. Detrás de mí, Semyon está cargando silenciosamente el lavavajillas con su característica eficiencia, pero sé que está atento a todo. No habla, no ahora, pero está ahí, siempre vigilante. Mi poderoso líder de la *bratva*, enjuagando vasos de zumo y apilando platos.

Trago con dificultad.

—¡Semyon, Eli ha vuelto! —anuncia Stefan como si Semyon no lo supiera. Su inocencia es entrañable—. Anya, ¿le has visto?

Sonrío, abrazándome a mí misma y dando otro sorbo de café.

—Sí, le he visto.

Semyon se gira hacia Stefan y le hace una seña con el dedo. Cuando Stefan se acerca, Semyon se arrodilla sobre una rodilla. Mi temible líder de la *bratva*, arrodillándose ante un niño.

—Has crecido mucho —dice Semyon con su voz profunda y adormilada—. ¿Cuántos años tienes ahora? ¿Doce?

Stefan sonríe con suficiencia.

—Sigo teniendo ocho, pero definitivamente soy más alto. Seré más alto que Eli *y* que tú.

—Entonces sigue comiendo esas verduras sobre las que tu hermana siempre te insiste —dice Semyon.

Stefan lo mira seriamente.

—¿Incluso las espinacas?

—*Especialmente* las espinacas.

Stefan frunce el ceño.

—Me lo pensaré.

Semyon levanta la mirada y me sonríe, realmente *sonríe*. Todavía es algo tan raro, y algo en mi pecho se afloja.

Stefan vuelve junto a Eli y le cuenta todo sobre los Kopolov como si hubiera sido una especie de aventura loca. Supongo que, para él, lo ha sido.

—¡Hoy voy a ir con Eli a nuestra casa! —exclama Stefan mientras limpio la mesa del desayuno.

Encuentro la mirada de Semyon. Él asiente.

—Están a salvo, Anya —dice en voz baja. Luego, dirigiéndose a mi hermano, alza la voz—. Asegúrate de hacer primero tus deberes, Stefan.

Me duele la garganta. Ya no estoy haciendo esto sola.

—Mañana vuelves al colegio.

Mañana volvemos a todo. Cenas en casa de los Kopolov, que he empezado a esperar con ganas. Un día completo en la panadería, una «reapertura» que hemos planeado en detalle. Semyon y yo, aquí en nuestro hogar juntos.

Limpiamos la cocina en un silencio amigable, ambos perdidos en nuestro propio mundo mientras Eli y Stefan se preparan para marcharse. Semyon insiste en que lleven una guardia completa. Me ha dicho que Eli todavía no está completamente a salvo con el resto de su familia, pero por suerte me mantiene ignorante de lo que tienen planeado.

A veces quiero conocer todos los detalles. A veces no. Por ahora, quiero saber que Stefan y Eli están a salvo. Es todo lo que necesito.

Es un domingo por la tarde tranquilo. Todavía estoy en pijama a mediodía, con el pelo en un moño desaliñado, sin maquillaje. Semyon está sexy como el pecado con sus pantalones de chándal grises y su camiseta blanca.

—¿Ajedrez? —pregunta él, cuando la cocina está reluciente.

—Quizás deberíamos jugar a algo con menos presión —digo, guiñándole un ojo—. Solíamos jugar a las damas cuando yo era más joven, ¿recuerdas?

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Recuerdo todo sobre ti cuando eras más joven.

—¿De verdad? —Le sonrío. Me reconforta oírle hablar con cariño sobre mis años de juventud. Me cura un poco cada vez. —¿Como qué?

Se mete las manos en los bolsillos con un encogimiento de hombros casi infantil. Las gafas se le han deslizado un poco por la nariz, y no

se ha molestado en ajustarlas.

—Solías perseguir luciérnagas junto al arroyo.

Es cierto, lo hacía. Lo miro maravillada. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Eras la única que podía hacerme sonreír después de que murieran mis padres. Contabas un chiste o hacías algo tonto. Me mirabas cuando estaba con Eli como si estuvieras medio asustada y medio embelesada, y te sonrojabas con un bonito tono de rosa cuando te pillaba.

—Oh, Dios. —Me cubro la boca con la mano y niego con la cabeza. —*No*.

—Lo hacías —dice, sacando las manos de los bolsillos y caminando hacia mí. Lo miro mientras se acerca. Huele a montañas limpias coronadas de nieve y aire primaveral—. Eras esa niña tímida con pecas por toda la nariz. Inocente. Confiada.

Nuestros pies se tocan. Su nudillo bajo mi barbilla levanta mi mirada para encontrarme con la suya.

—¿Y ahora? —susurro.

—¿Y ahora? Temía que tuvieras demasiada luz e inocencia para mi mundo. —Negando con la cabeza, mantiene mi mirada con sus ojos azul acero. —Pero me temo que soy yo quien ha sido completamente corrompido, cariño.

—Me alegra que por fin lo hayas admitido, Superman.

—¿Superman?

—¿No sabes que así es como te veo?

Un adorable surco en su frente es la única indicación de que está completamente confundido.

—¿*Yo*? ¿Un superhéroe? Definitivamente *no* soy el bueno.

Paso mi pulgar por su mejilla con barba incipiente.

—¿No? Estoy *conmocionada.* Pensaba que seguramente vivías para evitar que los trenes se precipitaran a su muerte desde vías rotas y para ayudar a ancianitas a cruzar la calle.

—Qué va —dice encogiéndose de hombros. Inclinándose más cerca, roza sus labios por mi frente—. A menos que estén repartiendo capas por reducir el mundo a cenizas para salvarte, no tengo suerte con eso del heroísmo. Ahora bien. Sobre ese juego de ajedrez con prendas...

Nos decantamos por el ajedrez sobre el regazo, una estrategia «a lo Semyon» sin duda. Me siento en su regazo, interpretando mi papel, y él me manosea, interpretando el suyo. No sé cómo puede jugar con el tablero al revés, pero no estoy segura de que ganar sea su objetivo final aquí.

—Mira, cariño —dice, señalando el tablero. Me inclino hacia delante para ver mejor, lo que le da pleno acceso a mi pequeña camiseta de dormir y a mis pechos desnudos—. Solía pensar que la reina era solo otra pieza para proteger al rey. —Hace un movimiento. —Pero tú me has demostrado que es la pieza más poderosa del tablero.

Me quedo mirándole, incrédula. Me ha dejado totalmente expuesta y ni siquiera ve que... con un barrido, hago mi movimiento.

—Maldición —gruñe, inclinándose para besarme el cuello.

Me cuesta toda mi energía mantenerme concentrada cuando acaricia mi pezón con el pulgar.

—No es justo, Semyon. No puedes distraerme.

Reprimo un gemido y me vuelvo hacia él. Mis rodillas descansan a ambos lados de sus muslos; mi triunfo por haberle vencido finalmente alimenta mi deseo por él. Mi cuerpo anhela ser llenado por él, tocado por él. Enmarco su rostro con mis manos mientras las

suyas se posan en mis caderas. Nuestros labios se encuentran y nuestras respiraciones se mezclan.

—Jaque mate —digo con una sonrisa.

Él mira el tablero y niega con la cabeza.

—Has ganado, Anya. —Me besa la mejilla. —Nunca he estado tan feliz de perder.

EL FIN

Preestreno

Desquiciado: Un romance oscuro de mafia y acoso

Matvei

Marcarse a fuego *no* es el mismo nivel de dolor que un tatuaje, y no sé por qué dejé que Rodion me convenciera de lo contrario.

Pero esto no es solo mi marca. Es mi juramento de entregar mi alma a la *bratva*, mi promesa de dar cada gramo de mi ser a mis hermanos de la *bratva*.

Me siento en un taburete, con las muelas apretadas y los pies enganchados bajo los travesaños para no caerme. Joder.

—¿Qué tal ese dolor, tío? —Rodion, mi primo menor y mejor amigo, se mantiene a unos metros, estratégicamente fuera de mi alcance, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—*Se siente como tinta* —me burlo. Le lanzo una mirada fulminante —. Voy a patearte el puto culo.

No se siente como tinta. Se siente como penitencia.

Rafail, el jefe de la Familia Kopolov de la *bratva* y mi primo mayor, niega con la cabeza.

—Se lo tiene merecido —murmura.

Vadka aprieta los labios, con una expresión de concentración. Aparto la mirada cuando presiona el hierro en mi espalda. Cierro los ojos e intento transportarme mentalmente lejos de aquí, pero no funciona. El dolor es demasiado crudo, demasiado vívido. Me arde la garganta de contener un grito, mientras el nauseabundo hedor de carne quemada llena la habitación. Alguien emite un sonido de arcadas.

—¿Qué te dijo? —dice Vadka, haciendo un pésimo trabajo para ocultar su diversión.

Exhalo por la nariz.

—Dijo que se sentía como un tatuaje.

Vadka resopla, pero mantiene la mano quieta.

—Definitivamente deberías patearle el culo por eso, pero *tú* eres el imbécil que le creyó. ¿Cómo va a ser lo mismo un pinchazo de aguja que un hierro al rojo marcando tu carne?

Si un tatuaje es un corte de papel, una marca es la amputación de un miembro.

Joder.

El dolor hace que el sudor perle mi frente. Tengo que distraer mi mente de esto.

Así que en su lugar... pienso en Anissa.

La mujer que traicionó a mi familia. La mujer que es *mía.*

La jodida Anissa Laurent.

La fugitiva. La fantasma. La chica que logró quitarse la soga del cuello y desaparecer en el aire como un maldito mito. Pero mi mente es una cámara acorazada con cada detalle que he reunido durante los años que la he rastreado.

Hermana de Polina Kopolova, la *esposa de mi pakhan*. Ambas peonas en un juego brutal de vida o muerte, y ninguna conocía la existencia de la otra. Anissa todavía no lo sabe.

A veces es rubia, a veces castaña rojiza, a veces de pelo corto o teñido de negro. Sus ojos son de un azul impactante pero frío. Siempre analizando. Observando. Mira al mundo como si fuera una amenaza para ella.

Yo quiero ser quien la haga mirar así.

Su boca, sus labios carnosos que sonríen con suficiencia como si conociera todos los secretos que jamás has guardado, arrogante porque es lo bastante inteligente para borrar identidades completas. Y justo encima de esos labios provocativos, tiene una marca de nacimiento con la que estoy obsesionado. Me imagino apoyando mi dedo allí cuando finalmente la tenga inmovilizada debajo de mí.

—La siguiente parte es la más difícil. *Respira* —me recuerda Vadka cuando levanta la marca más grande, tan caliente que puedo ver el vapor que despide en el aire fresco del sótano.

—Joder —dice Rodion, palideciendo. Quizás es él quien está haciendo ese sonido como si estuviera a punto de vomitar. Me imagino la satisfacción de sentir mi puño conectando con su mandíbula.

Cierro los ojos y respiro por la nariz. El problema no es solo el dolor, sino cómo el olor a carne quemada me trae el peor recuerdo de mi vida, ese que intento enterrar.

Recuerdo cómo las paredes del sótano de La Cabaña absorbían los gritos de mi hermano, el suelo de cemento resbaladizo por su sangre. Me quedé de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras una fría determinación se asentaba en mis venas. Mi hermano nos traicionó. Tuve que verlo morir. Mi hermano pequeño, al que había protegido y medio criado, por el que habría dado mi

propia vida, cometió el imperdonable pecado de la traición. Cambió su sangre por un puñado de promesas de nuestros enemigos.

Y ahora, estoy cazando a la chica que hizo que la traición pareciera fácil.

Huyó de mi *pakhan*, se burló de nuestra familia, y luego se alió con nuestros enemigos. Hizo que el mundo entero pensara que éramos débiles.

Igual que mi hermano.

Gleb colgaba frente a nosotros, con las muñecas en carne viva y sangrando por las esposas; una advertencia viviente de lo que sucede cuando rompes el *Vorovskoy Mir*, el Código de Ladrones.

—Dinos las tres leyes que juraste cumplir —dijo Rafail. Cuando éramos más jóvenes, Rafail actuaba como el hermano mayor para todos nosotros. Era severo e inflexible, nuestro guía y amigo. Ahora era nuestro *pakhan*, el líder de nuestra *bratva*, el que ordenó la ejecución de su primo. Mi hermano.

Y juré que presenciaría cada segundo brutal y desgarrador.

Había fallado a mi hermano menor. Era *mi* responsabilidad enseñarle a obedecer la ley de la *bratva*. *Yo* era quien le enseñó a montar en bicicleta, a fumar un porro, a follar bien a una chica y hacer que volviera por más. Era yo quien lo sacaba de líos cuando la cagaba, pero esa noche… Esa noche fui yo quien quemó sus tatuajes de su carne antes de que enfrentara el castigo definitivo por sus pecados contra nosotros.

Hice un juramento de sangre cuando tenía dieciocho años. Y moriré antes de romperlo.

Tal como lo hizo Gleb.

El Código de Ladrones era inflexible:

La bratva está por encima de todo lo demás.

Nunca colabores con las autoridades.

Nunca, jamás traiciones a tus hermanos.

Hay una razón por la que nos temen, una razón por la que la marca de la *bratva* hace que las mujeres sostengan a sus hijos con más fuerza cuando pasamos y que los hombres adultos tiemblen.

—Hemos terminado.

Abro los ojos de golpe. Alguien me acerca una botella de vodka a los labios. Bebo como si estuviera muriendo de sed. Ayuda un poco.

Me siento más erguido. Cada célula de mi cuerpo parece concentrarse en mi espalda, el dolor grabado en mi carne, palpitante, implacable. Agarro el cuello de la botella y doy otro trago.

Vadka enumera instrucciones para curar la marca. Solo le escucho a medias.

Derramé mi sangre y juré un juramento. Que me marquen. Hice lo que tenía que hacer.

Ahora, *ella* es el siguiente paso. Mi ofrenda. Mi prueba de lealtad.

Mi obsesión.

Aprieto los dientes y pienso en ella.

La fugitiva. La traidora. Mi fantasma.

La que huyó de mi *pakhan,* pero nos dejó a todos en ridículo. Rafail ha seguido adelante. Gracias a la insensatez de mi hermano, Rafail se casó con una mujer que creía que era Anissa mientras la verdadera Anissa escapaba.

Sin castigo.

Es mía. Voy a poseerla. Cada centímetro, cada respiración, cada grito. Aún no lo sabe, pero ya me pertenece.

Ya puedo imaginarla jadeando debajo de mí, marcada por mí. Quiero llenarla, preñarla, hacerla mía de formas que nadie pueda deshacer jamás.

Rafail se planta frente a mí, con los pies separados y los brazos cruzados. Está vestido con traje, aun llevando su chaqueta como siempre.

—Te avisaré cuando tengamos nuestra reunión, Matvei —dice Rafail.

Aunque Rafail está felizmente casado, los hombres de la *bratva* no olvidan las traiciones. Rafail no las ha olvidado. Sabe exactamente por qué esa fecha concreta importa. Encuentro su mirada y asiento.

—Esperaré.

Los demás observan con curiosidad, pero aún no es momento de explicarles por qué las fechas son importantes. Y a Rafail le importa una mierda quién sabe qué; se lo dirá a todos cuando él lo considere oportuno.

Incluso mientras respiro por la nariz, con el cuerpo palpitando de dolor, el orgullo crece en mi pecho. La tinta marca el símbolo de la *bratva*, pero la marca a fuego significa algo completamente diferente. Y Rafail confía en mí.

Londres.

Perfecto. Mi primo Semyon ha organizado una propuesta, una coalición de los sindicatos criminales más poderosos del mundo, buscando asilo. Todos se reúnen en Londres. El Clan de Keenan McCarthy de Irlanda, ahora dirigido por su hijo. Los Rossi de la Mafia Italiana de Boston. La Yakuza y el Cártel. Buscamos a los más peligrosos, los más poderosos.

Nuestra familia representa a la *bratva*.

Los irlandeses estarían allí, por supuesto. El Clan McCarthy no se perdería una oportunidad como esta. Pero no era Keenan quien me

molestaba sino su jodido perro rabioso, O'Rourke. Los rumores decían que mantenía a Anissa cerca. Y eso me jode mucho.

—¿Y de Londres te diriges a Dublín? —me pregunta Rafail al oído.

Asiento.

Ahora entiendo por qué Rafail eligió hoy para mi marcaje. Se difundirá la noticia de que he dado el paso definitivo de lealtad. Mis tatuajes cuentan una historia, pero la marca significa lealtad absoluta, prueba de que he sangrado y sufrido. Penitencia por los crímenes que cometió mi hermano. Una oportunidad de renacer en el liderazgo de la *bratva*.

Romper el *Vorovskoy Mir* es una sentencia de muerte. Brutal, lenta e inevitable.

Anissa pensó que era inteligente, escabulléndose bajo el radar y saltando de un lugar a otro, cambiando su identidad. Pero no importa si hizo un juramento o no; ella fue prometida a mi *bratva*. Huyó, y ahora voy a enseñarle exactamente qué les sucede a las novias fugitivas.

No es solo un objetivo o una distracción, un juguetito bonito que lleve el apellido familiar. *No.* Es un jodido anhelo bajo mi piel. La perseguiré hasta el fin del mundo si es necesario.

Nunca juró un juramento, pero huyó de una promesa. De mi familia.

Eso la convierte en mi responsabilidad, mi obsesión. Mi jodido deseo. No es solo una novia fugitiva, es la chica que me hizo invisible, y voy a quemar mi nombre en su piel como esta marca está grabada en la mía.

No podrá huir de nosotros dos veces.

Todos menos Rafail se marchan mientras recupero el aliento. Intento jugar un juego mental para superar el dolor, pero no puedo. Así que me siento con él y dejo que me consuma.

Él mantiene mi mirada. A veces, veo a mi primo. El chico con el que crecí, mayor que yo, que prácticamente me crio cuando mis padres no estaban. Otras veces, veo a mi *pakhan.* El despiadado rey del submundo ruso.

Mi *pakhan* está frente a mí ahora.

—Quiero dártela, Matvei —dice con calma, pero el frío en su tono es inconfundible—. Te la has ganado. Pero no te equivoques. Si no puedes traerla viva y bajo tu control... *será* eliminada. Si no es por nosotros, es uno de los mayores objetivos de la Interpol.

Alguien silba detrás de nosotros. Me giro para ver a Rodion.

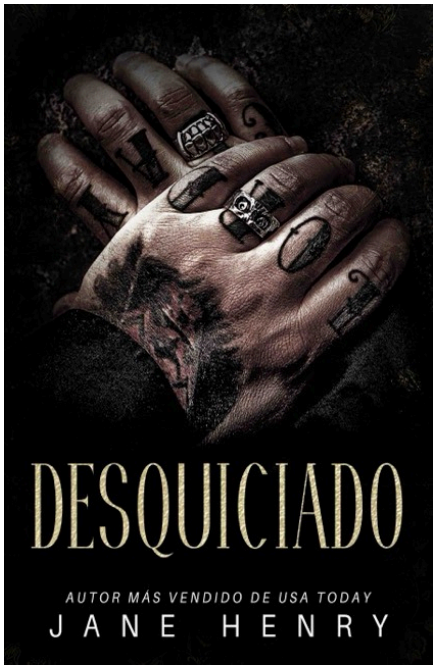
—¿De verdad crees que puedes domar a esa? Te cortará el cuello antes de abrir las piernas.

Y así de simple, mi obsesión se vuelve personal. No se trata solo de venganza.

Voy a *poseerla*.

Después de darle una paliza a Rodion.

¿Quieres descubrir qué ocurre después? Pide tu ejemplar de *"Desquiciado: Un romance oscuro de mafia y acoso"* haciendo clic en la imagen de abajo.o. ¡Disponible el 25 de septiembre de 2026:


DESQUICIADO
AUTOR MÁS VENDIDO DE USA TODAY
JANE HENRY



Jane HENRY

Romance for "good girls" who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane